

X-11 396 602-7

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE MÁLAGA



6160598414

177
COMPENDIO
DE LA HISTORIA UNIVERSAL,

6

PINTURA HISTORICA
DE TODAS LAS NACIONES,
SU ORIGEN, VICISITUDES Y PROGRESOS HASTA
NUESTROS DIAS.

OBRA ESCRITA EN FRANCES

Por Mr. Anquetil, miembro de varias Academias
literarias.

TRADUCIDA

POR EL PADRE DON FRANCISCO VAZQUEZ,
Clérigo Reglar de San Cayetano.

TOMO VII.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL.

POR D. PEDRO JULIAN PEREYRA, IMPRESOR DE CAMARA DE S. M.

AÑO DE 1802.

COMPENDIO

DE LA HISTORIA UNIVERSAL.

IMPERIO GRIEGO.

Gobernaba Leon el Oriente, y fue mas feliz que Antemio, que habia sido víctima de los zelos de Ricimero, á quien debia el trono. Leon, que subió al suyo con el favor de Aspar y Ardaburio, supo mantenerse en él á pesar de estos dos hombres que quisieron quitársele, y aun consiguió deshacerse de tan importunos protectores. Tenia una hija menor llamada Ariadne, y la casó con Zenon, de una ilustre familia de Isauria. Le hizo patricio, capitán de sus guardias, y comandante en jefe de todas las tropas del Oriente, con esperanza del Imperio; pero no era del gusto del Senado ni del pueblo de Constantinopla. Para que el cetro imperial no saliese de su familia, viéndose Leon anciano y enfermo, creó César á su nieto Leon de edad de cinco ó seis años, hijo de Zenon y de Ariadne. Murió este Emperador de

un fluxo de sangre á los diez y siete años de reinado. Su viuda, la Emperatriz Verina, consiguió lo que no habia podido su esposo; esto es, que su yerno fuese reconocido colega de su hijo; por lo que muriendo el niño á los seis meses, se halló Zenon único Emperador.

No se corrigió en el trono de aquellos vicios que dilatáron su proclamacion; y así la Emperatriz Verina, á vista de que deshonoraba la púrpura, hizo despojarse de ella. Basilisco, su hermano, de quien se sirvió para quitar la diadema á su yerno, la tomó para sí con sentimiento de Verina, que pensaba darla á Patricio su amante. Como Basilisco no se portó mejor que Zenon, el pueblo, que apenas tenia eleccion sino entre Príncipes malos, volvió á este al trono; y Basilisco fue muerto, abandonándole Armacio, á quien habia hecho comandante de sus tropas. Este infiel capitán recibió de Zenon la recompensa que le habia prometido de hacerle jefe de su casa; y quando le vió colocado, le hizo quitar la vida en el palacio por mano de Onoulo, á quien el mismo Armacio habia elevado. Si no contentos con los grandes exemplos de catástrofes del Imperio de Oriente, quisiéramos recoger las particularidades, en cada

reynado hallariamos de estas traiciones entre padres, hijos y mugeres, parientes y amigos, protegidos y protectores. Tambien se advertiria que los sistemas en punto de religion, las heregias, sostenidas con ardor por los Griegos, naturalmente querellosos y sofistas, fuéron casi siempre causa o pretexto de los alborotos de la corte, en donde se desafiaban sobre las opiniones, tomando en ellas el pueblo una parte muy activa: pues los ambiciosos encendiendo su falso zelo le inspiraban un ciego furor, tanto mas peligroso porque los motivos parecian sagrados.

La indolencia de Zenon y su tranquilidad en las torpezas, fuéron interrumpidas por dos sediciones: una la de Marciano su cuñado, que reclamaba los derechos de su esposa Leoncia, hija mayor de Leon; otra de Leoncio comandante de las tropas de Siria; pero una y otra se acabáron con la muerte de sus autores, y no tardó mucho en seguirles Zenon al sepulcro, al qual, segun algunos, le lleváron vivo: pues Ariadne, que no le queria bien, y tenia afecto á un oficial del palacio llamado Anastasio, aprovechándose de un ataque de epilepsia, accidente que Zenon padecia, hizo enterrarle precipitadamente. Se

oyó ruido en la caja, pero no permitió que la abriesen, y viéron algunos dias despues que se habia comido la carne de los brazos: digno fin de un monstruo de lascivia y crueldad. Tenia sesenta y cinco años, y habia reynado diez y siete.

Anastasio habia envejecido en los empleos del palacio, y exercia el de Silenciarío, esto es, tenia á su cargo hacer guardar silencio, como todavia se practica en los palacios de Oriente, en los quales no se permite el tumulto de los nuestros. La idea que de él tenían era la de un hombre íntegro y bueno, bastando para prueba el voto del pueblo. Luego que le proclamáron en el circo exclamáron todos: *Reyna, Anastasio, como has vivido*. Tenia sesenta años, y así que tomó la púrpura le dió la mano la Emperatriz Ariadne. La esperanza del bien que podia hacer, y el que hizo suprimiendo impuestos odiosos, le sostuviéron por seis años contra una poderosa conspiracion que presentó combates, y se concluyó con la muerte de las cabezas y los cómplices, como ordinariamente sucede quando no logran prontamente sus proyectos.

Siempre vivió el Emperador, por decirlo así, entre dos fuegos, los Ortodoxôs y los

Eutiquianos. Le acusan de haber favorecido á estos con exceso; y su inclinacion decidida fue causa de una conmocion en favor de los Católicos, que costó de una vez mas de diez mil hombres. En otra ocasion Vitaliano, simple Gobernador de Tracia, se presentó delante de Constantinopla con un ejército considerable, amenazando que depondria al Emperador si no llamaba al Obispo Católico que habia desterrado; y Anastasio se rindió dócilmente á la voluntad de su vasallo. Hiciéron los Persas conquistas en el Imperio, y le atormentáron muchos enxambres de bárbaros. Creyó que debia poner su capital en seguro contra las irrupciones cercandó á Constantinopla y sus alrededores con un atrincheramiento, que se llamó la muralla de Anastasio; pero algunas veces estas fortificaciones mas bien denotan la debilidad, que sirven para la defensa. Para no contradecirse los autores en el carácter de este Príncipe, dividen los tiempos, y dicen: „Que al principio de su reynado dió grandes muestras de generosidad, benignidad y de tanta aplicacion, que parecia no tener en su corazon sino la felicidad de sus vasallos; pero que al fin vendia los empleos, y se interesaba con los Goberna-

dores de las provincias, repartiendo los despojos del pueblo que abandonaba á su rapacidad;" es decir, que fue bueno y fue malo, como se verifica en otros. Le hallaron muerto en su quarto á los ochenta y ocho años de edad, y veinte y siete de su reynado.

Como la edad del Emperador no dexaba duda de que presto se necesitaria sucesor, dicen que Evagrio, xefe del palacio, dió á Justino, Prefecto del pretorio, grandes cantidades para comprar los votos de los soldados en favor de un amigo suyo: Justino las distribuyó en su propio nombre; y habiendo engañado así á las tropas, le proclamaron al punto que murió Anastasio. Justino limpió la corte de conspiradores; y entre otros de Vitaliano que ya no podia tomar por pretexto de su rebellion la defensa de los Católicos, porque Justino los protegió en todo su reynado con distincion, y reprimió á los Eutiquianos, Arrianos y otros hereges. No sabia leer ni escribir, porque hasta que se alistó en las tropas pasó su vida en guardar ganados; y sin embargo no le faltaba penetracion y destreza en el gobierno de los negocios. Murió á la edad de setenta y siete años, y reynó nueve.

Ya habia asociado al Imperio á su sobrino Justiniano , que le sucedió sin oposicion. No obstante , hubo en su reynado la mas terrible conmocion que se vió en Constantinopla, habiendo empezado por una bagatela , esto es por los partidos sobre el mérito de los actores en el circo ; pero el verdadero motivo era estar malcontentos con los ministros ; y aunque Justiniano despidió á los dos mas notados , no consiguió con esta condescendencia sino hacer mas insolente al populacho. Este proclamó Emperador, dicen que contra su voluntad , á Hipacio , sobrino del Emperador Anastasio: siguiéron la mayor parte de los Senadores el partido de los rebeldes : y ya Justiniano asustado y acobardado , estaba para dexar la ciudad y embarcarse , quando su muger , la Emperatriz Teodora , le detuvo con estas palabras : *No hay sepulcro mas glorioso que un reyno* : con lo que se puso á la cabeza de sus guardias , y se defendió en su palacio. Al ver que no se abandonaba á sí mismo , le llegó un socorro. Belisario , á quien hicieron tan famoso sus victorias en este reynado , llevó un cuerpo de tropas extranjeras que libraron el palacio ; y cayendo impetuosamente en el circo , matáron , sin distinguir sexô ni edad , é

hicieron una grande carnicería. A esto se siguieron las execuciones: cortaron la cabeza á Hipacio y á Pompeyo, que era otro sobrino de Anastasio. Los Señadores, factores de la rebelion, fuéron castigados, y confiscados sus bienes; pero el Emperador restituyó á sus hijos las dignidades y hacienda de sus padres.

Pasada esta tempestad, gozó Justiniano de una calma, no alterada con alboroto alguno durante un largo reynado. Verdad es que tuvo perpetuas guerras; pero descargaba este cuidado sobre dos hábiles Generales que le hicieron glorioso: Belisario, azote de los Persas; y el eunuco Narsetes, vencedor de la Italia, cuyos sucesos nos ocuparán despues. Estos dos hombres grandes, ya separados y ya unidos, aunque rara vez vivian entre sí en buena inteligencia, siempre estuviéron acordados en el servicio de su comun Soberano, que les pagó con ingratitude; y aunque no debe creerse la fábula de que Belisario, llegando á cegar al fin de sus dias, se vió reducido á pedir limosna en Constantinopla, es positivo que cayó en desgracia, y pasó una vejez obscura. Narsetes temió ser víctima de las intrigas de la corte, y si se libró de ser vergonzosamente llamado por la Emperatriz pa-

ra las humildes funciones del servicio de las mugeres, fue porque su valor y habilidad eran necesarias para el Emperador.

Se hizo célebre Justiniano por su aplicacion á corregir la jurisprudencia: y la nueva forma que dió al derecho romano le mereció el nombre de grande, habiendo llegado el código de Justiniano á ser el de todas las naciones. Gustaba tanto de la arquitectura, que casi todas las ciudades de importancia en sus vastos estados le debieron magníficos edificios. Por medio de sus Generales recobró y reunió al Imperio la Africa y la Italia. Era Justiniano mas clemente que severo, y murió á los sesenta y quatro años, habiendo reynado treinta y nueve. La magestad del Imperio, que pareció haber renacido en su tiempo, se desvaneció en su muerte para siempre. A la verdad la historia de esta época solo presenta desgraciados sucesos, que seria penoso describir. Los escritores que se empeñan en este punto, y los que los siguen, siempre caminan entre asesinos y verdugos, sin hallar apenas la vista otros objetos menos afflictivos para descansar. Recorramos rápidamente estas escenas: y si pintamos las catástrofes de los Príncipes sin hablar de las desgracias de los pueblos,

tenga presente el lector que quando un huracan derriba los grandes árboles, siempre se resienten las espigas.

Nombró Justiniano al morir por sucesor suyo á Justino, hijo de su hermana Vigilancia. Le proclamó el Senado, y le coronó el Patriarca de Constantinopla, porque esta ceremonia se habia introducido algun tiempo antes. Pasaba Justino por bueno; pero en el segundo año de su reynado mando matar á otro Justino su pariente, porque era muy querido del pueblo; bien que de este delito culpan á la Emperatriz Sofia, cruel, activa y desconfiada. Fuese frenesí ó imbecilidad, Justino, despues de algunas desgracias, no estaba para gobernar, y fue preciso señalar quien le supliese, recayendo por voto de Sofia la eleccion en Tiberio, hombre estimado, nacido en Tracia, y que habia desempeñado con honor los primeros empleos del estado.

Muerto Justino á los diez y seis años de su reynado, Tiberio, que ya estaba en posesion de toda la autoridad, tomó el título de Emperador, y declaró Augusta á Anastasia, que era su muger, aunque no se la habia conocido por tal. Esto sorprendió á la Emperatriz Sofia, que con la esperanza de verse asociada

al Imperio, habia contribuido extraordinariamente á la exáltacion de Tiberio. No hay duda que los dos esposos ocultáron con mucha destreza su casamiento á Sofia, y así llegó á ser tan mortal enemiga de Tiberio, que emprendió colocar en su lugar á un tal Justiniano, que mandaba el ejército contra los Persas. Se descubrió el concierto; pero Tiberio se contentó con quitar á Sofia los tesoros de que abusaba, y á Justiniano el mando, substituyendo en su lugar á Mauricio, natural de Capadocia, de una antigua familia romana, y buen General, al qual en premio de sus buenos servicios le dió su hija Constancia por esposa, y le declaró César.

Solos quatro años vivió Tiberio en el trono, y se le dexó á Mauricio. Pocos Emperadores tuviéron un reynado de tanta agitación. Sediciones en los ejércitos, sediciones en la capital, y por último la catástrofe mas terrible, causada por la obstinacion de Mauricio en no querer pagar el rescate de doce mil soldados romanos que los enemigos ofrecian por una suma moderada. Viendo que no admitian el partido, pasáron á cuchillo á todos los prisioneros; y con esta noticia levantó el grito el pueblo de Constantinopla: rebelándose abiertamente contra el Emperador

el ejército irritado, nombró á Focas que era un simple Tribuno. No pudo Mauricio ponerse en salvo, y con cinco hijos suyos le presentaron cargado de cadenas al usurpador, y bárbaro hizo degollar sucesivamente los cinco hijos á vista de su padre. Estuvo Mauricio contemplando la muerte de sus hijos con una resignacion heroyca, y á cada asesinato repetia con los ojos bañados en lágrimas las palabras del Profeta David : *Justo sois, Señor, en todos vuestros juicios.* Quiso el aya ocultar uno de aquellos infelices substituyendo su propio hijo, y no permitió el muchacho esta especie de fraude, antes bien avisó á los verdugos. Por último, sacrificáron á Mauricio sobre aquellos sangrientos cadáveres á la edad de sesenta años, y diez y seis de reynado.

No se sabe qual fue la familia de Focas ni la de Leoncia su muger. El era de mediana estatura, deforme, y de un mirar terrible: tenia el cabello roxo, y se le juntaban las dos cejas: estaba señalado en una mexilla con una cicatriz que se le ponian negra quando se encolerizaba. Era dado al vino y á las mugeres, sanguinario é inexorable: de su muger se dice que no era mejor que él. Esta es la pintura que de estos conso-



Mauricio y sus hijos.

Tratado contra Mauricio el exército, salute Emperador á Pécas, y puse en sus manos á Mauricio Este despues de verse obligado á prevenir la muerte de sus cinco hijos, dando exemplo de la mas heroyca resignacion, fué la verdadera victima. Quiso acabar Pécas con toda la familia imperial para quedar sin rebeldes: pero como pudo librenarse de vivir sin ellos, no quiso usurpar.

•

»

tes hacen los Griegos; pero San Gregorio el Grande, que por vivir en Roma los conocia solo por sus cartas atentas y por sus presentes, hace por el contrario un elogio particular. Aunque no hubiera habido mas que la muerte de Mauricio y la de sus hijos seria lo suficiente para mirar á Focas como un monstruo de crueldad. Continuó sus barbaridades en esta infeliz familia, pretextando correspondencias con los conspiradores, y mandó cortar la cabeza á la Emperatriz Constantina y á tres hijas de esta en el mismo sitio en donde se habia executado la muerte de Mauricio y la de sus hijos tres años antes.

No faltaron conjuraciones contra un hombre para quien nada habia sagrado. ¿Quién podria fiarse de él? Uno de sus Generales, cuyo mérito temia Focas, tuvo la imprudencia de ponerse en sus manos baxo las mas solemnes promesas; pero Focas luego que le tuvo en su poder, le hizo quemar á fuego lento. Ni aun se podia hacerle algun servicio sin exponerse al peligro. Le reveló una conspiracion un tal Anastasio: mandó quitar la vida á los cómplices, y antes de todos al mismo Anastasio.

Si en el circo no era el pueblo de su parecer sobre la habilidad de un actor, mandaba que entrasen los soldados á matar á todos indistintamente ; y llegó á tal punto la indignacion que excitó con sus maldades, que se subleváron sus mismos parientes , y de todas partes apareciéron tropas que le cercáron; pero quien mas le estrechó fue Heraclio, hijo de un Gobernador de Africa del mismo nombre. Dispersó este su ejército ; y como el tirano huyese , Petronio , á cuya muger habia en otro tiempo violentado , le persiguió con soldados , le despojó de la púrpura , y le llevó cargado de prisiones á los pies de Heraclio. Quiso este reconvenirle sobre la conducta tiránica que habia tenido con sus vasallos , y Focas le respondió muy tranquilo: *Procura tú gobernar mejor*. A los siete años de reynado le cortáron los pies , las manos , los brazos , las piernas , las partes vergonzosas y la cabeza.

Reconociéron á Heraclio por Emperador: descendia de una familia noble de Capadocia : tenia un ayre magestuoso , y entendia muy bien de guerra. Bien necesitó de este conocimiento en un tiempo en que se veia el Imperio acometido por todas partes; prin-

principalmente por los Persas que hacian grandes progresos, y no querian acceder á ninguna composicion; pero Heraclio hizo con sus victorias que se viniesen á partido. Recuperó muchas provincias que aquella nacion altiva habia quitado al Imperio, y se llevaba por delante á su Monarca á pesar de sus numerosos ejércitos. Restituyó á Jerusalem una grande parte de la verdadera cruz de Jesu-christo que tenian en su poder los Persas. Por este mismo tiempo tomaba Mahoma á Medina y la Meca, y empezaba á extender su religion en el Asia, en donde dominaba entonces el christianismo. Los apóstoles de este profeta eran numerosos ejércitos; y aunque no faltaban á Heraclio habilidad ni valor para hacer frente á este nuevo enemigo; perdia tanto tiempo en disputas de religion, festines y fiestas públicas, que no le quedaba lugar de reflexionar los peligros que amenazaban al Imperio. Murió de hidropesía á los treinta años de reynado: le sucedió su hijo Constantino, y se cree que á los siete meses le dió veneno su suegra Martina para colocar en el trono á su hijo Heracleonas; y sin duda hubo pruebas del delito, pues el Senado mandó cortar al hijo las narices, y á la madre

la lengua, los envió al destierro, y dió la púrpura á Constante, hijo de Constantino, y nieto de Heraclio.

Constante II se pareció en algo á Cain por la envidia que tuvo á su hermano Teodosio, cuya virtud le hacia las delicias del pueblo, y así le hizo ordenar Diácono; pero no cesando sus temores, le hizo matar algun tiempo despues. Este delito produjo tan horribles remordimientos, que le parecia ver continuamente á su hermano, que le presentaba un cáliz lleno de sangre para apagar la cruel sed que le atormentaba. Para huir de objeto tan espantoso, fue á Sicilia resuelto á transferir á Siracusa la silla del Imperio. Los habitantes de Constantinopla, sabiendo su intencion, le detuviéron la muger y los hijos; pero los remordimientos vengadores le acompañaban por todas partes, y anduvo siempre errante como otro Cain, sin que las guerras con los Sarracenos y Lombardos, aunque perpetuas y muy animadas, pudiesen distraerle de los terrores que le asustaban. Por último, se retiró como lo habia pensado á Siracusa desde donde gobernaba tiránicamente el Imperio, detestado principalmente por su extremada avaricia, con la que llegó al extre-



Muerte de Constante II.

Despedacado de remordimientos Constante II. y errante de pueblo en pueblo por disipar los terrores de su criminosa conducta, se fixó al fin en Siracusa; pero sus tiranías le hicieron tan aborrecido que en el baño, y con un jarro de su servidumbre le asesinó un criado. La justicia del cielo no ha menester puñales ni venenos para castigar al malvado; ni hay asilo donde esté á cubierto de su cetera.

mo de despojar las iglesias. Uno de sus criados le asesinó estando en el baño con el jarro destinado para echarle el agua sobre la cabeza. Esto sucedió en el año veinte y siete de su reynado.

Quando Constante llevó de Constantinopla á su hijo Constantino, era este muy jóven, y á la vuelta ya tenia barba. Los vasallos le llamáron *Pogonato* ó *el Barbudo*: ya se habia portado como hombre en la victoria que ganó contra un usurpador, á quien quitó la vida. Durante su reynado llegaron los Sarracenos hasta las murallas de Constantinopla; pero él los derrotó, y vivió despues con bastante tranquilidad, ocupándose mucho en los asuntos de la Iglesia. Fue pio y justo, y murió de consuncion á los diez y siete años de reynado.

Su hijo, Justiniano II, llegó á poseer el trono á la edad de diez y siete años, le arrojáron de él, volvió de nuevo á subir, y experimentó todas las mudanzas de la fortuna. Marchó contra los Búlgaros, y le pusieron en fuga; despues él hizo tambien huir á los Esclavones: libertó su vida hallándose al frente de los Sarracenos: gobernó con altivez y crueldad; y detestándole el pueblo, ordenó para ven-

garse una matanza general de los habitantes de Constantinopla durante la noche. Un comandante anciano de las tropas de Oriente, llamado Leoncio, que habia estado tres años en la cárcel, acababa de ser puesto en libertad, y con el gobierno de Grecia quedó reintegrado de los daños de su prision. Estaba ya de partida quando dos amigos suyos, superiores de monasterios, fuéron á exhortarle á que librase la ciudad de la desgracia que la amenazaba. Leoncio se puso á la frente de las tropas que le habian dado para establecerse en su gobierno: fue derecho al palacio, prendió al Emperador, mandó cortarle las narices, y le envió desterrado á Quersona. Proclamó el Patriarca á Leoncio, y le hizo sentar en el trono.

Pero no le duró mucho tiempo, porque uno de sus Generales, que despues tomó el nombre de Tiberio, le trató del mismo modo que él habia tratado á Justiniano: le depuso, mandó cortarle las narices, y le desterró á un monasterio de Dalmacia. Este Tiberio logró felices y muy importantes sucesos contra los Sarracenos, causándoles grandes pérdidas, y hubiera podido reynar tranquilo, á no haber atentado á la vida de Jus-

tiniano desterrado en Quersona. Supo este Príncipe la intencion de Tiberio, y se salvó en la corte del Rey de los Búlgaros, el qual le recibió bien, y le llevó á Constantinopla, apoderándose de aquella capital por sorpresa. El primer cuidado de Justiniano, restablecido en el trono, fue vengarse, de lo qual nunca habia perdido el deseo ni la esperanza. Quando salvó la vida acogiéndole el Rey de los Bulgaros, habia padecido su navío una tempestad que le puso á los umbrales de la muerte, y en esta extremidad le suplicó uno de sus criados que prometiese perdonar á sus enemigos si recobraba el Imperio. Respondió con frialdad, „que me ahogue yo al instante si perdono á alguno de ellos.” Tiberio y Leoncio experimentáron los efectos de su resentimiento, pues á los dos mandó quitarles la vida.

Los habitantes de Quersona no le habian guardado las atenciones que debian, quando estaba entre ellos desterrado: sospechó tambien que pensaban en entregarle á Tiberio; y el vengativo Justiniano los hizo asesinar. Los executores de sus órdenes habian perdonado á las mugeres y los niños, y el Emperador los volvió á enviar, mandando que

no dexasen en Quersona ni un niño con la vida. Viéndose ellos en la dificultad de cumplir tan inhumano mandato, y temiendo que los castigase el Emperador si no executaban sus órdenes, proclamáron á su General llamado Filípico, el qual halló el medio y el modo de matar á Justiniano á los veinte y un años de un reynado que fue bien trabajoso. Nos falta el último rasgo para pintar su carácter, y es que por razones muy frívolas declaró la guerra á Trévelis, Rey de Bulgaria y el mismo que le habia restablecido en su trono.

En tiempo de Filípico no fuéron afortunadas las armas del Imperio. Hiciéron los Búlgaros una irrupcion en Tracia, llegaron hasta Constantinopla; y porque la indolencia del Emperador, demasiado ocupado en los asuntos de religion, le habia hecho odioso, no dió el pueblo la menor señal de sentimiento, ni hizo movimiento alguno quando supo que á Filípico le habian sacado los ojos en su palacio, sorprehendiéndole quando dormia la siesta. Se revistió de la púrpura su primer secretario llamado Anastasio; y como sabia mas del estado que de la guerra, puso á la cabeza de los exércitos un

General muy hábil llamado Leon , natural de Isauria.

La marina no quiso reconocer á Anastasio, y proclamó á Teodosio, hombre de baja condicion, y simple cobrador de los impuestos. Fue Leon á socorrer á su bienhechor Anastasio, y sin dar un golpe consiguió que Teodosio renunciase, y recibiese con su hijo los sagrados órdenes. Tambien negoció felizmente con Anastasio, á quien persuadiéron que viviria mas dichoso como simple particular, que como dueño de una corona demasiado pesada para él. Le aseguró Leon suficientes riquezas para haber tenido una vida tranquila, si no se hubiese atravesado la ambicion; pero quiso subir de nuevo al trono que por su renuncia ocupaba Leon, y esto le traxo la muerte.

Durante el reynado de Leon perdió el Imperio de Oriente toda autoridad en Italia, y pasó esta á la dominacion de los Lombardos. Roma, como veremos, se entregó al Pontífice. Estas mutaciones tuvieron por causa la disputa sobre las imágenes. Leon y sus sucesores las destruyéron en su Imperio, y persiguieron á los que las daban culto de veneracion. El clero y los pueblos se divi-

diéron en el modo de pensar; y Leon, que era iconoclasta ó perseguidor de las imágenes, se valió de toda especie de violencia para éstablecer su secta, hasta intentar quitar la vida á S. Gregorio Papa que se oponia. El Occidente quedó como antes con el culto de las imágenes, y en el Oriente se dividiéron entre sí las ciudades sobre este dogma, y aun en su propio seno se dividía cada una, siendo un punto que en adelante entró en los asuntos de estado con grande influxo. Mientras el Emperador apenas tenia otra ocupacion que estas disputas, iban los Sarracenos asolando las regiones orientales del Imperio. Pensó Leon en asegurar la diadema á su hijo Constantino, y reynó veinte y cinco años.

La precaucion que Leon habia tomado de asociarse su hijo y hacerle coronar, no impidió que se hallase con un competidor á la frente sostenido por el Patriarca Anastasio. Se apoderó Constantino de su rival y de su hijo, y les hizo sacar los ojos. En quanto al Patriarca le mandó pasear por las principales calles de la ciudad sobre un asno, vuelto el rostro hácia la cola, y azotarle con varas, y despues de esto le restituyó su dignidad por no hallar otro mas malo, segun di-

ce un historiador. Como Constantinopla , en donde estaba el usurpador, no quiso rendirse hasta que la forzó el hambre, castigó el Emperador á los habitantes con impuestos y extorsiones. Contra los Sarracenos y los Búlgaros fue mas feliz que su padre, y persiguió del mismo modo que Leon á los Católicos, porque daban culto de veneracion á las imágenes. Murió á los veinte y quatro años de su reynado.

Su hijo Leon le imitó en el furor contra las imágenes; pero tuvo la pesadumbre de hallar hasta en su mismo palacio personas opuestas á su modo de sentir, y entre otras la Emperatriz Irene su esposa; pero sin embargo que antes la habia tenido grande amor, la separó de su lecho, y quitó la vida con tormentos á los que la habian proporcionado la adquisicion de algunas imágenes.

Se colocó Irene en el trono al lado de su hijo Constantino Porfirogénito, y los envidiosos de su poder persuadiéron al jóven Príncipe, que no pasaba de diez años, que separase á su madre. Supo esta la conspiracion por Saturacio su Ministro, é Irene mandó azotar públicamente con varas á los conspiradores, tomando á su cargo castigar á su

mismo hijo dentro del palacio. Despues se hizo proclamar única Soberana por los exércitos. Tambien le llegó su tiempo á Constantino , porque el pueblo se indignó con la tiranía de la madre respecto de su hijo , á quien tenia preso en las piezas de su habitacion , y la obligó á darle libertad. Saturacio , que habia hecho azotar á sus enemigos , pasó por el mismo tratamiento. El hijo llevó con gran respeto á su madre á una casa que ella se habia hecho construir , y en la que tenia encerrados sus tesoros ; y como Constantino continuaba en visitarla , volvió á tomar imperio sobre él.

Sin duda , para llegar á esto , se prestó á los excesos del hijo , ó no se le opuso en nada. Esta condescendencia en una madre ya era grande falta ; pero pasó á gran delito , si con la intencion de hacer á su mismo hijo odioso y despreciable , le aconsejó el divorcio injusto con la Emperatriz María , y que sacase los ojos á sus tres tíos que le eran sospechosos. Algunos historiadores la creen culpada en esta horrible perfidia : otros la excusan ; mas no se duda que influyó mas que indirectamente en la muerte del desgraciado Constantino. La habia dexado sola con el

ejército en Prusa de Bulgaria, y de este mismo ejército partiéron oficiales que con ella se habian empeñado en deponer á su hijo. Llegáron á Constantinopla, sin que allí se tuviese la menor sospecha, le sorprendiéron, y le sacáron los ojos; pero de modo tan bárbaro, que murió algunos dias despues entre los mas crueles dolores. Habia reynado diez y seis años, ya solo, ya con su madre.

Quando este Príncipe subió al trono debia casarse con Rotruda, hija de *Carlo Magno*; pero este casamiento tratado por Irene se deshizo por ella misma, rezelosa de que daría demasiada autoridad á su hijo. El deseo de conservar la que acababa de adquirir, la hizo gustar, si ella no la procuró, de la proposicion que la hizo Carlo Magno, de casarse con ella para juntar los dos Imperios. La malicia del eunuco Aecio impidió la conclusion de este proyecto, porque viéndose incapaz por su defecto de poseer el Imperio, queria disponer de él á favor de su hermano Leon, Gobernador de Tracia, para lo que era un obstáculo invencible el matrimonio propuesto si se lograba. Hizo pública la intencion de Carlo Magno, y esparció la fama de que así se trasladaría la silla del Imperio

fuera de Constantinopla. Los habitantes de esta ciudad temieron esto, y, lo que no habia previsto Aecio, eligieron por Emperador á Nicéforo, y este nuevo Emperador trató á Irene con mucha atencion hasta saber en donde estaban sus tesoros. Quando ya los tuvo en su poder, la desterró á un convento de la isla de Lesbos, en donde murió de pena, despues de haber reynado seis años muerto su hijo. ¡Quánto trabajó esta muger por poseer sola algunos años un Imperio que pudiera haber conservado en compañía de su hijo por medios mas suaves y dignos de una madre! Por mas elogios que la den los historiadores Católicos, agradecidos á la justa proteccion en quanto á la veneracion de las imágenes, siempre fue Irene una ambiciosa, y si hubiera sido una particular, seria una intriguante despreciable.

Hizo Nicéforo un tratado con los embajadores de Carlo Magno que se hallaban en Constantinopla, y le reconoció por Emperador de Occidente. Le inquietó Bardanes que fue electo Emperador; bien que al punto renunció, y se hizo monge; pero Nicéforo no contento con este sacrificio, le hizo sacar los ojos, y al mismo tiempo se asoció su hijo

Saturneyo, y dió su hija Procopia á un oficial del palacio llamado Miguel. A Nicéforo le matáron los Búlgaros en una batalla á los nueve años de reynado. Dos meses despues murió su hijo que habia salido herido mortalmente, y eligiéron á Miguel en ochocientos y once. Este no sintiéndose capaz de gobernar el Imperio en tan crítico estado, le cedió á los nueve meses á Leon, oficial distinguido, y se retiró él con su muger Procopia buscando asilo en donde vivir con tranquilidad.

Leon separó á los dos esposos; y á Teofilacto, hijo de estos, le dexó incapaz de tener hijos. Se declaró furiosamente contra el culto de las imágenes. Miguel, el Tartamudo, á quien habia dado los primeros empleos, se declaró contra él, y formó una conspiracion; pero le condenáron á ser quemado vivo, y ya le llevaban al suplicio quando, por ser aquel dia víspera de la Natividad, la Emperatriz Teodosia hizo presente á su marido que seria respetar poco tan grande solemnidad, quando por ella habian de recibir el Sacramento de la santa Eucaristía, y pidió que se dilatase el castigo. Concedió el Emperador la peticion; pero mandó cargar de prisiones al reo, y para

que no se huyese hizo que le llevasen las llaves. Aprovechándose el Tartamudo de la dilacion, logró que se llegasen los conjurados á la cárcel, y los amenazó con que los descubriría si no le ponian en salvo. Con el miedo se determináron á todo riesgo, y acometiendo al Emperador por la mañana en la capilla del palacio, le quitáron la vida. Mas hicieron: llevaron á Miguel agarrotado con cadenas como estaba, por no haber hallado las llaves, y le sentáron así en el trono. La Emperatriz Teodosia fue desterrada á una isla con sus quatro hijos; y á estos los hicieron la misma operacion que Leon habia hecho sufrir á Teofilacto. A lo que parece, ayudáron los Católicos á Miguel en tan singular aventura, como que eran enemigos de Leon persecuidor de las imágenes, el qual reynó siete años y medio.

Este Emperador Miguel favoreció á los Ortodoxôs, aunque en el fondo se interesaba muy poco en sus disputas. De buena gana se hubiera inclinado al judaismo, porque observaba el sábadó, negaba la resurreccion de los muertos, y se mostraba poco escrupuloso en punto de la moral, supuesto que sacó á Eufrosina, hija de Constantino Porfi-

rogénito, del monasterio en que estaba religiosa, y á pesar de la misma se casó con ella. Eufemio, uno de los principales oficiales del ejército, creyó que á exemplo del Emperador podria executar otro tanto; pero mandó Miguel que se hiciese justicia, y que le cortasen las narices, y él para evitar este castigo se hizo proclamar Emperador, que era el recurso contra toda especie de pena. Otro, llamado Tomas, se valió del mismo medio para librarse del suplicio por haber violentado á la muger de un caballero constituido en dignidad: y aun dió bien que hacer al Emperador con algunas batallas que ganó, y con sitiár por dos veces á Constantinopla; pero al fin sufrió la pena de los que siguen estas empresas aventuradas: á él y á Eufemio les quitáron la vida. Reynó Miguel casi nueve años, y murió de enfermedad.

Teofilo hizo punto de honor reparar el escándalo que habia dado su padre restituyendo á Eufrosina al monasterio. ¿Quién sabe si fue política ó justicia lo que le movió á castigar á los asesinos del Emperador Leon, quando á estos debió Miguel la corona? Dos cosas se viéron en él, que deben admirarse

en un Príncipe : perdonó con sinceridad á un capitán excelente que retirándose de su servicio por temor de malos tratamientos, habia vuelto sus armas contra él ; pero el Emperador le llamó, y le dió toda su confianza. Muy lejos de rezelarse de otro á quien por sus buenas prendas habian los soldados nombrado Emperador, si no confirmó la eleccion por tener hijos, le restableció en sus empleos, y le dió las mas grandes señales de amistad. Sus mayores enemigos los Ortodoxôs, aunque los atormentó por el culto de las imágenes, todavia conocen que en otros puntos observaba la justicia, era amigo del pueblo y desinteresado. Se cuenta que viendo en el puerto una nave ricamente cargada, y preguntando de quien era, le respondieron que era de la Emperatriz, y exclamó muy irritado: „¿Cómo podré yo sufrir que comercie la muger de un Emperador? Si los Príncipes se dedican al comercio, será preciso que los vasallos mueran de hambre ;” y mandó abrasar la nave. Ruidosa fue esta resolucion ; y hubiera sido mas útil repartir aquellas riquezas. Era Teofilo enemigo de los excesos y torpezas : por lo que echó de Constantino-
pla las prostitutas : fue muy templado, y re-

novó las leyes excelentes. Duró su reynado doce años.

Como su hijo Miguel tenia solos seis años , tomo su madre Teodora las riendas del gobierno , y persiguió á los Iconoclastas, á quienes habia protegido su esposo. En catorce años que duró su regencia limpió de esta secta el Imperio , y aun de la de los Maniqueos, que era muy poderosa. Tenia un hermano , llamado *Bardas*, tan vicioso como ella virtuosa. Este halló en el jóven Miguel un sobrino que recibia con gusto los malos consejos; y como la Emperatriz los refrenaba en sus desórdenes, resolvieron deshacerse de ella: llegó Teodora á saberlo, y por ahorrarles este delito dexó el gobierno; pero antes dió públicamente cuenta al Senado de su administracion , y le hizo ver las grandes cantidades que dexaba en el tesoro para prevenir, si fuese posible, los dispendios locos de su hijo. Se retiró esta Emperatriz con sus tres hijas; y Miguel la encerró con ellas en un monasterio, en donde murió de pesadumbre algun tiempo despues.

No teniendo ya quien le refrenase, se abandonó Miguel III á las torpezas mas infames, gloriándose de imitar á Neron, á quien

se había propuesto por modelo. En poco tiempo gastó los inmensos tesoros que le había dexado su madre. Siempre estaba rodeado de una quadrilla de bufones, y de miserables sin honra ni virtud, que para ridiculizar lo mas santo se ponian las sagradas vestiduras que los Sacerdotes llevaban en los actos solemnes, é imitaban con este aparato las ceremonias de la Iglesia. Mientras el Emperador pasaba su vida en estos desórdenes escandalosos, gobernaba Bardas con autoridad absoluta: le nombró su sobrino por César; pero sospechando luego que queria ser mas, le hizo asesinar. Como necesitaba de alguno en quien descargar los cuidados del gobierno, eligió á Basilio por xefe del palacio. Era este de baxo nacimiento, pero bien formado, alto, de figura amable, y diestro en los exercicios.

Por su habilidad en domar caballos reparó Bardas en él, le hizo entrar en la casa del Emperador, y fue adelantando hasta los primeros puestos. Este fue el que inspiró las sospechas que costaron la vida á Bardas, y el Emperador en recompensa no solo le hizo César, sino su colega. Se ocupó en reformar los abusos que se habian introducido en el gobierno, y aun procuró cor-

regír las costumbres viciosas del Emperador; pero advertido de que este no esperaba sino ocasion favorable para deshacerse de censor tan incómodo, entró mientras estaba dormido en su quarto, y en su presencia le hizo quitar la vida á los veinte años de su reynado.

Si semejante delito pudiera tener excusa, merecia Basilio la gracia por haber librado al Imperio de un mal Soberano, y haberle dado otro bueno. Gobernó Basilio con mucha justicia y moderacion: solamente adelantó á los hombres de mérito, y todos sus vasallos le hablaban libremente, por lo que le quisiéron tanto, que mas le miraban como á padre, que como á Príncipe. Quiso sacar los ojos á su hijo, calumniosamente acusado de haber querido asesinarle; pero como todos sabian la inocencia de este, no cesaban de suplicar al padre que le pusiese en libertad. Importunado de sus solicitudes mandó el Emperador que ninguno pronunciase en su presencia el nombre de Leon su hijo; y un dia que estaba en conversacion con los principales del Imperio, un papagayo, que desde su jaula colgada en la sala en que se hablaban habia oido muchas veces deplorar la desgraciada suerte del Príncipe, pronunció

repentinamente estas palabras : ¡ Ay pobre Leon ! Se aprovecharon sus amigos de esta casualidad , renovaron las instancias acostumbradas , y de este modo consiguieron el perdón deseado. Murió algun tiempo despues á los diez y nueve años de un prudente reinado , al que no faltó la gloria militar. Dió á su hijo excelentes reglas de gobierno repartidas en setenta capítulos , cada uno de los quales empieza por una letra , que junta con las de los demas forman las iniciales , de que resulta este sentido : *Basilio Emperador de Romanos en Christo á Leon su amado hijo y colega*. Si este Basilio no fue el inventor de los acrósticos , á lo menos le agradaban.

No le duraban á Leon las mugeres , pues perdió sucesivamente tres. Su quarto matrimonio ocasionó un cisma en la Iglesia griega , en donde las quartas nupcias estaban prohibidas : y así las desaprobó el Patriarca Místico. Puso Leon á otro llamado Eutimio para conseguir la absolucion ; tomó partido el clero y aun el pueblo , pues un fanático le dió con el baston en la cabeza de modo que allí mismo le derribó al suelo. Se arreglaron las diferencias , y conservó Leon á Zoe su quarta

muger, de la que tuvo un hijo llamado Constantino. Casi en todo su reynado sostuvo la guerra contra los Sarracenos, haciéndola por medio de sus Generales, ya feliz ya desgraciadamente. Dedicó sus principales cuidados al gobierno interior: sus acciones y sus escritos le merecieron el nombre de filósofo: revisó por sí mismo las leyes de Justiniano, y escribió tambien sobre la disciplina militar y la caza: nos dexó algunos tratados teológicos y históricos, y su reynado, que duró veinte y cinco años, á excepcion de algunas pérdidas, fue ventajoso para sus pueblos, felicidad que en un Soberano vale por todos los elogios.

Leon al tiempo de morir encargó á su hermano, á quien dexó la corona, que la conservase como en depósito para ponerla en manos de Constantino; pero el hermano pensó en quitársela por medio de la mutilacion; y si el jóven Príncipe se libró de este peligro, fue porque todos se le representaban como niño de tan débil constitucion, que no podia vivir mucho tiempo. Fue fortuna que las torpezas abreviasen la vida del tio, pues en un año se adquirió la reputacion de Príncipe tan odioso como despreciable.

Seis años de edad tenia Constantino, y así estuvo por mucho tiempo mas bien que como actor, como testigo de lo que paso en su reynado. Le habia dexado su tio en manos de tutores, mas capaces de corromperle que de formarle para la virtud. Como al mismo tiempo eran Regentes, tuvo el Senado que despedirlos, y volvió Zoe, madre del Príncipe jóven, á quien habian retirado los tutores, y se apoderó de la autoridad. Los Búlgaros, perpetuos enemigos de los Griegos, hicieron acometidas que obligáron á Zoe á levantar tropas, cuyo mando entregó á dos Generales, Romano y Leon. Apenas se vieron estos dos hombres á la cabeza de los exércitos formáron el designio, que les pareció fácil con un muchacho, de apoderarse del Imperio, ó entrar á la parte con Constantino. Los dos ambiciosos, en vez de entenderse se cruzáron y opusieron entre sí. Venció la faccion de Romano, sacó los ojos á su rival, casó su hija con Constantino, é hizo nombrar á su hijo Cristóforo xefe de los aliados, que eran entonces la fuerza principal del Imperio. Tomó por sí mismo el título de César, y despues el de Emperador: desterró á la Emperatriz Zoe, se apoderó de

toda la autoridad , hizo paces con los Búlgaros ; y para mejor cimentar su poder , empeñó al Rey de esta nacion en tomar por esposa á Julia , hija de Cristóforo.

El jóven Emperador parecia que no se mezclaba en estos sucesos ; pero su designio era perder á sus enemigos por medio de ellos mismos. Romano , en defecto de Cristóforo , su hijo mayor , asoció al Imperio á otro llamado Constantino , del que tuvo envidia otro llamado Esteban , y no fue difícil al jóven Emperador conseguir de él que se levantase contra su padre : á ambos los sorprendió el legítimo Emperador Constantino , é hizo ordenarlos de Sacerdotes para que no pudiesen volver al trono. El delito que Constantino habia provocado contra Romano el usurpador por parte de Esteban , fue pensado y casi consumado contra su misma persona por Romano su hijo , que quiso dar veneno á su padre ; y quando ya este tenia la copa en la mano , tropezó , y derramó parte del veneno ; pero habia bebido lo suficiente para quedar muy enfermo. Dexó la corona casi á los quarenta años de reynado al mismo Romano que le dió el veneno.

No desmintió sobre el trono la opinion

que le mereció su parricidio, y así pasa Romano en la historia por un Príncipe de los mas torpes. Para emplearse mas libremente en los placeres dio toda la autoridad á Joseph, xefe de su palacio, hombre sencillo y crédulo. Si los Sarracenos fuéron vencidos en su reynado, se debió al valor de sus Generales. No vivió sino tres años en el trono, y murió á los veinte y quatro de edad, envenenado por su muger Teofana, dexando dos hijos, Basilio y Constantino, en la primera infancia.

El buen Joseph gobernaba siempre, y se tenia por amigo de Teofana, que habia tomado la tutela de sus niños. Mandaba las tropas un hábil General, llamado Nicéforo Focas, á quien Joseph queria separar, porque sospechaba en él pretensiones á la corona; pero Nicéforo, que era diestro, fue un dia á verse con el Ministro, y le dixo que cansado de las grandezas humanas, habia mucho tiempo suspiraba por la vida monástica; que hasta entonces le habia detenido el favor de sus dueños, y la necesidad de cumplir con los importunos empleos que le daban; que así le suplicaba le dexasen por último la libertad de retirarse á un claustro: y al

mismo tiempo mostró el hipócrita á Joseph un silicio que decia llevar siempre. Joseph, conmovido, se arrojó con lágrimas en los ojos á los pies del supuesto santo: le confesó que habia tenido sospechas, le pidió perdon, y le suplicó continuase en mandar el ejército. Nicéforo se dexó ganar del ejército del Emperador, y este le eligió para el trono. Crea el que quisiere que por simple conveniencia le dió la mano la Emperatriz Teofana, aunque era casado; pero desde el principio le habia mostrado una aficion, de la qual el prudente Joseph no sabia que pensar, y así estaba pasmado con lo que veia. Le suplicáron que fuese á encerrar su admiracion y pasmo en un monasterio, en donde murió dos años despues. Nicéforo logró grandes ventajas contra los Sarracenos, y ya empezaba un reynado glorioso quando se suscitó el odio en Teofana, porque almas tales no se miran, por lo comun, quando esposos como se miraban quando amantes. Sospechó ella que queria hacer eunucos á los dos niños, que tenia de Romano, Basilio y Constantino. Una injusticia que hizo el Emperador á un General suyo llamado Juan Zimisce, dió lugar á una conjuracion en que entró la Emperatriz, y abrió por sí misma el

quarto de su marido á los conjurados, que le asesinaron en el año octavo de su reynado.

No se vió el menor movimiento por la muerte de Nicéforo. Tomó Juan Zimisces el cetro: quiso el Patriarca sujetarle á la penitencia pública por haber quitado la vida á su predecesor, y él echó la culpa á la viuda. Se cree que iban de concierto el Patriarca y el Emperador para poner á este en la aparente necesidad de retirar á Teofana, y así la desterró á un monasterio de Armenia, y se asoció los dos hijos de aquella muger, Basilio y Constantino. Se levantó un competidor llamado Bardas Focas, sobrino del último Emperador, y envió Juan contra él á Bardas Esclero, General muy hábil; mas no tuvo necesidad de implorar la fuerza, porque los partidarios de Focas le abandonaron, y Esclero le prometió procurar la paz con el Emperador, el qual con efecto le concedió la vida, confinándole á la isla de Quio. Juan Zimisces durante su reynado peleó contra los Rosis, que se cree ser los antiguos Rusos, y los venció en muchos encuentros. Volviendo de una de estas victorias reparó por el camino en los bellos palacios y tierras bien cultivadas, que le dixéron ser del eunuco Basilio, que du-



Muerte de Nicéforo Focas.

Solo una sospecha infundió tal odio á la Emperatriz Teofana contra su esposo Nicéforo Focas, que tomando parte en la conjuración á que dió pretexto una injusticia del Monarca, introduxo en la habitacion de este á los conjurados. Le habia amado quando no debia, y quando debia amarlo, facilitó su muerte. ¡Muger execrable, que no supo concebir un afecto sin cometer un delito!

rante los dos últimos reynados se habia enriquecido mucho. Se le oyó al Emperador decir: „¡Es posible que el Imperio romano esté abandonado á la rapacidad de un eunuco insolente!” Estas palabras le valiéron una copa de veneno, cuyos efectos sintió, mas no quiso se hiciesen pesquisas. El poco tiempo que vivió despues de la funesta bebida, le empleó en ejercicios de piedad y disposiciones políticas. Nombró por sus sucesores á Basilio y Constantino, y murió con sentimiento universal, despues de haber reynado nueve años.

¿Si tendria tambien parte en esta muerte la emponzoñadora Teofana? Esto no se sabe; pero la tuvo en el provecho, porque el eunuco Basilio la llamó para reynar con ella baxo el nombre de los dos Príncipes, el mayor de los quales era de diez y nueve años, y el segundo de diez y siete. Ya hemos visto andar en competencia á Bardas Focas, sobrino de Nicéforo, y Bardas Esclero, empleado por Zimisce: ahora los veremos de nuevo provocarse en el campo que les dexó libre la juventud de los dos Emperadores.

Esclero usurpó la autoridad suprema, der-

rotó por dos veces el ejército imperial, tomó á Nicea, y venció á Focas enviado contra él. Focas se desquitó haciendo huir á Esclero hasta Babilonia, cuyo Sultan le puso en la cárcel. Viéndose Focas libre de Esclero, tomó la púrpura. Dió libertad el Sultan á Esclero, y este se concertó con Focas, repartiendo entre sí el mando para resistir mejor á Basilio y Constantino, los quales no obstante su juventud tomaron las armas y perseguian á los usurpadores. Empezó la discordia entre los dos Bardas. Hizo Focas apresar á Esclero, y murió él en una batalla que dió á los dos Emperadores. Esclero, á favor de la derrota de su colega, salió de sus prisiones, se sostuvo por algun tiempo en su rebellion; mas al fin se sometió, y le trataron con bastante consideracion.

En los intervalos de tiempo que dexaban á los dos Emperadores las sublevaciones, Basilio, á quien como á mayor se atribuye el trabajo y el honor, hacia la guerra á todo trance contra los Búlgaros, y logró ventajas considerables. Se cuenta que habiendo hecho grande número de prisioneros, mandó sacar los ojos á todos, y los repartió en compañías de cien hombres: siendo la guia de cada

una otro á quien solo habian quitado un ojo, y así los lleváron á Samuel su Rey. No pudiendo este Principe resistir á la impresion que le hizo un espectáculo, tan compasivo y tan horrible al mismo tiempo, se desmayó, y murió á los dos dias. A la verdad no habrá lector que no quiera mas bien parecerse á Samuel vencido que á Basilio vencedor. Por mas elogios que se den á su valor en la guerra, y á su habilidad en el gobierno, esta horrible crueldad marchitó para siempre su memoria; y así se nota que fue mas temido que amado. Murió á los setenta años de edad, y cincuenta y uno de reynado.

A Constantino, su hermano y su colega, no le faltaba valor, y entendia bien la guerra; en quanto á lo demas no parecia que era Emperador, porque solo pensaba en sus placeres. Aunque se vió solo, no mudó de conducta, sino en procurar, por decirlo así, destruir quanto bueno habia hecho antes su hermano. Despició los Ministros, substituyendo á estos los compañeros en sus torpezas, y fuéron muy dichosos los Generales y Magistrados de estimacion que fueron desterrados, y no perdiéron los ojos ó la

vida. Ya se abría el sepulcro para este viejo lascivo quando empezó á tomar alguna inquietud por su familia. Tenia tres hijas, y deseaba que una de ellas se casase con su sucesor. Pensó en darla por esposa á Romano, pero era casado. Le llamó el Emperador á su presencia, y le dixo: „Escoge ó repudiar á tu muger para casarte con una hija mia y ser declarado Emperador, ó que te saquen los ojos.” ¡Terrible alternativa para un hombre que estimaba á su muger! Mas esta se sacrificó entrando en un monasterio, y se casó Romano con Zoe, la segunda hija de Constantino. A los tres dias murió este Emperador á los setenta y dos años de su edad; habiendo reynado tres sin la compañía de Basilio.

Romano se señaló por laudables generosidades con los pobres cautivos, los quales por las guerras pasadas eran muchos, y á todos los rescató, les dió dinero, y los envió á sus respectivos paises. Tambien le elogian en gran manera por su liberalidad para con los monasterios que enriqueció con magníficas decoraciones. En todo se manifestó Príncipe muy piadoso, circunstancia que con la de tener sesenta y seis años no le hacia del gusto de la Emperatriz Zoe su esposa, la qual estaba

violentemente apasionada á un tal Miguel, de nacimiento baxo, y hermano de Juan, eunuco favorito del Emperador. Diéron veneno al devoto marido, y porque no murió tan presto, fue un malvado á tiempo que estaba en el baño, y metiéndole la cabeza en el agua, le tuvo allí hasta que se ahogó. Mientras espiraba envió Zoe á llamar al Patriarca de parte del Emperador, y quando llegó le dixo: Ya murió mi esposo; y así, para que no haya alborotos, cásame con Miguel, que es el que veis aquí. Se detenia el Patriarca; pero al fin deponiendo el escrúpulo los casó, y Zoe pasó recien viuda á las segundas nupcias. Reynó Romano cinco años y medio.

Todo el gobierno se mudó entonces, porque los que habian tenido con Romano la mayor parte en él, cayéron y fuéron desterrados, cediendo sus puestos á las hechuras del eunuco Juan, que se apoderó de toda la autoridad, y aun la misma Zoe no se libró, pues para sostenerse Juan separó de esta Princesa todas las mugeres y eunucos que tenian su confianza, y los reemplazó con gentes de quienes tenia seguridad, y de este modo se veia la Emperatriz como prisionera en su palacio.

Lo que mas la disgustaba era , que no habia hecho mas que elegir un marido devoto en lugar del otio ; porque Miguel lleno de escrúpulos solo pensaba en expiar con actos de piedad el delito que le habia servido para subir al trono. Advirtiéndolo su hermano Juan que iba decayendo su espiritu como su cuerpo , le empeñó en nombrar César á Miguel Calafate , hijo de su hermano: consintió Zoe , y le adoptó. Su piadoso predecesor le dexó con su muerte la diadema, que habia ceñido casi por ocho años.

El eunuco Juan hizo en este Miguel una eleccion muy perniciosa para sí y para Constantino , otro hermano suyo. Se dexó Miguel ganar por Zoe , y esta le hizo que desterrase á Juan su tio ; pero á ella , por imputarla que habia empleado operaciones mágicas para deshacerse del Emperador , la recluyéron en un monasterio. Esta ingratitud con su bienhechora sublevó al pueblo , el qual llamó á Teodora , hermana de Zoe , encerrada como ella en un convento , y puso á las dos Princesas en el trono. Miguel se salvó en un claustro , y en él tomó con su tio Constantino el hábito religioso , habiendo llevado la púrpura quatro meses. Parece que esta caida era pe-

na suficiente; pero Teodora exigió que le sacasen los ojos. A Zoe remplazada sobre el trono, la obligáron sus vasallos á que les diese un Emperador, y entre los concurrentes que se presentáron puso los ojos en Constantino, por sobrenombre *Monómaco*, personage ilustre por su nacimiento, y de amable figura, circunstancia nada indiferente para esta Princesa. Se casó con él, y el eunuco Juan fue desterrado á Lesbos, y privado de la vista. Monómaco gobernó con sabiduría y prudencia, y con aquella felicidad que permitían las irrupciones de los bárbaros que tenían atormentado al Imperio. Se ignora que parte dexó para Teodora en el gobierno: lo que se sabe es que siempre la trató con mucha atencion y respeto. Pero habiendo perdido á Zoe su muger, y sintiendo él que iba desfalleciendo, no eligió á su cuñada Teodora para sucederla: esta lo supo, salió del monasterio, y se declaró Emperatriz: atrevimiento que asustó tanto á Monómaco, que se desmayó con la noticia, y murió en el año trece de su reinado.

Teodora ocupó dignamente el trono de que acababa de apoderarse. La discrecion en elegir Generales y Ministros, su modo impar-

cial de hacer justicia, oyendo ella misma las defensas de las causas, y la moderacion con que usaba de su autoridad, la ganáron el afecto y estimacion de los pueblos vecinos. No hizo Teodora, por decirlo así, mas que estrenar la corona que tanto merecia: pues habiéndola tenido un año y algunos meses, por consejo de su Ministro, que queria continuar gobernando, la dexó al morir á Miguel Estratiótico, hombre avanzado en edad, y que no tenia idea alguna de los negocios.

Si la ley de heredar hubiera dado algun derecho al trono, habria sido este para Teodoro, primo hermano del difunto Emperador. Hizo sus esfuerzos para lograrle, y esperaba le favoreciesen el Patriarca y el clero. Estos, aunque sordos á sus súplicas, le diéron asilo en la iglesia, de la qual salió voluntariamente á un destierro, en donde murió poco despues. Estratiótico se suscitó por su poca destreza un rival muy peligroso, porque quando debiera atraerse los Generales de las tropas, como su apoyo principal, los descontentó, y juntándose estos eligieron entre sí otro que debiera ser colocado en el trono á la primera ocasion favorable. Estuvo esto secreto por muchos meses entre los compli-

ces sin ser descubierto: tal era la negligencia del gobierno; mas al fin rompió, y se supo con admiracion que junta en un dilatado campo la mayor parte de las tropas del Imperio, habia nombrado Emperador. Estratiótico, ó por mejor decir los que gobernaban en su nombre, hallaron soldados suficientes para tentar una batalla, mas no les favoreció la suerte. Entonces Isaac Comneno, General electo, se adelantó á Constantinopla, y por decreto del Senado fue declarado Emperador. Llegó una diputacion de Obispos á exhortar á Estratiótico que renunciase la dignidad imperial, y él les dixo: „¿Qué es lo que me dareis en cambio?“ A lo que ellos respondiéron: *El reyno de los cielos*. Y sin duda, si le hubieran tenido en su mano valia mucho mas que el otro; pero Estratiótico fue á buscar el camino en un monasterio, adonde se retiró, habiendo reynado un año.

El primer cuidado de Comneno fue recompensar á los que le habian elevado, y el segundo llenar el tesoro público. Fue amontonando el producto de los impuestos, haciéndolos tan onerosos que se murmuró altamente. A esto añadió quanto pudo tomar

de los bienes del clero. El Patriarca, que hablaba por todos, fue desterrado, é Isaac habiendo reynado dos años y tres meses, renunció voluntariamente, y retirándose á un monasterio, empleó el resto de sus dias en exercicios de piedad. Aunque tuvo hijos, y muchos parientes cercanos, nombró por sucesor á Constantino Ducas, estimado por todos como el hombre mas digno de remplazarle.

Siempre eran los impuestos la causa de descontento y de las quejas. Crecieron esta en tiempo de Ducas, porque no se advertia que el dinero que sacaba contribuyese para hacer al pueblo mas feliz; pues estaba continuamente atormentado con las irrupciones. Los Turcos, ya conocidos algun tiempo antes, eran por entonces los mas terribles enemigos del Imperio; y en lugar de rechazarlos con buenos exércitos, viendo Ducas que estos exígian mucho gasto para levantarlos y mantenerlos, procuraba retirar los enemigos regalando á los Generales; pero estos recibian los regalos, y volvian con nuevas asolaciones para que les diesen otros. Asi reynó Ducas cinco años y medio; y reducido al extremo por una enfermedad mortal, dexó el

Imperio á sus tres hijos, Miguel, Andrónico y Constantino; y durante la menor edad de estos nombró por Regente á la Emperatriz Eudoxia su madre, despues de exígirle el juramento de que no volveria á casarse.

Dos motivos que el moribundo pudiera haber previsto, la necesidad y el amor, rompiéron el juramento de la Emperatriz. Con motivo de algunas pérdidas ocasionadas por los Turcos, publicáron los descontentos y ambiciosos que el estado actual del Imperio necesitaba un hombre valeroso, y no una muger débil y tímida. Entre estos murmuradores del gobierno era uno de ellos Romano Diógenes, hombre de gallarda presencia, y de ilustre nacimiento. Este acompañó sus palabras con algunas acciones que hicieron acusarle de que aspiraba al Imperio. Le llevaron á la presencia de Eudoxia, para que esta le sentenciase á muerte; pero compadecida de un hombre tan amable á sus ojos para tenerle por delinquente, le perdonó, le colocó á la cabeza de sus tropas, y concibió el proyecto de casarse con él. ¿Y el juramento? Ya ella misma se habia facilitado la dispensa en el fondo de su corazon, y solo faltaba que la pronunciase el Patriarca Juan Xifilino, para no hallar al pueblo contrario á sus deseos.

Despachó al Patriarca un eunuco fiel que le dixese en confianza que la Emperatriz, enamorada de Bardas, sobrino del mismo Patriarca, estaba determinada á casarse con él, y darle parte en su autoridad si el tío la relevaba del juramento que habia hecho, y persuadia al Senado á que podia casarse. El Patriarca Juan, deslumbrado con la esperanza de ver Emperador á su sobrino, consiguió el consentimiento de los Senadores, representándoles la dolorosa situacion del Imperio, y que los zelos del difunto Emperador habian hecho la extorsion de exígir aquel juramento temerario. Dió públicamente á Eudoxia su escrito que tenia en depósito, y la exhortó á casarse con algun hombre capaz de proteger á ella y á sus hijos. Le escuchó con docilidad; pero algunos dias despues, con la mayor admiracion del Patriarca, dió la mano de esposa á Romano Diógenes, haciéndole proclamar Emperador. La desgracia de la guerra puso á este Príncipe en manos de Axan, Sultan de los Turcos, que le trató con toda la atencion que pudiera suavizar su infeliz estado. Entre tanto que Romano concertaba con su generoso vencedor una paz tan ventajosa como si estuviera libre, Juan Du-

cas, cuñado de Eudoxia, con la noticia del cautiverio del marido, la arrojó del trono, la encerró en un monasterio, é hizo proclamar Emperador á Miguel Ducas, que era el mayor de los tres hijos. Se opuso Romano á la usurpacion con mano armada: le prendiéron, le dió veneno Juan; y como el veneno obrase con demasiada lentitud, le hizo sacar los ojos con modo tan cruel, que murió en pocos dias á los quatro años de su reynado.

Como Miguel Ducas era un Príncipe indolente, toda la potestad estaba en manos de Juan su tio, y la aseguró mas con la caida ó el destierro de quantos le podian ser contrarios. Este modo arbitrario de obrar le suscitó muchos enemigos. Los Turcos, que no se contentaban ya con inquietar las fronteras, sino que se hallaban fortificados en el reyno con varios puntos de apoyo, veian que los reclamaban las facciones, y se iban adelantando á favor de las turbulencias que ellos procuraban fomentar. Un tal Ruselio, natural de las Galias, logró contra ellos ventajas que le animáron á hacerse declarar Emperador. Enviáron contra él á Alexo Comneno, capitán jóven, aunque famoso por muchas victorias. Este sofocó la rebelion cautivando á Ruselio,

y no se habló ya de él; pero á este rebelde sucedieron otros dos, Nicéforo Briene, y Nicéforo Botoniate, que diéron tanto que sentir al indolente Miguel, que quiso mas dexar la corona, que pasar continuamente la fatiga de defenderla; y así depuso la púrpura imperial, recibió los órdenes sagrados, y llegó á ser Obispo de Efeso, despues de haber reynado seis años y medio.

Botoniate fue el que de los dos concurrentes quedó por dueño con el valor de Alexo, que venció á su rival, y se le entregó en sus manos. Tambien le libró de otro llamado Basilacio. Durante estas hazañas en que Alexo tenia el auxilio de Isaac su hermano, pasaba una intriga de corte que le sirvió mas que sus victorias. La Emperatriz María, muger de Miguel, á la que sin duda reputabar por viuda, por haberse él ordenado Obispo de Efeso, se habia casado con Botoniate; y con la hija de este casó un hijo que tenia de su primer marido Miguel. Descubrió esta Emperatriz que á pesar del doble derecho de este Príncipe á la corona, estaba pronto su esposo, aconsejado de dos favoritos, á ponerla en la cabeza de un pariente jóven, llamado Sinadeno. Recurrió ella á los dos Comnenos, Ale-

xo é Isaac, para sostener el derecho de su hijo. Descubrieron los favoritos esta inteligencia, y procuraban deshacerse de aquellos protectores de la Emperatriz; pero advertidos á tiempo para cortar todas las maniobras, Alexo, que se hallaba á la cabeza de un ejército, se hizo proclamar Emperador. No estaba Botoniate sin recurso; pero quiso mas deferir á los consejos del Patriarca Cosme, famoso por su piedad, el qual le exhortó á que se sometiese á las órdenes de la Providencia, y antes dexase el Imperio que permitir se manchase su capital con sangre christiana. No esperó á muchas instancias, y fue á la iglesia mayor á dexar el vestido imperial, y desde allí á tomar en un claustro el hábito de monje, á los dos años y diez meses de reinado. De este modo se halló María viuda de un Obispo y de un Monge que aun estaban vivos.

Se notará que la decadencia del Imperio griego de Constantinopla es muy semejante en sus causas á la disolucion del Imperio de los Seléucidas, con sola aquella diferencia que añaden las costumbres y la religion. Entre los Seléucidas las intrigas de la corte provenian de los casamientos contraidos entre her-

manos y hermanas , cuyos hijos apoyados de iguales derechos se disputaban el poder supremo , y le iban debilitando. Entre los Griegos , de la confusion de los matrimonios , en los cuales se verificaban los mismos resultados , esto es , las pretensiones mezcladas entre sí , se siguiéron los mismos desórdenes. La revolucion de uno y otro Imperio se fue preparando con la menor edad , la influencia de las mugeres , la poca experiencia de los Príncipes jóvenes , la corta duracion de los reynados , y los continuos golpes que recibia el cuerpo del estado , así con los asaltos de las tropas de bárbaros confinantes , como con sus pérfidas alianzas. Se viéron no obstante de tiempo en tiempo algunos Príncipes que con mano poderosa sostuviéron el edificio conmovido , y retardáron su caida.

De este caos , como del de los Seléucidas , se levantáron soberanías y aun Imperios ; pero aun fuéron mucho menos considerables que los de los sucesores de Alexandro. Citaremos como por digresion los Imperios de Trebisonda y de Nicea.

Trebisonda fue la silla del Imperio de Comneno. Sus parientes , que se habian librado del hierro de los tiranos de Constantino-

pla, se formaron un estado de las provincias orientales del Ponto, Galacia y Capadocia; pero este estado no merecia mas el nombre de Imperio que el de Nicea: sino que se tomaron este titulo los dos Principes por emulation, y se quedaron con él. El de Trebisonda fue asaltado por los Griegos, los Latinos, Turcos, Sarracenos y Persas, y sobre todo por los Emperadores de Nicea. Luchó con estas potencias ya juntas ya separadas, en términos que es muy sensible que solamente nos hayan quedado indicaciones, y no relaciones circunstanciadas de sus hazañas, por lo que no hay cosa que sea notable sino la catástrofe. Mahomet II, llamado el *Grande*, se apoderó de la capital en el siglo decimoquinto, cargó de prisiones á Miguel Comneno, faltando á su palabra: llevó á la Emperatriz y sus hijas con toda la nobleza á Constantinopla en triunfo: incorporó en sus genízaros ochocientos Trebisantinos de los mas bien formados: y distribuyó á sus capitanes las mugeres y doncellas mas agraciadas. Tomada la capital se sometió en el año mil quatrocientos sesenta y dos todo el Imperio, que habia durado doscientos sesenta y ocho años.

El Imperio de Nicea fue fundado por Teodoro Lascaris, yerno del tirano Alexo Angelo. Huyó de la espada de su suegro, y se salvó en Bitinia, cuyos habitantes le recibieron con grande gozo; y de la Frigia, la Media, la Lidia y la Jonia, desde el Meandro hasta el Ponto Euxino formó un Imperio, y le sostuvo con su valor contra los ataques de su suegro y del Sultan de Iconio. Al morir se le dexó al valiente Juan Ducas, cuyo valor y habilidad dilatáron este mismo Imperio casi hasta las puertas de Constantinopla. El Reynado de su sucesor, que solo duró tres años, la menor edad que se le siguió, alborotos y traiciones, abreviáron la duracion de este pequeño Imperio, y al cabo de quarenta años le sumergiéron en la nada.

Alexo Comneno retardó en quanto pudo la desmembracion del Imperio, y sus acciones muestran que era tan prudente administrador como profundo político y gran guerrero. Sin embargo de la pronta docilidad de Botoniate, habian cometido las tropas de Alexo en Constantinopla desórdenes que tenían muy ofendidos al clero y al pueblo. Alexo movido de sus remordimientos, ó fingiendo que lo estaba, compareció ante el Pa-

triarca en hábito de penitente, y reconociéndose culpado en los desórdenes cometidos por sus tropas, pidió penitencia proporcionada á la enormidad de sus pecados. El Patriarca le impuso á él y á todos sus cómplices ayunar, dormir en el suelo, y practicar otras austeridades por quarenta dias. Esta penitencia la cumplieron puntualmente, y sobre todos el Emperador; mas despues de este obsequio hecho á la religion, no tuvo por culpa tomar los bienes de la Iglesia quando los necesitó, y esto no sin experimentar resistencias que causáron alborotos.

Continuamente estuvo en guerra este Príncipe, no solo contra los Turcos, Sarracenos, y otros enemigos naturales del Imperio, sino contra el Occidente, que entonces cayó con todo su peso sobre los Orientales en las famosas Cruzadas, cuya primera irrupcion sostuvo Alexo. Las precedieron las de Roberto Guiscard, hijo de Tancredo, Señor de Hauteville. No hallándose este normando bien acomodado en su pais por su numerosa familia, envió á sus hijos á buscar lo necesario en otra parte: el mas jóven, aunque bien establecido en la Pulla y la Calabria, vió como su padre, que no tenia lo suficiente, y

fue á buscarlo entre sus vecinos. Se cree que no aspiraba á menos que al Imperio de Constantinopla, contando con quitársele á Alexo; pero murió despues de una guerra muy ruinosa para ambas partes, en la que el mismo Alexo procuro sacar ventajas con la diestra politica de suscitar disensiones á su enemigo.

Apenas se vió Alexo desembarazado de este, le atacáron los Escitas invadiendo la Tracia: al principio los rechazó con las armas, y despues con un tratado de paz, cuyas condiciones dictó él imperiosamente. No fue menos feliz en muchas batallas contra los Turcos; mas para sostenerse contra los Cruzados necesitó de toda su habilidad. Se ha mirado como una perfidia su conducta para con ellos. Desconfió de estos, y á la verdad retractó las promesas que les habia hecho, pensando que así morirían de hambre y desolacion; pero tampoco iban á socorrerle. Por otra parte, ademas de que la multitud cometia infinitos desórdenes, saqueaba, destruía, introducía el hambre, dando lugar á que los echasen de todas partes, y los persiguiesen como á ladrones, mandaban el ejército unos Señores y Príncipes codiciosos. Tenia no-

ticias de que la mayor parte de estos habian dexado sus hogares con el deseo de conquistar, y que iban dispuestos á invadir quanto les acomodase. Tenia razon Alexo para temer, que si no hallaban por otra parte, le despojarian á él, y tal vez irian con la intencion de arrojarle de su capital, como se vió por la experiencia en sus sucesores. Ademas de las disensiones ordinarias entre personas de diferentes opiniones é intereses, tuvo Alexo una guerra muy seria con Boemundo, Príncipe Cruzado, la qual se concluyó con el último tratado que hizo este Emperador. Murió de enfermedad, habiendo reynado treinta y siete años. Era reconocido, generoso, liberal, y á los autores de muchas conspiraciones que en su tiempo rompiéron jamas los castigó sino con destierro y confiscacion de bienes.

Inquietáron los últimos momentos de Alexo Comneno aquellas importunidades, que tal vez no perdonan á los moribundos. Ana, su hija, unida con la Emperatriz su madre, pretendia que nombrase á Briene su esposo; pero el Emperador siempre se mantuvo por su hijo Juan: y este Príncipe para subir al trono tuvo que sufrir los asaltos de esta cábala; pero la disipó, y no se sirvió de otro castigo

que retirar de la corte á aquellos de cuya fidelidad sospechaba. Rechazo de sus fronteras á los Turcos, Escitas, Servianos y Licunos, haciéndose dueño del reyno de Armenia; mas quando se preparaba para otras conquistas, murió por haberse picado con una flecha envenenada que tenia en su misma aljaba. A ninguno mandó quitar la vida en todo su reynado, lo que le hizo tan amable á sus vasallos por su humanidad, quanto fue temible para sus enemigos, por su valor, habilidad y ventura en todas las expediciones. Esta ventura le acompañó constantemente en los veinte años de su reynado.

Prefirió para sucederle á Manuel, su hijo menor, y este arrestó inmediatamente á Isaac que era el mayor; pero le puso luego en libertad, exigiéndole la promesa de no entrar jamas en conspiracion alguna contra él. Tuvo Isaac que sufrir esta ley, porque era el blanco del pueblo, cuyo amor habia despreciado mientras su padre vivió. Contra este Emperador formáron los Cruzados las mismas quejas que contra Alexo su abuelo; pero se les puede oponer la misma justificacion. Era de genio activo, y quando no tenia guerras, se ocupaba en disputas de religion, teniendo espe-

ial gusto en refinar acerca de esta, y de
quí provino que inventase algunas heregías.
Antes de morir tomó el hábito monástico, mi-
ándole como expiacion de la vida disoluta
ue habia tenido en los treinta y ocho años
e su reynado.

A su hijo y sucesor Alexo Comneno
ue tenia solos doce años, le dexó baxo la
atela de su madre, la qual le crió en el
mor á los placeres y separacion de los ne-
ocios para tener sola ella la autoridad, ha-
iendo depositario de esta á Alexo, Presiden-
e del Consejo, que estaba en gracia de la
Imperatriz mas de lo que su honor la permiti-
a, y así la mala conducta de la madre oca-
ionó la desgracia del hijo. El desprecio que
lla inspiraba hizo que el pueblo favoreciese
ara la usurpacion á Andrónico, primo her-
iano del difunto Emperador, el qual apenas
alló obstáculo para apoderarse del Presiden-
e Alexo, de la Emperatriz y de su hijo.
El primero le hizo sacar los ojos: saludó con
ucha frialdad á la madre: se postró delan-
e del jóven Emperador con mucho respeto,
vezclando en el cumplimiento pasages de los
untos libros acomodándolos á las circunstan-
ias. El tirano era un hipócrita, cruel á san-

gre fria: asistia con devocion aparente á los divinos misterios, y participaba de ellos con veneracion; pero dexando el altar, prescribia tormentos y asesinatos. No contento con ser tutor, se hizo declarar colega del jóven Príncipe, y á los mismos que habian contribuido á su elevacion no los perdonó mas que á los otros. Desterró á los que no pudo envenenar: hizo ahorcar á la Emperatriz con pretextos absolutamente destituidos de fundamento, y quitó la vida con el mismo suplicio al desgraciado Alexo á los quince años de su edad, y tres de su reynado.

El usurpador hizo sin distincion perecer á quantos le parecieron afectos á la familia de Alexo, ó capaces de vengar su muerte. Casi no se pasaba dia que no fuese señalado con alguna cruel execucion. En poco tiempo quedó exterminada la flor de la nobleza, y entre tanto se quejaba el cruel tirano de que la severidad de la ley no le permitia perdonar á todos los hombres de mérito. Ya se cansó el pueblo de sangrientos espectáculos, y excitó la compasion de la multitud el peligro de Isaac Angelo, personaje distinguido, á quien Andronico queria asesinar. Se juntó pues en la iglesia adonde

e había refugiado, y le proclamó Emperador. Quiso el tirano salvarse por mar, y siempre le rechazaron los vientos contrarios. Le rindiéron pues, le llevaron á Isaac, y le abandonaron al populacho, que le estuvo atormentando cruelmente por tres dias. Si no obstante su hipocresía conservaba en el fondo sentimientos de religion, esta fue la que le sirvió por entonces, porque sostuvo los tormentos con admirable valor, repitiendo de quando en quando estas palabras: *Señor, tened misericordia de mí.* No dixo injuria ni palabra de impaciencia á sus verdugos, antes bien de la sin aspereza estas palabras: *¿Por qué rompéis una caña cascada?* La ambicion es de todas edades, pues Andrónico á los setenta y tres años escaló, por decirlo así, el trono, y pasados dos años le precipitaron de él con esta cruel muerte.

Ganó Isaac Angelo el afecto del pueblo con su benignidad y moderacion, y mereció el de los Grandes, llamando á los deserrados, y restableciendo muchas ilustres familias que habian decaido de su antiguo esplendor; pero halló la recompensa de sus beneficios en el afecto de sus vasallos contrarías, General suyo que se le habia rebela-

do, y fue á sitiar á Constantinopla. El Emperador, que no era guerrero, sino muy de voto, se encomendaba á las oraciones de los Monges, y mandó colocar con grande solemnidad la imágen de María Santísima en lo mas alto de los muros. Lleno de confianza en estas precauciones se estaba muy tranquilo en su palacio; pero Conrado, Marques de Monferrato, uno de los capitanes de las Cruzadas, le hizo ver que estas medidas no bastaban: se puso pues á la cabeza de los habitantes, rechazó á Branas, y le mató con su propia mano. Tenia Isaac el vicio de las almas débiles, que es el de creer desembarazarse con subterfugios. Se lisonjeó que con ellos divertiría á Federico Barbaroxa, Emperador de Alemania, que iba con un poderoso ejército á socorrer á los Cruzados; pero Barbaroxa tomó por fuerza los víveres, y otras cosas necesarias que los Griegos le habian prometido. Sufrió tambien Isaac otras pérdidas por parte de los enemigos del Imperio, y sobre todo de los Escitas. Sus desgracias diéron ocasion á su hermano Alexo Angelo para que le representase como incapaz, y para destronarle á los diez años de su reynado. Le puso en una cárcel, y á esta injusticia añadió la crueldad de

privarle de la vista. Esta barbaridad fue mucho mas horrible, porque siempre le habia tratado Isaac con amistad; y sin duda se arrepintió Alexo, pues sacó al ciego de la árcel, y llamó á la corte á su hijo Alexo, de edad de doce años. El anciano Emperador, aunque privado de la vista, encontró medio para mantener correspondencia con su hija Irene, muger del Emperador de Alemania. Tomadas las medidas huyó el jóven Alexo de la corte de su tio: fue á ver á su hermana, y sublevó los Príncipes de Occidente. Los Venecianos, que en aquel tiempo eran muy poderosos, se empeñaron en trasportar tropas, cuya mayor parte eran Franceses, y en contribuir á restablecer en el trono al ciego, mediante cierta suma que habia de pagárseles despues de haberlo conseguido. Fuéron derechos á Constantinopla, la sitiáron; y viéndose el timo en el momento de ser preso, se salvó en Asia con los ornamentos imperiales y sus tesoros, y llegó hasta el pie del monte Hemo. Así que partió abriéron las puertas los habitantes de Constantinopla, y restituyéron el cetro al ciego á los tres años de haberle perdido; pero sobrevivió poco á su restablecimiento.

Aun le gozó menos Alexo su hijo, pues

para pagar las cantidades que debía entregar á los Franceses y á los Venecianos tuvo precision de oprimir á sus vasallos con impuestos y esto junto con la amistad y singular estimacion que profesaba á sus libertadores, excitó un descontento general en su pueblo, que era enemigo jurado de los Latinos. Esta disposicion de los ánimos alentó á Juan Ducas por sobrenombre Murtzulfo, así llamado por lo poblado de sus cejas, á intentar la usurpacion de la autoridad suprema: el artificioso Murtzulfo para conseguir su fin previno al jóven Emperador contra los Latinos, á los que hasta entonces habia querido. De los pequeños resentimientos, fomentados con cuidado, nacióron hostilidades: manejó Murtzulfo una composicion, y llegó á suplicar á los Latinos que entrasen en Constantinopla para sacar á Alexo del furor del pueblo, diciendo que se habia rebelado. Por otra parte publicó que el Emperador habia vendido la ciudad á los Latinos, los quales se adelantaban á tomarla. Durante el tumulto que esta noticia excitó, entró Murtzulfo en el quarto del desgraciado Alexo, y le ahogó con sus propias manos: hizo alarde de esta accion delante del pueblo, como de un servicio á la pú-

blica libertad, y consiguió que le proclamasen Emperador.

Indignados los Latinos sitiaron al usurpador en la ciudad; y como no le faltaba espíritu ni experiencia, se defendió con valor sufriendo muchos asaltos. Los Franceses fueron los primeros que enarbolaron su estandarte en una torre: se presentaron los Venecianos tambien en las murallas: cayeron tres puertas á esfuerzos de los arietes y máquinas de guerra, y al anochechar entró todo el ejército en forma de batalla: se apoderó de los puertos mas cercanos, y se mantuvo con centinelas, contando con que á la mañana tendrian que dar un gran combate; pero se admiraron los Latinos al amanecer quando vieron que iban llegando procesiones de suplicantes de diferentes quarteles de la ciudad, con cruces, banderas, imágenes de santos y reliquias, pidiendo á gritos misericordia, y los vencedores les concedieron la vida. Permitieron los capitanes un dia de saqueo sin violencia ni efusion de sangre, con la condicion de juntar todos los bienes para repartirlos segun la clase y el mérito. No fue muy considerable esta masa comun, porque habian tenido tiempo de ocultar y salvar muchas cosas por la noche, y

los soldados , no obstante la prohibicion , separáron para sí muchos efectos preciosos. Subió el botin en general á una suma increíble, sin contar las estatuas y pinturas. Murtzulfo se salvó con Eufrosina , muger de Alexo Angelo , y con Eudoxia hija de este , por quien había dexado su legítima muger , entrando todos en una pequeña embarcacion. Contaba con la alianza de Alexo para tener derecho al Imperio por las pretensiones de su suegro refugiado en el monte Hemo. Sucedió esta grande revolucion ochocientos setenta y quatro años despues que se trasladó el trono imperial de Roma á Constantinopla.

CONSTANTINOPLA LATINA.

Debe considerarse el Imperio latino de Constantinopla como fixado en la ciudad , y reducido á mas ó menos extension , segun los sucesos y reveses de los Príncipes Griegos, Turcos , Búlgaros y aun Latinos, que le estrechaban por todas partes. Hiciéron Emperador á Balduino , Conde de Flandes , y le diéron la Tracia con una autoridad absoluta sobre las provincias griegas ya tomadas , y las que en adelante se conquistasen. Erigiéron en reyno



Muerte de Balduino.

La suerte de las armas puso á este infelice Príncipe en manos de Juan, Rey de Bulgaria, qui en abusando de la humillacion de su miserable prisionero, mandó exponerlo mutilado y en un desierto á la voracidad de las fieras y aves de rapina. Tres dias de tan cruel suplicio libraron de su rigor á Balduino; pero no tendré el tiempo siglo bastante para borrar la horrible memoria de la barbaridad del Bulgare.

la Tesalia para Bonifacio, Marques de Monferrato: ganaron los Venecianos las islas del Archipiélago, una parte del Peloponeso, y muchas ciudades sobre el Helesponto. Teodoro Lascaris, yerno del tirano Alexo Angelo, recibido en Bitinia, despues que su suegro fue arrojado del trono, entró en posesion de toda la tierra que hay desde el Meandro hasta el Ponto Euxino: tomó el título de Emperador, y fixó su residencia en Nicea. Por ultimo David y Alexo Comneno, nietos del tirano Andrónico, se apoderaron de los paises orientales del Ponto, de la Galacia y la Capadocia, y formaron el Imperio de Trebisonda. No bien se habian establecido estos Soberanos quando empezaron á inquietarse y á chocar entre sí. Atacó Balduino á los fugitivos de Constantinopla refugiados en Tracia: llamaron en su auxilio á Juan, Rey de Bulgaria, el qual derrotó las tropas del Emperador, y le hizo prisionero. Se puede formar un juicio de las crueldades que exercieron los Búlgaros en Tracia por la barbaridad con que trató Juan al desgraciado Balduino, pues le levó cargado de cadenas á su capital: le mandó cortar los pies y las manos: le expuso en un desierto á las fieras y aves de rapi-

ña, y vivió tres dias en este cruel tormento.

Le sucedió su hermano Henrique, el qual tuvo que pelear con Teodoro Lascaris, que habia estado para ser vencido de su suegro Alexo Angelo: le venció su yerno, y le encerró en un monasterio, en donde murió. Después de una sangrienta guerra reconoció Teodoro al Emperador Henrique, el qual satisfecho con esta sumision volvió sus armas contra los Búlgaros, y contra Miguel y Teodoro Angelo, que tomaron la denominacion de Déspotas de la Etolia y del Epiro, donde exercian un poder absoluto. No pudo Henrique añadir á su Imperio estos paises, porque murió á los once años de su reynado.

Le sucedió Pedro su cuñado, Conde de Auxerre, que fue asesinado por orden de Teodoro, Príncipe de Epiro, quando estaba en sus paises, donde el Déspota le habia permitido el paso. No quiso Filipo, su hijo mayor, un trono expuesto á tantas tormentas, pero le admitió Roberto, su hijo menor, y en su tiempo murió Teodoro Lascaris, Emperador de Nicea, el qual porque su hijo era de corta edad, dexó sus estados á Juan Ducas, por sobrenombre Vatacio, marido de Irene, su hija mayor. El Emperador Latino Ro-

berto tomó ocasion de inquietarle , ayudando á dos tios de este Príncipe que aspiraban al Imperio ; pero Vatacio , despues de haber rechazado á Roberto , le puso sobre la defensiva. El Emperador de Constantinopla reynó solamente nueve años ; pero tuvo la satisfaccion de prender al Déspota Teodoro , enemigo de su padre , y le hizo sacar los ojos.

No se sabe si Balduino que le sucedió era su hermano ó su hijo ; pero no tenia mas que ocho años , y así le diéron por tutor al célebre Juan de Briena , que habia sido Rey de Jerusalem. Por desgracia era un anciano de ochenta años , pero vivió todavia otros nueve , y fuéron los suficientes para asegurar el estado de su pupilo. No supo el Príncipe óven aprovecharse de los aciertos de su tutor , y fue perdiendo pieza por pieza el Imperio , hasta que por último le quitó la capital un General de Miguel Paleólogo , el que de xefe de las tropas del Imperio de Nicea , habia llegado á tomar la corona. Quando sorprendiéron la ciudad se despojó el Emperador Balduino de las insignias de su dignidad , y llegó al mar con el Patriarca Latino , y un corto número de amigos. Se retiró á Venecia , dexando á los Griegos due-

ños de Constantinopla, despues que los Latinos la habian poseido por sesenta años, y así el Imperio Latino empezó por un Emperador llamado Balduino, y acabó por otro del mismo nombre.

IMPERIO GRIEGO.

Miguel Paleólogo, despues de muchas vicisitudes, obligado á huir de la corte de Vaticio, llamado de nuevo, elevado á los primeros puestos del Imperio de Nicea, y nombrado por tutor de un Príncipe de nueve años, obró al principio baxo el nombre del jóven Emperador; pero quando se vió bien establecido hizo privar de la vista inhumanamente á su pupilo, con el pretexto de no dexar en este competidor causa de alborotos en una ciudad que decia pertenecerle á titulo de conquista. Se portó con mucha politica con los Latinos, y en los privilegios que les concedió para retenerlos miraba principalmente al comercio, queriendo que este floreciese en su capital, en donde los Genoveses, Venecianos y Pisanos eran muy poderosos. Dió á los primeros uno de los mejores quarteles con derecho de gobernarse por sus propias leyes,

y no favoreció menos á los Venecianos y á los Pisanos. Para poner el sello á la concordia, que descaba establecer entre todos sus vasallos, intentó la reunion de la Iglesia Griega con la Latina; pero el Patriarca y el clero de Constantinopla no llevaron á bien que el Emperador reconociese la primacia del Papa; y Miguel, irritado por esta resistencia, los castigó con deposiciones y destierros. La pesadumbre que le diéron estos alborotos le causó una enfermedad, de que murió á los cincuenta y ocho años, habiendo reynado veinte y quatro.

El primer cuidado de Andrónico, su hijo, fue conciliarse el clero, anulando todo lo hecho en punto de la union de las Iglesias Griega y Latina. Como era muy asustadizo, entró en sospechas contra Constantino su hermano y los mejores capitanes, separándolos del mando de sus exércitos, en lo que ganáron mucho los Turcos, que eran los que le estrechaban. La primera vez que estos pusieron el pie en la Europa fue en tiempo de este Príncipe; pero sin formar establecimiento. Andrónico, no fiándose en sus vasallos, habia introducido en sus exércitos grandes cuerpos de tropas auxiliares: estas eran

su mayor fuerza. Aquellos extranjeros hicieron muchas veces en las provincias mas estragos que los enemigos. Murmuraban los pueblos, y viéndose saqueados, se juntaron con los saqueadores, por lo que el infeliz Imperio que empezaba á restablecerse en tiempo de Miguel Paleólogo, volvió á caer en la confusion en el de Andrónico.

En los últimos años de su reinado le dió grandes pesadumbres uno de sus nietos llamado como él Andrónico: era hijo de Miguel, Príncipe benigno, á quien su padre habia asociado á sí. Tuvo Miguel dos hijos, este Andrónico de que hablamos, y Manuel. El primero parece que tenia talento y amables modales, que agradaban mucho á su abuelo; pero era libertino, y andaba mal acompañado. Entregado á la pasion de las mugeres, sospechó que su dama favorita tenia un amante á quien queria mas que á él, y encargó una noche á ciertos asesinos que velasen á vista de su habitacion, y matasen al que fuese á verla. Quiso la desgracia que en aquella noche fuese Manuel con poca compañía á visitar á su hermano, y no conociéndole las gentes apostadas, se arrojaron sobre él, y le diéron muchos golpes, de los cuales mu-

rió. Esta casualidad causó á Miguel, su padre, una pena que le abrevió sus dias, mas no disminuyó la estimacion y el amor del abuelo para con Andrónico.

Las malas compañías pervirtiéron enteramente á este jóven Príncipe, ya por sí mal inclinado, y los cómplices de sus torpezas, con la esperanza de aprovecharse de su autoridad quando la poseyese entera, le inspiráron el deseo de sacudirse de la de su abuelo. Llegó el anciano á saberlo, y habló con tanta bondad á su nieto, que el culpado deshecho en lágrimas se arrojó á sus brazos, y prometió enmendarse: no duró mucho su arrepentimiento, y fue mas peligrosa la recaída. Para evitar mayores inconvenientes determinó el Emperador repartir el Imperio; mas al jóven ambicioso le pareció poco, y lograda una parte quiso levantarse con todo. El abuelo le aumentó la porcion, pero inútilmente. La guerra que hasta entonces se habia hecho entre ellos con bastante moderacion, se animó con mas viveza: cayó Constantinopla por sorpresa en manos del jóven Andrónico, y con ella Andrónico el anciano. Trató á su abuelo con mucha atencion, le dexó su quarto y los honores del Impe-

rio, pero sin autoridad; y esta sombra de poder le ofuscó mas, y así de grado ó por fuerza se retiró el anciano á un claustro, y en él llevó por dos años el hábito monástico, hasta que murió á los setenta y dos años de su edad, habiendo reynado quarenta y nueve.

En el tiempo de las diferencias entre el abuelo y el nieto hicieron los Turcos grandes progresos en Asia, se apoderáron de sus plazas, se mantuviéron en ellas, y se dispusieron de modo que solo les faltaba pasar el Bósforo para afligir á Constantinopla. En vano les resistió Andrónico: ellos le impusieron duras leyes, en virtud de las quales conserváron quanto habian tomado, y prometieron dexarle gozar en paz de lo que no le quitaban; pero no fuéron fieles á su palabra, y no cesáron de inquietarle en los nueve años que reynó solo. Murió á los quarenta y cinco años de su edad.

Dexó Andrónico dos hijos, Juan y Manuel. Tenia el mayor nueve años, le diéron los estados tutor, y nombráron por protector del Imperio, durante su menor edad, á Juan Cantacuceno su pariente, que habia gozado la confianza de Andrónico. Esta elec-

cion desagradó al Patriarca , porque pretendia para sí la tutela , y aun busco el apoyo de la Emperatriz , persuadiéndola que Cantacuceno intentaba hacerse declarar Emperador. Esta calumnia fue justamente la que le llevó al trono, aunque no pensaba en él, porque declarándole enemigo de la patria y proscribiéndole, se vió precisado á tomar la púrpura para defenderse. Este Príncipe , á quien nunca podrá elogiarse con exceso, se halló forzado á hacer la guerra. Despreciaron quantos esfuerzos hizo por la paz, maltratáron bárbaramente á su madre y á toda su parentela, intentáron darle veneno; pero despues de las victorias con que sujetó quanto los Griegos poseian mas allá de Constantinopla , tambien esta ciudad cayó en sus manos. Fue depuesto y desterrado el Patriarca; y en el tratado que concluyéron quedó establecido que Cantacuceno, reconocido colega del jóven Emperador, tuviese la administracion de los negocios por sí solo diez años; y pasados estos, quando Juan llegase á los veinte y cinco años, se repartiase la autoridad. Cimentó estas condiciones el protector casando á su pupilo con Irene su hija , y coronándola Emperatriz.

A Cantacuceno le habian asistido poderosamente los Turcos, y en consecuencia no pudo menos de vivir con ellos en buena inteligencia. De esto se escandalizáron el clero, que se mezclaba demasiado en los negocios de estado, y algunas gentes que se tenían por devotas, por lo que desacreditáron esta conexión con los Turcos, y fuéron poco á poco retirando de Cantacuceno el afecto de la multitud. No obstante, gobernaba con tanta equidad y moderacion, que sus mas declarados enemigos no han podido producir el menor cargo contra él. Llegando el tiempo de dexar al jóven Emperador su parte de autoridad, se la entregó de buena fe; pero algunos enredadores persuadiéron á Juan Paleólogo que Cantacuceno le queria encerrar en un monasterio, y esta calumnia excitó entre los dos Príncipes una desconfianza que vino á parar en guerra declarada. En esta siempre llevó la ventaja Cantacuceno; mas para que se viese la injusticia de las sospechas, y para cortar del todo una guerra civil, se retiró voluntariamente á un convento, y tomó el hábito monástico.

Es verdad que pierde este sacrificio de su mérito quando se considera que los Tur-

cos habian invadido casi todo el Imperio, ya se habian establecido en Europa, y se sostenian en ella en fortalezas poco distantes de Constantinopla, á la que visiblemente amenazaban. Grande union se necesitaba entre los principales Griegos para resistir á enemigos tan poderosos; pero reynaba la discordia por todas partes, principalmente en la familia imperial. Andrónico, hijo mayor de Juan Paleólogo, se sublevó contra él; pero fue preso, y privado de la vista con su hijo de corta edad, y el Emperador se asoció con Manuel su segundo hijo. Andrónico, aunque ciego, con una traza de la que en otro Emperador del mismo nombre, tambien ciego, vimos exemplar, usurpó el trono contra su padre y su hermano, se le volvió á entregar, y se contentó con un pequeño principado, adonde fue á vivir tranquilo. Por este tiempo su padre, tratado como vasallo por Bayaceto, Emperador de los Turcos, se sujetó á un tributo bastante indecoroso, y dió en rehenes á Manuel, único hijo que le quedaba. Murió á los treinta y seis años de un reynado, que solamente fue feliz mientras tuvo repartido el poder con Cantacuceno.

En la corte del Sultan estaba Manuel

quando recibió la noticia de la muerte de su padre. Tomó sus medidas con el mayor secreto, engañó á las guardias, y llegó á las tierras del Imperio antes que le diesen alcance las tropas enviadas á seguirle. Irritado Bayaceto, fue talando la Tracia, y embistió la ciudad imperial por mar y tierra. Recurrió Manuel al auxilio de los Señores de Occidente, y aunque estos fuéron contra Bayaceto con un ejército de ciento y treinta mil hombres, le derrotó completamente el Sultán, y volvió sobre Constantinopla. Al mismo tiempo que la sitiaba estaba haciendo un tratado secreto con Juan, hijo de Andrónico el ciego, que reclamaba el Imperio por pertenecer á su padre, como hijo mayor de Juan Paleólogo. En virtud de este tratado se obligaba Bayaceto á dar el Imperio á Juan con la condicion de trasladar la corte al Peloponeso, cuya posesion le dexaba el Sultán para sí y sus descendientes, saliendo por garante ó fiador. En consecuencia de este convenio declaró Bayaceto á los habitantes que levantaria el sitio si querian reconocer á Juan por Emperador. Se sacrificó Manuel por sus vasallos, y consintió en renunciar, con la sola condicion de que le dexasen llevar su muger y



Retiro de Manuel.

*Irritado Bayaceto por la huida de Manuel á quien tenía en rehenes, sitió á Constantino-
pla; pero Manuel sabiendo que la libraria
de los horrores del sitio abdicando la coro-
na en favor de Juan, hizo este generoso sacri-
ficio, retirándose con su familia á Venecia:
Si grande es el Príncipe que renuncia al so-
siego por la felicidad de sus pueblos,; quanto lo
es mas el que por asegurarsela renuncia un trono!*

sus hijos adonde él quisiese. Todo lo concedió Juan, y el destronado Emperador se retiró á Venecia. Quando se trató de cumplir con la última condicion, que era poner en manos de Juan á Constantinopla, se negáron absolutamente los habitantes; pero tuviéron la fortuna de que Tamerlan acometió á Bayaceto, y le hizo prisionero. Con esta novedad volvió Manuel, y le recibiéron con aclamacion. A Juan, que se habia hecho odioso por su condescendencia con los Turcos, le desterráron á la isla de Lesbos; y aprovechándose Manuel del desórden que habia causado entre los Turcos la victoria de Tamerlan y la prision de Bayaceto, reconquistó muchas provincias, y las poseyó con tranquilidad hasta que murió en el año setenta y cinco de su edad, y treinta y siete de su reynado.

Dexó dos hijos, Juan y Constantino. En el reynado del primero volviéron los Turcos á tomar todas las provincias que habian perdido despues de las desgracias de Bayaceto. Amurates, su Emperador, sitió á Constantinopla; pero así como Bayaceto precisado por Tamerlan tuvo que abandonar una conquista que contaba por segura: tambien Amurates la perdió forzado por un Húngaro valiente

llamado Juan Huinado , cuyas hazañas han hecho célebre su nombre. A pesar de las ventajosas diversiones que hizo este célebre guerrero , se vió precisado el Emperador Griego á admitir del Turco un tratado poco honroso, sujetándose á vergonzosas condiciones. La pesadumbre que recibió: las penas que le ocasionáron los alborotos de su Iglesia , porque quiso unirla con la Romana con el fin de que le socorriesen los Latinos : la muerte de la Emperatriz , á quien estimaba mucho : la insolencia de Amurates , que siempre formaba nuevas pretensiones y le trataba con altivez: todas estas causas le fuéron debilitando la salud ; y se rindió al peso de tantas desgracias á los veinte y siete años de su reynado , dexando á su hermano Constantino el Imperio quando ya estaba casi reducido á los muros de Constantinopla.

Sucedió Mahomet á Amurates dos años despues que Constantino subió al trono. Al principio afectó benevolencia al Emperador Griego , y á otros Príncipes Christianos vecinos de sus estados. Por haber nacido de una madre Christiana se creyó que sus demostraciones fuesen sinceras ; pero ya habia mucho tiempo que habian resuelto en el consejo de

los Sultanes tomar á Constantinopla. Entre otros preparativos habia edificado Mahomet sobre el Bósforo, en Europa y en Asia, dos fuertes que dominaban este estrecho, y bloqueaban la capital del Emperador Griego. Viendo Constantino que eran inútiles sus representaciones sobre estas empresas de hostilidad, empezó á proveer de víveres la ciudad y á llenar los almacenes, solicitando por sus embaxadores el auxilio de los Príncipes de Occidente para conjurar la tempestad que amenazaba á su corte; pero los Príncipes Christianos, muy ocupados con las disensiones domésticas, no le diéron socorro alguno. Solo un aventurero Genovés, llamado Juan Justiniano, le llevó un número muy considerable de voluntarios, y en atencion á su habilidad y valor le dió Constantino el mando de todas sus fuerzas. Las de Mahomet quando se presentó delante de Constantinopla llegaban á trescientos mil hombres mandados por él mismo, y todavia las aumentó durante el sitio, el qual despues de muchos ataques particulares se concluyó con un asalto general. No pudo evitarle Constantino por mas ofertas que hizo al Sultan, ni aun con la proposicion de reconocerse por su vasallo y

de pagarle tributo. Pedia Mahomet la ciudad, y respondia Constantino: *Yo debo salvar mi capital, ó caer con ella.* Mantuvo su palabra el desgraciado Príncipe, porque se preparó para el asalto con la participacion de los santos misterios, arengó al pueblo y á la nobleza, exhortándolos á señalar su valor en defensa de la religion y del Imperio. Desde la iglesia se restituyó al palacio, se despidió de sus Ministros, como quien no los habia de ver mas, señaló su puesto á cada uno, y él marchó al suyo, que era el mas peligroso.

El ataque fue terrible, y la defensa sostenida con intrepidez. Quando aun balanceaba la fortuna hiriéron á Justiniano, y dicen que desmayó su valor al ver su sangre: lo cierto es que dexó su puesto, y se hizo llevar á Gálata, en donde murió de vergüenza segun se asegura. El Emperador, firme en su puesto, vió caer al rededor de sí los Paleólogos, los Comnenos y los Cantacucenos: ya no veia en torno sino enemigos, y exclamó con dolor: „¿Es posible que no ha perdonado la muerte ni á un Christiano que pueda quitarme la vida?” Diciendo estas palabras un Turco que no le conocia le dió un

golpe en el rostro , y otro le dió segundo , con lo que cayó y espiró á los quarenta y nueve años de edad , y diez de su gobierno. Digno modelo para proponerle á los Príncipes desgraciados , á los quales hace mas honor morir á la frente de los que los defienden , que sobrevivirles. Mahomet , admirando su valor , ordenó que se le hiciesen los honores fúnebres debidos á un Emperador. Abandonó la ciudad al saqueo , como lo habia prometido á sus soldados. De este modo acabó baxo el dominio de un Constantino , en el año mil quatrocientos cincuenta y tres , el Imperio establecido en Constantinopla por otro Constantino , mil ciento veinte y tres años antes.

CARTAGINESES.

Despues de haber seguido á los Romanos sin interrupcion hasta el último período de su grandeza , será bien decir en que pararon los Cartagineses sus famosos antagonistas. Cartago , émula y rival de Roma , tan célebre por solo este título , tambien fue recomendable por sus leyes , gobierno , comercio , instituciones políticas , militares , civiles y religiosas. Estaba situada esta ciudad en el

fondo de un golfo , y en una península cerca del sitio en donde hoy está Tunez. Era mas antigua que Roma, unos dicen que treinta, otros que cien años, ó mas. Dicen que la fundó Dido por haberse visto en la precision de dexar á Tiro para huir de la avaricia de Pigmeleon; bien que parece haber hallado habitantes, aunque en corto número, que por la posicion ventajosa se habian allí fixado. A esta Reyna y á sus Fenicios debió Cartago los principios que anunciaban su futura grandcza.

Los aumentos sucesivos la hicieron una de las mas bellas y fuertes ciudades del mundo. En el estado de su esplendor estaba guarnecida de triple muralla, flanqueada á trechos de fuertes torres. Entre uno y otro muro habia debaxo de arcos caballerizas, capaces de contener trescientos elefantes y quatro mil caballos, con todo lo necesario para su conservacion, ademas de las casernas para veinte mil infantes. Sus dos puertos separados estaban destinados, uno al comercio, y otro á los buques de guerra, pudiendo abrigarse en él hasta doscientos y veinte. Uno y otro puerto estaban cercados de bellos parapetos, y de arsenales llenos de quanto se necesitaba para el equipage. Habian edificado la ciudad sobre

cuatro montecillos, y en el mas alto habia una ciudadela muy fuerte por su situacion y por las obras que la cercaban. Ya se puede presumir quales debian ser los templos y otros edificios públicos en una ciudad poblada de setecientos mil habitantes, que tuvo el imperio del mar, y por consiguiente el comercio del universo casi sin interrupcion por seis siglos. Al presente no es mas que un terreno allanado que cubre los escombros sepultados en su seno, con corta diferencia como el Océano oculta algunas veces con una superficie en calma las riquezas que encierra en sus abismos. Solo se puede conocer su situacion y grandeza por las cisternas y desagüaderos que todavia se ven.

Los Cartagineses fuéron dueños de la mejor parte de España, de la Sicilia, y otras islas del Mediterraneo, sin contar los establecimientos que tuviéron en otros países, como puntos de apoyo para su comercio; pero sus estados propiamente tales eran los que al rededor de ellos componian lo que hoy es el reyno de Tunez. Esta última ciudad correspondia á la dominacion cartaginesa; pero Utica fue la primera despues de la capital, y á esta se seguia Hipona, sin hablar de

otras que habia por la costa , ó se levantaban en grande número por aquella tierra. La mayor parte estaban situadas á la orilla de los lagos , los quales son freqüentes en esta parte del Africa. Los habitantes en sus establecimientos se aprovechaban de los terrenos que hallaban cultivables entre los abrasados arenales que los rodeaban ; aunque su industria solo pudo aspirar á una fertilidad reducida á las orillas de estos lagos , ó de algunos pequeños rios que desaguan en ellos ; pero el término mismo de Cartago era muy fértil.

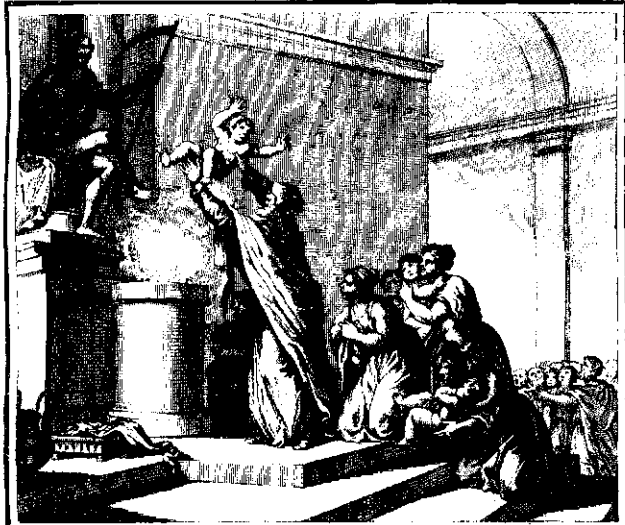
Se cree que el primer gobierno de Cartago fue monárquico , y no se sabe la época en que se hizo republicano : se componia del pueblo , de un Senado muy numeroso , y dos sufetas ó magistrados que le presidian , y eran como los dos Cónsules de Roma , ó los dos Reyes de Lacedemonia , aunque mas se parecian á los primeros por no ser sus empleos de por vida. Los elegian entre los mas ricos para que sostuviesen el esplendor de su clase. Se llegaba á la dignidad de Senador por eleccion del pueblo ó del colegio de los mismos Senadores , aunque no se sabe el modo de elegir. Quando los votos del Senado eran unánimes tenian fuerza de ley , y no se po-

dia apelar. Quando los pareceres se dividian, ó los sufetas eran de una opinion particular, se llevaba el asunto al pueblo, y este pronunciaba la última decision. De aquí, dice Polibio, viniéron las desgracias de Cartago, porque en la última guerra púnica, el populacho, arrastrado por sus oradores, venció contra el Senado. Tambien habia dos especies de tribunales, de cuyo destino y autoridad no hay mas que conjeturas. Los Centunviro, ó Consejo de los ciento, era sacado de los Senadores: y los Quinquetro, ó Consejo de cinco, sacados del Centunvirato. Hay apariencias de que este examinaba los negocios, y los proponia al Senado, y los Quinquetro invigilaban sobre todos, aun los sufetas, y eran poco mas ó menos como los Inquisidores de Estado en Venecia. De qualquiera modo parece que estas potestades se creáron y proporcionáron con inteligencia, pues por largo tiempo la historia de esta república no hace mencion de movimientos sediciosos y desenfrenados de parte del pueblo, ni de opresion de parte de algunos tiranos.

Por mucho tiempo mantuvo Cartago en su vigor la horrible costumbre de ofrecer los niños á un dios, que se cree fuese Satur-

no, abrasándolos en su obsequio, y aun estos niños debían ser de las primeras familias. Tenían las madres obligación de asistir al horrendo sacrificio, y no eran estimadas sino en quanto no manifestaban señal alguna de sensibilidad. En cierta ocasion de grande desconsuelo abrasaron los supersticiosos Cartagineses hasta doscientos niños de una vez. A pocos dioses Egipcios, Griegos, Romanos y Fenicios dexáron de adorar los Cartagineses con las supersticiones mas absurdas que usaban las otras naciones. En este número pueden entrar las prostituciones recomendadas como acto religioso que se practicaban en los templos, sirviendo de dote el precio; pero se observará en este punto, como respecto de todos los usos que repugnan á las buenas costumbres, que no se puede creer haya sido general.

Los fragmentos que hoy tenemos de la lengua púnica prueban que en su origen era la misma que la fenicia, aunque despues se aumentó con palabras de los idiomas de otras naciones con quienes tenían comercio los Cartagineses; y los Malteses conservan todavia muchas expresiones. Los caracteres de sus escrituras tenían del fenicio y del hebreo; y aunque las ciencias fuéron poco cultivadas entre



Niños cartagineses.

La superstición introduxo en Cartago la horrible costumbre de que en los casos de aflicción se abracase en obsequio de Saturno á los niños de las principales familias. Debían presenciárselos sus madres mismas, y perdía el comun aprecio la que se manifestaba sensible. ¡Hasta que punto nos precipita el extravío de la razón humana, quando era allí virtud resistir al grito justo de la naturaleza!

los Cartagineses, se les haria injusticia en decir que absolutamente las despreciaban. No solamente destruyéron los Romanos sus archivos, sino casi todas las producciones relativas á las bellas letras y á la historia, lo qual, fuerza es decirlo aunque de paso, debe colocar á estos señores del mundo en la clase de los pueblos bárbaros.

Sus costumbres, como las de todos los pueblos, tenian de bueno y de malo. Castigaban sin excepcion de personas: y los condenados á muerte eran los únicos que podian dar á otro noticia del fallecimiento de algun pariente cercano, pues creian que los anunciadores de nuevas afflictivas debian morir presto. ¿Pero conservaban de propósito á los delinquentes? Quando en la ciudad habia alguna calamidad grande, se pintaban de negro todos los muros. Mientras los soldados estaban en campaña, y los magistrados empleados en su cargo, no podian beber vino. Cada oficial ó soldado llevaba tantas sortijas como campañas habia hecho. Al volver de una expedicion desgraciada quitaban la vida al General, aunque no tuviese culpa alguna. ¡Y todavia hallaban Generales! El modo de exercer la hospitalidad era romper algunas señales que se daban

recíprocamente, y presentárselas quando se encontraban, y estas pasaban en las familias por herencia. Fuéron los Cartagineses muy supersticiosos y no menos crédulos en quanto á los oráculos y á los adivinos. Su carácter era duro y aun feroz; y se dice que solo estaban poseídos del deseo de acumular riquezas, sin que hubiese cosa tan baxa ni tan vergonzosa que no estuviesen dispuestos á emprender por adquirirlas. Pero debe observarse que esta reputacion se la diéron los Romanos, como tambien la nota de mala fe, *fides punica*, con la que estos enemigos les daban en rostro. La preocupacion de los Romanos fue tanta, que dixo Ciceron de un filósofo Púnico „que para ser Cartagines tenia bastante entendimiento.” No gustaban de la chanza: y sus grandes eran de una arrogancia insoportable; pero hubo entre estos almas generosas y heroycas.

A diferencia de los Romanos, que de los pueblos que los rodeaban hicieron soldados, tan Romanos como ellos; los Cartagineses, encerrados en un territorio estrecho, se vieron precisados á buscar lejos tropas asalariadas, que no podian tener el entusiasmo patriótico de los habitantes del pais latino. Sin embargo sus Generales y principales xefes;

que siempre eran de Cartago, inspiraron muchas veces á sus exércitos una energía que los hizo temibles; mas como eran gentes diversas, no llegaron á la disciplina de los Romanos. Sus marinos, formados en largos viages, eran tan experimentados como intrépidos; pero el mismo inconveniente habia en las armadas que en los exércitos, pues en comparacion de los marineros auxiliares eran muy pocos los Cartagineses, y por esta falta algunos Almirantes muy hábiles sufrieron considerables derrotas. Por los viages de larga navegacion, y por sus descubrimientos y comercio se puede juzgar de su táctica marítima. Himilcon descubrió las costas occidentales de la Europa. Hannon dió la vuelta al Africa: entró en el Océano, y vió las islas Británicas. Otros muchos, cuyos nombres no se conservan en la historia, hicieron salidas mas ó menos largas, y fundaron el inmenso comercio con que fue Cartago tan rica y formidable.

Los géneros de que los Cartagineses proveian de su propio fondo á las otras naciones, parece haber sido trigo, frutas de toda especie, cera, miel, aceyte y pieles. Sus manufacturas consistian principalmente en todo

lo necesario para equipar navíos. Se les atribuye la invencion de galeras con quatro ó denes de remos, y la de los gruesos cable. Sacaban de Egipto lino fino, papel y granos; de las costas del mar Roxo especerías, aromas, oro, perlas y piedras preciosas; de Tiro y de la Fenicia púrpura, escarlata, ricas estofas y tapicerías. Quando volvian de las costas occidentales, adonde llevaban estas mercancías, venian con el hierro, estaño, plomo y cobre, y lo trasportaban á las orientales. Su comercio mas lucrativo era, á lo que parece, con los Persas, Garamantas y Etiopes, y le hacian por caravanas. El comercio era la profesion mas estimada, y aun las primeras personas le exercian con honor.

Merece particular atencion el modo de comerciar con la Libia. Quando los Cartagineses desembarcaban, llegando á alguna bahía, exponian sus géneros en algun sitio elevado, y se volvian á las naves, advirtiendo su llegada por medio de una grande humareda. Iban los de Libia al sitio donde estaban las mercancías, y dexaban allí cierta cantidad de oro; y hecho esto, se retiraban á mucha distancia. Saltaban los Cartagineses en tierra; y si la cantidad de oro les parecia suficiente, se la

llevaban y se hacian á la vela; pero si no, se volvian á las embarcaciones sin tomar nada: conociendo por esto los Libios que no estaba concluida la venta, aumentaban el oro hasta que se le llevaban los Cartagineses. Ninguno de estos dos pueblos hizo jamas injusticia al otro; lo qual, aunque tuviese al interes por móvil, es un exemplo de buena fe.

Dido, la fundadora de Cartago, era jóven hermosa, discreta y de gran resolucion, como se ve en el modo de evadirse de la codicia de Pigmaleon. Las historias la suponen mucha prudencia. Quando Virgilio la introduce en su poema la representa de corazon excesivamente tierno respecto de lo que convenia á una muger que debiera ocuparse mas en la política que en los amores. Se dice que á su llegada al Africa pidió á los habitantes solo aquella extension de terreno que podria ocupar una piel de buey; y concedida su pretension, fue cortando de la piel tiras sumamente delgadas, por cuyo medio logró un término espacioso, y en él edificó una ciudadela. Por mucho tiempo estuviéron los Cartagineses pagando á los propietarios un tributo en recompensa de lo que les habían cedido: así aumentáron su estado por un modo que no tendrá imitacion. Se

quejaban los de Cirene de que tenían mas tierra que ellos, y se conformáron en que saliesen de Cirene y de Cartago en un mismo punto y hora dos comisionados, y que el sitio en donde se encontrasen fuese el límite entre los dos pueblos. Cartago diputó para esto á dos hermanos llamados Filenos, los cuales hicieron extraordinaria diligencia, y halláron á los de Cirene mas cerca de su ciudad que de Cartago; por lo qual formáron querella los de Cirene sobre que los Cartagineses habian partido antes del tiempo señalado, pretendiendo con este pretexto que no valiese el tratado. „Proponed pues otro expediente, les dixéron los Filenos, y á ese nos someterémos;” á lo que respondieron los de Cirene: „Volved pues atras; ó dexaos enterrar vivos aquí, y vuestro sepulcro será el hito de los límites.” No esperaban los dos hermanos que á tanta costa les hubiesen tomado la palabra; pero no dudáron en sacrificar sus vidas por adquirir para su patria mas extension de pais. Este sacrificio se puede poner en paralelo con el que hizo Curcio quando se precipitó en el sumidero que amenazaba de inundacion á Roma.

Se edificó Cartago rápidamente, y se pobló con prontitud con las mugeres que los



Muerte de Dido.

Resuelta Dido á guardar fidelidad á su difunto esposo, estrechada por el fiero Yacbar á darle la mano, ó ver destruída su ciudad; y temiendo que sus vasallos por su propia seguridad intentasen obligarla á este segundo lance, juzgó un sacrificio, y abrazada con la urna de las cenizas de su llorado Sicheo se quitó la vida, prefiriendo ser víctima de la fidelidad conyugal y de la tranquilidad de sus súbditos.

Tirios, por haber llevado pocas, tomaron de paso en la isla de Chipre. Esto se executó sin violencia, porque las de esta isla, quando llegaban extrangeros, tenian la costumbre de ir á la costa del mar y ganar con ellos su dote. Presto envidió Yarbas á Cartago el comercio y la hermosura de Dido, objeto de sus deseos, y para adquirir la ciudad pidió á la Reyna su mano, amenazando con la guerra si no la conseguia. Bien fuese repugnancia á un amante tan grosero, ó bien fidelidad á su difunto esposo, se negó Dido á esta pretension; y dicen algunos autores que se quitó la vida para que sus vasallos desechos de vivir en paz no la obligasen.

Desde la muerte de Dido se halla un vacío de muchos siglos, y en estos se ignora lo que pasó así en Cartago como en sus colonias. Solamente sabemos que estas se formáron prontamente á favor del comercio, y que llegó la ciudad á un grado de opulencia y poblacion, que debiéron sin duda hacerla teatro de muchos sucesos que serian preciosos materiales para la historia; „si, dicen con ironia los autores, la virtud, generosidad, grandeza de alma y el amor á la verdad, tan propias de los Romanos, no hubiesen crei-

do que debian privar de su noticia á la posteridad, temiendo que esta se llenase de ideas falsas con perjuicio del honor y la justicia.”

Despues de algunas expediciones marítimas, en que se hicieron temer los Cartagineses aun de los Foccos, á quienes desafiaron en el elemento del agua, tan conocido de los unos como de los otros; y despues de las victorias que consiguiéron en Sicilia, cuyas ventajas se suspendiéron por las disensiones domésticas: fuéron con sus armas á Cerdeña. Esta empresa, aunque dirigida por Maqueo, General muy hábil, no fue feliz; pues perdiéron en ella la mitad de su ejército: é irritados con esta derrota desterraron á la otra mitad con su xefe. Maqueo, que les habia conquistado una parte de la Sicilia y adelantado en Africa las fronteras, indignado al ver esta ingratitude, se acercó á la ciudad, y con los soldados que tenia la sitió. Sin duda habia por entonces en Cartago alguna de aquellas divisiones que suelen armar á unos parientes contra otros: pues no fue oido Maqueo quando pidió con las mas vivas instancias, que así él como sus soldados fuesen reintegrados en los derechos de ciudadanos. Viéndose estrechados los Cartagineses enviaron á

Maqueo su propio hijo Cartalon con proposiciones de paz.

Puede muy bien conjeturarse que padre é hijo eran de partidos opuestos. Habian dado al hijo la comision de llevar á Hércules Tirio el diezmo de los despojos ganados en Sicilia, que era un reconocimiento por respeto á sus mayores. Esta funcion era sacerdotal: y quando Cartalon pasaba cerca del campo de su padre le convidó este á una conferencia; pero respondió que antes de obedecer á su padre iba á cumplir con los dioses. Quando volvió como diputado de la ciudad, adornado todavia con las vestiduras sacerdotales, su padre, que no se dexaba deslumbrar por aquel aparato, le dixo: „¿Cómo te atreves, miserable, á presentarte á tu padre y á tantos desgraciados ciudadanos con vestiduras tan magníficas? ¿Para qué será insultarnos con esas insignias de fausto y prosperidad? ¿No tenias para hacer ostentacion de tu insolencia otro lugar sino este, que es la escena de la miseria de tu padre? ¿Por ventura no son el fruto de mis victorias esos vestidos que llevas? Pero ya que tú me consideras como desterrado, y no como padre, no te miraré yo con ojos de padre, sino de General.” Di-

ciendo estas palabras hizo levantar una cruz y poner en ella á su hijo. Se rindió la ciudad, y Maqueo condenó á muerte á los Senadores mas culpados en su destierro y el del ejército, reformando el gobierno republicano, como le convenia para usurpar el poder supremo, á que aspiraba; pero antes que le consiguiese le quitáron la vida.

Bomílcar, distinguido por sus hazañas contra otros pueblos de Africa, introduxo en la ciudad las tropas extranjeras, que eran la fuerza principal de su ejército, y procuró sujetar á la república; pero los habitantes subiéndose á los tejados matáron á sus opresores y al xefe. No se sabe si antes de esta tentativa desterráron á Hannon, ciudadano principal, por haber sido el primero que tuvo arte para domesticar un leon. „El que tiene talento, decian, para amansar las bestias feroces, tambien tendrá habilidad para conseguir tal ascendiente sobre el espíritu de los conciudadanos, que los despoje de su libertad:” pero á pesar de la semejanza entre estas bestias feroces habrá quien tenga habilidad para domar la una, y no podrá li-sonjearse de domesticar á la otra.

Lo que ha llegado hasta nosotros de los

anales de Cartago no nos presenta aquellas sediciones terribles que ensangrentaron á Roma, y tantas veces hicieron vacilar á la república: en Cartago habia siete ú ocho familias poderosas: los Amilcares, los Asdrúbales, Hannones, Bomilcares, Magones, Imilcos y Anibales, cuya rivalidad era la salvaguardia de la libertad comun, porque se observaban unas á otras estas familias, y se contrabalanceaban, en términos que ninguna podia aspirar á dominar sin que las otras se opusiesen. Mientras ellas se combatian, las autoridades, esto es, Sufetes, Centunviros y Quinquaviros, siempre existian y sostenian el equilibrio; y si este faltaba, le restablecian prontamente, por quanto no habia mutacion en el gobierno: á diferencia de Roma en donde combatian aquellos mismos que tenian en sus manos el poder del gobierno. El pueblo queria subyugar al Senado, los Tribunos á los Cónsules; y de este modo, si se hacia la paz, siempre en las pretensiones de estos cuerpos permanecia la semilla de la guerra; pero en Cartago solo se trataba de reprimir á los que por su ascendiente se consideraban peligrosos, y esto lo observaban rigurosamente desterrando familias enteras. Con una poderosa faccion proscribian

á la faccion opuesta, por lo qual quando esta volvía á su patria pasado algun tiempo de su caida, llevaba consigo el odio contra sus rivales. Un General, que por el crédito de sus partidarios era puesto á la cabeza de un ejército, si padecía alguna pérdida, no osaba volver á Cartago, ó si volvía era para ser víctima de la venganza del partido contrario. Por esto son en la historia de este pueblo freqüentes los exemplares de Generales vencidos que se matáron á sí mismos; ó si entráron en la ciudad sufrieron por castigo de sus desgracias las muertes mas crueles; mas no se ve que estas catástrofes causasen como en Roma sangrientas conmociones, por quanto en Cartago el gobierno era inmutable.

Tambien las guerras de los Cartagineses eran de diferente carácter que las de los Romanos. Estos en los hermosos dias de la república solo peleaban por la gloria y grandeza: en sometiéndose los pueblos á sus banderas, ya estaban seguros de que los protegerian y mantendrian en sus posesiones; pero los Cartagineses, codiciosos negociantes, solo miraban á la ganancia, y á esta aspiraban en donde podian hallarla, apoderándose de quanto les convenia, sin atender á los posee-

dores. Esta es la reputacion en que han puesto los historiadores Romanos á los republicanos de Cartago; pero si no se hubieran perdido los anales púnicos, seria de mucho interes seguir y comparar los pasos de estas dos repúblicas.

Desde el punto en que se conociéron desconfiaron entre sí; y el primer tratado, cuya data y tenor aun se sabe, limitaba recíprocamente su navegacion á ciertos promontorios y costas, sin que pudiesen abordar mas allá ni establecerse. Otros dos tratados anteriores á las guerras púnicas no son mas que extensiones del primero. Se debe notar en honor de los Cartagineses, que estos previniéron á los Romanos ofreciéndose á servirlos quando Pirro desembarcó en Italia. La república Italiana dió gracias á la de Africa por su buena voluntad con la fria urbanidad de un orgullo zeloso. A pesar de las disensiones algunas veces excitadas por la oposicion de intereses, se tratáron largo tiempo las dos naciones con atencion, y no empezáron á encarnizarse una con otra hasta que los Cartagineses hicieron en Sicilia conquistas, por las quales creyéron los Romanos que debian entrar en cuidado.

Antes de introducir sus armas en esta grande isla, se ensayaron los Cartagineses en las mas pequeñas, y así sujetaron en las costas de España la de Ibiza: se establecieron en las de Gozo, Malta, Córcega y Cerdeña. Una guerra entre los tiranos de Agrigento y de Himera fue la que los llevó á Sicilia, y el inmenso armamento que allá conduxeron iba en gran parte al sueldo de Darío, Rey de los Persas. Les hizo frente Gelson, tirano de Siracusa, General tan astuto como valiente, que no despreciaba medio alguno de inspirar confianza á sus soldados. Este, habiendo hecho muchos prisioneros, eligió los mas mal formados, y los expuso desnudos á la vista de su ejército para infundirle desprecio de los que tenían que vencer; pero habiéndolo conseguido, trató con humanidad á los vencidos, y entre las condiciones que les impuso se nota la de haberles prohibido que en adelante ofreciesen sacrificios humanos. Imputaron los Cartagineses su derrota á su General Amílcar, y no pudiendo castigarle por haber ya muerto, desterraron á su hijo Giscon, y le privaron de todos sus bienes, de suerte que pereció de miseria.

Su posteridad se fue levantando de esta

humillacion, y aun puso Cartago á Aníbal, hijo de Giscon, en ocasion de vengar la de su abuelo. La república le confió otra expedicion contra Sicilia, y él marchitó sus laureles con horribles crueldades: se alentó con la toma por asalto de Selinunta é Himerá. Los ricos despojos que llevó á Cartago animáron á una nueva empresa; y aunque al principio se excusó por su mucha edad, al fin se encargó de ella por haberle dado por teniente á su pariente Himilcon; el nombre solo de este Aníbal aterró toda la costa, y facilitó los aproches de Agrigento quando la sitió. Murió de peste en sus murallas; y esto no obstante tomó Himilcon la desgraciada ciudad, y despues de saqueada la incendió. Se apoderáron tambien los Cartagineses de Gela y Camarina, ciudades fuertes, que sufriéron la suerte misma de Agrigento, y pasó á sitiar á Siracusa. Se diéron muchos combates al pie de sus murallas y en su puerto. Una peste mas horrible que la de Agrigento echó de allí á Himilcon, que siguió una derrota, despues de la qual contó por mucha fortuna que el tirano de Siracusa Dionisio le permitiese volver á Africa con las reliquias del ejército mas floreciente que ha-

bia tenido Cartago, reducido ya al estado mas infeliz. Quando llegó Himilcon á Cartago, declaró que solamente habia conservado la vida por restituir á la patria sus soldados, y elogiándolos mucho, dixo á sus compatriotas „No nos vencieron los Siracusanos, sino el contagio, y así el bagage que halláron en nuestro campo no es tanto despojos del enemigo, quanto una herencia que la muerte accidental del propietario dexa á los que le sobreviven. Lo que mas me penetra en este desastre es verme vivo habiendo visto morir con las armas en la mano á tantos valerosos guerreros.” Después de este discurso se retiró á su casa, cerró las puertas, y sin querer hablar á sus conciudadanos ni á sus mismos hijos, se quietó la vida.

Himilcon habia salvado solamente á sus conciudadanos, abandonando al enemigo los Africanos auxiliares, por lo que los parientes de aquellos confederados que sacrificó, irritados hasta términos de furor, asaltáron á Cartago, y los Cartagineses, extremadamente supersticiosos en las calamidades públicas, invocáron á todos los dioses, principalmente á los Griegos, y en particular á Proserpina y á Ceres, cuyos templos habian profanado en Siracusa; pero la

armada que equipáron, las tropas que levantáron en España, y entre los amigos de Africa, les sirviéron mas que el favor de los dioses extranjeros y el de sus propias divinidades, á las quales sacrificáron víctimas humanas. Desembarazados de esta guerra, casi doméstica, pensáron volver á la de Sicilia, en donde habian dexado algunas ciudades afectas á su pais. Los alborotos de esta isla favorecieron sus primeros esfuerzos, y aun se halláron autorizados para invadirla por haber contraido alianza con Dionisio. Recurrió este Príncipe á su auxilio contra los Siracusanos sublevados por su tiranía; pero de poco le sirvió este auxilio, supuesto que renunció, y murió en Corinto desterrado.

Corinto, ciudad de la qual creian los Siracusanos haber salido sus mayores, les envió á Timoleon, el qual arrojó á los Cartagineses de Siracusa, en donde ya los habian recibido, y en una batalla los hizo sufrir la mayor derrota que jamas habian experimentado, pues en ella quedó destruida la cohorte sagrada, compuesta de dos mil y quinientos ciudadanos, muriéron en el campo de batalla diez mil hombres, tres mil de los quales eran de las mejores familias; y Cartago, que

con los reveses desalentó con demasiada facilidad, pidió la paz y la consiguió; bien diferente en esto de Roma, que jamas trataba de paz, hasta despues de haber vencido.

Por el tiempo de esta desgracia pensó Hannon, uno de los mas ricos ciudadanos, en trastornar la constitucion creyendo que la república estaba debilitada con sus pérdidas, y para conseguir el fin se propuso dar veneno á todos los Senadores, convidándolos á un gran festin con motivo de casar á su hija. Haciéndole traicion alguno de sus domésticos, vió desgraciarse el horrible proyecto, y no se atrevieron á castigar un delito tan enorme: ¡tan grande era su crédito! y se contentaron con hacer un decreto que prohibia la demasiada magnificencia en las bodas. No habiéndole salido bien este pensamiento, recurrió á la fuerza, y armó á todos sus esclavos: tambien le descubrieron, y precisado á dexar la ciudad, le sorprendieron en la fuga, y le llevaron á Carrago. Despues de haberle azotado con varas, le arrancaron los ojos, le rompieron los huesos de los muslos y los brazos, y en esta disposicion le ataron á un poste para que allí aguardase la muerte. Sus hijos y todos sus parientes, aunque no tuvieron

parte en la conjuración, la tuvieron en su suplicio: precaución horrenda, que mas fue efecto de la rabia popular que de la prudencia.

En sus mayores desastres no habian sido arrojados totalmente de Sicilia los Cartagineses: siempre se habian reservado algun territorio y puertos, desde los quales entraban de nuevo en la isla, y renovaban la guerra quando la ocasion les parecia favorable. La guerra civil, excitada en Siracusa por Agatocles, fue una de aquellas causas que los Cartagineses creyeron no debian despreciar. Ya se aliaron con el tirano y ya con los nobles, á quienes él habia echado de la ciudad, para establecer la pura democracia, apoyo del trono que iba erigiendo para sí. La protección de los Cartagineses dió la ventaja á los nobles: Agatocles se vió encerrado en los muros de Siracusa; y quando los Cartagineses creian tenerle en términos que no podría evadirse, proveyó él á la seguridad de la ciudad prudentemente, cargando su armada de tropas de desembarco, engañando al Almirante enemigo, y llevando la guerra á la Africa.

Desde luego ganó Agatocles una gran victoria contra las tropas, levantadas apresu-

radamente, que los Cartagineses le opusieron en la grande sorpresa que les causó su llegada. Habian creido destruidas ya sus fuerzas por tenerle encerrado en Siracusa, y no podian entender como á pesar de la poderosa armada que le bloqueaba hubiese podido desembarcar en Africa, y vencer con el resto de tropas vencidas un ejército tan fuerte que el suyo. Creyéron pues que semejante desgracia no podia menos de ser efecto de la ira de los dioses, y llenos de esta idea, lo primero que pensáron fue aplacar á Hércules y Saturno, dioses tutelares de su pais. Antiguamente sacrificaban á Saturno los niños de las mejores casas de Cartago, y estos ciegos supersticiosos se arrepintieron de no haber procedido en este punto de buena fe, pues habian ofrecido en lugar de los niños nobles otros de pobres familias que compraban á este fin; y para expiar tan extraña impiedad sacrificáron al sanguinario dios doscientos niños de los mas nobles de la ciudad; y mas de trescientas personas que hacian escrúpulo de haber faltado á esta obligacion, se ofrecieron en sacrificio para apagar con su sangre el fuego de la cólera de Saturno. Contaré otro rasgo de su horrible

superstición. Después de una victoria ganada contra Agatocles, para dar á los dioses gracias sacrificáron á todos los prisioneros de distincion. Se concluyó esta guerra como todas las otras, pues después de muchos estragos así en Sicilia como en Africa, hicieron la paz con unas condiciones que variáron poco la posicion de los Cartagineses en aquella isla, dexándolos en estado de poderse sostener contra los nuevos enemigos que en ella se presentáron.

Si se busca el pretexto de la primera guerra púnica, se le hallará en los auxilios que los Cartagineses y Romanos, reclamados por aquellas ciudades que tenian opuestos intereses, daban á las unas ó á las otras. De este modo se acostumbráron las dos naciones á mirarse como enemigas, y á perseguirse. El verdadero motivo de parte de los Cartagineses fue el deseo de asegurar y dilatar sus conquistas en Sicilia, la necesidad de humillar una rival orgullosa, y la resolucion de conservar el imperio del mar y del comercio. De este mismo género eran los motivos que animaban á los Romanos: el furor de mandar, el rezelo de ver un amigo falso que ya los habia ofrecido un auxilio en-

gañoso contra Pirro, poner el pie en Italia: y añaden que el horror que tenían al carácter cartagineses; pero este motivo pudiera ser recíproco, pues veremos que la *probidad romana* no era mas apreciable que la *buena fe cartaginesa*. Es preciso reconocer que la verdadera causa del rompimiento fue la oposicion que tenían en sus miras politicas; y es probable tambien que la posesion de la Sicilia y la Cerdeña, que naturalmente habian de ser recompensa del vencedor, influyó mucho en la resolucion que tomó el Senado Romano de hacer la guerra á Cartago.

El primero que la rompió fue un Tribuno Romano llamado Cayo Claudio, que atravesó en una simple barca el estrecho de Mesina, guardado por una barca cartaginesa, y llegó á esta ciudad á vista de la guarnicion, tambien cartaginesa, á solicitar que los habitantes se entregasen á los Romanos. Hannon, General de Cartago, respondió á Claudio: „Jamás sufrirán los Cartagineses que los Romanos sean dueños del estrecho que separa la Sicilia de la Italia, ni aun permitirán que en él se laven las manos.” A esta declaracion se siguiéron las hostilidades en que los Cartagineses vencieron por mar; pero esto no

impidió que los Romanos entrasen en Sicilia, y lograsen desde luego una gran ventaja en la alianza que hicieron con Hieron, tirano de Siracusa, la qual les valió la posesion de muchas ciudades; bien que sus rivales conserváron la superioridad en el mar, que era como su natural elemento. La buena construccion de sus naves y su habilidad en la maniobra desconcertáron muchas veces las prudentes medidas de los Romanos, ó hicieron inútil su valor; pero estos sin embargo no retrocediéron, y antes bien supliéron la falta de experiencia con la invencion del *cuervo*, especie de máquina que colocada en las naves romanas levantaba ó echaba á fondo con su peso las cartaginesas. Rara vez sucede que lo que admira no asuste. A estas máquinas destructivas debiéron los Romanos la victoria en una ocasion que era decisiva, y pudiéron fácilmente llevar la guerra á Africa y al pie de los muros de Cartago.

Los mandaba Régulo, aquel célebre Régulo á quien los Cartagineses, segun algunos autores, hicieron sufrir grandes tormentos. Ganó la primera victoria, y trató con dureza á los prisioneros: se quejéron estos, y él respondió con desden: „Es preciso sa-

ber vencer, ó saber sujetarse al vencedor." Si esta fue su conducta, ¿qué mucho que habiéndole vencido y hecho prisionero castigasen tambien su arrogancia con excesiva severidad? Pero se nota que usáron de benignidad con los otros prisioneros. Esta derrota alejó de Africa á los Romanos, mas no por esto permaneciéron menos poderosos en Sicilia, en la qual solamente la ciudad de Lilibea estaba por los Cartagineses. El sitio que pusieron los Romanos á esta plaza dió lugar á muchos combates por mar y tierra, de que resultó la paz en detrimento de la república cartaginesa. Amilcar Barcas, encargado de la negociacion, no firmó sino á falta de otro recurso las condiciones que la angustia de su república le obligaba á conceder: por lo que concibió gran despecho contra los Romanos, acusándolos de que abusaban de su estado ventajoso; pero quando su odio llegó á lo sumo, fue al ver que el Senado no contento con las cláusulas del tratado, ya muy onerosas, se negó á ratificarlas hasta que se añadiesen otras aun mas duras. Amilcar consintió en ellas; pero el resentimiento que le quedó debe mirarse como una de las causas principales de la segunda guerra púnica.

A la segunda guerra precedió otra en que se viéron los excesos de la mas horrible crueldad. La república en virtud de la paz tenia precision de despedir á los auxiliares, que por desgracia eran la fuerza principal de su ejército; pero era necesario pagarlos, y se hallaba el tesoro exhausto con los gastos de la guerra. Creyó el Senado que exponiendo á estas tropas su pobreza, perdonarian alguna parte de lo que las debia. Los soldados extranjeros, que eran setenta y dos mil hombres aguerridos, creyéron que nada debian dexar á favor de una ciudad rica, la qual en efecto no podia tomar otro partido en buena política, sino el de gravarse á sí misma en semejantes circunstancias. Hizo el Senado algunas ofertas medianas, y para proponerlas á las tropas, se valió de Giscon, su antiguo General, creyendo que le respetarian; pero lejos de escucharle, le pusieron en prisiones; y teniendo á Cartago como bloqueada, fuéron á atacar á Utica y Hipacra, dos ciudades cuyo saqueo pudiera contribuir á que soportasen la esperanza de su sueldo.

Eligiéron dos xefes, á Esendio y á Matos: el primero, que era de Campania, habia sido esclavo: tenia gran talla, y era su-

mamente atrevido: el segundo Africano, y muy interesado en sostener la rebelion por haber contribuido poderosamente á ella. Tuviéron estos la precaucion de hacer á sus cómplices irreconciliables con los Cartagineses por medio de delitos cometidos contra ellos: á los Cartagineses que caian en sus manos los mataban sin piedad; y ni el mismo Giscon, su antiguo General, se libró de su furor. Disputáron entre ellos sin embargo sobre si habia de morir con tormentos ó no; pero venció el parecer de Esendio, y á Giscon con otros setecientos compatriotas les quitáron la vida como á los mas infames malhechores: les cortáron las manos, les rasgáron las carnes á fuerza de golpes, y los enterráron vivos en un hoyo. Los habitantes de Utica, cansados ya de verse sitiados, tratáron con Esendio, matáron á quinientos Cartagineses que les servian de guarnicion, y arrojáron los cadáveres por encima de los muros.

No obstante, algunos reveses de fortuna pusieron á los sublevados en precision de acceder á algun tratado, y obligáron á Esendio á ir á verse en el campo con Amilcar y Anibal, que eran los que Cartago opuso contra ellos: entre otras condiciones pidiéron los

Generales que les fuesen entregados diez de los rebeldes para tratarlos como les pareciese. Firmada la convencion, hicieron al punto prender á los mismos comisionados, y embistieron á Túnez, en donde Matos se habia refugiado. Apenas se acampáron las tropas, hizo Amílcar crucificar á Esendio á la vista de los sitiados. Hizo Matos una salida contra Aníbal que mandaba un quartel separado, le hizo prisionero; y mandando desatar de la cruz á Esendio, hizo clavar en ella á Aníbal. Ya se vió Matos empeñado en una accion decisiva; pero en ella le cargáron de prisiones, y dentro de Cartago expió sus atrocidades con el mas cruel suplicio. Se disipó su ejército; y Amílcar se atraxo una parte de los soldados que se veian sin xefes, y los llevó consigo á España, así para quitar esta carga al Africa, como para que le sirviesen en la empresa que meditaba contra los Romanos.

Estos rivales fingieron durante la guerra que sentian mucho la desgracia de Cartago, y con pretexto de conservarles la Cerdeña, adonde habian penetrado los sublevados, se introduxéron ellos mismos, y se quedáron con las ciudades de donde habian echado á los rebeldes, reteniéndolas como en prenda por los

gastos de guerra hasta verse reembolsados. Esta conducta, demasiado astuta, despertó el resentimiento que en Amilcar habian causado las cláusulas onerosas añadidas á su tratado de Sicilia. Reflexionando atentamente sobre los medios de que se valian los Romanos para dilatar y asegurar su poder, advirtió que esto lo habian conseguido tomando soldados de los pueblos sometidos que estaban al rededor de su país; y como los Cartagineses, por hallarse encerrados entre inhabitables arenales, no tenian este recurso, pensó Amilcar en ir á buscarlos á España, tierra fecunda en hombres, fácil de conquistar por estar sus poblaciones muy divididas, y verdadero seminario de guerreros en acostumbrándolos á las armas; pero no encontró la conquista tan fácil. Despues de nueve años de guerras le matáron en una batalla, quando estaba ya rodeado de soldados que por su mérito se le habian aficionado para ir con él á hacer guerra á los Romanos. No estaba entonces en su compañía Aníbal su hijo, que aun era muy jóven; pero ya su padre le habia inspirado aquel odio á los Romanos, que le tenia ulcerado el corazon.

A Amilcar le reemplazó su yerno Asdrubal. Este dexó que los Romanos continuasen

sus conquistas ; pero hizo otras que les eran mas peligrosas , ganando las voluntades de los régulos del país. Llamó á su cuñado Aníbal, que ya tenia veinte y dos años. Su juventud, sus gracias, sus talentos, y la memoria de su padre le hicieron muy querido de la tropa, y esta le elevó al mando por haber muerto Asdrubal, á quien mató un esclavo á cuyo dueño habia él quitado la vida. No tardó el jóven General en realizar las esperanzas que el ejército habia concebido de su persona. Se hizo aguerrido llevando sus tropas contra naciones que ninguno habia inquietado hasta entonces ; y de aquellos países vírgenes todavia, por decirlo así, sacó hombres y riquezas : de los hombres hizo excelentes reclutas, y de las riquezas enviaba una parte á Cartago para ganar los corazones del pueblo, y disminuir el crédito de la faccion contraria á su familia : pues no habia otro medio de conquistarla, ó por lo menos de imponerle silencio para que le dexase executar libremente sus proyectos contra los Romanos.

Apuran su talento los autores para decidir de parte de quien estaba en esta guerra la justicia, como si esta virtud jamas hubiera sido guia de los ambiciosos. Verdad es

que Aníbal empezó las hostilidades; pero había mucho tiempo que los Romanos tenían tan provocados á su padre y á su cuñado, que esto autorizaba á los Cartagineses para el rompimiento. El pretexto fue Sagunto, ciudad muy fuerte, que los Romanos se habian reservado en un tratado, aunque estaba en medio de las posesiones cartaginesas, para tener siempre en ella un punto de apoyo. No quiso Anibal sufrir aquella ciudadela, que no tenia otro fin que el de imponerle la ley, y así tomándola despues de un largo sitio muy sangriento, la arruinó. No pueden imaginarse precauciones mas acertadas que las que tomó para su grande expedicion. Las tropas que envió al Africa para preservar á Cartago de alguna impensada invasion, eran Españolas: aquellas con que se lisonjeaba de reprimir los movimientos que pudiesen los Romanos fomentar en España, eran Africanas: se hizo aliado de los Príncipes del pais con buenos tratados, incorporando en su ejército muchos de los soldados de estos, y aun de los xefes como en prenda, y enviando delante siempre quien negociase con los Príncipes por cuyos estados habia de pasar, para tenerlos propicios: á los que le negaban el paso les presentaba combate.

Con el ramo de oliva en una mano, y la espada en la otra, se abrió Aníbal el paso á través de los Pirineos desde las orillas del Ebro hasta las del Ródano. Aquí empezaron las grandes dificultades: pues tuvo muchas para trasportar á la opuesta ribera de este rio los elefantes en barcos chatos. No obstante ninguno pereció; pero se salvaron pocos en los precipicios de los Alpes. Perdió el General cartagines grande número de soldados en las estrechas sendas de aquellas resbaladizas rocas, y entre los hielos de que estaban erizadas: de suerte, que constando su ejército, quando partió, de noventa mil infantes y doce mil caballos, ya quando llegó á Italia no pasaba toda la tropa de sesenta mil hombres.

Pero la victoria sustenta á la victoria: á los soldados que Aníbal perdía en las batallas los reemplazaban presto los que la reputacion de sus aciertos le atraia, por lo que despues de la tan ventajosa jornada de Trebia, se halló en estado de pelear gloriosamente en Trasimene, y de triunfar en Cannas. Sin embargo los Romanos, instruidos con sus propias desgracias, se reduxéron á hacerle una guerra toda de ardidés: le cortaron los víveres, interceptáron las contribuciones, y suspendié-

ron el zelo de los que reclutaban para su ejército, de suerte que empezó á sentirse un vacío horrible en la caja militar y en los batallones: por lo que al mismo tiempo que daba noticia á Cartago de sus victorias, enviaba á pedir hombres y dinero; y la faccion de Hannon, que era la dominante en Cartago, hizo que se le negase lo uno y lo otro.

Aníbal reducido á sí solo, y sin mas recursos que sus talentos y su ingenio, se sostuvo por diez y seis años en un país en donde todo le era contrario; pero intrépido en el peligro, fecundo en expedientes, y no perdiendo jamas la esperanza, desconcertó muchas veces los proyectos mas bien combinados de sus enemigos. Vió arrancar á su república la España, la Sicilia y la Cerdeña; echáron á sus pies rodando la cabeza de su hermano, que era su última esperanza, y todavía se mantenía firme. Fuéron necesarias órdenes y el riesgo inminente de Cartago para hacerle restituirse al Africa. Allí la fortuna de Escipion excedió á la suya en los campos de Zama; y Cartago vencida recibió la ley de un vencedor muy diestro en aprovecharse de todas sus ventajas. No solamente desarmáron los Romanos á su rival, y



Constancia de Anibal.

La astucia de la envidiosa Roma consiguió debilitar al guerrero, que no pudo vencerse a Anibal sin gente, sin dinero, desamparado de su misma patria, y arrestrando los mayores peligros, supo mantenerse diez y seis años en medio de sus enemigos, desconcertando sus mejores proyectos. Vió á sus pies la cabeza de su hermano, único apoyo de sus esperanzas; pero supo llevarle, y redoblar su constancia.

la quitáron su principal fuerza haciendo quemar sus naves, sino que la pidiéron considerables cantidades que la exigiéron con el mayor rigor.

Quando fue preciso proceder á la primera paga, entristeció mucho al Senado la dificultad de juntar tanto dinero, y muchos no pudiéron contener las lágrimas. Aníbal, cuyo corazon era muy grande para conmovirse por el sórdido interes, se sonrió; y reconviniéndole por ello, respondió: „Esta amarga risa que se me nota, ¿es por ventura mas intempestiva que esas lágrimas que os veo derramar? Quando nos quitáron las armas, nos quemáron las naves, y nos impidiéron toda guerra con los extrangeros: entonces venia bien ese llanto, porque aquel fue el golpe mortal que nos derribó; pero solamente sentimos los males públicos quando nos interesan personalmente, y lo que nos parece mas doloroso es perder nuestro dinero. Quando sacaban de Cartago vencida los despojos, y la dexaban sin armas, indefensa entre tantos pueblos de Africa poderosamente armados, ninguno de vosotros dió un suspiro; y porque ahora es preciso que cada uno contribuya á tanto por cabeza, os veo desolados como si estu-

viera ya todo perdido. Mucho temo que lo que hoy os arranca lágrimas, presto os ha de parecer el menor de vuestros males.”

Desde que Aníbal volvió á su patria se mostró tan buen ciudadano como habia parecido excelente General. A pesar de la faccion contraria le pusieron en calidad de *sufete* á la cabeza de la república, y en este empleo descubrió todo el talento que se necesita para el buen gobierno. Los objetos que mas necesitaban de una gran reforma eran la administracion de la hacienda y la de la justicia: en lo primero invigilaba con una integridad é inteligencia desagradables á los que hasta entonces habian disfrutado en aquel ramo grandes utilidades: en la administracion de justicia le suscitó su severidad enemigos. A nada se negaba de quanto pudiera ser útil á su patria; y Anibal, que se habia visto General de grandes exércitos, no se desdeñó de ir con algunos batallones á rechazar á los pequeños Principes Africanos que hacian correrías en el territorio de su república.

Al punto que los Romanos le viéron sobre las armas, se renováron sus inquietudes temiendo el ascendiente que en Cartago le daba su mismo mérito, y se aplicáron á dar

fuerza á la faccion que le era contraria. Le acusáron de que tenia correspondencia con Antíoco y otros Monarcas para suscitar á Roma enemigos: y todavia es problemático si le persiguiéron porque él los atacaba, ó si él los atacó porque le perseguian; pero quando hubiera hecho esfuerzos por librar á su patria del yugo que la oprimia, aunque esto pareciese delito á los Romanos, jamas lo será para los ojos de la posteridad; y aun verlos tan encarnizados en perderle, podrá ser su mayor elogio. Le obligáron á huir de su ciudad, y á buscar de gente en gente asilos en que le tenian siempre sobresaltado por las amenazas contra todos los que le recibiesen. Por último, bebió veneno á los setenta años de su edad, por no caer en sus manos.

Mucho rebaxa esta porfiada persecucion de los Romanos la reputacion de magnánimos que afectaban; porque si Anibal era gran político y capaz de sublevar contra ellos los Imperios, debieran atacarle con las mismas armas, y no con intrigas dirigidas contra su libertad y su vida; y mas quando á excepcion de las barbaridades inevitables de la guerra, jamas fue cruel con ellos. En quanto á las costumbres de Anibal las pintan algunos

historiadores con los colores mas negros; pero otros dan el mas honorífico testimonio sobre este mismo artículo, y ensalzan su humanidad, su respeto á sus dioses, su prudencia no comun, su particular continencia, su desprecio de las riquezas, y su extraordinaria templanza en medio de una abundancia exórbitante. Tuvo amor á las bellas letras, y las favoreció en quanto lo permitia el tumulto de las campañas. En su mismo campo halló con que satisfacer á esta aficion por la grande variedad de conocimientos que precisamente debian llevar á él las muchas naciones de que se componia su ejército. Se dice que hablaba ó por lo menos entendia las lenguas de todas.

La tercera guerra púnica no debe mirarse como una verdadera guerra, sino como las últimas convulsiones de una víctima, que mientras corre la sangre está haciendo muchos movimientos debaxo del cuchillo hasta que espira. No será inútil repetir en pocas palabras la última catástrofe de una ciudad tan famosa. Zeloso el Senado romano de ver que el cuerpo exângüe de Cartago iba tomando nuevo vigor, determinó destruirla enteramente; y para este fin empleó todos los grados de perfidia que una politica astuta pudo su-

gerir. Primeramente hizo muestra de dos ejércitos inmensos de mar y tierra. Quando ya tenían á los Cartagineses asustados y en la necesidad de negociacion, pidiéron los Generales en rehenes trescientos jóvenes de las primeras familias de la república. Ya parten estos infelices; y las madres, penetradas de dolor, hacen resonar la ciudad con los ecos de sus gemidos, se golpean en los pechos, arrojan lamentables gritos capaces de enternecer los mas duros corazones. Ya fue preciso arrancarlas de los brazos de sus hijos, y algunas arrojándose al mar siguiéron nadando las naves que se los llevaban. Quando llegaron á Lilibea, felicitó el General romano á los conductores sobre su confianza en la indulgencia de la república; y para conseguirla, les dixo que hiciesen quanto los Cónsules ordenasen. Esta condicion de executar quanto les mandasen los Cónsules era muy vaga y arriesgada: al fin tuviéron que someterse los comisionados.

Aquellos Cónsules, que mandaban por sí mismos los ejércitos, fuéron pidiendo sucesivamente, dexando pasar por intervalos muchos dias, por temor de que la atrocidad de las órdenes, conocida si las diesen juntas, subleva-

se á aquellos infelices, y frustrase su execucion. Exigieron pues 1.º, una cantidad de trigo suficiente para la subsistencia de sus tropas. *Concedida sin dificultad.* 2.º Que les entregasen todas las galeras de tres órdenes de remos. *Abandonadas con dolor.* 3.º Que entregasen todas las máquinas de guerra. *Las diéron aunque con la mayor repugnancia y sentimiento.* Ya tenemos á los infelices despojados, y en la imposibilidad de defenderse y sostener un sitio. Ahora, dixéron los imperiosos Cónsules, dexad la ciudad, porque vamos á destruirla: sacad de ella lo que se pueda: se os permite edificar otra con la condicion que esté muchas leguas del mar, sin murallas ni fortificaciones. Esta es la justicia, clemencia y magnanimidad romana manifestada con toda claridad.

Se apoderó de toda la ciudad la mas horrible desolacion quando lleváron los diputados noticias tan funestas, y á la desesperacion sucedieron la rabia y el despecho. El pueblo en el primer movimiento mató á quantos Senadores y sugetos colocados en el ministerio se le pusieron delante, por haber concedido á los Romanos lo que pidiéron, y haberse dexado quitar todos los medios de



Destruccion de Cartago.

Resueltos los Cartagineses á no admitir las duras condiciones con que la envidiosa Roma intentaba subyugarlos, sostuvieron con los esfuerzos de su desesperacion dos años de guerra; y despues de defender á palmas la ciudad, incendiaron su castillo, arrojandose en las llamas. Suerte fatal! pero la prefirieron á la de ver su patria hecha juguete de rival-tad injusta, perfida, y ambiciosa.

defensa. Renació, no obstante, el valor del mismo exceso de la desgracia, jurando todos morir antes que sujetarse á tan iníquas condiciones: y de esta resolucion nació una guerra que duró como dos años, pero al fin los estrecharon. Hiciéron los Cartagineses quanto es posible á los hombres puestos en tanto desamparo, hasta construir de madera vieja y de los hierros que por inútiles tenian abandonados una armada que pasmó á los Romanos. Defendiéron de calle en calle su ciudad hasta llegar al castillo, cuyos defensores le entregáron á las llamas, precipitándose ellos en el fuego.

Así perció Cartago á cosa de setecientos y siete años despues de su fundacion. Los Romanos, en expiacion de la injusticia de sus mayores, edificáron otra en una parte del mismo solar que antes ocupaba; pero esta no tuvo algun lustre hasta el reynado de Augusto, en el qual pasó por la segunda ciudad del Imperio. Maxencio la reduxo á cenizas, y volvió con el tiempo á merecer lugar muy respetable entre las ciudades de Africa baxo de Gensérico, Rey de los Vándalos: la agregó Belisario de nuevo al Imperio romano; y por último, á fines del siglo sépti-

mo la destruyéron los Sarracenos en términos que no ha quedado el menor vestigio.

NUMIDAS.

Las alianzas y conexiones con los Cartagineses nos han dado algun conocimiento de los pueblos que les eran vecinos.

Colocándose en Argel á la abertura poco mas ó menos de los países que componian la Numidia, se hallan territorios de suelo fértil y de hermosa vista al lado de unas llanuras arenosas y estériles: se ven territorios poblados y se ven desiertos; por lo que un antiguo geógrafo la comparaba á una piel de leopardo. Los valles que se forman en las montañas brindan con delicioso retiro contra los calores de los llanos, con vistas risueñas y variadas, y con vergeles fecundos en excelentes frutas: de las pendientes de sus montes baxan frescas y claras aguas, tal vez las mejores del mundo. Volcanes antiguos en lo interior de las tierras y cercanos á manantiales de agua fria suministran aguas calientes, por cuya mezcla feliz forman saludables baños. Estaba la Numidia bien cultivada, y daba con abundancia trigo. Los res-

tos de ciudades que cubren sus campos muestran que estuvo muy poblada. Habian introducido en ella los Romanos el gusto de las artes , y aun hoy se ven los vestigios de algunos monumentos: tambien se acuñaron medallas. Sus leyendas, que ni son griegas ni romanas, prueban que los Numidas tuviéron su lengua particular, y puede ser fuese compuesta de las de aquellos diferentes pueblos de que se les tiene por descendientes.

Si por su religion hemos de formar juicio de su origen, saliéron de los Fenicios, Egipcios y Griegos , pues tenian los dioses y el culto de estas distintas naciones. Se pudieron distinguir en otro tiempo y aun en este sus sucesores como dos pueblos, el de las ciudades y el de los campos. Los primeros eran comerciantes , industriosos , amigos de luxo, y dados á los vicios que este trae consigo : los segundos buenos cultivadores , y sencillos en sus costumbres. Siempre se han visto entre ellos y en el dia se ven aduares que van llevando sus familias y ganados á los terrenos que carecen de habitantes, y se los toman como propios. Así los de las ciudades como los de las campiñas todos son igualmente aficionados á la poligamia. Siem-

pre fue muy estimada la caballería numida, y se hizo famosa porque tanto los Romanos como los Cartagineses la buscaban en sus guerras. No conocian sus caballos el freno ni la silla; porque el ginete los gobernaba con vara aun en las batallas. Aunque su costumbre era llegar impetuosamente al enemigo y retirarse, por decirlo así, desordenadamente; no obstante algunas veces cargaban, y se retiraban con orden.

No ha llegado á nuestra noticia otro gobierno entre los Numidas que el de sus Reyes; pero tinieblas espesas nos encubren la historia de estos Príncipes, hasta el momento en que los dan á conocer las conexiones de interes con los Cartagineses. Es verisímil que hacian felices á sus pueblos por la paz, y abriendo sus puertos al comercio. Hemos visto que acogieron en tiempo de Yarbás á Dido con sus Tirios, y que tambien recibieron á los Fenicios, y aun permitiéron que estableciesen colonias; pero los Numidas por sí eran poco comerciantes: ni aun se les ve marina propia. En los últimos tiempos no tuvieron mas tráfico que el de su valor, transportando sus esquadrones adonde los llamaba el sueldo: ya iban á España, á Italia,

á Sicilia; ya se embarcaban con los Cartagineses ó con los Romanos.

Estas dos repúblicas rivales se servían á un mismo tiempo de los Numidas; porque estando estos divididos en reynos diferentes, oponían con arte á los unos contra los otros, y sucedía tal vez que los Numidas que al principio de una guerra eran Romanos, se hallaban al fin de ella Cartagineses, y al contrario. Esta alternativa se vió claramente entre Masinisa y Sifax: al primero, que era un Rey sacrificado á Cartago, le ganó despues Escipion para Roma. El segundo, que en el principio era Romano, se volvió Cartagines por las diligencias de su muger Sofonisba, y le llevaron cautivo á Roma, en donde acabó sus dias. Sus hazañas guerreras se confunden con las de las repúblicas en donde servían como auxiliares; pero su vida, en especial la de Masinisa, considerada sin estos sucesos, todavia merece que se exercite en representarla el pincel de la historia.

Gala, Rey de una parte de la Numidia, murió mientras su hijo Micipsa estaba aprendiendo el arte de la guerra en España baxo las banderas de Cartago. Con arreglo á las leyes de su pais Desalces, hermano de Gala,

tomó la corona, y la traspasó á Capusa su hijo. Quitó á este la corona y la vida Mecetula su pariente, el qual creyó asegurar su usurpacion casándose con la viuda de Desalces, sobrina del primer Aníbal. Al mismo tiempo por medio de una alianza se apoyó con las fuerzas de Sifax, Rey que era de otra parte de la Numidia. Supo Micipsa la usurpacion, partió de España y fue á recobrar la corona que por derecho le pertenecia. Boco, Rey de Mauritania, le dió tropas; pero estas solamente le acompañaron hasta las fronteras, y se volviéron. El mérito solo de Micipsa, su valor y su fama, que ya estaba extendida aun en los principios, llamáron á los veteranos de su padre, para que le siguiesen, y con un corto número de tropas venció á Mecetula, y se abrió el camino al trono; en el qual hubiera vivido tranquilo á no haberle inquietado los Cartagineses, á quienes su capacidad ponía en cuidado. Inspiráron zelos á Sifax, y tal vez entonces fuéron causa de la desgracia de Masinisa quitándole la bella Sofonisba, á quien tratada de casarse con él, pusiéron en los brazos del anciano Sifax. Ayudáron al mismo tiempo á su esposo para que arrojase de su reyno al amante.



*Devesa cargada de mantener la diocesis entre
 los Ximindas, y de aliviar el estado de ellos
 le asistió para decretar a Masimisa. Dejan
 diese este con valer, mas estubo a la in-
 va. pñias y mal herido, fue conducido a una
 camera por los de los sucesos, a una hallada
 dote la vista. Luego era de castigo, pero era
 los de respetar religiosamente sus sacramentos, en
 de a los resacas que la humildad su poder.*

Masimisa poinggo.



Se acantonó este en un fuerte, en el qual se mantuvo largo tiempo; mas al fin tuvo que huir por mas que se defendió con valor. De quatro caballeros que le acompañaban se ahogaron dos á su vista al pasar un rio, y los otros dos le llevaron herido y casi muerto á una caverna, en la que estuviéron sustentándole con lo que robaban.

Ya le contaban por ahogado quando se presentó, juntó nuevo ejército, y volvió á tomar el cetro de Numidia; pero todavia volvió Sifax á quitársele. Masinisa, que no desesperaba de su fortuna, andaba errante en los confines de su reyno, pronto siempre á valerse de la primera ocasion de entrar en él. No despreció la que le ofreció la llegada de Lelio al Africa; y desde este punto fue invariablemente afecto á los Romanos. Estos le restituyéron á su reyno, ó por mejor decir, le reconquistó con sus auxílios, recobrando con sus estados á la hermosa Sofonisba. Continuó el laurel de la gloria haciendo sombra á su cabeza; pero ya vimos que él mismo marchitó el mirto del amor, y le remplazó suspirando con el fúnebre cipres quando presentó á su amada la copa de veneno.

Fue Masinisa uno de los Príncipes mas poderosos y de los mas felices de Africa: pues habiendo tenido una juventud con mil reveses, hasta el fin de su vida, que fue muy dilatada, conservó una salud robusta, que debió sin duda al ejercicio y sobriedad. Al dia siguiente de una grande victoria le viéron delante de su tienda comiendo un pedazo de pan moreno: á los noventa años de su edad todavia hacia lo mismo que los jóvenes, montando á caballo sin que nadie le ayudase, y manteniéndose en la silla dias enteros. Quando murió entre los noventa y noventa y cinco años de edad, no pasaba de la de cinco el menor de sus hijos. Dexó cincuenta y quatro; pero solos tres eran de legitimo matrimonio, y estos le sucedieron cada uno en una porcion de sus derechos y autoridad. A Micipsa le tocó la representacion con la posesion exclusiva de la capital; á Gulusa la guerra, y á Mastanabal la justicia; pero todos tenian el título de Rey. Hizo esta distribucion Escipion Emiliano, á quien Masinisa habia encomendado su reyno quando estaba para morir; y sin duda vió el Romano en los tres hijos los genios propios para estos empleos. Muriéron el guerrero y el administrador de la justicia: este de-

xó un hijo llamado Yugurta, á quien crió Micipsa en su palacio con Adherbal y Hiempsal hijos suyos.

Micipsa, que pasaba en la historia por Príncipe benigno y prudente, descubrió sin duda en su sobrino disposiciones aviesas, pues se cree que buscó medios de deshacerse de él. Le dió comisiones arriesgadas, y le expuso en la guerra á peligros de que salió bien por su habilidad y valor. Sus aciertos le merecieron la estimacion general: era de unas facciones regulares, bien formado, y tenia todos los talentos del espíritu. No era dedicado al luxo ni á los placeres: se ejercitaba con los de su edad en la carrera, en arrojar el venablo, en montar á caballo, y aunque á todos era superior en la destreza, todos le querian. Su única diversion era la caza, persiguiendo fieras y leones; y para concluir su elogio, en todo era excelente, y hablaba poco de sí. Tal era Yugurta; y al mismo tiempo era un monstruo de crueldad, de ingratitud y de perfidia.

Bien fuese que Micipsa hubiese reflexionado mejor acerca de su sobrino, ó bien que esperase ganarle con sus beneficios y su confianza, le adoptó, y en su testamento le declaró

heredero de la corona juntamente con sus dos hijos, encomendándoselos al morir. Todo lo prometió Yugurta: mas apenas espiró su tío, quando hizo asesinar á su primo Hiempsal. La misma suerte hubiera tenido Adherbal si no se hubiera salvado en Roma, en donde imploró del Senado la venganza contra el homicida de su hermano, y la proteccion para sí. Se habia apoderado el asesino Yugurta de los tesoros de la corona, y los empleó en Roma para justificarse, y aun para que la acusacion recayese en Adherbal como cómplice en una conspiracion tramada contra él entre los dos hermanos.

Esto le dió atrevimiento para el intento de quitar á su primo la pequeña parte del reyno que le habia quedado. Le encerró en su capital, le sitió en ella; y aunque Roma envió primera y segunda diputacion, ambas las hizo inútiles el oro de Yugurta. Se rindió Adherbal con la condicion de dexarle la vida: Yugurta juró no matarle; pero despues le mandó degollar. Sabia por los mismos Romanos que los montones de oro eran un dique seguro contra los clamores del pueblo, contra los decretos del Senado, y contra las empresas de los Generales. Defendido con

esta trinchera desafió todos sus esfuerzos. Fueron al Africa dos cuerpos de tropas, mandados por un Príncipe del Senado, y por un Cónsul, armados de rayos vengadores de la república. Estos amenazaron; pero Yugurta los aplacó con oro, y se retiraron sin disparar. Se determinó Yugurta á ir á Roma, y en ella tuvo la osadía de hacer asesinar á Masiya, hijo de Hiempsal, que pedia el castigo de la muerte de su padre, y reclamaba su reyno. Esta vez tambien le sirviéron sus tesoros, si no para hacer que le declarasen inocente, para huir del merecido castigo, pues solamente se dió orden para que saliese al punto de Italia. Quando ya iba á perder de vista á Roma, volvió la cabeza á mirarla con indignacion, y dixo: „¡ Ah, ciudad venal, ciudad venal! solo falta quien te compre.”

Si con los hombres colocados en dignidad sucede lo que en los particulares, no hay que admirar en que el Numida y el Romano, sobornador el uno, y sobornado el otro, despues de haberse manifestado el fondo de sus corazones, se despreciasen y aborreciesen mutuamente. Vencio Yugurta un ejército romano, y le hizo pasar por debaxo del yugo. Le vencieron á él los Romanos, y le fueron per-

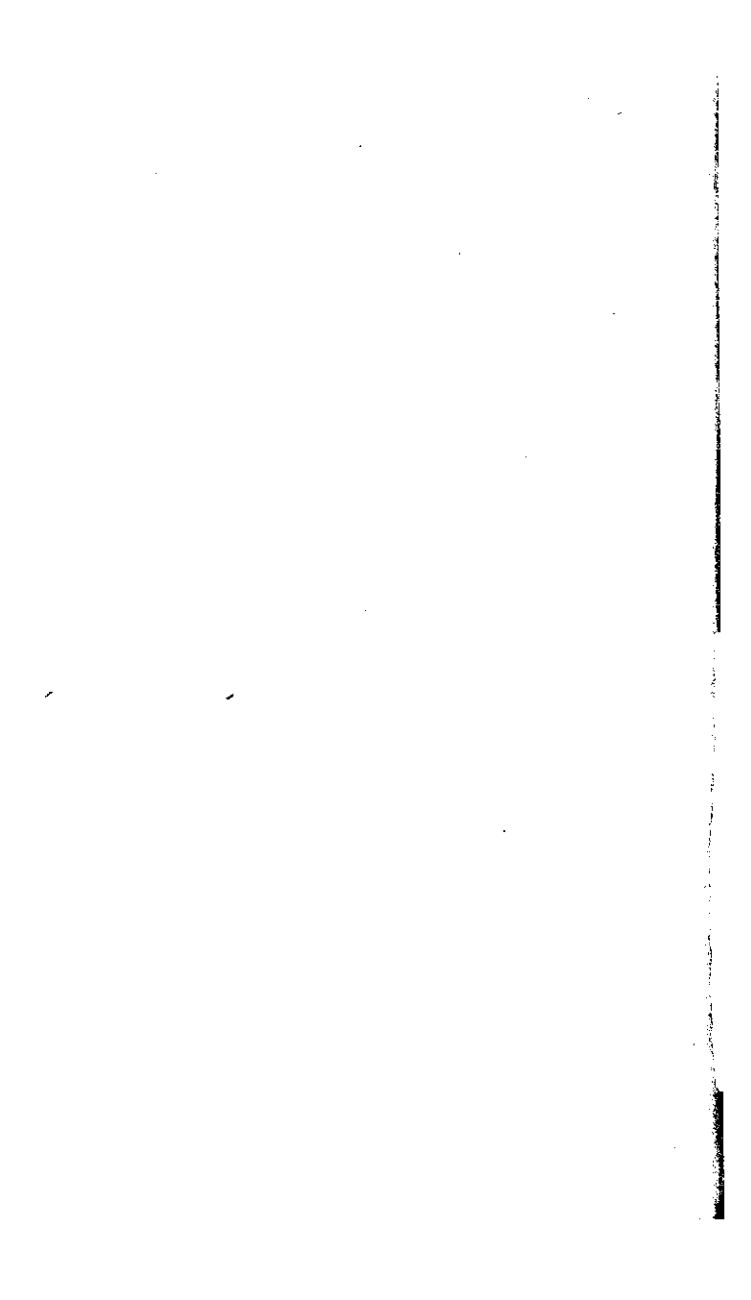
siguiendo de asilo en asilo encarnizadamente. En sus desgracias padecía los síntomas de un malvado que se ve deseoso de hacer mal, y no puede executar su mal deseo. Vió levantados ya contra sí los puñales de los que él empleaba en sus delitos; pero esta misma traicion fue para él un recurso, porque en el castigo de los culpados comprendió á los inocentes ricos, y se valió de sus bienes para corromper el consejo y la corte de Boco su suegro, Rey de Mauritania, que le habia dado asilo; y con esta perfidia estuvo para empeñarle en una guerra contra los Romanos que hubiera sido su rutina; pero Boco sintió el lazo, se desenredó prontamente, y para no volver á caer en él hizo entrega de su yerno á Sila, y fue Yugurta atado al carro del triunfador á dar el espectáculo de su ignominia en la misma Roma, á la qual tantas veces habia hecho cómplice de sus baxezas.

Tomó la Numidia partido en las querellas de Mario y Sila, y en las de César y Pompeyo, arrastrada de los Reyes que la daban las facciones. Cada uno tenia en sus exercitos caballería numida. Juba, uno de los últimos Monarcas, y afecto sinceramente á Pompeyo, se perdió por socorrerle, y temiendo

Declarada Roma protectora de los hijos de
 Moyses, despues contra Juana algunas ve
 pas mas el pefido malogro siempre con el oro
 y sus actiues los esfuerzos de esta republia
 vendi hasta que presiguido con arden y ven
 dide por los sujos die en manos de Silar
 quien le conduxo atado al carro de su homi
 je. Su ignominia fue justa pena de sus deli
 tos y satisfaccion a Roma de sus agrivios.

Sila triunfante de Yugurta.





dar en manos de César, perdida la batalla, hizo que un esclavo suyo le atravesase el pecho. En los reynados de Augusto y sus sucesores sujetáron los Romanos á los Numidas en quanto pueden sujetarse semejantes pueblos impacientes del yugo y del dominio, tan sin freno como sus caballos, y no menos feroces que estos quando les presentan la brida y el bocado. No obstante, la Numidia aun antes de confundirse con la Mauritania se contaba entre las provincias romanas.

MAURITANIA.

Fez, Marruécós, Tánger y Salé nos indican la posicion de la Mauritania, que es perfectamente semejante á la Numidia en las producciones, el terreno y los habitadores. Abraza el estrecho que separa la Africa de España: se ignora su extension tierra adentro, porque se pierde como la Numidia en los desiertos del Africa. Si antes tuvo bellas ciudades, aun ahora las tiene: los Moros á diferencia de los Numidas han sido marinos, y se han aventurado en la navegacion del Océano: es verdad que para esto les ofrecian términos de navegacion y puntos en donde des-

cansar las islas que hoy llaman Canarias, que no estan muy lejos de sus costas. Debe observarse que el monte Atlas ha dado ocasion para que algunas veces hayan llamado Atlántide, aunque impropriamente, á esta parte de Africa.

Se la supone poblada de Fenicios, Arabes, Egipcios, Etiopes y Persas, que acompañaron á Hércules en su expedicion de Lidia, y llegaron con él hasta el estrecho, cuyos dos promontorios elevados se llaman las columnas de Hércules. A estos se añaden los Cartagineses; y aun es probable que estos la diéron el nombre de Mauritania por la palabra *maur*, que significa occidente, como si dixeramos al occidente de Cartago. Pero se tiene por cierto que de todas estas naciones que concurriéron á poblar este pais, los primeros habitantes fuéron Arabes: su division por tribus y la vida errante que muchos hacen, es casi seguro indicio de su origen. Su gobierno, á lo que parece, fue monárquico. Son muy semejantes los antiguos Moros y los Numidas en language y religion, á excepcion de que los Moros rendian culto particular á Neptuno, en lo qual se conoce que se exponian á los riesgos del mar, y procuraban tenerle propicio.

A uno de sus antiguos Reyes se atribuye la invencion de las velas.

El luxo, que regularmente va con el comercio, era ya conocido de los Moros; pues los principales de la nacion llevaban vestidos de oro y plata, cuidando de sus personas no solo con aseo, sino con regalo. La infantería, que primero iba armada de mazas y despues con espadas, tenia arneses, de que hacia muy buen uso: la caballería se servia de lanzas, y una y otra de flechas, que algunas veces envenenaban. Los Moros cultivaban poco, y solo para la necesidad extrema; por consiguiente vivian con sobriedad. El pueblo se vestía de pieles: dormía en la dura tierra poniendo debaxo sus vestiduras, como todavia lo hacen las tribus errantes: sus artes y oficios estaban reducidos á lo mas necesario. No obstante, si creemos á tradiciones antiguas, de Atlas, que fue el que dió su nombre á sus mas altas montañas, viene la ciencia de la astronomía ó el conocimiento de los astros, y aun por eso le representan llevando en hombros el cielo.

La historia fabulosa de Mauritania se reduce al combate de Hércules y Anteo. Este era invencible como hijo de la tierra, por-

que quando le derribaban en ella, le daba su madre nuevas fuerzas; pero Hércules le mató levantándole en el ayre. Nació esta fábula de que Anteo en una guerra que tuvo contra Hércules se sostuvo largo tiempo con los poderosos refuerzos que sacaba del pais de su nacimiento; y Hércules no triunfó de él hasta que le quitó este recurso. A excepcion de algunos nombres no es mas extensa la historia verdadera. Empieza esta por Boco, suegro de Yugurta, y se sabe que entregó su yerno á Sila; pero merece observarse que habia prometido al Numida entregarle el Romano, y á este que le entregaria el Numida; y así este suegro, digno de tal yerno, dudaba entre dos traiciones, pero con resolucion de cometer una.

Atlas, el primer Rey de Mauritania, pasa por cultivador de las ciencias. Juba el jóven, penúltimo Monarca de los Moros, se aplicó á ellas con progresos. Habiéndose criado en Roma, adquirió tantos conocimientos que le contaban con los Griegos mas sabios. Poseia la historia así general como particular, y compuso la de Arabia: escribió sobre las antigüedades romanas y egipcias, de los reatros, la pintura y la gramática: no se ocultaron á

sus observaciones los animales ni las plantas: trabajó tambien sobre la geografía, y buscó las fuentes del Nilo. Solo han quedado algunos fragmentos de estas estimables obras; pero lo que debe consagrar su nombre á la inmortalidad es que la suavidad de su gobierno le ganó tanto los corazones de sus vasallos que le erigieron altares.

*GÉTULOS, MELANO-GÉTULOS, NÍGRITAS
Y GARAMANTAS.*

Es mucho que se ha conservado el nombre de estos pueblos, y aun demasiado, pues nada hay que decir de ellos. Desde la Numidia y la Mauritania se extendian hácia los desiertos en gaudares errantes, ya dispersos y ya unidos: si tuviéron artes, fuéron por lo menos muy limitadas: si religion, no pudo ser muy uniforme ni magestuosa: si gobierno, sin duda tuviéron el preciso con sus xefes para defenderse y atacar; pero se ignora que tuviesen alguna autoridad civil. La mezcla de usos y costumbres debia ser igual á la de sus colores: la graduacion de estos iba subiendo á mas negro, segun se iban retirando desde las costas hácia los desiertos. En Cartago se

viéron los primeros negros por los tiempos de la segunda guerra púnica. Siempre se viajaba, y aun hoy se viaja, en caravanas en estos países infestados de leones, tigres, ladrones armados, y bestias feroces.

*LIBIA MARMÁRICA, LA CIRENÁICA
Y LA SÍRTICA.*

La Libia Marmárica es la mas próxima á Egipto. En ella estaba la Amónide, ó el templo de Júpiter Amon, á diez jornadas en los arenales: formaba una especie de isla de un buen terreno con muchas arboledas, y regado de frescas fuentes. Unos dicen que no habia otra poblacion que el templo y sus dependencias: otros que habia una ciudad de bastante consideracion con un fuerte y algunos lugares; ¿pero quién sabe cómo pudo encontrarse y habitarse un punto de terreno que está en un mar de arena?

La Cirenáica estaba entre Egipto y la Sírta. En ella se cogia el silfio, planta de que solo ha llegado á nuestra noticia la figura en las medallas: de esta planta fluía cierta goma, que era la basa principal de un precioso bálsamo. Los Psilos, pueblo de estos

países, impacientes de ver que el viento sur abrasaba y secaba sus estanques, entraron armados por el desierto de Barca para hacerle la guerra, y los sepultaron las arenas que se levantaron con el mismo viento. Hace mención la historia de otras guerras mas racionales entre los pueblos de estos mismos países; pero en todo semejantes á las otras, asolar, robar, y hacer las paces.

La Sírítica llegaba al Mediterráneo. Sus habitantes mas famosos eran los Lotófagos, así llamados porque se sustentaban de la planta *loto*, especie de caña que se cree ser la misma del azúcar. Los pueblos de la Sírítica, tan necios como los Psilos, porque los rayos del sol los incomodaban iban echando maldiciones á este astro á medida que iba subiendo hácia ellos. Los historiadores antiguos colocan en las orillas del rio Negro unas poblaciones de enanos, y entre las costumbres de estos pueblos, cuyos usos no es fácil que fuesen conocidos, nos dan como ciertas las siguientes. Los de Marmárica antes de casar sus hijas las presentaban á su Rey no para que las tomase por esposas, sino para que viese si las desposadas merecian su favor. Entre los Nasamonos de la Cirenáica no podia la

recien casada desechar á ninguno de los convidados, y recibia un regalo de cada uno. Por último, las mugeres Lotófagas ostentaban por los pliegues de sus vestiduras el número de sus amantes favorecidos, y eran las mas estimadas las que llevaban mas pliegues.

ETIOPIA.

La descripcion y la historia de Etiopia, pais aun no bien conocido, no pueden menos de ser muy imperfectas. A Etiopia se va desde la Libia por los desiertos, y se pasa por ellos entre rocas de una forma que no se ve en otras partes, entre horribles precipicios, entre rios que en tiempos señalados se convierten en dilatados mares, y entre pueblos que son unos enteramente salvages, y otros medio civilizados. Esta confusion no nos promete ni mucha regularidad en el orden de los hechos, ni una pintura muy exâcta de sus costumbres y lugares; pero lo singular podrá suplir por el orden, y hacer un quadro interesante.

Los primeros Etiopes ó Abisinios que se viéron en Roma parecieron horribles figuras por su color mas que moreno, el cuello corto,

los hombros elevados y como sumergida en ellos la cabeza, los ojos muy separados, el mirar feroz, la nariz aplastada, la boca grande, los dientes ralos y agudos, cuerpos musculosos, pequeños y gruesos sin gracia alguna. Así son generalmente los hombres que habitan la vasta region de la Etiopia; y las mugeres de una configuracion que no puede parecer agradable á otros hombres que á sus negros.

Los Trogloditas, metidos en sus cavernas, se sustentaban de serpientes, lagartos y otros insectos. Entre los Nubianos habia pigmeos: los avestruces, grandes como ciervos, eran la caza de los Abatilitas. Langostas, tortugas, elefantes, pescado, leche de las perras, eran la comida de otros que tomaban el nombre del modo de sustentarse: los Elefantófagos dormian en las ramas de los árboles, y de allí baxaban á cazar leones, leopardos y elefantes. Dichosos los que encontraban frutas, raíces, cañas xugosas, y otros manjares que la naturaleza ofrecia en los terrenos menos ingratos. Hasta Antropófagos ó comedores de carne humana tenia la Etiopia. Su bebida es una especie de cerveza.

Ha habido ciudades, y aun algunas cuyas ruinas dan todavia testimonio de magni-

ficencia. En medio de sus inmensas llanuras se ven montañas y rocas mas altas y escarpadas que los Alpes y los Pirineos: unas son como torres, otras como pirámides: estan por los lados tan unidas que parecen obras del arte. En sus cimas, no obstante, estan cubiertas de bosques y prados, en los quales saltan manantiales, y se hallan tambien estanques. Una de estas rocas tiene la figura de un castillo edificado de piedras labradas, y la plataforma en que remata es de quatro leguas de circunferencia: es preciso subir con cordeles las provisiones y aun los animales. Ahora es una prision de estado, en donde ponian en otro tiempo á los Príncipes de la sangre, sin darles mas que lo necesario para no morir de hambre: ¡triste existencia! La misma naturaleza ha pulido uno de los riscos que á distancia hace el mismo efecto que un espejo. Hay tambien montañas semejantes á las que se encuentran por todas partes, y con frecuencia se hallan en ellas abismos espantosos.

El temple varía mucho; pero el ayre por lo general es sano, el frio mucho en las montañas, los calores en las llanuras excesivos, con tempestades de granizo, vientos in-

petuosos, y truenos que por el eco de los montes son terribles. El viento *sendo*, que todo lo derriba por donde pasa, es muy comun, y parece un *tifon* terrestre: á los cultivadores les luce su trabajo, porque tienen á lo menos dos cosechas, y los árboles dan dos veces la fruta: no se necesita hacer provision de heno para las bestias, pues en este pais cálido y regado con aguas freqüentes y abundantes siempre está la tierra cubierta de hierba. Los dias y las noches son de igual duracion. El Nilo, que hace fecundo á Egipto, atraviesa una parte de Etiopia, y va recibiendo las aguas de los rios grandes que crecen con las lluvias que refrescan la zona tórrida, y la hacen habitable quando parece que el sol debiera abrasarla.

Se sabe que de quando en quando han ido grandes destacamentos de Arabes á reforzar la poblacion de Etiopia ya exístente; pero no han mudado con su mezcla la raza indígena ó propia del pais, cuyo origen se ignora. El gobierno parece haber sido siempre monárquico, y algunas veces estaba en manos de mugeres con el nombre de *Candaces*, así como á los Reyes de Egipto los llamaban *Faraones*. Por lo demas unas veces

habia muchos reynos, y otras uno por la reunion de estos. En algunos fue la monarquía hereditaria, en otros electiva, y estaba afecta al órden sacerdotal, ó templada con leyes, ó despótica. En quanto al fondo de religion nada se puede decir de cierto: parece haber penetrado á Etiopia los dioses de Egipto, y aun los de Grecia; pero es probable que no era allí universal la idolatría; y que los Grandes y la corte profesaban el teísmo, y se observaban las prácticas y ceremonias judaycas. Tuviéron los Etiópes su lengua propia, y una escritura que aun se conserva: esta era la de los diplomas y libros sagrados: sus dialectos eran muchos.

En un pais tan dilatado y por tan larga sucesion de siglos no han podido ser las costumbres uniformes; y así presentaremos las mas singulares, sin fixar el tiempo ni el territorio á que pertenecen. Los condenados á muerte debian ser ellos sus propios verdugos, y no podian huir so pena de deshorrar su familia, y hubo madre que por esto quitó la vida á su hijo. El que sucedia en el trono era el hijo de la hermana. Si el Rey estaba estropeado, tenian obligacion á estropear-se tambien sus domésticos. Tenia que matarse

quando le decian los sacerdotes que así lo ordenaban los dioses por el bien de sus vasallos. Quando moria se daban sus criados la muerte, ó para manifestar su afecto, ó para ir á servirle en la otra vida. Algunos, faltando la familia real, fuéron á elegir Soberrano entre los pastores.

Los Ictiófagos componian de pescado podrido una pasta que se hacia agradable al gusto: supongo que lo seria solo para el suyo. Vivian largo tiempo: exponian sus muertos en la ribera del mar, de modo que se los llevaba el refluxo, y de este modo los peces comian á su vez á los que se habian sustentado con pescado. Los habitantes de cierto territorio, atormentados de moscardones crueles, no sabian otro remedio que pasar los dias sumergidos en el agua hasta el cuello. Parece que hablan los autores de una república de monos quando nos dicen que hay pais en que los hombres se suben á los árboles, que saltan de rama en rama, que poseen las mugeres en comun, y se las disputan á golpes: habia algunos que solo bebian de cinco en cinco dias, y otros que nunca: estos sin duda serian buenos para marineros. Algunos tenian á las mugeres ancianas

un respeto que casi llegaba á la adoracion. Quando qualquiera llegaba á viejo, y por enfermedad ú otro motivo era inútil á la sociedad, le iban á rogar que se matase; y si no admitia el partido con resignacion, le ataban á pesar suyo como debiera él hacerlo por sí mismo, á la cola de un toro que le llevaba arrastrando hasta dar el último suspiro. Entre estos Etiópes el dia del funeral era dia de contento. Practicaban generalmente la circuncision entre otras prácticas tomadas de los Judios.

No usaban otra aljaba que su cabello: introduciendo por entre él las flechas, cuyas puntas envenenaban: sus arcos tenian quatro codos de largo, era necesaria mucha fuerza para temprarlos, y así solo ellos podian manejarlos. Tiraban huyendo como los Partos. Su precioso metal era el cobre: el oro les servia de hierro. Cubrian con yeso los cadáveres de sus padres, y grababan encima su figura: así los colocaban en caxas preciosas, y aun dicen que de cristal, para ver los lineamentos del difunto, cuyo cadáver conservaban en casa á lo menos por un año.

Despues de tantas extravagancias, fixemos el juicio en un pueblo que parece se empeñaron en degradar los autores Griegos. No

se puede dudar que entre los Etiópes haya habido hombres recomendables por su ciencia y prudencia. Tenian colegios de Sacerdotes, y por consiguiente hombres que cumpliendo con las ceremonias del culto, hallaban tiempo para aplicarse á adquirir conocimientos y perfeccionarse en ellos, pues siempre de esta especie de juntas han salido los primeros rayos de luz que han disipado las tinieblas que regularmente cubren la cuna de las naciones. Eran naturalmente los Etiópes intrépidos y atrevidos, pero violentos: eran generosos, francos, humanos, y zelosos partidarios de la justicia; y no se debe formar juicio de toda la nacion por los monstruos Etiópes, cuyo retrato hicimos diciendo: que Roma se asombró al verlos; pues son hombres de buena estatura bien hechos, y las mugeres tienen cierta gracia. Los niños nacen muy encarnados, y como á los demas negros se les va extendiendo aquel color de ébano reluciente que les cubre todo el cuerpo.

Mas de dos mil años no nos pueden dar sino algunas líneas de historia, en la qual colocaremos la pretendida conquista de la Etiopia por Moyses á la cabeza de los Egipcios, y el verdadero viage de aquella Reyna que

fue á visitar á Salomon en su gloria. Se cree que era etiopisa, y una tradicion constante la hace madre, por un hijo que tuvo de Salomon, de una dinastía, que duro por mucho tiempo, y tal vez aun reyna. Las principales familias se glorian de descender de los Hebreos. Estas dos naciones estuviéron por mucho tiempo en guerra, y se ha creido que saliéron de Etiopia formidables exércitos contra la Judea. Fuéron los Etiopes de los primeros que abrazáron la religion christiana, que profesan todavia en nuestros dias con mucha mezcla de judaismo. Por último, es tan estéril su historia antigua que apenas se sabe el nombre de algunos de sus Reyes; pero estamos mas bien instruidos en lo que ha pasado en los tiempos mas modernos hasta el nuestro como despues veremos.

Tampoco se deben esperar relaciones muy interesantes acerca de otros muchos pueblos, cuyos principios solo nos ofrecen nociones muy reducidas é inciertas; pero es preciso conocer su existencia y sus primitivas costumbres, con el fin de familiarizarnos, por decirlo así, con su fisonomía, para que quando lleguen á ser de importancia, se nos presenten con esplendor en el gran teatro del mundo. Vamos pues á re-

correr la tierra, colocando cada uno de estos pueblos en el sitio que los vió nacer, y luego volveremos á hablar de ellos sucesivamente á medida que sus incrementos les han dado clase distinguida en la historia.

ÁRABES.

La Arabia se considera como península, y ha mucho tiempo que los Geógrafos distinguen en ella tres partes, cuyos nombres no deben tomarse á la letra, porque en la Petrea hay parages de un suelo dulce: en la Desierta no faltan del todo habitantes; y la Feliz, aunque merece este nombre, se resiente en algunas partes de las imperfecciones de las dos vecinas. La Petrea contiene muchos desiertos, y entre otros el de Sinaí; pero la mayor parte es de buenos terrenos, y los desiertos estan como porciones sembradas; al paso que en la Arabia Desierta hay llanuras sin pozos ni fuentes que forman una especie de mar de arena, en el que esta se levanta con los vientos como las olas; y los parages fértiles en corto número vienen á ser como las islas. La Arabia Feliz goza del ayre mas puro, da frutas deliciosas, y produce el

mejor café del mundo. Siempre ha sido la Arabia centro de un comercio activo, así de sus producciones, como de las de otros países con que se cargan las caravanas: v. gr. incienso, mirra, piedras preciosas, gomas, perfumes, especias, y todo género de mercaderías preciosas.

Los Arabes se dividian en antiguos y modernos. Los primeros se contaban descendientes de No, nieto de Noé por Sem. Los segundos no llegaban mas que á Ismael, hijo de Abraham, y las tribus mas distinguidas no pasan de aquí en su pretendida antigüedad. Supuesto que se ha conocido á ciertos nobles poseidos de la manía genealógica, soñando siempre en escudos, y hablando solo de sus alianzas, no debe admirarnos ver á los Arabes ocupados con tanto cuidado en todo lo que puede contestar la antigüedad y pureza de su raza. En estas tradiciones hay milagros y cosas inverosímiles cuya memoria han conservado; y aunque en esto hallan los Arabes con que sustentar su vanidad, no merece que la comuniquemos á otros.

Los usos, costumbres y genio de los Arabes, si exceptuamos la religion, no han variado en tres ó quatro mil años. Los que fué-

ron errantes, aun lo son, bien que sujetos como de tiempo inmemorial á los Emires, que son cabezas de una tribu, ó de un conjunto de tribus. Se les llama Beduinos ó vagabundos. Del mismo modo se gobernaban los de las ciudades en quanto lo permitia la policía. La igualdad entre las familias se notaba en la sucesion al trono: el heredero presuntivo de la corona era el hijo que nacia inmediatamente despues de la inauguracion del Rey; y para no engañarse, todas las mugeres de este, que se hallaban en cinta, eran guardadas y servidas con atencion hasta que alguna de ellas paria. Al Rey se le instalaba en una junta general; y en tomando las riendas del gobierno era ley que no saliese de su palacio: y si la quebrantaba, no solo era permitido, sino que estaba mandado apedrearle; pero en lo demas se le debia obedecer absolutamente.

La religion de los Sabeos, que era la mas comun entre los Arabes, consistia en el culto de las estrellas, de los planetas y de los ángeles, á los que honraban como á divinidades subalternas; pero solo conocian un Dios supremo, Criador y Conservador del universo. A este deismo, ya muy mezclado, añadieron algunas tribus otras supersticiones, haciendo

ídolos, ó tomándolos de sus vecinos, hasta dar honores á algunos animales. La religion de los Magos fue entre ellos muy estimada, y aun no carecian de alguna idea de la inmortalidad del alma, y de los castigos y premios en la otra vida. Por último, algunas tribus abrazaron la religion judáyca ó la christiana desde sus principios. Su lengua es armoniosa, expresiva; y tal vez la mas abundante del universo: no ha padecido mutacion, ni se ha variado su carácter. Eran buenos oradores y excelentes poetas, y tenian la suficiente astronomía para repartir regularmente el año. Creian estos pueblos en los sueños, y los interpretaban: no carecian absolutamente de conocimientos en mecánica y medicina: se exercitaban mucho en el manejo de las armas y del caballo, como medio de conservar su independencia. Tenian entre ellos muchas querellas, y las decidian ordinariamente con batallas. Era su comun proverbio, que Dios habia dado quatro cosas á los Arabes en particular: turbantes en lugar de diademas: tiendas en lugar de casas: espadas en lugar de trincheras; y poemas en lugar de leyes escritas.

Los Arabes concilian con el robo la hospitalidad. Reciben con mucha cordialidad á los

que el acaso ó la necesidad lleva á sus tiendas, y aun encienden por la noche fuegos en las alturas para que sirva de guia á los pasajeros, y los llaman *fuegos de la hospitalidad*; pero al mismo tiempo que tienen por obligacion esta generosidad de unos con otros, roban sin reparo á los que pasan por su territorio. Dicen que su padre Ismael, arrojado de la casa paterna, recibió de Dios los desiertos por patrimonio, con el permiso de tomar quanto en ellos se encontrase, y que siendo sus herederos entran en todos sus derechos, y se creen autorizados para desquitarse no solo con la posteridad de Isaac, sino tambien con todos los demas hombres, suponiendo tener con ellos el mismo parentesco que con los Judios. Quando vuelven á su casa con los despojos, dicen: *He ganado tal cosa*; no dicen la he robado. Por otra parte no les falta cierta probidad entre sí, ni la hombría de bien con aquellos á quienes reciben como amigos. Aunque en su campo nada se cierra, no se ve en él el menor robo, y hasta los mismos á quienes han despojado experimentan por otra parte todos los cuidados de la humanidad quando estan heridos, y aun consiguen socorro para continuar su camino.

Siempre han sido frecuentes las peregrinaciones entre los Arabes. Tenian agüeros y reglas de adivinar : practicaban mucho las abluciones ; pero no habian unido á estas todavia ideas religiosas. Cortaban inmediatamente la mano derecha al que sorprehendian cometiendo algun hurto , y daban castigo público á los disipadores ; pero á los que hacian valer su hacienda les manifestaban mucho respeto. Los xefes ó cabezas tenian un poder muy limitado. Los Sarracenos, tribu de Arabes, tenian mugeres que alquilaban por cierto tiempo : uso que, como notan los autores, se diferenciaba poco del divorcio.

Ismael y su madre Agar se retiráron al desierto , habiéndolos precisado á dexar la casa de Abraham. Ya antes que naciese el hijo habia tenido la madre promesa de que seria padre de una nacion poderosa : que él y sus descendientes vivirian en una especie de enemistad con el género humano ; y esto no obstante , jamas estarian sujetos á alguna potencia extranjera. La verdad de esta pasmosa prediccion parece demostrada en el modo de vivir, poder y gobierno de los Arabes del desierto desde el tiempo de Ismael hasta ahora ; pues han vivido y continuan viviendo del

botin: jamas han estado en total sujecion, y al presente aun viven en estado de independencia, en lo qual se verifica la segunda parte de la profecía, así como el prodigioso poder de los Sarracenos, descendientes de Ismael, verifica la primera.

Se han formado en Arabia muchos reynos, y han subsistido por largo tiempo: los principales son los de Yaman, Hiz, Glesan, y el de Hejac. Ninguno puede lisonjearse de que sabe ni aun los nombres de los Reyes de aquellos paises, y por mas fuerte razon se ignoran sus acciones. Uno que se llamó el Rey Seba reunió en un estanque todas las aguas, que baxando de los montes regaban aquellas tierras de su pais, y las vendia á sus vasallos, negándolas á los que no le tenian contento: de este modo los hacia perecer de sed y de hambre con todos sus ganados: primer exemplo de monopolio. Los nombres de algunos Príncipes tenian sobrenombre que indicaba algunas acciones ó calidades: Hul-Adhahar, *el Monarca de los monstruos*, por haber sido el primero que hizo ver á sus vasallos sátiros y monos: Naserol Neham, *el generoso y magnífico*: Amru Tabai, *señor de la madera*, por ser tan débil que era necesario llevarle en

una silla de madera. Salban, *poseedor de la famosa cimitarra*. Semsama, *que partía en dos trozos sin hacerse dano las hojas de las espadas*: Jucef, *senior de los pozos*; porque se deshacia de los que no le gustaban echándolos en el pozo: Dhusadan, *la persona de bella voz*.

En tiempo de Al Ashrran, el mismo año que nació Mahoma, dicen que sucedió un milagro que consagró el falso profeta en su Alcoran. Emprendió este Príncipe la destrucción de la Meca, y se presentó con un formidable ejército; pero llegó de la costa del mar una numerosa bandada de aves que no eran mayores que golondrinas, y tenían tres piedrecitas, una en cada pata, y otra en el pico, del tamaño de una lenteja, pero tan pesadas que al caer pasaban de parte á parte no solo á los hombres, sino á los caballos, camellos y elefantes, y muy presto quedó destruido el ejército. Para aumentar la maravilla añaden los comentadores, que en cada piedrecita estaba escrito el nombre del que habia de traspasar. En tiempo de Amrú se renovó la pasmosa condescendencia ó fidelidad de aquellos cortesanos que se hicieron mutilar, desfigurar y herir con el fin de

procurar victorias á sus amos. Kasair se hizo cortar las orejas y azotar con varas para introducirse con la Reyna de Seba, á quien Amrú hacia la guerra. Le recibió ella en su palacio; y abusando de su confianza, hizo que le llevasen caxas llenas de hombres armados que la asesinaron.

Al-Nooman renunció la suprema potestad, habiendo reynado treinta años, y se retiró al desierto, porque no pudiendo reynar eternamente, le importaba poco dexar el reyno mas tarde ó mas temprano. „¿Qué es un reyno; decia, que no puede dexar de tener fin?” Una accion sucedida en tiempo de Al-Nooman renueva la memoria de la generosa disputa de Pilades y Orestes quando deseáron morir el uno por el otro. El Príncipe árabe en un acceso de embriaguez habia hecho quemar vivos á dos amigos suyos, que hallándose como él se habian dormido á su mesa. Volviendo en sí se impuso la ley de celebrar todos los años dos dias, uno feliz, y otro infeliz. En el primero debia llenar de beneficios al hombre que antes que otro alguno se presentase: en el segundo debia derramar la sangre del primero que viese sobre el sepulcro de sus amigos. Desgraciado en sus expiaciones como en

sus delitos, encontró á un Árabe que le habia recibido en su casa, viéndole extraviado en la caza, y casi muerto de fatiga. Se halló el Rey muy dudoso entre su juramento y la obligacion de la hospitalidad inviolable entre los Arabes. Pactó pues con su huésped, permitiéndole regresar á su casa colmado de regalos con la condicion de que volveria para ser sacrificado, y que se obligase algun fiador á morir por él si no se presentaba. El último dia del término prescripto se ofrece el fiador resignado á morir por su amigo; pero no se hizo esperar el Árabe por mucho tiempo, y fue á cumplir su palabra. Preguntado sobre el motivo de aquella generosidad, respondió que la debia á la religion christiana que profesaba, y Al-Nooman se hizo instruir en ella, y se bautizó. Ya antes que él habia habido Monarcas Arabes afectos al christianismo.

Por mas esfuerzos que hicieron muchos pueblos, y entre otros el Romano, jamas han podido sujetar á los Arabes. El gran Sesostris, Rey de Egipto, lo emprendió en vano: los Monarcas Asirios, Medos y Persas tampoco lo consiguieron: se contentaron estos últimos con su amistad, y los Arabes la sostenian con regalos, pero nunca con tribu-

tos. Cambises pidió permiso para pasar por sus tierras con el objeto de conquistar á Egipto. Alexandro murió antes de efectuar la intencion de atacarlos, no para subyugarlos, sino solo por vencerlos, y hacerse estimar y adorar. Antígono los sorprendió, y tomó la ciudad de Petra; pero le persiguiéron, le derrotáron, y le quitáron el botin que se llevaba. Demetrio, su hijo, volvió sobre esta ciudad; y un Arabe le dixo desde lo alto de las murallas: „Príncipe, ¿qué es lo que quieres? ¿Qué motivos te empeñan en introducir la guerra en un desierto, en donde no hay agua, trigo, vino, ni alguna de las cosas necesarias á la vida? El amor de la libertad nos hace habitar estas áridas llanuras, estamos resueltos á conservarla y á sufrir incomodidades que parecerán insoportables á otros pueblos. No mudarás jamas nuestro modo de pensar, ni podrás permanecer aquí por falta de medios de subsistencia; y así te suplicamos, que pues nunca te hemos ofendido, salgas de nuestro pais. Acepta de nuestra parte algunos presentes, y haz que tu padre Antígono nos cuente en el número de sus amigos.” Por entonces tuvo la arenga el deseado efecto; pero creyendo Antígono que los

había amedrentado, volvió á enviar otro ejército, que arrojado por los Arabes se retiró avergonzado.

Los Romanos del tiempo de Pompeyo se llamaron vencedores de los Arabes por solo haber prescripto un impuesto á dos ó tres tribus. En el de Augusto hizo un General romano irrupcion en Arabia, recorriendo una parte, cuya sequedad, torbellinos de las arenas y otras incomodidades le ahuyentaron no menos que las armas. De algunas expediciones como estas pretendieron los Romanos sacar la conclusion de que habian subyugado la Arabia, y aun hicieron medallas que formalmente lo dicen; pero una retirada á que se vió precisado Trajano y otra de Severo publican altamente lo contrario. Mejor se puede decir que el Imperio romano en su decadencia se vió en la necesidad de comprar la alianza y el auxilio de los Arabes. Un Príncipe de esta nacion, llamado Mondar, estuvo por espacio de cincuenta años asolando las fronteras romanas, pasando con la rapidez de un relámpago de Egipto á Mesopotamia; y quando los Romanos empezaban á ponerse en movimiento, ya él habia puesto en seguridad las riquezas del botin. Los Abisinos son

los que parece tomaron, mas imperio sobre los Arabes; pero este no fue de mucha extension, ni duró por largo tiempo, pues los arrojaron de su pais en el año del nacimiento de Mahoma, que hizo de la Arabia el centro de su religion y sus conquistas, y como veremos despues desde este momento viene á ser importante la historia de los Arabes.

TÁRTAROS, TURCOS, MOGOLES &c.

Despues de los Arabes, que son como una nacion aislada, se presentan los pueblos que cubrieron los terrenos ocupados por los primeros habitantes del Asia: Tártaros, Turcos, Mogoles, Indios, y por último los Chinos; no conocidos de nuestros mayores.

A la Tartaria la llamaron laboratorio de hombres, *officina hominum*. De aquella parte mas elevada del globo, en el fondo del norte, entre el Asia y la Europa baxaron los hombres, que por un lado poblaron el Mogol y la China, y por otro la Rusia y la Sarmacia. No queriendo entrar en disputas geográficas, cronológicas y genealógicas, nos contentaremos con saber que una gran parte de las naciones asiáticas y europeas de-

ben su origen á los Tártaros, que al principio fuéron los Escitas descendientes de Jafet, hijo de Noe. En quanto sea posible notaremos la relacion de todos estos pueblos con el tronco principal, al paso que vayamos separando las ramas.

Ya hemos hablado de los Escitas, y seria inútil repetir la division de esta nacion primitiva en Escitas ambulantes y Escitas sedentarios, distincion que aun existe entre los Tártaros. Tambien hemos dado á conocer algunas de sus costumbres, cuya variedad es inagotable. Los Reyes tenian obligacion de conservar con respeto un arado, un yugo, una hacha y una copa de oro, que habian caido del cielo en Escitia. Todos los años presidian á los sacrificios ofrecidos en honor de estos instrumentos tan útiles al género humano. Miraban como sagrada á una tribu que juzgaba de las causas de los otros, no llevaba armas, y tenia derecho de asilo. Reconocian por su legislador á Zamolxis, mucho mas antiguo que Pitágoras, y prometia la eterna felicidad en la otra vida á los observantes de sus instituciones. La influencia de estas leyes en los Escitas los hizo templados, de arregladas costumbres, y del mas religio-

so respeto á las obligaciones que impone la amistad. Los Escitas ambulantes transportaban sus familias en carros de dos, quatro ó seis ruedas, y para sus correrías en el desierto mas querian yeguas que caballos, porque con su leche apagaban la sed. La lengua de estos, como que estaba reducida á expresar las cosas usuales, no era muy abundante: su escritura parece haber sido en su origen geoglífica.

Una tradicion conservada por los escritores Tártaros, hace padre de los Turcos á Tursa, hijo de Jafet, y descendientes de este Patriarca á los de la familia otomana. Este primer Turco fue el legislador, é inventor de muchas artes. Entre sus descendientes se hallan los xefes ó cabezas de diferentes poblaciones, principalmente las de los Tártaros Mogoles. Estos fuéron exterminados todos en una guerra desgraciada; y del pueblo entero no quedáron mas que dos Príncipes y sus familias. Huyendo de los vencedores llegaron al pie de un monte, á cuya cumbre solo se podia subir por un estrecho sendero; pero se empeñáron en subir, y lo consiguieron. La misma dificultad habia para baxar, mas al fin llegaron á una llanura deliciosa

cortada con arroyuelos, cubierta de prados y de árboles frutales, rodeada por todos lados de inaccesibles montañas. Por quatrocientos años habitáron aquellas dos familias este asilo, y renováron en él la nacion Mogola.

Llegando á cierto grado el aumento de su poblacion se halláron los Mogoles estrechos, y les vino el deseo de volver á su pais natural; ¿mas cómo podrian salir de un sitio tan cerrado, principalmente habiéndose ya borrado la senda que los conduxo? A fuerza de diligencias advirtiéron que aquella montaña, que toda era mina de hierro, no era en la cumbre muy ancha, y así juntando mucha leña y carbon, con el auxilio de setenta fuelles de cuero, derritiéron parte del monte suficiente para hacer pasar un camello cargado. Hizo en el pais grande novedad ver esta tropa desconocida, y se reuniéron las naciones para oponerse á sus progresos; pero vencióron los Mogoles, y se establecióron de nuevo en la patria de sus padres, en donde han conservado una costumbre alusiva al suceso. Todos los años los Mogoles en la extension de sus dominios, en memoria de su salida del hermoso valle, hacen ascua un hierro, y el Kan es el que da en él la primera

martillada, y á su exemplo siguen los xefes de todas las tribus. Los que exâminan estos recuerdos con la severidad de la crítica, hallan en ellos apariencias de verdad que no les permiten despreciar aun las fábulas. Vamos á ver otras con respecto á la India.

LA INDIA.

Es el mas bello, mas fértil y mas rico pais del mundo: en él se hallan todos los aspectos agradables que pueden alabarse en otra parte. Nada falta de lo necesario á la vida, porque es abundante de arroz, y de deliciosas frutas de variedad admirable. Sus mares dan perlas, sus minas diamantes, y sus montañas metales. Sus campos se ven cubiertos de animales tan diferentes como las frutas, y tienen poblados los bosques. Algunos que nacen para ser independientes estan acostumbrados á vivir mansos y domésticos, como sucede á los elefantes, que no soló son mas grandes y fuertes que los de Africa, sino extremadamente alentados, y de mucho instinto. Frescas montañas con muchos árboles y bien regadas, cortan por varias partes las llanuras, ademas de los rios abundantes en pes-

ca, y casi todos navegables: los dos que cierran sus lados y fixan sus límites son el Ganges y el Indo.

Tan bello pais desde luego estaba llamando habitantes, y así concurrieron de Persia y de la Tartaria á establecer poblaciones entre sí cercanas, cuyos nombres y situaciones han conservado los historiadores antiguos. Como reuniéndose los arroyuelos forman los rios, y estos hacen despues otros mayores, así las colonias de la India se confundieron formando reynos, y estos se unieron en imperios. Los estragos de los conquistadores concurrieron para que los pueblos, aun contra su voluntad, se juntasen, así como los arroyos arrastran consigo las aguas tranquilas, y se sirven de ellas para extender su inundacion. No se sabe si al temor de estas plagas se debe la única singularidad de que una vasta extension de pais que contiene muchas ciudades y un millar de pueblos que los habitantes abandonaron, conserve subsistentes sus casas. Los historiadores modernos no hablan de este destierro, y los antiguos no fixan su posicion.

Entre las fábulas de su pais cuentan con seriedad, que una multitud de monos de

un bosque por donde habia de pasar Alejandro, no solo no huyó al ver el ejército, sino que se pusieron todos en orden de batalla, de suerte que los soldados creyeron que iban á pelear con tropas arregladas: y que un Indio que los desengañó les dixo el modo de cogerlos, el qual consistia en echar agua en los platos y lavarse los ojos, dexando despues en aquellos platos un licor viscoso, con lo que los monos remedadores baxando de los árboles á frotarse los ojos, se pegaban los párpados, y no podian huir.

Tenian los Indios la manía de todos los pueblos, que es la de la antigüedad. Tuviéron excelentes leyes de policia y muy laudables costumbres, de las quales pueden sacarse estas generalidades: al empezarse el año, los filósofos, que hacian clase aparte, tenian obligacion de ir á palacio á presentar al Rey sus observaciones, pronósticos y conjeturas sobre quanto podia ser útil á la patria; y si alguno era convencido de ignorancia, se le imponia eterno silencio. En tiempo de paz tenian los soldados residencias fixas y rentas asignadas. Los labradores estaban dispensados del servicio militar: la quarta del producto de las tierras era para el Rey y el estado.

Los magistrados encargados de hacer justicia no podían casarse con familia superior á la suya: sin duda lo determináron así para quitar la ambicion, que es la causa ordinaria del soborno: practicaban la pena del talion: la muger que mataba á un Rey embriagado, se casaba con su sucesor: al Rey le estaba prohibido dormir durante el dia: en muchos países no sobrevivían las mugeres á sus maridos, porque se quemaban sobre sus cadáveres. Las doncellas que mejor reñían á puñadas se casaban antes que las otras. Siempre respetaba la guerra á los labradores.

Mucho se ha hablado de los Gimnosofistas, filósofos Indios, y de los Bracmanes. Parece que estos últimos eran una misma familia, que se tenía por descendiente de Abraham. Hasta ahora no se sabe bien qual fue su sistema teológico, y tal vez habrá variado con el largo tiempo; pero siempre se fundó en la unidad de un Dios. Eran al mismo tiempo Sacerdotes y Consejeros del Rey: tenían á su cargo el ceremonial del culto, la instruccion pública, y la interpretacion de las leyes. Su ciencia era famosa, pues Griegos muy ilustres fuéron á aprender de ellos los conocimientos con que enriquecieron su

país. Se aplicáron felizmente á las matemáticas, á la medicina y á la astronomía; pero á esta la mancháron, como otras muchas naciones, con la mezcla de la astrología judiciaria. Tambien se introduxéron entre los Indios los dioses de los Egipcios y de los Griegos, y muchos de sus filósofos adoptáron la metempsícosis tomada de estos últimos. Algunos creían que el mundo estaba sujeto á una suprema inteligencia, presente en todos los puntos del espacio. Señalaban otras inteligencias subalternas que presidian al movimiento de los planetas; y por último creían la inmortalidad del alma, y el futuro estado de premios y castigos. No nos han quedado rasgos ciertos de la antigua lengua india, ni de su modo antiguo de escribir; pero los caracteres que actualmente usan los Bracmanes tienen algo del hebreo y del asirio. La reputacion de sus filósofos antiguos ha caído mucho, no obstante que para con el pueblo todavía conservan algun crédito. Los Indios eran muy mañosos, y propios para las artes mecánicas: su joyería está trabajada con grande esmero. Eran muy sobrios, y rara vez se daban á los licores que embriagan.

Dicen no obstante que el primer con-

quistador que penetró por la India fue Baco, y que les enseñó á hacer el vino; mas aquí debe observarse que en la India apenas se conocen las uvas, y que estas son la única produccion útil que allí falta. Otros dicen que el Baco de la India es diferente del dios del vino; pero sea el que fuere, él los civilizó, les enseñó el arte militar, y se hizo adorar en el pais. Cyanaro y Ciro llegaron hasta el principio de la India: Darío I puso en ella el pie: Xerxes, Artaxerxes y Darío Codomano diéron por ella algunos pasos: Alexandro pasó mas adelante, y tuvo el gusto de vencer á Poro, y de recibir por medio de los diputados de muchos reynos distantes los honores que pocas veces se niegan á la fuerza triunfante. Sus sucesores no se mantuviéron en la India, y conserváron tan poca relacion que nunca sacáron socorros unos contra otros, ni en sus guerras contra los Romanos. Augusto, en el esplendor de su gloria, vió presentarse en su corte embaxadores Indíos: tambien los recibieron Trajano y Justiniano. Estas embaxadas prueban que habia gobiernos en la India. A esta rica tierra debemos la seda, cuya venta se apropiáron los Persas largo tiempo, lo qual

fue causa de que por siglos enteros se vendiese á peso de oro. Justiniano envió dos monges á Sérica, parte de la India en donde se hallaba el gusano que la da, los quales si no pudieron traer vivos estos preciosos insectos, conserváron su semilla ó huevecitos, y de estos vienen todos los gusanos de la Europa.

Las sombras que nos encubren los primeros Indios se extienden todavia mas espesas sobre los primeros Chinos.

LA CHINA.

En la China hay dos grandes objetos de controversia entre los sabios, y son su cronología, y la palabra *Tien*. Se precian de muy remota antigüedad, y en prueba de esta citan el cálculo de un eclipse que sucedió dos mil ciento cincuenta y seis años antes de nuestra era; pero si quando los Jesuitas llegaron á la China vivian en la mas profunda ignorancia acerca de la astronomía, ¿cómo pudieron calcular un eclipse mas de tres mil y ochocientos años antes? A no ser que digamos que despues la olvidáron prodigiosamente, lo que no es presumible de una nacion en extremo zelosa de quanto puede ilustrarla.

En quanto á la palabra *Tien* unos la entienden del espíritu que preside á los cielos, y otros de los mismos cielos materiales. De estas controversias solo han resultado algunas explicaciones sobre el origen de la nacion, que no es tan remoto, y sobre sus leyes.

El gobierno siempre ha sido en la China monárquico, y en esto convienen unánimes sus autores, de los quales ha pasado hasta nosotros una lista de Reyes, cuya serie no interrumpida hace opinion mas que probable. Por otra parte, como entre ellos no sufrían extrangeros, debieron conservar por largo tiempo sus leyes primitivas sin mezcla. Su religion era el deismo contenido en los libros antiguos, que llamaban por excelencia *los cinco volúmenes*, de los que solo nos han quedado fragmentos que contienen su ciencia y su moral. Las expresiones no son tan claras por el deismo exclusivo, que no se pueda inferir que permiten verdadero culto á ciertos espíritus que suponen haber establecido el Ser supremo sobre las ciudades, rios, montes &c.

Los libros chinos decoran al *Tien* con todos los atributos de la Divinidad; porque dicen que preside á todos los sucesos, sondea lo mas retirado del corazon humano, re-

compensa la virtud , castiga los vicios aun en los Reyes, envía plagas sobre las naciones, y añaden que las anuncia con prodigios para excitar á los culpados á que se prevengan con la enmienda. Dicen tambien que los buenos pensamientos son inspirados por el *Tien*, y que se sirve de su poder absoluto sobre la voluntad de los hombres para inclinarlos á la virtud por el ministerio de sus semejantes , para recompensarlos ó castigarlos sin perjudicar á su libertad, y que no hay hombre tan vicioso que no pueda llegar á la virtud si se aprovecha de los auxilios que el *Tien* le ofrece.

Todo obsequio es vano, segun los cinco volúmenes , si no es inspirado por el corazon. Solo el Emperador tenia poder para observar los ritos primitivos , y rendir públicamente solemne homenaje á la Divinidad: sacrificar al primer Ser era una ceremonia tan sublime que solamente la primera persona del Imperio era digna de practicarla ; pero era necesario que este Príncipe se preparase primero expiando sus pecados con un austero ayuno y lágrimas de penitencia. Sus libros, aunque colocan las almas de los virtuosos en la morada de la felicidad , no nos hablan

claramente de los castigos reservados en la otra vida para los delinquentes. Creen la existencia del alma despues de la muerte, y tienen ideas bastante sanas sobre la creacion; pero esta religion que se nos presenta tan bella, se ha corrompido con la idolatría, que se ha esparcido por la China en diversas épocas. No obstante que su religion primitiva ha vuelto tantas veces sobre sí, en algun modo reyna hoy entre los discípulos de Confucio.

Tienen una ley muy antigua que aun existe, cuyo objeto y motivo apenas se puede adivinar: esta prohíbe que el hombre se case con muger que tenga el mismo nombre que él, aunque se pruebe que no es su parienta. Quando el Emperador llega al trono echa algunos surcos para honrar la agricultura, y todos los años renueva esta ceremonia acompañada de sacrificios. Por todo el tiempo fixado para su duracion cesa el comercio, vacan los tribunales, y los viages se interrumpen. Desde muy antiguo se permite la poligamia en la China; y su lengua tiene algo del hebreo. Su escritura pinta las cosas y no las palabras: es enigmática, emblemática y simbólica. Es tanto lo que se han



Honor de la agricultura en la China.

Al subir al trono, y anualmente á cierta época rempe la tierra el Emperador de la China con el mayor aparato y solemnidad. Los labradores de los contornos corren de tropel á ser testigos del honor que el Príncipe tributa á la primera de las artes: miran con placer asociado á sus fatigas al Padre de sus pueblos: ¿ como no han de redecibir sus esfuerzos para aumentar la riqueza del Estado?

multiplicado los caracteres, que su conocimiento pide algunas veces toda la vida del hombre: esto detiene entre ellos el progreso de las ciencias.

Ninguna ciencia hay que no pretendan los Chinos haberla poseído de tiempo inmemorial: agricultura, medicina, música, astronomía, filosofía, la moral, y aun la magia. Si se les oye, no ha habido pueblo que haya sabido las artes mecánicas, ni la navegación y el comercio como sus mayores. Esto se entiende entre ellos mismos, porque como siempre han prohibido que vayan allá los extranjeros, no se han extendido por tierra fuera de sus límites, ni por mar, sino por las costas. Su carácter en general es dulce, humano, modesto. Son muy ceremoniosos, y observadores exactos de sus leyes, sobre cuya práctica se invigila con mucha severidad.

Los antiguos historiadores de la China hablan de un diluvio sucedido como tres mil años antes de nuestra era, y no dicen si antes ó después de aquel diluvio pareció Tien Hoang, á quien suponen su primer legislador. En su reinado, dicen, se esparció el espíritu celeste en el mundo, é inspiró á los hombres sus sentimientos de humanidad después

de haber destruido al gran dragon, que habia introducido el desórden en el cielo y en la tierra. Es muy notable esta tradicion por parecer que alude á la caida de los ángeles malos. Uno de los sucesores de este primer legislador creó la astronomía, y dividió los meses en treinta dias: otro hizo inventar la geometría, introduciendo el repartimiento de las tierras: otro edificó las primeras cabañas, enseñó á sacar fuego de los pedernales, y á cocer la comida: el quarto fue el que á falta de escritura imaginó ciertas cuerdecillas para conservar la memoria de los hechos, y establecer las ferias para la comunicacion del comercio. Admira que este establecimiento de las ferias preceda á los tiempos conocidos de la historia china.

Empieza esta á ser menos obscura en el reynado de Fo-Hi, y aun no tiene data cierta. Rodeada su madre de un arco íris quedó en cinta, y por respeto á su origen le hicieron Rey. Era profundo matemático, edificó ciudades, y las cercó de murallas. Puso diferentes nombres á las familias, y fue el inventor de los caracteres que hoy existen. Instituyó los mandarines, la historia, el calendario, los edificios, los socorros para el

pueblo, el cuidado de las tierras, dar salida á las aguas, y tomó por armas del Imperio un dragon: instituyó tambien el matrimonio, las leyes relativas á este, y arregló el culto religioso. Su sucesor, Shin-Nong, favoreció á la agricultura: estudió las virtudes de las plantas: las aplicó en la medicina, y estableció los mercados. Pasa por Príncipe muy religioso. Habló Vang-Ti al instante que le destetaron, y desde su mas tierna niñez dió á entender que tenia ingenio: en su juventud era muy amable, y en la edad madura de gran juicio. Este fue el mas famoso inventor que se ha visto, si es el autor de todos los descubrimientos que le atribuyen, como el arte de hacer sal, ó sacarla de las aguas del mar: formar cartas geográficas: nivelar los caminos, allanando ó rompiendo las montañas. El perfeccionó la ciencia del cálculo: arregló los pesos y medidas: fabricó la primera moneda: construyó barcas con remos, y los carros no conocidos hasta él. Vang-Ti armó los guerreros de arcos y flechas: les inspiró marcialidad con el ruido de trompetas y tambores: inventó la flauta y el órgano. Fue el primero que observó las variaciones del pulso, y las aplicó á la medicina. Con los co-

lores de las flores y los de las aves imaginó la pintura. Repartió el honor con la Emperatriz su esposa; y mientras él iba á las labores del campo con los cortesanos, iba ella con sus damas al bosque de moreras á recoger la seda, y con su exemplo las animaba á obras de bordado, que consagraba á usos religiosos.

No tuviéron que hacer los sucesores de Vang-Ti sino perfeccionar sus invenciones; pero debe advertirse que el arte de la guerra, en que se funda la reputacion de otros Monarcas, para nada sirve en los elogios de los de la China: solamente cuenta la historia por carácter estimable el de haber sido útiles á sus pueblos. Nada se ocultaba á la atencion de los Príncipes; porque en su gobierno todo estaba sujeto á leyes prudentes. El beneficiar las minas, la instruccion pública, la administracion de justicia, las obligaciones respectivas entre los casados, ó entre padres é hijos, y entre los hermanos menores con el mayor, y aun entre amigos. El que arregló las obligaciones entre el Rey y los vasallos fue un Monarca que subió de la clase de los labradores, á quien el Emperador dexó en su testamento la corona con exclu-

sion de los Príncipes de su familia. No se puede creer que faltasen malos Príncipes; pero los historiadores hacen de ellos muy ligera mencion: como si les diera vergüenza escribir sus maldades, ó como si temieran poner en su nacion esta mancha. Esta época, cuya duracion es tan incierta como los hechos que contiene, se concluye como á los mil ochocientos años despues del diluvio.

De los Chinos, aunque tan cerrados en su casa con leyes prohibitivas, se sospecha haber poblado la América. Pudiéron, se dice, y lo hiciéron. Pudiéron, porque á su oriente hay un país que se va adelantando hácia la América septentrional, y se halla entre estas dos partes del mundo una comunicacion por medio de una cadena de muchas islas. Tambien puede ser que Asia y América estuviesen juntas por el mismo lado con un estrecho de tierra, y que le destruyese algun terremoto. Aunque este estrecho pasaria la transmigracion mas fácil, sola la cadena de islas que al presente se conoce basta para la posibilidad.

La prueba del hecho se funda en que en las lenguas americanas hay muchas palabras chinas y japonesas; en que la parte de

América mas vecina al Asia se encontró mas poblada; en que en ella se advierten los usos y costumbres de los Tártaros; en que era tradicion entre los Americanos meridionales que sus antepasados habian baxado del septentrion. No quiere decir esto que no pudieron ir de otra parte; pues hay fuertes conjeturas de que los Fenicios, los Egipcios y los Cartagineses tocáron en la América en sus expediciones comerciantes. Hasta los Gaulas ó naturales de las Gaulas y los Normandos, se dice que llegaron allá arrojados de las tempestades, de lo que puede haber provenido la mezcla en los varios usos de los Americanos; bien que estas casualidades que quando mas darian fuerza á alguna poblacion, no se debe creer que la formáron, comparadas con el medio natural y fácil de la emigracion de los Chinos desde un continente á otro por las islas que aun existen, ó por algun istmo que existió. Es pues mas que probable que el nuevo mundo fue poblado por el antiguo; y sobre ser impiedad, es inútil buscar para los actuales habitantes distinto padre que el nuestro.

Hemos hablado de los padres de los principales pueblos de Asia, suficientemente co-

nocidos para que la curiosidad del lector espere sin impaciencia el conocimiento que daremos con alguna extension de las mudanzas y vicisitudes civiles y militares de sus descendientes. Asimismo daremos una idea general de nuestros padres en Europa, por haber salido muchos de ellos directamente de Asia, y los otros han venido por intermediarios. Algunos de sus nombres aun subsisten, como Españoles, Francos, Borgoñones, Alemanes, Bretones: los de Hunnos, Getas, Godos, Celtas, Alanos, Ostrogodos solamente se hallan en la historia. Se verá que de la mezcla de todas estas naciones se han formado los diversos gobiernos que rigen en Europa.

ESPAÑOLES.

Sin mas que mirar el mapa se advertirá que España está dividida por las montañas como en diferentes caxas ó valles grandes, muy á propósito para contener cada uno su poblacion con independendencia de sus vecinos; y con efecto así estaba habitada la España quando entráron en ella los Cartagineses; y hay todavia noticia de los nombres de muchas de aquellas pequeñas nacio-

nes. Se cree que debieron su origen á dos hijos de Jafet. El uno fue Tubal, que introduxo algunos de sus hijos; y Gomer su hermano mayor, padre de los Celtas, que los llevó allá por las Galias. Aquellos pueblos, que estaban mas distantes del contagio de los Romanos y Cartagineses, conservaron por mucho tiempo el valor céltico, las costumbres, la lengua, y aun la ferocidad y la religion de los Celtas, que era la de los Patriarcas: adoraban un solo supremo Ser, y no en templos como los Griegos y Romanos á sus ídolos, sino en bosques que le consagraban. Creian que en la otra vida hay premios y castigos, y ofrecian sacrificios al Ser divino. Conservaron por mucho tiempo grande sencillez en sus cultos religiosos, hasta que por haberse mezclado con otras naciones se hicieron supersticiosos en tanto grado que llegaron á sacrificar víctimas humanas.

El gobierno de los Españoles, mientras la nacion no fue muy numerosa, era de uno solo; pero ya multiplicada, se dividió en reynos pequeños, y parte en repúblicas. En este estado la hallaron los Cartagineses y los Romanos, por lo que les fue fácil sujetarla. Se ignoran sus leyes; mas parece que las

querellas entre hombre y hombre, ciudad y ciudad, distrito y distrito, se juzgaban en un gran consejo; y el que no queria someterse á él, tenia el recurso de pelear con su contrario: lo mismo sucedia entre las ciudades, fundándose los Celtas en el principio recibido entre ellos, de que la Providencia siempre da la victoria al partido mas justo.

Los Españoles contaban demasiado con su valor, y las armas defensivas les parecian indignas del verdadero valor, aunque por otra parte conocian bien el arte de la guerra. Sabian templar el acero de modo que no habia capacete que resistiese á sus golpes: se alaba su destreza á pie y á caballo; y el tiempo que tardaron los Romanos en subyugarlos denota su habilidad y constancia, pues se defendieron casi por doscientos años antes de sujetarse enteramente; y ya vencidos, fue preciso desarmarlos. Esta precaucion los affligió tanto que de vergüenza y desesperacion se quitáron la vida millares de ellos.

Conociéron el comercio, las artes y la industria. Su lengua, que tenia algo de la hebrea, acordaba que su origen era céltico; pero era grave y sonora. Se dice que no escribian historias, ni ciencias, ni sus costum-

bres religiosas, sino que conservaban la memoria de ellas en poemas que sus poetas, llamados Druidas, aprendían de memoria, transmitiéndolos á sus discípulos. La educacion que daban á sus hijos consistia en acostumbrarlos al alimento y ejercicios propios para hacerlos activos y robustos. Una de las mas grandes bendiciones era morir por la patria, y en esto hasta las mugeres daban exemplo de intrepidez.

No solo tenia la España rios que daban oro, sino tambien minas de plata muy abundantes en los Pirineos. Habiendo encendido inocentemente la maleza algunos pastores, se extendió el fuego por estas montañas, y se derritió con las llamas la plata de algunas minas, corriendo en arroyuelos. Quando los Cartagineses entraron en España hallaron de plata los utensilios domésticos, y lo que es mas notable los pesebres de los caballos. Ademas de las riquezas que estos pueblos extraxeron mientras las poseian, causan admiracion las cantidades que se llevaron los Romanos en nueve años; á saber, once mil quinientas quarenta y dos libras de plata, y quatro mil noventa y cinco de oro. ¿Qué se han hecho estas minas? ¿Pudiera ninguno esperar

ni prever que los descendientes de aquellos ricos Españoles se viesan precisados á buscar el oro y la plata en el nuevo mundo?

G A U L A S.

Los únicos vecinos que los Españoles tenían por tierra eran los Gaulas. La antigua Gaula, despues Galias, y hoy Francia, en quanto á la fertilidad era muy diferente de la nueva, fuese por culpa de los habitantes, que poco curiosos del cultivo, únicamente se ocupaban en la caza y la guerra; ó fuese por vicio natural inherente al suelo, no tenían viñas, olivares, ni otros granos que el trigo. Los historiadores lo han atribuido al excesivo frio que allí reynaba; y en efecto, es preciso conceder que la destruccion de las selvas, el haber cegado las tierras pantanosas debieron á largo tiempo mudar, por decirlo así, el clima, y traer un temple mas dulce y favorable á los bienes de la tierra que hoy tenemos. Lo que ha sucedido es que aquí los inviernos son menos largos que los de otros países situados en el mismo paralelo. Es verdad que algunas veces se siente un frio rigoroso; pero rara vez sucede que hiele tanto las aguas,

que puedan los rios servir de puente á los exércitos, como sucedia con frecuencia en otros tiempos.

Los Celtas viniendo, como hemos dicho, por la Germania, fuéron poco á poco poblando este pais, y por consiguiente reconocemos á Goimer, hijo de Jafet, por nuestro padre: la religion de este Patriarca debió ser la primera de nuestros mayores, y se conservó por largo tiempo en su sencillez; porque admira la extrema semejanza que se halla entre los usos domésticos y religiosos de los Judíos y los de los antiguos Gaulas, las fiestas, los anatemas, la gerarquía de los Sacerdotes y los sacrificios; bien que con los cultos extrangeros infestáron como los Judios la religion; y sus dioses, aunque con diferente nombre, tenian los mismos atributos que los de los Romanos. Quando estos conquistadores lleváron sus armas á las Galias, ya los halláron con el uso del incienso y los sacrificios; pero no tenian templos. Servian de tales los bosquetes sagrados; y entre los árboles de que constaban, la encina tenia la preferencia en la veneracion. No obstante nos han quedado monumentos gigantescos, y se cree haber sido destinados al cul-

to religioso. El mas bien conservado está en Inglaterra, en donde se presume que estuvo por largo tiempo establecida la religion de los Gaulas: y consiste en un edificio circular, compuesto de enormes piedras, juntas con fuertes grapas, y coronado de un arquitrave. No parece haber estado cubierto, y en medio hay una piedra mayor que las otras, la qual servia de altar; pero aun conservan todas restos de escultura. Quanto mas se las mira, menos se entiende por qué medios llevaron estas grandes piedras á un parage en donde no se hallan otras semejantes, ni cómo pudieron levantarlas y colocarlas. A distancias desiguales del monumento se ven montecillos mas ó menos altos: los restos de huesos, armas; utensilios domésticos, y aun adornos de las mugeres, que se han hallado en las excavaciones, nos hacen conjeturar que fueron sepulcros.

Los xefes de la religion de los Gaulas eran los Druidas, que formaban orden distinto; y en todos los asuntos, así generales como particulares, tenian sus decisiones influjo. En punto de antigüedad tienen la misma data que los Bracmanes de la India, los Magos de Persia, los Caldeos de Babilonia

y Asiria, y en una palabra, la de las sectas mas antiguas de filosofia. Tenian el derecho de elegir los magistrados anuales de cada ciudad, y sin su permiso no podian estos juntar el consejo: de suerte, que los Druidas eran realmente dueños del gobierno. Su jefe se llamaba el gran Druida, cuya residencia han señalado los modernos en los bosques de Chartrain, cerca de Dreux. Ya se conoce lo soberano y extenso que debia ser su poder, pues era un órden que tenia colegios y escuelas, presidia á la educacion de la juventud, y la enseñaba en todo, á excepcion del ejercicio de las armas. Los Druidas y sus discípulos estaban exêntos de ir á la guerra y de toda especie de tributo. No era un órden reducido á tal ó á tal familia, ni aun á la nacion, porque todo hombre podia entrar en él una vez que le aprobase la sociedad. El gran Druida se elegia á pluralidad de votos; y quando en este punto se suscitaba alguna disputa, se resolvia con la espada.

Nada escribian, pero aprendian de memoria las piezas de poesia, en que estaba contenida toda su ciencia y sus misterios. Con el tiempo crecieron tanto estas poesias que

se necesitaban veinte años para aprenderlas: bien que podían hacer otra cosa, pues no los embarazaban cuidados domésticos, tenían bienes comunes, y profesaban el celibato. Los puntos fundamentales de su religion eran el culto de los dioses, la abstinencia de todo mal, y una intrepidez imperturbable en la execucion de quanto emprendian. Con este último principio podía adelantar mucho un órden compuesto de gentes hábiles. Creían una vida futura; y este dogma tan útil se le enseñaban al pueblo con cuidado. Los antiguos historiadores les dan todas las ciencias, principalmente la de pronosticar y la medicina; y para hacer mas respetables á los que se entregaban á esta, la adornaban con algunas prácticas supersticiosas, como la de consultar la situacion de los planetas para administrar los remedios y coger las hierbas, teniendo por preciso coger algunas con una mano, y no con la otra: estar vestido de blanco: ir descalzo: y otras ceremonias pueriles; pero los que así tenían sujetos á los otros, conocían quan útil les era esto.

Tenían religioso respeto á cierta planta parásita que está pegada á muchos árboles; á la qual, como á otras, se da este nombre,

porque nutriéndose del xugo de los troncos, se alimenta de substancia ajená; pero solo á la que cogían pegada á la encina honraban con una especie de culto; y este acto era una de sus mayores solemnidades, esparciéndose los Druidas á buscarla por los bosques, habiéndose preparado con ayunos y ceremonias expiatorias, y la separaban del árbol con un cuchillito de oro. La separaba el xefe de los Druidas, y para esto iba descalzo y vestido de blanco, y las Druidas jóvenes la recibían debaxo del árbol en un lienzo. Atribuían á esta planta las mas grandes virtudes, y la miraban como remedio universal.

Las Druidas se dividían en tres clases: la primera de las que guardaban perpetua virginidad; las de la segunda eran casadas, pero obligadas á las leyes de la continencia, sola una vez al año iban á ver á sus esposos para tener hijos; y las de la última clase estaban libres de la sujecion de las otras, pero destinadas á servir las. Estas sacerdotisas gozaban de un gran poder en la nacion, asistían á los consejos, y aun los presidían. Dicen que hacían el papel principal en el acto mas solemne y mas horrendo de la religion de los Gaulas, que era el de los sacrificios humanos.

En estas ocasiones se vestían de blanco las Druidas, estaban descalzas, y con un cinturón de metal: acudían á apoderarse del infeliz que las entregaban, le arrojaban en el suelo, y le llevaban arrastrando hasta el pie de una grande encina, en donde habia una especie de tarima, sobre la qual estaba en pie la sacerdotisa que habia de hacer el sacrificio. Introducía un largo cuchillo en el pecho de la víctima, y del modo de correr la sangre deducía sus pronósticos. Las otras Druidas que la asistían abrían los cadáveres, examinaban las entrañas, cuya inspeccion las servía tambien para prever lo por venir, y hacer sus profecias, que comunicadas al consejo ó al ejército, eran recibidas con reverente credulidad. Comúnmente destinaban los prisioneros de guerra á este rito abominable; pero á falta de estos, tomaban otras víctimas indicadas por la suerte ó la inspiracion. Los Druidas tenían su parte con ellas en estas horribles funciones, y aun los acusan de haber prolongado esta espantosa supersticion para hacerse temibles.

Otro órden muy estimado entre los Gualas era el de los *Bardos*. Estos se ocupaban en cantar las alabanzas de los guerreros,

acompañando sus himnos con el son de los instrumentos. Sus poemas pasaban por admirables, los héroes que ellos celebraban podían contar con la inmortalidad de la fama, y ellos iban con el ejército para ver de cerca las hazañas que debían celebrar. Animaban con sus gritos á los que peleaban; y en las inflexiones de la voz daban á entender que la victoria se declaraba por ellos, ó que parecia inclinarse á los enemigos, y era preciso redoblar el ánimo y valor. También tenían los Gaulas *Vates*, que era una clase de poetas ó cantores inferiores á los Bardos. Los Gaulas no honraban menos á la eloqüencia que á la poesía, y así representaban su poder con el emblema de un Hércules armado, pero cuya fuerza no consistía en las armas, y de cuya boca abierta, como de un hombre que está hablando, salían unas cadenillas que terminaban en los oídos de los que le escuchaban, y estas cadenillas no estaban tirantes, sino flojas, para dar á entender que le seguían con libertad los oyentes.

Llegando los Gaulas á la época anterior á la invasion de los Romanos, aunque por largo tiempo habían tenido Reyes, se dividieron en repúblicas, y en esta division los

halló César quando entró en las Galias. Las repúblicas unas eran aristocráticas, otras democráticas, y otras mixtas. Cada una formaba una region ó distrito, y cada año elegian el magistrado para los negocios públicos y el xefe para la guerra. Estos distritos formaban anualmente una junta general, en donde se arreglaban los puntos que pertenecian á las regiones aliadas. Aun los territorios gobernados por Reyes se sometian á esta regla; y se hubiera salvado la Galia si en estas juntas hubiese presidido siempre el amor del bien público; pero los Romanos halláron modo de introducir la ambicion, y fomentar los odios y los partidos, segun aquella máxîma de Tácito: „Si no quieren ser nuestros amigos, esten por lo menos desunidos entre sí, pues la fortuna no nos puede hacer mayor servicio que el de dividirlos.” Habia establecida en esta especie de gobiernos republicanos una ley muy prudente: esta era que qualquier particular que supiese alguna cosa concerniente al público interes, debiese hacerla saber á los magistrados sin dar noticia al pueblo, á cuya noticia solo debia llegar lo que los magistrados juzgasen conveniente comunicarle: y de este modo se evitaban las decisiones impru-

dentes y precipitadas á que muchas veces da lugar la impetuosidad poco reflexiva del pueblo.

El duelo ó desafio no era solamente costumbre, sino una ley superior á todas; pues un Gaula condenado en un tribunal podia siempre apelar á su espada, y precisar á su contrario á que descendiese á la palestra, donde se batian en desafio por un simple pundonor, ó por fixar la suerte en las decisiones y materias obscuras: esta en ambos sexós era una manía que provino del desprecio de la muerte. Quando por la vejez, las heridas ó la enfermedad se veian reducidos á pasar una vida sin honor, se daban la muerte, ó la imploraban de sus amigos como un favor. En las retiradas que les era forzoso hacer, si no podian llevarse los heridos, los mataban, y aquellos á quienes mataban les daban las gracias. El segundo *Breno*, habiendo recibido una peligrosa herida, juntó su ejército, le nombró xefe, y dió orden á este de quitarle la vida á él y á todos los enfermos y heridos, para llevar mas fácilmente los otros á su pais. Veinte mil de estos infelices recibieron la muerte.

Mas admira todavia en las mugeres el



Horror de las gaulas al cautiverio.

Llegaba á tal extremo el horror de las mujeres gaulas al cautiverio, que perseguidas por el ejército de César, y creyendo inevitable el caer en su poder, se arrojaron á un río todas las fugitivas; y como si el muerte disfrutára las bienes de la libertad, y la muerte no fuese un mal sin remedio, la prefirieron á la desgracia reparable del cautiverio. ¡Tanto ciegan las preocupaciones!

desprecio de la muerte. Estas peleaban con sus maridos, y muchas veces contra ellos, si huían, para hacerlos volver al combate. Perseguiendo Mario en su campo á los Gaulas, á quienes acababa de vencer, le hicieron frente las Gaulas armadas de hacha y espada, y vió que igualmente descargaban sobre los vencedores y los vencidos. Reducidas á no poder ya defenderse, pidiéron tres cosas al General romano: que no las hiciese esclavas, que se respetasen para con ellas las leyes de la castidad, y que las emplease en servir á las vírgenes Vestales. Negándolas Mario estas condiciones, las halló al siguiente dia colgadas de los árboles, y bañadas de sangre de sus hijos á quienes habian quitado la vida. César fue testigo en dos ocasiones de los mismos efectos de desesperacion: en la primera se hicieron degollar por mano de los jóvenes que habian quedado en el campo, y estos se mataron despues unos á otros: en la segunda las mugeres, no hallando modo de evitar el cautiverio, se precipitaron todas juntas en el rio. Por último, unas mugeres de las Gaulas, proponiéndolas que eligiesen ser públicamente vendidas ó muertas, escogieron sin detenerse este último partido; y como á pe-

sar de su eleccion las pusiesen en venta , todas se diéron la muerte despues de haber hecho á sus hijos el mismo funesto servicio.

A la verdad la esclavitud , que contribuia mucho en los Gaulas y en sus mugeres para que tomasen estas resoluciones desesperadas , era un estado horrible que traia consigo la privacion de la patria y de los bienes, la separacion de los esposos, de los hijos y de todo lo que mas amaban. La libertad, por la qual no reparaban en sacrificar sus vidas, no era en ellos una palabra vaga, excogitada para recalentar sus imaginaciones: pues para ellos significaba un amparo contra todos estos males. El único modo de fixar la significacion y el valor de la palabra libertad es conocer primero qué cadenas son las que se intenta romper , y qué género de opresion es aquel de que nos queremos librar ; porque en virtud de esta comparacion preferian los Gaulas á la pérdida de su libertad la muerte.

Entre los Gaulas estaba la disciplina militar en un estado muy imperfecto. Contaban con el número y el valor , y dexaban para los enemigos todas las demas ventajas. El arte de poner sitio les era desconocido , con ser la guerra su pasion favorita. Bien fuese por

aficion á sus antiguos usos, ó por desprecio de las demas naciones, no se ve que por estar habituados á las armas fuesen mas hábiles en la defensa; pero eran temibles en el ataque, y sobre todo en las invasiones. En este punto habian adquirido tanta reputacion, que todos los que en el Imperio romano estaban dispensados de ir á la guerra, por sacerdotes, por ancianos ó por inválidos, apreciaban mas este privilegio siempre que amenazaba alguna irrupcion de los Gaulas. Tenian sus canciones de guerra, y se las hacian aprender á los niños para inspirarles desde luego el gusto de las armas.

Su lengua, que es el antiguo céltico, aun dura al norte del pais de Gales, en la Bretaña baxa, en Irlanda, en las islas de Man y Anglesei, y en Vizcaya. A los extrangeros les parece dura; pero dicen que es concisa y enérgica. Debe admirarse que haya quedado señal de ella, habiendo hecho los Romanos tantos esfuerzos para aniquilarla y substituir la suya, con el fin de destruir la antipatía que contra ellos sostenian los Druidas, y el de extinguir los sacrificios sangrientos que tanto poder daban á estos mismos Druidas. Con esta intencion establecieron los conquis-

tadores academias en las ciudades principales, Leon, Burdeos, Tolosa, Narbona y Marsella, haciéndolas tan florecientes, que se contaban en tiempo de Tiberio quarenta mil estudiantes en Autun, si no hay exâgeracion en el número. Los Gaulas escribiéron muy tarde, y muy poco: no se sabe quales eran sus propios caracteres; pero quando empezáron á familiarizarse con sus vencedores, escribiéron su lengua en caracteres griegos y romanos.

Las inscripciones que se han hallado en París prueban que habia entre los Gaulas compañías de comercio, y por consiguiente que se hacia por mayor. La caza era su ocupacion favorita, principalmente entre los Grandes y primeras personas de la nacion. Todos los años celebraban los cazadores en honor de Diana una fiesta con muchas ofrendas y convites: la honra que vinculáron á este exercicio les hacia despreciar la agricultura, y á los que tenian precision de aplicarse á ella. La clase de cazadores era la de guerreros, y por esto se acostumbraban desde luego á las carreras á pie y á caballo, á arrojar el venablo, y hacer en caso de necesidad una vida dura y frugal. Los jóvenes debian llevar un cinto de longitud determinada; y si engor-

daban de modo que fuese preciso alargarle, los condenaban á una multa. La caza traia consigo el disgusto de todo otro exercicio, una ociosidad orgullosa, ferocidad, y amor al regalo y los festines. Usaban con exceso los Gaulas en la vianda de licores que embriagan, y así rara vez faltaban en sus grandes comidas riñas y efusion de sangre.

Se alaba su hospitalidad, y aun se disputaban el honor de recibir á los extranjeros; y el homicidio de uno de estos se castigaba con mayor rigor que el de un Gaula. Fuera de la guerra eran humanos y compasivos, y tan fieles que los Emperadores romanos siempre tenian una guardia de Gaulas. Sus vestidos eran, como corresponden á militares, fáciles de quitar y poner, una simple chupa y un calzon. Llevaban el cabello largo, con su collar, y brazaletes en las muñecas, y mas arriba del codo, bien de oro, ó bien de cobre, segun sus facultades. El hábito de los Druidas era largo y blanco, mas no se sabe qual era el de las mugeres. No se permitia entre ellos la poligamia; y una nacion que despues se ha hecho tan condescendiente con las mugeres, tenia sobre ellas el derecho de vida y muerte.

La fecundidad de las Gaulas es admirable si formamos juicio por las emigraciones. La Gaula derramó por sola Italia oleadas de guerreros, que amontonados unos sobre otros, la inundáron casi toda. Torrentes que saliéron de este vasto estanque recorrieron y asoláron muchos países del Asia; y otros arroyos menores, aunque muy considerables, se extendiéron por España, y llegaron al Africa. Así como la profundidad del cielo que va quedando en las tierras puede servir para juzgar de la masa de aguas que le lleváron allí: podrá valuarse la inmensa población de los Gaulas por las colonias que formáron, y el número casi increíble de hombres que componian los ejércitos.

La primera colonia salió baxo la conducta de Bellovero en 2377, y estableció á los habitantes de Langüedoc y el Delfinado en los llanos de Piamonte y la Lombardia. Crionis llevó á los que habitaban entre el Sena y el Loira al país de Mantua, á la Carniola, y á los territorios de la república de Venecia. El país de Navarra, las orillas del Po, la tierra de Plasencia, Ravena y Bolonia fuéron ocupadas por los Langreses y otros vecinos asociados á sus con-

quistas. En 2614 se apoderó de Roma Brenno á la cabeza de los Meldeses y Senoneses. Los Gálatas, cuya situacion se ignora, obligaron despues á toda Italia á coligarse contra su invasion, y esta liga produjo un ejército de ochocientos mil combatientes. Los Romanos halláron ya contra sí á los Gaulas en los ejércitos de Aníbal. Otro Brenno, Belgio y Celetrio llevó con sí á Macedonia, Tracia, Dalmacia, y hasta la Propóntide y la Grecia, millares de Gaulas, que combatiéron, pereciéron ó se mezcláron con los habitantes, y algunas veces en tanto número que conserváron su nombre en los países extrangeros, como sucedió con los Galo-Griegos.

El primer medio de que se valiéron los Romanos para subyugar á los Gaulas fue trazar un camino á propósito para que pasasen sus ejércitos rápidamente en caso de necesidad. Se tuvo por tan importante esta obra que honráron con el triunfo á Mario que la empezó, y á Éscauro que la concluyó; pero esta precaucion no impidió las sangrientas derrotas que sufrieron los Romanos en las Gaulas. Lo que tuvo de notable la de Cepion y Manlio fue que despues de la victoria, los Gaulas que habian votado sacrificar los despojos á sus dios.

ses, matáron á todos los prisioneros, ahogáron todos los caballos, y echáron en el Ródano el oro y la plata, no obstante ser un tesoro que les pertenecía. Le había robado Cepion en la ciudad de Tolosa, en donde le tenían depositado los Gaulas como en un sagrado asilo. Este tesoro era de la confederacion de los Gaulas, y consistía por lo menos en cien mil libras de peso de oro, y otras tantas de plata.

Los esclavos rebelados, que hicieron temblar á Roma, gobernados por Espartaco, eran en gran parte Gaulas, y la antigua preocupacion de deshonor en volver á su patria como esclavos, habiendo salido como guerreros, no les permitió seguir el consejo de aquel xefe, que los queria llevar á su pais, y así perecieron con Espartaco hasta quarenta mil Gaulas, lo que fue el preludio de las horribles carnicerías que hizo César en las Gaulas. Recorreremos rápidamente las escenas de horror con que se honran los conquistadores. Cerca del monte Jura derrotó César á Orgetorix, cautivó á su muger y á su hija, y mató ciento treinta mil hombres: en las orillas del Sena venció á Ariovisto: en las del Aisno á Galba Rey de Soisons: el primero dexó su hija y

sus dos mugeres en manos de César con un inmenso botin comprado á costa de mucha sangre: en el ejército del segundo fueron tantos los muertos, que si no exâgeran los historiadores, los cadáveres sirviéron de puente á los fugitivos. Los del Vermandes se defendiéron y se rindiéron: lo mismo sucedió á una multitud de pequeñas repúblicas, cuyas divisiones ayudáron al General romano á subyugarlas, mezclando la suavidad y exhortaciones con el rigor, sobre que se refiere el terrible exemplo que muchas veces dió, cortando la mano derecha á los prisioneros de los pueblos que temia se levantasen.

Por estos atroces medios vino á ser la Gaula provincia romana *sujeta á los Hachos*, como se quejaban sus diputados en Roma, y *privada de sus costumbres y leyes*. Estos excesos justifican el horror de los Gaulas á la esclavitud, y los esfuerzos que hicieron contra los Romanos por conservar su libertad. De quando en quando se volvian á levantar de este estado de abatimiento, y se viéron guerreros que los sacáron de la opresion en que los tenian los vencedores. Diéron tambien xefes al Imperio; pero sus victorias los debilitáron tanto como los reveses de la fortuna,

con lo qual se facilitó la conquista que hicieron los Francos de la Gaula quando la invadiéron.

GERMANOS.

Lo que se ha dicho de la Gaula puede repetirse de la Germania: la misma distribucion en pequeños reynos y repúblicas, que algunas veces baxo un solo xefe hacian un todo respetable: el mismo temple contrario á la fertilidad del suelo por la abundancia de bosques, tierras pantanosas, estanques y lagos: el mismo origen de los Celtas, descendientes de Gomer, hijo de Jafet, la misma religion y costumbres, á excepcion de que las de los Germanos, por menos suavizadas, presentan mas ferocidad y barbarie; pero ofrecen tambien propiedades mas francas y menos artificiosas. Se saben los nombres de aquellos diferentes pueblos, se conoce con corta diferencia su situacion, y no es difícil conjeturar por que motivo se adelantáron hácia las Gaulas, pues sin duda fue el que tuvieron los Gaulas para avanzar á Italia; esto es, buscar un clima mas benigno. Se hicieron en la Gaula poderosos; y Ariovisto, que peleó contra César casi en el centro de las Gaulas, era un capitan Germano.

La selva de Hericinia, la mayor de la Europa, tenia de largo sesenta jornadas de camino, y nueve de ancho, de la que todavia hay restos en lo que llamamos *Silva negra*. Los parages mas sombríos eran los sanatorios, en donde sacrificaban las víctimas humanas. Los árboles teñidos de sangre, su funesta obscuridad, la tierra húmeda y roxa, y los huesos esparcidos por ella, formaban lugares de horror. Los mismos Sacerdotes penetraban por ellos con pálido terror, temiendo encontrar allí al dios cruel que se habian imaginado, cuya sola vista creian que mataba á los que juzgaba merecer su desgracia. Los ministros del sangriento culto eran como entre los Gaulas los Druidas de ambos sexos. Las Druidas eran los oráculos de la nacion, que presidian en todos los consejos, y sin ellas no se tomaban resoluciones importantes en paz ni en guerra. Ademas de la madurez del juicio y la prudencia las atribuian los Germanos el don de profecía, y se cree que el origen de este gran respeto fue la utilidad de estas mugeres, aplicadas á conocer las virtudes de las plantas, con las quales componian remedios internos, ó algunos tópicos que empleaban con buen éxito. Curaban las heridas,

y por esto tenían en los exércitos grande estimacion. Aquí se puede notar que el conocimiento de la medicina, aun solamente presumido, sirvió muchas veces para propagar los dogmas.

Todos los años se celebraban juntas generales, á que ninguno debía faltar, y al que llegaba el último le mataban. Los Reyes, si algunos habia, vivian de sus propios bienes, y la magestad del trono se mantenía con donativos y multas; bien que estas eran muy abundantes, pues hasta el homicidio se valuaba y se multaba. Para confusion de los Germanos era menor la multa por haber muerto á una muger, que por haber quitado á un hombre la vida. Las mugeres estaban sujetas á todos los cuidados domésticos; y en los viages, ademas de sus niños, llevaban los utensilios del menage, sin que los hombres, cargados únicamente con las armas, se dignasen de aliviarlas. Todavía se ve reynar este descuido en la parte de la Alemania sujeta al vasallage; y tan poderoso es el yugo de las costumbres, que las mugeres no se quejan. Siempre fuéron muy nombradas por la fidelidad conyugal, y en este artículo en nada las ceden los hombres. Los estímulos del amor se

sienten mas tarde , y menos vivos en un país, en donde las nubes embotan hasta los rayos del sol. En las familias vivían mezclados los dos sexôs de dia y de noche , y la costumbre desde la niñez los hacia menos escrupulosos en quanto al verse desnudos, pues por la misma costumbre no ponian en esto atencion.

No tenían los Germanos ciudades ni fortalezas, y miraban las murallas como recurso de cobardes: cerraban sus campos con los carros y los bagages: las mugeres tenían á su cargo defenderlos. Las pruebas de valor citadas hablando de las Gaulas deben aplicarse á las Germanas. Los guerreros, fiándose únicamente en su valor, no buscaban ardidés, estratagemas ni máquinas: iban al combate cantando las canciones que les enseñaban desde niños; y desde su tierna edad les enseñaban á respetar las armas: el primer dia en que se las ponian en la mano era un dia de fiesta, cuya memoria jamas se les borraba: su espada era la fiel compañera de dia y de noche: no la dexaban jamas, y juraban por ella: á la cabeza del campo ponian una espada levantada y una pica, y no pasaba un Germano por delante de

aquellos angustos títulos del valor sin saludarlos.

En un pueblo en que el duelo ó desafío era superior á las leyes, se debe conjeturar que ni estas fuéron muchas ni muy poderosas. La costumbre, la natural probidad hacian á los Germanos amantes de la justicia con los otros, de la hospitalidad con los extranjeros, de exâctitud en su palabra, de fidelidad en el poco comercio que hacian. Por mucho tiempo no conociéron mas que el cambio, y con dificultad se acostumbráron á la moneda, porque los mercaderes romanos abusando de su simplicidad se la daban falsa en piezas cubiertas de plata en lugar de plata pura. Apenas se les conocian producciones raras mas que el ámbar, especie de goma balsámica que arrojaba el mar, y que aun la arroja, aunque con menos abundancia, en algunas costas de Alemania.

Si puede llamarse música á las canciones militares ó agrestes, la que tenian era de instrumentos ruidosos sin concordancia. Tambien tenian medicina, si se toma por tal la práctica de algunas recetas; pero sin conocimiento del cuerpo humano, ni de los líquidos y sólidos que le componen. En quanto á sus

juegos, no conocian otros que el ejercicio de saltar, correr, nadar, montar á caballo, encorvar el arco, restallar la honda, y arrojar el venablo. No obstante, ya conociéron los dardos, y aun les sucedió apostar sobre su manejo quanto poseian, y aun su libertad.

Antes de los texidos les sirviéron de vestidura las pieles de las bestias, y los guerros se ponian en la cabeza una especie de cofia, con la qual, acompañada de dientes, cuernos y otras cosas, se presentaban mas terribles. Sin duda fuéron las mugeres las primeras que se disgustáron de este trage pestífero; y como el cáñamo prosperaba bastante en sus tierras húmedas, formáron el hilo con que hacian telas, y este fue su primer adorno. Eran altas y bien formadas, de una fisonomía bastante animada para ser rubias, que este era el color de la nacion. Las mugeres dexaban sin cuidado vagar sus ojos azules y sus amorosas miradas; pero los hombres procuraban mirar de un modo áspero y amenazador.

La ferocidad nacional se advertia en los funerales. Empeñaban como los Gaulas á los ancianos, enfermos y gente inútil á que se muriesen ó se dexasen matar; y si no lo hacian con gusto, lo hacian por fuerza. La úni-

ca diferencia era, que la comida que se seguía despues de los funerales de estas víctimas involuntarias, no iba acompañada de los excesos de alegría con que celebraban el valor de los otros. Quemaban ó enterraban con el muerto sus armas, y de ordinario el caballo que mas habia querido, y algunas veces sus esclavos: costumbre horrible, pero que indica la opinion en que estaban de otra vida, adonde enviaban á estos infelices para servir al difunto. Los convites no eran solamente para las ceremonias fúnebres; porque casamientos, nacimientos, alianzas, enhorabuenas, todo era entre los Germanos ocasion de convidarse. Tenian licores fermentados que embriagaban mucho, y á estos tenian grande aficion, por no haber conocido el vino hasta muy tarde. El Emperador Probo fue el que llevó las vides, y las hizo plantar en las orillas del Rin y del Mosela: presente muy malo si se le cree origen del vicio de la embriaguez que se ha reprehendido en los Germanos; pero ya se embriagaban antes, y con licores menos agradables.

Si no fuera por los sangrientos anales de los Romanos, ignorariamos la existencia política de los Germanos. Ellos fuéron los que

con la ocasion de sus guerras nos han dado noticia del gobierno de estos pueblos, y la idea de sus costumbres y modo de pelear. De sus relaciones resulta que si por falta de disciplina no conseguian la victoria, su valor siempre permanecia indomable, y aun tal vez superó á la disciplina. Los Cimbro, pueblo germano, derrotaron á quatro Cónsules. Si creemos á los historiadores romanos, perdian estos muy poca gente en las batallas que ganaban, al mismo tiempo que naciones germanas enteras quedaban destruidas; pero convienen en que los Germanos se defendian con gran valor, y en que las mugeres peleaban con furia: hasta los perros estaban adiestrados á defender el bagage de sus amos, y arrojándose sobre los que se le querian quitar, no dexaban de estorbar á los vencedores. Al fin los Germanos, baxo los nombres de Francos, Alemanes, Gépidas y Borgoñones, se vengaron despues muy bien de los daños que habian hecho los Romanos en sus paises.

BRETONES.

La Gran Bretaña, que contiene la Inglaterra y la Escocia, se llama tambien Albion,

ó por la blancura de sus costas, ó por la de sus habitantes. Su figura es un triángulo irregular: sus mares son de mucha pesca, pero tempestuosos: estuvo cubierta de selvas, que hoy se ven convertidas en campos tan bien cultivados, que se alaba la abundancia de sus granos: ya conocían la *marga*, y hacían grande uso de ella. Hay opinion de que esta isla tuvo una salida que la unía con el continente, y debió quitársela algun terremoto. La parte occidental fue poblada por los Gaulas, y la oriental por los Pictos, los quales fuéron allá desde la Alemania; y no se sabe si los Bretones que ocupaban el centro eran mezcla de estas dos gentes, que se fuéron acercando, si eran indígenas, ó colonias que habían ido de otras partes.

No es posible decir cosa que satisfaga acerca de su historia antes de los tiempos de César. Esto es lo que él nos dice: su país está muy bien poblado así de hombres como de ganados: solo tienen cabañas dispersas: su moneda es de hierro ó de cobre: llaman ciudades ó fuertes unas cercas defendidas de cortas de árboles con su foso: tienen como los de las Gaulas monarquías y repúblicas, y sus juntas generales: en una palabra, el mismo

gobierno : son muy sobrios , y van á los combates con intrepidez : la leche y la caza son su ordinario alimento ; y á falta de este disponen en caso de necesidad otro de cortezas y raices de árboles. Se cubren con pieles de animales ; y si no las tienen , pasan bien sin ellas , porque la desnudez ya ni les da pena ni les repugna. Otros hacian el comercio por ellos , esto es , iban á buscar sus producciones , principalmente el estaño. Por largo tiempo no pensáron en aprovecharse de sus mares como de un manantial de riquezas. Su ignorancia en este particular , dice un autor romano , es proporcionada á su separacion del continente , y añade : „ Son sencillos y de rectitud en su conducta , porque ignoran las engañosas sutilezas de nuestros compatriotas.” La religion de los Bretones es absolutamente la de los Gaulas con sus Druidas de ambos sexos , y sacrificios de víctimas humanas. Las costumbres de las dos naciones se parecen entre sí , bien que con algun colorido mas vivo , y aun un poco fuerte. Las Gaulas , por exemplo , pasaban la noche en sus cabañas con sus padres sin vestido alguno , para lo qual las autorizaba la costumbre ; pero esta permitia mas á las Bretonas ; y así dixéron á la Emperatriz : „¿Qué

tienes que censurarnos? Lo que nosotras hacemos á vista de todo el mundo con hombres libres, no es otra cosa que lo que practican en secreto las señoras romanas con sus libertos y esclavos.”

La vanidad con que César refiere sus conquistas, nos ha traído por lo menos la ventaja de que sepamos los nombres de diversas divisiones Bretonas, y su respectiva situacion. No nos oculta los peligros en que se vió por el valor de estos pueblos, ni disimula que á no ser por sus discordias intestinas y poca union, en vano hubiera pretendido sujetarlos. Los Generales romanos que le sucedieron, consiguieron mas por estos medios que con la fuerza de las armas; y aun se vieron precisados á detenerse despues de sus victorias por no exponer las ya conseguidas, y á defenderse con muros y castillos de muchas leguas de extension contra las irrupciones que amenazaban á sus conquistas. Así lo hicieron los Emperadores Adriano, Antonino Pio y Marco Aurelio. Severo separó la Inglaterra de la Escocia con una muralla guarnecida de torres y de fosos. Los Romanos cortaron tambien toda la isla abriendo rutas, y para esto fue necesario allanar montes, talar bosques,

cortar rocas y desecar lagunas. Esto no tanto lo hacian los Romanos por utilidad de los habitantes, quanto con el fin de facilitar el paso de sus tropas con toda prontitud para medir sus fuerzas con un pueblo abatido, y arruinado, pero nunca sujeto.

Aunque César da por pretexto para hacer la guerra á los Bretones algunos socorros que habian enviado á los Gaulas, bien se dexa entender que el verdadero motivo fue la ambicion, el deseo de gloria, y la esperanza de los despojos en un país nuevo. Asustó á los habitantes con la vista de sus naves, cuya forma no conocian, y por la prontitud de sus movimientos. Los derrotó, los puso en fuga, y dexó una legion para que los contuviese mientras él volvía á las Galias; pero acometiéron á la legion así que él se ausentó: volvió el General romano á socorrer á sus soldados, y venció de nuevo asegurando su triunfo con negociaciones. Augusto se aprovechó de la division introducida por César entre los Bretones para sostener en aquel país la autoridad del Imperio. Tiberio la despreció: Calígula mostró gran deseo de llevar allá las águilas romanas; pero no hizo mas que presentarlas desde lejos. Este insensato,

sabiendo que los Bretones le esperaban á pie firme en la ribera, extendió su ejército por la costa de la Bélgica, y mandó tocar á embestir. Todos sus soldados, segun la órden que les dió, se dispersáron, corriéron, juntáron conchitas, y llenáron de ellas los capacetes como si fuera un precioso botin. Envió el Emperador al Senado la noticia de tan bella expedición: pidió el triunfo, y no se atreviéron á negársele.

El Emperador Claudio, mediante una guerra civil que fomentó él mismo, sujetó una pequeña parte de la Bretaña, triunfó en Roma, y toma el sobrenombre de *Británico*. Tito y Vespasiano, continuando sus victorias, cautiváron Reynas y Reyes. Agrícola reduxo el occidente de la isla á provincia romana. Este mismo, y los otros Generales romanos que les sucediéron, se cubriéron con baluartes contra el oriente, habitado de los Pictos. A las correrias de estos bárbaros oponian los Bretones las legiones romanas, porque siempre las habia en el centro de la Bretaña, y de su seno salió Constantino que llegó á ser Emperador. Los desastres del Imperio hicieron llamar las legiones, y estas se fuéron deshaciendo por falta de reclutas. Los Bretones, aban-

donados á sí mismos , experimentáron las desgracias que describen patéticamente en una carta al Cónsul Accio , cuyo sobrescrito era: *Los suspiros de los Bretones al Cónsul Accio.* „Los bárbaros, dicen, nos echan hácia el mar, y el mar nos rechaza hácia los bárbaros; y así de dos géneros de muerte que nos amenazan, y á cada paso se nos ponen delante de los ojos, nos vemos precisados á escoger, ó el ser sumergidos, ó el ser degollados.”

Por estos tiempos no tenian los Bretones sino Reyes; y Gildas, historiador siempre templado por el tono lloroso y lastimero, dice que solamente ponian en el trono hombres famosos por su crueldad; que los mismos que los habian dado la autoridad suprema los mataban, no tanto por sus delitos quanto por reemplazarlos con otros peores; y que si alguno de estos Príncipes parecia mas humano que los otros, le tenian por un cobarde, y le hacian mil ultrajes. ¿Por ventura pudieran de semejantes Príncipes esperar los pueblos que les defendiesen contra los Pictos y los Escoceses sus enemigos? Nada de esto, pues dexáron correr á estos bárbaros por sus tierras con el hierro y el fuego en la mano. Los infelices Bretones, refugiados en los bosques

y cavernas, aun allí no estaban seguros de la furia devastadora de sus enemigos: una gran parte se salvó en la Armórica, canton de las Galias que hoy es la Bretaña. La desesperacion dió fuerzas á los que habian quedado en su pais, y se arrojaron como furiosos sobre sus enemigos. Coronó el buen éxito sus esfuerzos; pero una hambre horrible sobrevino por colmo de sus desgracias. En estos azotes reconoce Gildas, historiador christiano, la mano de Dios que se hacia pesada sobre los Bretones, segun que sus culpas llamaban su venganza, ó los consolaba, segun que su arrepentimiento solicitaba su misericordia.

Vortigerno, el único que se nombra de sus Reyes, Príncipe indolente é inhábil, aunque cruel y codicioso, despierta con los clamores de su pueblo, junta un consejo para deliberar sobre el partido que se habia de elegir en tan funestas circunstancias. Tomaron la resolucion de llamar en su socorro extrangeros, creyendo que no podian sostenerse por sí solos. Cayó la eleccion en los Saxones, pueblos de la Germania, originarios del Quersoneso Címbrico, que viniéron de hácia la Dinamarca á un canton llamado Angel, de cuyo nombre se formó el de Anglia, estaban por

entonces establecidos en las costas de Zelanda. Se habian dado á conocer de los Bretones por sus piraterías; y esta nacion, que habia degenerado en el espíritu y el valor, imaginó que podia hacerse defensores de los que la robaban, y así los puso en medio de sus campos cultivados, y en sus dominios poblados de rebaños. Al principio no pasaron sino como unos quinientos Saxones, y se portaron bien contra los enemigos de sus huéspedes, dando á entender que sus victorias serian mas presto decisivas si traian mas combatientes: y les prometieron hacerles venir.

Hengisto, su xefe, llamó otra segunda colonia, y despues otra tercera: no pidió por propiedad mas que el terreno que pudiese cubrir una piel de toro; y una peticion tan corta no se le pudo negar. El hábil Saxon, como en otro tiempo lo habia executado la Reyna Dido en Africa, cortó aquel cuero en una tira muy delgada, y con ella rodeó el espacio suficiente para construir una buena fortaleza. Con la tercera colonia, hizo venir á su hija Roena: las gracias de la Princesa hechizaron los ojos de Vortigerno, y se los cerraron para no ver la multitud de dueños á que se sujetaba con el nombre de auxiliares, ni las ca-

denas que forjaba para su pueblo, tomando por suegro á un extranjero tan bien acompañado. La nacion no incurrió en su ceguedad, y depusieron al esposo de Roena, sin duda por demasiado condescendiente con su suegro. Pusieron en su lugar á su hijo Vortimero, que no reynó mas que seis años, subiendo de nuevo al trono por su muerte Vortigerno. Durante este intervalo ya Hengisto se habia acantonado en el pais de Kent, en donde formó el primer reyno Saxon.

En ciento y treinta años de guerra contra los Bretones, los Saxones siempre mas fortificados con las reclutas de Alemania, se aumentaron tanto que establecieron siete reynos, y son lo que se llama la Heptarquia Saxona. Los Bretones se disminuyeron á proporcion: una parte fue á aumentar la colonia de Armorica, otra se refugió en el pais de Gales, al que repartió en seis distritos, y los honró con el nombre de reyno. El resto se incorporó con los vencedores, y no á título de aliados ó de iguales, pues mejor puede decirse que como esclavos tratados con la mayor dureza por sus imperiosos dueños.

Bien merecian los Bretones esta infeliz suerte si se ha de creer á Gildas, que for-

ma un horrible quadro de sus costumbres. Sus Reyes, dice, son verdaderos tiranos: aunque tienen mugeres, viven en comercio indigno con las prostitutas: sus juramentos son otros tantos perjuros: solo emprenden guerras injustas: se ven obligados á castigar á los ladrones, y conservan á su lado los mas grandes, y aun los admiten á su mesa: los jueces que eligen son terribles para los inocentes. Despues va notando este historiador á cada uno de estos Reyes por el vicio que le es propio, ó por el cúmulo de vicios comunes á todos. Un Constantino adúltero, asesino de los Príncipes herederos del trono en los brazos de su misma madre. Aurelio Conano, incontinente como Constantino, pero mas cruel. Voltiporo, mal hijo, tirano de sus pueblos, entregado á todas las infamias de un viejo torpe, y seductor de su propia hija. Cuneglaso, que al adulterio añadió el crimen de haber hecho quebrantar á su cómplice el voto de castidad religiosa.

Maglocuno, de alta estatura, famoso guerrero, en extremo pródigo, y usurpador del trono, penetrado de remordimientos hizo penitencia en un monasterio; y cansado de su arrepentimiento volvió á vivir con su muger,

y fue tan infiel á esta como á su penitencia. Dexó las disciplinas, tomó el puñal, se deshizo de su muger, y se casó con la de su sobrino, muger muy digna de él, pues tambien habia sabido deshacerse de su esposo.

Gildas, que solo sabe gemir, refiriendo estas maldades verdaderamente deplorables, omitió conservarnos la memoria de las virtudes de algunos Príncipes buenos, que atendido el curso ordinario de las cosas no faltarian entre tantos malos. Del mismo modo, aunque dice que habia buenos Obispos, así como cuenta los desórdenes de muchos, su simonía, ignorancia, malas costumbres, orgullo y codicia de riquezas, era conveniente que nos diese noticia de los Prelados, cuyas calidades eminentes consoláron la Iglesia de Bretaña en aquellos tiempos de depravacion. Los progresos del christianismo entre los Saxonos son buen testimonio de las virtudes del clero que le enseñaba. Habia pasado á estos pueblos desde la Germania el politeismo de los Cimbrós y su culto homicida; pero insensiblemente abjuráron estos errores bábaros é insensatos; pero en la Iglesia de Inglaterra se pasáron muchos siglos antes que brillase con el esplendor que despues la hizo tan célebre.

Dexando ya esta isla, y volviendo á entrar en el continente, hallarémos todas las naciones que contribuyéron á deshacer el Imperio romano, y que luego se perdiéron por incorporarse con otras ó destruyéndose por sus mismas victorias, ó que todavia subsisten como madres de aquellos pueblos á quienes trasladáron sus nombres. Irémos recogiendo baxo los títulos de cada una de ellas los hechos principales que las lleváron á una regeneracion gloriosa ó á su propia destruccion.

H U N N O S.

La historia de un rio, que desde su principio corre magestuoso, se divide, vuelve á unirse, destruye los campos y los fecunda, que se precipita en profundidades por donde corre ignorado: vuelve á salir en borbotones, y va á perderse formando arroyuelos, ó va en masa al vasto seno de los mares: la historia de este rio es la de los Hunnos, Godos, Visigodos, Vándalos, y otros pueblos septentrionales, cuyo diseño vamos á dibuxar. La mayor parte de ellos ya eran temibles quando empezáron á ser conocidos. El cebo de la ganancia los separaba, la necesidad de una de-

fensa comun los volvía á juntar. Pobláron países no habitados, y á los quales de tierras florecientes habian convertido en desiertos. Algunas veces se adormecia su furor, y su quietud hacia olvidarlos; pero en despertándolos el son de la trompeta, volvian á empezar sus estragos, hasta que llegaron á confundirse en el océano de las naciones. Tales fuéron los Hunnos de quienes vamos á hablar.

Si se quiere saber el origen que les supone el odio y el resentimiento de sus horribles crueldades, vedle aquí en los términos del historiador Jornandes. „Habiendo entrado un Rey Godo en las tierras de los Escitas, descubrió entre ellos un prodigioso número de bruxas. Para separar de su ejército aquellas mugeres abominables, las echó al desierto, en donde los espíritus impuros que frecuentaban los lugares solitarios se enamoraron de ellas; y de aquel impuro comercio salió la nacion de los Hunnos.” ¿Quién creyera que hubo escritor que se puso seriamente á refutar esta fábula? Mi parecer es que Jornandes no quiso dar á entender otra cosa sino que los Hunnos eran una gente tan horrible que solo el infierno pudiera haberla vomitado.

Los historiadores dicen, que saliéron de entre los Escitas, detras del monte Cáucaso, y los reparten en dos divisiones; una que con el nombre de *Hunnos blancos* ganó los países vecinos de la Persia: se fixó en agradables campiñas, y adquirió costumbres mas dulces, de las cuales es preciso exceptuar la siguiente. Cada uno de sus xefes escogia veinte amigos que entraban á la parte de su opulencia y sus placeres mientras él vivia; pero en muriendo eran todos enterrados con él en el mismo sepulcro. Por otra parte los Hunnos blancos eran equitativos entre sí: guardaban el derecho de justicia con sus vecinos: no acometian, pero tampoco se dexaban acometer impunemente: mas de una vez se arrepintiéron los Persas de haberlos provocado. Las dos castas de vencedores y vencidos se confundieron con la proxîmidad.

La otra division de los Hunnos, mas fuerte y numerosa, conservó sus feroces costumbres enseñándolas á sus hijos desde la cuna, pues les hacian cortaduras en el rostro: unos dicen que para hacerlos fieros y temibles, otros que para acostumarlos á sufrir. No tenian casas ni aun cabañas, á las que llamaban *sepulcros de vivos*: pasaban su vida á caballo, y así co-

mian y dormian, por lo que era comun proverbio, que los Hunnos no sabian andar. Su vestido era la piel de las bestias, y no estaban sus mugeres mas bien adornadas, ni eran mas delicadas que ellos en la comida. Un xefe vencedor era para ellos un dios, y se sujetaban á todos sus caprichos; pero vencido le mataban, y era menos que hombre. No se habla de su religion, sobre la que sin duda harian pocos discursos en el tumulto de los campos, y seria tan bárbara como ellos.

Llegáron estos Hunnos poco á poco desde la parte opuesta del monte Cáucaso á la laguna Meotis, y les pareció esta barrera como el cabo del mundo y el término de sus correrías, quando se viéron agradablemente desengañados por una feliz casualidad. Una corza perseguida por los cazadores Alanos que estaban establecidos al otro lado de aquellas lagunas, tenidas por impracticables, se huyó hasta llegar adonde estaban los Hunnos. Estos siguiéron la ruta que les habia señalado la corza, y pasáron la laguna. Descubriéron las hermosas llanuras que riega el Tanais, muy preferibles á sus tierras pantanosas, siempre cubiertas de espesas nieblas. La relacion que hicieron á sus compatriotas los determi-



Transmigracion de los Hunnos.

Quando los feroces Hunnos creian hallar el término del orbe, y de sus correrias en los pantanos de la laguna Meotis, les desengañó agradablemente una cerva perseguida por los cazadores Alunos establecidos al lado opuesto. Pasaron la laguna, les arrojaron, y se disunieron por el imperio; Quántas veces ha sido una casualidad el principio para la buena ó mala suerte de las naciones!



nó á intentar el paso; y conseguido este arrojaron luego á los Alanos, y desde allí se esparcieron por el Imperio. Los historiadores siguen aquí su marcha como los Africanos y Asiáticos siguen las de las langostas devorantes. Las huellas de sus pasos son impresiones de sangre en las cenizas.

Muchas veces, dice el historiador Amiano, los Hunnos, tan *numerosos como las arenas de la Libia*, se hallaron en oposicion con los Godos, los Vándalos y otros bárbaros, *multiplicados como las centellas del etna*. Era su campo de batalla el Imperio romano, y aquellos dueños del mundo pagaban tributos disfrazados con el nombre de regalos á los aduares desenfrenados que no podian rechazar enteramente de sus fronteras. Recurrieron al medio de darles sueldo, recibéndolos en sus ejércitos en grande multitud para destruir así á los unos por medio de los otros; pero este fue un expediente fatal para los que le pensaron; porque los Hunnos, incorporados con los Romanos, aprendieron su disciplina, y llegaron á ser tropas temibles quando pudieron remirse baxo de unos xefes capaces de proyectos y de conducta. Entre estos xefes se cuentan Uldino, que dió justas inquietudes á

Teodosio el Grande : Rougas , que amenazó á Constantinopla : Uptar , que se hizo poderoso en las Galias ; y otros muchos de quienes solo conocemos los nombres ; mas por lo poco que se sabe se ve que llevaron el terror de sus armas desde las riberas del Asia á las extremidades de Europa , y fueron dignos precursores del famoso Atila.

Tenia este un hermano llamado Bleda , y Roas su tío les dexó el cetro de los Hunnos. Mas no se debe creer que los exércitos de este Príncipe se componian solamente de Hunnos , pues se cuentan hasta once naciones , entre las quales se hallan los Suebos , los Gépidas , los Sármatas , y otros bárbaros que seguian sus estandartes. A este conjunto se dió el nombre general de Hunnos , ó porque estos eran el cuerpo principal del exército , ó porque el xefe que los mandaba era de esta raza. He dicho el xefe , porque Atila no sufriendo compañero , hizo asesinar á su hermano Bleda. Por entonces era reconocida su autoridad desde las orillas del Rin hasta las fronteras septentrionales de la monarquía de Persia. Formó el proyecto de ocupar los tronos de Oriente y de Occidente , ó arruinarlos ; mas ya que no pudo , tuvo el gusto de

humillar á los Emperadores y envilecerlos, exigiendo de ellos los sacrificios de provincias y dinero en forma de tributo, é imponiéndoles condiciones que los mortificasen, qual fue la que prescribió á Teodosio II, de poner en sus manos á los Príncipes de la sangre de los Hunnos que se habian refugiado á su corte; y habiéndoselos enviado, los hizo crucificar.

El carácter dominante de Atila era el orgullo, y los que se prestaban á esta pasión conseguian su gracia. Curídaco, Rey de una nacion vecina, por haberse portado con él de un modo equivoco, fue enviado á llamar del imperioso Monarca; y en lugar de ir respondió: „Jamás me sería posible sostener el resplandor de tan grande divinidad.” Esta adulacion le valió mas que si se hubiera justificado. Se honraba el Rey de los Hunnos con el nombre de *ázote de Dios*, que le dió el universo indignado: pues con tal que se le atribuyese alguna conexiõn con la divinidad, poco le importaba por que título. Los Reyes y Príncipes que le rodeaban le observaban con silencio, estudiaban sus gestos, y apenas se atrevian á levantar sus ojos.

Atila tenia la tez negra, la estatura corta, el pecho ancho, la nariz chata, y los

ojos pequeños. Su insolente ferocidad se manifestaba en su porte, en sus miradas y en todos sus movimientos: bastaba verle para juzgar que habia nacido á turbar el reposo del universo. No hubiera podido dominar á una nacion tan valiente como los Hunnos si no hubiera tenido en sí mismo un valor á toda prueba. Se diferenciaba de los bárbaros que solo cuentan con su esfuerzo, en que no despreciaba las estratagemas de guerra, las máquinas y los recursos del arte. No era la buena fe la basa de sus tratados, porque en ellos se servia de algo mas que de la astucia: no obstante que con sus vasallos era en extremo justo, y jamas les pedia mas impuestos que los que podian pagar. Perdonaba gustoso á los que se sometian, y nunca abandonó á los que habia tomado bajo su proteccion.

Fuese por afectacion ó por gusto, apartaba de sí quanto tenia ayre de fausto; y aunque en su corte era ordinario el uso de llevar oro y pedrería en los arneses del caballo y en la espada, nunca quiso seguirle. A sus convidados se les servian en oro y en plata manjares exquisitos, y á su persona los mas ordinarios en platos de madera: hasta la copa era de lo mismo. En la mesa era grave



Espada de Marte.

Aprocháñdose Atila de la venación de los Hunnos á la espada de Marte, hizo le llevasen con gran pompa una que decian ser de aquel Dios. Afectó recibirla con el mayor respeto, y como presagio de la extension de sus conquistas; y sus tropas llenas de entusiasmo, creyendose ya invencibles, como protegidas del Dios de sus mayores, llegaron casi á serle; Tanto puede en nosotros el influxo de las ilusiones!

y serio; y una chanza que hizo reir á los Embaxadores romanos, á quienes habia convidado, no consiguió de él una sonrisa. Pero si en público era sobrio, se desquitaba bien en sus comidas particulares bebiendo largamente. Se le reprehende una desenfrenada incontinencia, porque no solo tenia algunas mugeres, sino, como dice cierto historiador, un grande rebaño de ellas, y habia una que era como la señora de todas. De esto se puede formar juicio por que Prisco, enviado de Teodosio, quando fue á llevarle regalos, vió que una llamada Reca estaba sentada en su cama, y las otras en el suelo al rededor de ella ocupadas en trabajar.

Atila no omitia los pequeños medios de atraerse la confianza de la multitud, pues muchas veces son mas eficaces que los grandes. En todos tiempos habia estado la espada de Marte en grande veneracion entre los Escitas, de quienes descendian los Hunnos. Por casualidad ó por destreza de Atila halláron una, y se la lleváron con gran pompa, diciendo, que era la del Dios. La recibió el Monarca con mucho respeto como presagio de que habia de extender sus conquistas hasta los términos mas retirados de la tierra; y el

soldado crédulo, inflamado con este agüero, y protegido con el escudo del Dios de sus mayores, ya no conoció peligros ni obstáculos.

Inútiles fuéron los subterfugios de Teodosio para apartar las armas de Atila; porque este, xefe de un ejército que centelleaba de impaciente, tenia necesidad de la guerra. Asoló la Tracia, la Macedonia, la Grecia, y asustó á Constantinopla. El Emperador, despues de haber perdido ejércitos enteros, opuso seis mil libras de oro al torrente, y prometió pagar doce mil todos los años: se sujetó á otras vergonzosas condiciones para el rescate de los prisioneros, y entregó los desertores. Entró Teodosio en una conjuracion que se formó á su vista contra la vida de su enemigo: fue descubierto; y Atila le perdonó, bien que por dinero. Quiso el Emperador Marciano, sucesor de Teodosio, librarse del tributo, y respondió con valentía á los Hunnos que fuéron á pedirle: „Ya no tratais con Teodosio; y yo tengo el oro para servir á mis amigos, y el acero para mis enemigos.” Esta altivez tuvo buen éxito: y creyendo Atila que era prudencia dexar en paz á Marciano, se volvió contra Valentiniano III, Emperador de Occidente.

Tenia este Príncipe una hermana llamada Honoria, y al mismo tiempo que él habia subido al trono la habia declarado *augusta*: título que la daba una especie de derecho al Imperio, pero ninguna autoridad, y tal vez era una razon para no permitir que se casase; pero ella deseaba las dos cosas, y así escribió á Atila suplicándole que fuese á libertarla; y ofreciéndole su mano, le envió un anillo en prendas de su fe. El Rey de los Hunnos tomó la prenda como sello de una seria obligacion, y pidió á la Princesa por esposa. Sin duda se la hubieran concedido, pero queria en dote la mitad del Imperio. Honoria por sí misma puso fin á las pretensiones que habia hecho formar. La molestia del celibato la puso en un estado que pretendió pasase para con el Rey de los Hunnos por matrimonio ya contraido; y el se dió por contento, porque queria adormecer al Emperador acerca de otros proyectos de mas extension, que meditaba.

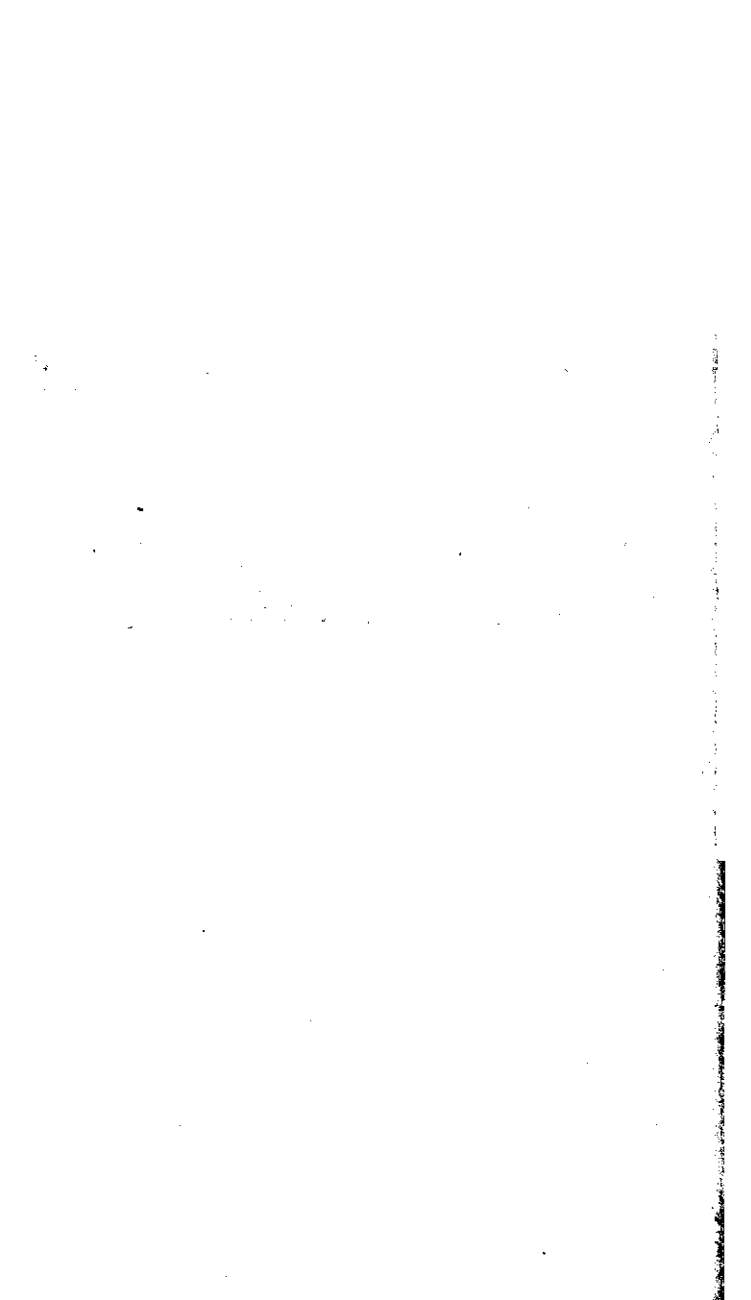
La rapidez de las marchas de Atila han sido siempre el objeto de la admiracion: verdaderamente era como un relámpago, que parte del Oriente, y aparece á un mismo tiempo en Occidente. Se le vió recorrer la

Grecia, la Tracia, amenazar á Constantino-
pla: volvió de lo interior de la Escitia, se
arrojó sobre Alemania y Tréveris, Estrasbur-
go, Espira, Maguncia: ninguna ciudad le
resistió: arrastró consigo á los Hérulos, Suebos,
Quados, Marcomanos, y todos los pueblos
del Norte: pasó el Rin, y á la cabeza, unos
dicen de quinientos mil, otros de setecientos
mil hombres, llegó cerca de Chalons sobre
el Marne á los campos Cataláunicos. Allí le
estaba esperando Aecio, General romano,
acompañado de Teodorico, Rey de los Vi-
sigodos, de Meroveo, Rey de los Francos,
y de una multitud de Sármatas, Saxones,
Borgoñones, Belgas y Armoricanos, que for-
maban un ejército poco inferior al de Atila.
La batalla fue una de las mas sangrientas que
jamás se habian dado, y solo la noche la
puso el fin. Quando el sol salió por la ma-
ñana iluminando el campo de aquella carnice-
ría, ofreció á los ojos vastas llanuras cubiertas
de muertos y moribundos, cuyo número dicen
que era de trescientos mil. Reynaba en el
campo de los Hunnos un silencio que daba
á entender que habian llevado lo peor; pe-
ro Aecio no se atrevió á acometerlos viéndo-
los bien fortificados. Fuese por zelos, ó fue-



Campos catalaunicos.

Después de devastar Atila el Oriente y Occidente, encontró cerca de Chalons el ejército de Accio, y le acometió. Duró la acción hasta la noche, y el silencio que reinaba en el campo de los Hunnos quando al amanecer pudo advertirse la carnicería, no dexó duda de su pérdida: mas no devastó Atila, puez los montones de cadáveres, y los rios de sangre son el recreo ordinario de un guerrero ambicioso.



se por temor de no estar su persona en seguridad en medio de tantos auxiliares, los empeñó en que se volviesen cada uno á su casa, como si ya no los necesitase.

Con esta especie de desercion volvió Atila al proyecto que siempre habia tenido de marchar derecho á Roma. Pasó pues los Alpes con su ordinaria celeridad; y sus soldados, detenidos delante de Aquileya, defendida con lo mas escogido de las tropas romanas, ya caian de ánimo; pero el General, que sabia aprovecharse de todo, les hizo reparar que unas cigüeñas, sin duda aturdidadas con el ruido del sitio, huian llevándose sus hijuelos. „Esas, les dixo, abandonan la ciudad, porque con su instinto saben que está próxima á su ruina.” Despues de esta prediccion dió el asalto, y tomó la ciudad: la saqueó y la reduxo á cenizas: lo mismo hizo con Treviso, Cremona, Mantua y Bergamo. Se refugiáron los infelices habitantes en las lagunas que estan en la extremidad del mar Adriático, y fundáron á Venecia. Milan quedó sepultada en sus ruinas. Roma estaba temblando, y Valentiniano echó por otro camino el torrente desolador oponiendo siempre un dique de plata. Por esto Atila se hi-

zo pintar como vencedor, y al Emperador y sus cortesanos llevando sobre sus hombros sacos de dinero que derramaban á sus pies.

Despues de haber recibido el Rey de los Hunnos el rescate de Roma, parecia que meditaba alguna empresa contra Constantino-
pla; pero dicen que la fingia para ocultar la intencion que tenia de volver á las Ga-
lias á borrar la afrenta que le habian he-
cho sufrir los Reyes de aquellas comarcas
que se juntáron con Aecio. No se sabe en
donde se detuvo por dar una fiesta á sus sol-
dados con el motivo de su casamiento con
una muger de extraordinaria hermosura, lla-
mada Ildico: fuera de sí con el gozo bebió
contra su costumbre con exceso, y como tar-
dase el dia siguiente en dexarse ver, violen-
táron la puerta de su quarto, y le halláron
muerto, á lo que pareció, de un accidente
de apoplexía. Estaba á su lado la jóven es-
posa cubierto el rostro con un velo, y des-
haciéndose en lágrimas. No se sabe que dias
fuéron los suyos despues de una noche tan
funesta.

Transportáron el cuerpo del Monarca á
una vasta campiña, y le colocáron en una
tienda toda de seda, y los caballeros escogi-

dos en toda la nacion diéron muchas vueltas al rededor de aquella tienda , cantando tristemente las hazañas de su Rey. Diéron un gran convite, que duró hasta muy entrada la noche, y enterráron secretamente el cadáver encerrado en tres ataudes, uno de oro, otro de plata, y otro de hierro, acompañándolos con las mas bellas armas y los mas ricos despojos que habia quitado al enemigo, y diéron fin á la ceremonia degollando á todos los que empleáron en el entierro, rezelando que quitasen el tesoro ó le descubriesen á otros. Con este Príncipe acabó el Imperio de los Hunnos, y empezó á disolverse por una guerra civil entre una multitud de hijos que dexaba. Fácilmente se puede considerar que una vez desunido el ejército, se esparciria este por todas partes sin orden y sin disciplina. Cuerpos enteros de tropas cansados de robar, fuéron á llevar su botin á los diferentes cantones en donde se establecieron; y así cambiados sus intereses, se les ve unas veces con Reyes y otras con Reynas, defender el Imperio y hacer correrías en él, conseguir que se les señalasen provincias, y tomarlas, y pelear los Hunnos Uturgurianos con los Hunnos Cuturgurianos. A unos y á

otros los derrotó Belisario despues que unos á otros se habian debilitado. Los Francos, bajo el dominio de los quatro hijos de Clotario, los retiráron mas allá del Danubio. En tiempo de Carlo Magno volviéron á parecer, y los sujetó. Por último se cree que permaneciéron en cuerpo de nacion en la Panonia, que de los Ugri Hunnos tomó el nombre de Hungría.

G O D O S.

Los Godos, Visigodos, Ostrogodos y otros pueblos que se siguen han dado lugar á investigaciones infructuosas y de mucho trabajo sobre su origen. Se les hace venir, así como á los Hunnos de quienes ya hemos hablado, de los hielos del Norte, de los quales se huian siempre que se conocian con fuerzas suficientes para ir á buscar climas mas benignos. ¿Pero qué paises serian aquellos de donde saliéron quando prefiriéron á ellos la Suecia, la Noruega, la Laponia, y las riberas é islas del mar Báltico? De estos paises pues los tomarémos, y en general los verémos partir para hacer su invasion por el Norte y el Mediodia, desde el parage en que aquellos pueblos Cimbro,

Teutones y otros hicieron sus primeras juntas despues de haber dexado las tierras de su nacimiento. Cubriéron nuestro horizonte como una espesa nube : las luces de las historias penetran con dificultad su espesura, y solo producen como unos relámpagos, á cuya luz se dexan ver, no sin trabajo, algunas particularidades en punto de costumbres, y algunas acciones y sucesos en corto número que merecen recopilarse.

Los Godos, los Getas y los Cimbroson el mismo pueblo y hablaban la misma lengua. Voden, gran mágico, es el primer conquistador Godo : se estableció en Suecia, y llevó allá, halló ó inventó los caracteres *pínicos*, que son la antigua letra gótica. No solamente era Voden hechicero, sino tambien poeta. Dicen que introduxo pobladores en Prusia, en Livonia, en gran parte de la Moscovia y en la Tartaria, en donde dexó su propia lengua entre los Tártaros Precoptes. Entre estos pueblos estaban en grande honor la hospitalidad y la poligamia. La estimacion de un hombre era proporcionada al número de sus mugeres, por lo que se hallaban con una multitud de hijos ; pero lejos de dexarlos consumirse en sus propias casas, se

quedaban con solo uno : y á los demas, así que la edad lo permitia, los enviaban sus padres á buscar establecimientos en otros paises. De aquí provenian aquellos enxambres de asoladores que continuamente renacian. Los llamaron Visigodos y Ostrogodos, ó Godos del Oriente, y Godos del Occidente. Castigaban con la muerte el adulterio, sin duda en las mugeres, porque los hombres como hacian las leyes sabian manejarse. El calzado que llevaban era de cerda, y no cubrian las piernas ni los muslos. No pasaba su vestido de la rodilla, y por lo comun era verde, con la orla encarnada. Trenzaban el cabello, y usaban en la guerra lanzas y hachas.

Caracalla fue el primero que se desavino con los Godos, y excitó sus armas contra el Imperio, y desde entonces todo fue una cadena no interrumpida de guerras, con todos los excesos que son regulares en los pueblos indisciplinados; pero será suficiente indicarlos. Desde luego pagó el Imperio á los Godos una especie de tributo. El Emperador Alexandro era originario de su nacion, y de haberle dado muerte violenta tomaron ocasion para apoderarse de la Tracia y de la Mesia. Quisiéron los Ostrogodos tener en es-

tas provincias su parte; pero fueron vencidos, y despues el Emperador Decio derrotó á los vencedores, los quales le pidieron la paz con condiciones razonables, y se la negó. La misma desesperacion les dió fuerzas, é hicieron pedazos el ejército de Decio, quitándole á él la vida en la batalla. Galo, que le sucedió, tuvo que sujetarse á un tributo.

Estaban los Godos divididos en muchos ejércitos. Uno de ellos asoló la Grecia, y saqueó el templo de Efeso: otro entró en el Asia, y desoló todas las provincias sujetas al Imperio: equipó él mismo una armada formidable, y pasando el Bósforo, arruinó las costas de la Grecia, ayudándola el ejército de tierra que la iba siguiendo. Los vientos, la peste, y algunos combates en que los Romanos tuvieron buen éxito, los libraron de unos y otros; pero una division que se habia preservado de aquellas desgracias empezó de nuevo á robar, y se hizo tan fuerte que tuvo Aureliano que marchar en persona contra aquellos Godos, y triunfó de ellos en un carro tirado de quatro ciervos, que habia quitado á Canabaldo, uno de sus Reyes. Entre los muertos y los prisioneros se hallaron muchas mugeres vestidas de hombres, que habian pe-

leado con valor. Los venció Diocleciano en las riberas del Danubio; pero despues se les ve en las Galias poniendo en fuga á los Borgoñones y Vándalos, y sucesivamente arrojados por Constantino, haciendo alianza con él, y ayudándole á asegurarse en el trono. Muy soberbios por haberle hecho este servicio pedian con exceso; pero Constantino contuvo á tan peligrosos bienhechores con una victoria tan visiblemente milagrosa, que muchos de ellos abrazaron la religion christiana.

Su nueva religion no los hizo menos inquietos, porque de tiempo en tiempo se levantaban entre ellos algunos xefes que llegaban á ser grandes conquistadores. Uno de ellos, llamado Ermenrico, vencedor de todos los pueblos septentrionales, fue comparado á Alexandro Magno, y el nombre de Alarico todavia es célebre en la historia. Las diferencias entre Arcadio y Honorio, ó por mejor decir entre Rufino y Estilicon sus Ministros, diéron ocasion para que este Príncipe hiciese un papel importante en los asuntos del Imperio. Rufino le llamó á la Grecia, que dependia del Imperio de Oriente que él gobernaba, para que Arcadio le necesitase á él, viendo que habian invadido sus

estados. Con efecto, acudió Estilicon al socorro de la Grecia, que no era de su departamento, con la esperanza de llegar á las manos con su rival, y perderle. Estos dos ambiciosos y Gaynas, Trebigildo y Radagaso, todos Generales Godos, llamados al Imperio y arrojados de él, unas veces al sueldo de los Emperadores, y otras peleando contra ellos, perecieron miserablemente. Solamente se sostuvo Alarico, que cansado, por decirlo así, de ser el juguete de la política romana, buscado con ansia quando podia ser útil, y despreciado con desden quando no necesitaban de su auxilio, arrancó del Emperador Honorio una promesa de quatro mil libras de oro por alejarse de los muros de Roma; pero dilatando el Emperador su cumplimiento con varios pretextos, volvió Alarico á presentarse delante de aquella capital, y la abandonó al saqueo. Murió poco tiempo despues.

Ataulfo fue el que empezó á transportar el poder de los Godos y Visigodos á España. Fue asesinado no menos que Sigerico su sucesor. Valia, sin perder de vista la España, puso el trono del Imperio de su nacion en Tolosa. Teodorico I y Turismundo, Príncipe belicoso, se mantuviéron en él. A

este último le llama un historiador de aquel tiempo el altivo é intratable Key de Gotia. Le asesinaron los oficiales de su ejército excitados, segun se cree, por Teodórico II su hermano, que fue el que le reemplazo. Este profesó amistad sincera con los Romanos, y así le dexaron adelantar tranquilamente sus conquistas por la España, en la qual estableció sólidamente su trono; y quando contaba con disfrutarle, le precipitó de él aquel mismo delito con que le habia adquirido, siendo el homicida Eurico su hermano, que fue el que arrojó á los Romanos de España, y se apoderó de casi todo quanto tenian estos en las Galias. Este Príncipe gobernó sus pueblos con cetro de hierro, pero era amante de la justicia, y les dió leyes que despues perfeccionaron sus sucesores. Tenia Eurico su corte en Burdeos: era esta brillante y numerosa. Sidonio, que la habia visto, dice que en ella se veian con un ayre de pretendientes que suplicaban, los Saxones, los Francos, los Eruulos, los Borgoñones y los Romanos; porque su grande penetracion y su atrevimiento en las empresas le hacian temible. Era un Arriano zeloso de su secta, y perseguidor de los Católicos, que no permitió que en su

reynado se reemplazasen las sillas episcopales que vacasen , creyendo dar así un golpe mortal á la verdadera religion , porque no podria ser provista de dignos Ministros del segundo órden , pues su eleccion no podria ser buena si no la hacian los Obispos. Esta es una advertencia de Sidonio.

Mientras los Godos y Visigodos prosperaban en las Galias y en España , se hacian temibles los Ostrogodos en la Panonia , la Esclavonia , y en todos los paises que riega el Danubio. Ellos retiraban á los Hunnos , Alemanes y Sármatas , y daban la mano á los Visigodos en las Galias. Estas felicidades se consiguiéron reynando Teodomiro , y las aumentó despues su hijo Teodorico III. Este Príncipe , al principio muy afecto al Emperador Cenon , hasta llegar á mandar sus exércitos , rompió con él : volvió á hacer las amistades , y por último , despues de muchas victorias que diéron bastante inquietud al Emperador de Constantinopla , se dexó aplacar con dinero el Ostrogodo , y con tierras y honras que pródigamente le hizo Cenon en su capital. En esta visita persuadió á Teodorico á que volviese sus armas contra Odoacre , Rey de los Herulos , que teniendo á menos

el título de Emperador de Roma, había tomado el de Rey de Italia, estableciendo su trono en Ravena.

Partió Teodorico de la Mesia, en donde habitaba, con infinito número de combatientes que llevaban consigo en carros sus mugeres, sus hijos y todos sus efectos. Por falta de navíos fue preciso dar la vuelta del mar Adriático. Un viage de invierno, la peste y el hambre hicieron muchos estragos en aquella multitud. Por fortuna disputó poco Odoacre la victoria en la primera batalla, que fue la que abrió á Teodorico las puertas de Milan y de Pavía; pero muchos de sus capitanes, ganados ó descontentos, le abandonáron, y se vió precisado á quedarse encerrado en Pavía mientras Odoacre tenia la campiña y la asolaba. Abundantes reclutas penetráron hasta Teodorico, y reemplazados sus desertores, le pusieron en estado de poder encerrar á Odoacre en Ravena. Duró el sitio tres años, durante los cuales se hizo Teodorico dueño de toda la Italia, y por último de Ravena, la que cedió Odoacre con la sola condicion, dicen, de que se le conservase la vida; pero ni aun esta se observó. Acusan á Teodorico de haberle asesinado por su propia mano con pretexto de que

este cautivo tramaba una conspiracion contra él. Dexó el vencedor á los pueblos de Italia las leyes romanas que ellos seguian, y hasta los magistrados. Esta política fue la que aseguró su poder.

VÁNDALOS.

El nombre de Vándalos viene de una palabra goda que significa andar errante. Eran de origen Godos, y por costumbre errantes. Una nacion vagante no tiene anales, y así solo en los fastos de los pueblos que atormentó puede hallarse memoria de sus acciones, por lo que es preciso recoger en la historia romana lo poco que se sabe de los Vándalos. Ya parecieron temibles en tiempo de Caracalla: acometieron con felicidad al Imperio en el reynado de Aureliano; no obstante este los hizo retirar, y fueron á llevar sus armas á las Galias: allí los venció el Emperador Probo: se arrojaron sobre la Grecia, de donde fueron corriendo á España; y baxo la conducta del famoso Genserico pasaron á la Africa, en donde consolidaron el trono de su poder.

Bonifacio, Gobernador romano, llamó á este Principe, que calumniado para con la Em-

peratriz Placidia , y amenazado de perder su gobierno , apeló al auxilio de los Vándalos. Reconciliado con ella , quiso desembarazarse de estos huéspedes con regalos ; pero Genserico no los admitió , y continuó en hacerse fuerte con la toma de buenas plazas , y la de Cartago entre otras , por lo que esta rival antigua de Roma se vió otra vez en estado de hacer temblar á sus enemigos. Se asustó la Italia con la noticia de los preparativos que Genserico hacia : volvió á levantar la capital sus fortificaciones cercándose de castillos , como si ya el enemigo estuviese á sus puertas. Pero estas precauciones fuéron inútiles por la prisa que se dió el Rey vándalo , que desembarcando en Sicilia la conquistó ; y poniendo el pie en Italia tomó á Roma , la entregó al saqueo , y se llevó la familia Real á la Africa. Lo que habia podido huir de la rapacidad de sus soldados en el antiguo dominio de los Romanos , hizo que lo volviesen á encontrar con una nueva irrupcion en Italia. Los enriqueció tambien con los despojos de las islas de la Grecia , que recorrió como vencedor ; pero teniendo algunas pérdidas , vió todavia Roma otra vez sus batallones delante de Cartago ; bien que Genserico hizo un tra-

tado que salvó la capital. Reparó despues todas sus pérdidas, se vió mas poderoso que nunca, y obligó al Emperador Cenon á que renunciase á toda especie de pretensiones á la Africa, que habia sido provincia romana por quatro siglos.

SUEVOS.

Los Suevos desde el tiempo de César eran reconocidos por la mas grande y belicosa nacion de la Germania, y se los coloca entre el Elba y el Vístula. Su nombre sale de una palabra que significa hacer una vida errante; aunque obedecian á Reyes, y tenian las mismas costumbres que los otros Germanos. No empiezan á adquirirse algunas luces sobre su historia hasta el tiempo en que tuviéron sus diferencias con el Imperio romano. Se sujetáron á Tiberio, y este trasladó á las Galias algunos millares de ellos: á otros les señaló tierras en la parte opuesta del Danubio, y un destacamento se domicilió en Frisia. Por trescientos años fuéron los Suevos unas veces motivo de temor para el Imperio, y otras el recurso de este ya amenazando á las provincias romanas, y haciendo en ellas grandes estragos; ó ya incorporándolos con los exércitos

del Imperio, y rechazando con ellos las oleadas de bárbaros que iban á inundar las fronteras.

Mientras uno de sus aduares muy numeroso se hallaba casi exterminado en Germania por Aecio, iba otro penetrando por España, tomando su parte con los Vándalos y los Alanos. Rechila, su Rey, se formó un estado de los países que rodean las ciudades de Mérida, Sevilla y Cartagena. Rechiario, su hijo, se hizo fuerte en ellos, y se descompuso con los Romanos. Por mas que su suegro Teodorico, Rey de los Visigodos, le suplicó que no turbase la paz, todo fue inútil; le derrotaron y le quitáron la vida. Sobre quien le habia de suceder se suscitó una guerra civil entre los Suevos, y así pasan sus Príncipes rápidamente en el trono ensangrentado con la muerte violenta de muchos de ellos. Al fin venció Remismundo á los rivales que le disputaban la corona: tenia su corte en Lisboa con esplendor, y era muy estimado de los Reyes Visigodos, que eran por entonces los mas poderosos de la España. Despues de su muerte conquistáron estos su reyno, y le hicieron una de sus provincias. Así acabó, y no duró doscientos años, el reyno de los Suevos. Estos habian abrazado la secta de Arrio.

FRANCOS.

Aquí no pretendemos hacer á los Francos descendientes de Franco, hijo de Hector, que despues de la toma de Troya quando Eneas transportó á Italia parte de sus habitantes fugitivos, haya ido él con otra á Germania para formar una nacion. Lo que es probable es que los Francos fuéron en su origen la mezcla de muchas naciones germánicas, á quienes diéron este nombre por su amor á la libertad. La primera vez que se los ve en la historia es en el reynado de Aureliano: su habitacion era hácia Maguncia en las orillas del Rin, el que pasáron muchas veces para ir á saquear. Se los halla divididos en muchas ramas, y era la principal la de los *Salianos*. El primer historiador que habla de ellos los representa como un pueblo pérfido, que guardaba poca fe en los juramentos, y era dado á la mentira: con los extrangeros muy corteses, entre sí muy unidos y justos, pero inquietos y revoltosos con los otros, lo que hizo decir á Eginardo, Canciller de Carlo Magno: *Yo quisiera tener un Franco por amigo, pero no por vecino.*

La primera expedición que nos los da á conocer es la de Probo contra ellos. Los echó este Príncipe de las Galias, en donde habian tomado muchas ciudades: y de una parte de los prisioneros, que eran muchos, formó batallones, y los incorporó en sus ejércitos, enviando á los demas á las riberas del Ponto Euxíno, en donde les dió tierras que cultivar. Este pueblo, acostumbrado á la vida errante, no se acomodaba á un género de ocupacion sedentaria: se apoderáron pues de las naves que halláron de su gusto, y recorrieron las costas de la Grecia: las saqueáron, pasáron el estrecho de Gibraltar, y cargados de despojos volviéron á entrar en su patria por la embocadura del Rin. Diocleciano y Maxímiano, gloriándose de haber vencido á los Francos, tomáron el sobrenombre de Fráncicos. Pero las hazañas de estos Emperadores no impidiéron que estos pueblos inquietasen siempre sus fronteras. Creyó Constantino intimidarlos tratando á sus prisioneros con la mayor crueldad, pues hizo echar á las fieras una grande parte, y entre otros, dos de sus Reyes. Esta barbaridad no impidió que volviessen á empezar sus correrias en las Galias, y solo á costa de presentes se desem-

barazó de ellos el Emperador Constante.

Ya se empezaban á conocer los Reyes de estos pueblos, y uno de ellos, llamado Malarico, tenia un grande empleo en la corte del Emperador Constancio; pero durante este tiempo estaban todavia sus compañeros pasando el Rin, y saqueando y quemando á Colonia. Envió el Emperador contra ellos á Juliano, que despues fue tan justamente llamado *el Apóstata*: este los rechazó de Reims, adonde ya habian avanzado. Otro Rey, por nombre Mallabandes, fue Cónsul, Conde del palacio, y General de los exércitos romanos en tiempo del Emperador Graciano; y esto no obstante, continuaban los Francos en asolar las Galias. Venciéron un exército romano que habia ido á atacarlos en su pais, y le derrotaron tan completamente que se comparó esta derrota á la de Varo. Tres Reyes se hallaban por entonces á la cabeza de estos pueblos, Genobaldo, Marcomero y Sunnon, los quales, ya juntos, ya separados, hicieron guerra á los Romanos y tratados de paz con ellos.

Ya con progresos militares, ya con negociaciones se iban adelantando los Francos, y fortificándose siempre en las Galias, hasta

que por último tuvieron bien establecido en ellas un Rey llamado Faramundo, y se cree que tuvo su corte en Reims. No obstante no estaba su dominacion tan asegurada que algunas veces no titubease. Clodion, su hijo, vió que su trono vacilaba; pero le reforzó con las conquistas que adelantó hasta el rio Soma, al mismo tiempo que extendió sus dominios tomando á Tréveris y Colonia. Meroveo, que fue su sucesor, avanzó hasta el rio Sena, y fue uno de los Reyes que se unieron con Accio para vencer á Atila en los campos Cataláunicos, y de su nombre la primera línea de nuestros Reyes se llamó la de los Merovingios. Fue venerado y amado de sus pueblos como padre.

Quilderico su hijo, que le sucedió, le imitó en las hazañas militares; pues hizo respetar su poder hasta el rio Loira: mas en vez de hacerse estimar como su padre por sus virtudes, se reprehenden en él tales desarreglos que sus vasallos diéron el cetro á Egilio, Gaula de nacion, y General de los exércitos romanos. Se lisonjeaba Quilderico de que no habria perdido para siempre el amor de sus vasallos, y así anduvo errante en los estados vecinos, esperando el buen éxito de

los esfuerzos de un amigo fiel, llamado Viomaldo, á quien habia dexado para que reduxese los espíritus á la razon. Al despedirse de este amigo partió en dos una pieza de oro, y quedándose él con la mitad, dió la otra á Viomaldo para que se la enviase en señal de que podria volver sin peligro. Recibió Quilderico la prenda de seguridad en el palacio de Basino, Rey de Turingia, que le habia dado asilo. Partió sobre la marcha, y fue recibido en su reyno con aclamacion. No habia pasado mucho quando le fue siguiendo Basina, esposa del Rey, que generosamente le habia dado hospedage, y no ocultó los motivos que la llevaban á su corte; porque le dixo: „Conozco vuestras prendas y calidades útiles, y si yo supiera que habia otro Príncipe que mereciese ser á vos preferido, pasaria los mares por vivir con él.” Lisoneado Quilderico con este cumplimento mas que galan, se casó con ella, y fue la madre de Clodoveo.

Quando este Príncipe subió al trono se hallaba el reyno de su padre encerrado entre el Rahal, las ciudades de Langres y Cambray, el Esquelda y el Océano, bien fuese por la desercion de muchos vasallos que no

le habian querido reconocer quando volvió, ó bien por otras razones. La primera hazaña de Clodoveo fue apoderarse de Soisons, que estaba en poder de los Romanos, y de Tongres, poseida de otra tribu de los Francos. Casó con Clotilde, sobrina de Gundebaldo, Rey de los Borgoñones, que habia usurpado el trono, quitando la vida al padre de esta Princesa, y que solo porque no pudo evitarlo dió su sobrina á un Príncipe jóven capaz de vengar al padre de su esposa; pero ya Clodoveo se habia hecho muy temible para que se atreviese á negársela. De este casamiento se siguió su conversion á la christiana religion que profesaba Clotilde.

Daba esta señora conversacion á su esposo hablándole de nuestros dogmas para inspirarle el gusto de seguirlos, y este gusto llegó á ser convencimiento que se declaró con la ocasion de un peligro urgente. Viniéron sobre las Galias los guerreros de Alemania, y Clodoveo salió con ellos acompañado de Sigeberto, Rey de los Francos ripuarios. Se encontráron en Tolbiac, lugar poco distante de Colonia: fue la batalla sangrienta: iban los bárbaros ganando terreno, y ya se introducía entre los Francos el desorden, ocasio-

nado por una herida que recibió Sigeberto. En esta afliccion se acordó Clodoveo del Dios de Clotilde, é hizo voto de bautizarse abrazando su fe si el Señor le daba la victoria. Al punto se pusieron en fuga los vencedores, como heridos del poder divino, y Clodoveo fiel á su juramento llamó á San Remigio, Obispo de Reims, el qual le instruyó, y le bautizó con tres mil de sus vasallos principales, y el exemplo de estos se llevó gran parte de la nacion. Aquí debe observarse que por entonces solo Clodoveo era Príncipe católico; porque el Emperador de Oriente, los Reyes de los Ostrogodos en Italia, los de los Vándalos en España y en Africa eran Arrianos, y los Reyes de los Francos y de los Borgoñones en las Galias eran Paganos todos. Se cuenta que predicando San Remigio la pasion del Salvador, llegando á hablar de las burlas de los Judíos, se levantó Clodoveo echando mano á la espada, y dixo: „No hubiera sucedido eso si yo hubiera estado allí con mis Francos.”

Despues de la batalla de Tolbiac vió Clodoveo aumentarse su Imperio con la reunion de los Francos Armoricos, que eran una república entre el Loira y el Sena, y eligié-



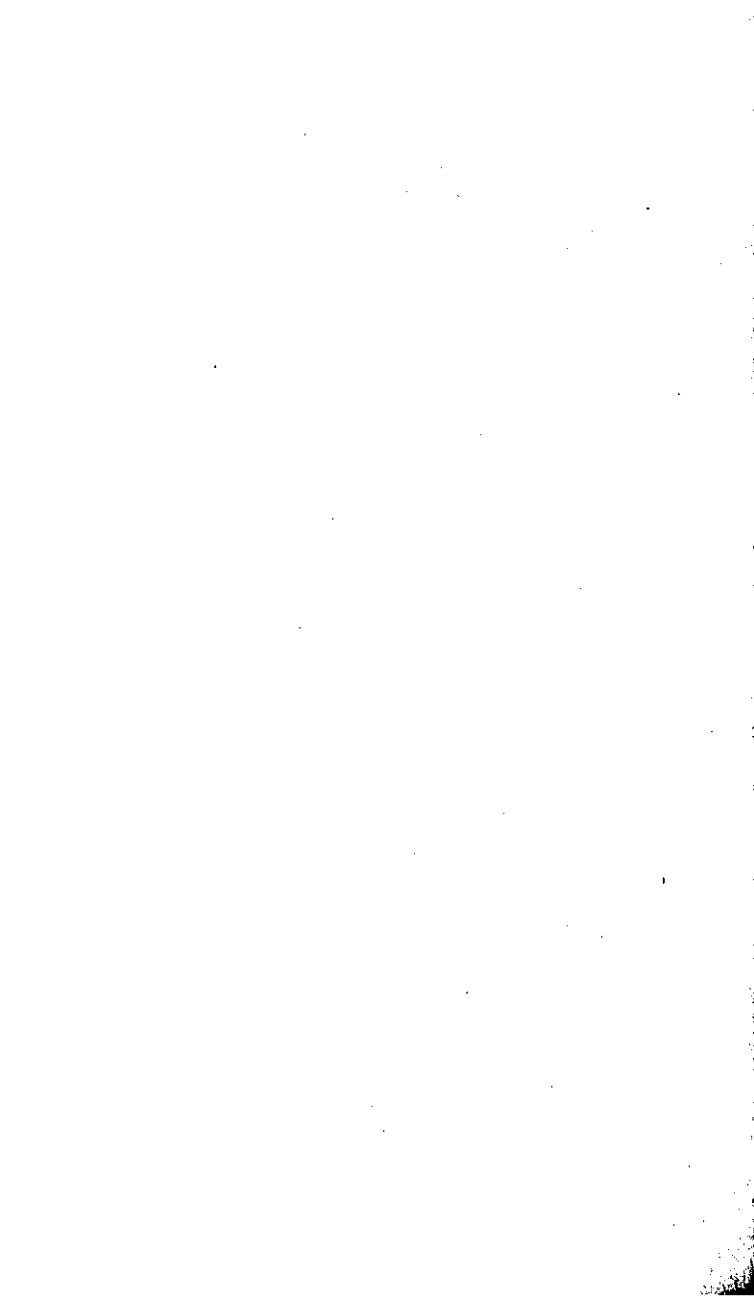
ron la monarquía baxo su cetro. La profesio de la fe católica le valió tambien la sumisio de los Romanos que habian quedado en la Galias, queriendo estos mas obedecerle á él que á los Príncipes arrianos. Muchas ciudades hicieron capitulaciones con este Principe, y él las observó exáctamente dexándoles sus leyes y magistrados. De este modo las leyes romanas se perpetuáron en Francia, y la mezcla de los naturales civilizados suavizó poco á poco la ferocidad de los Francos sus vencedores.

Sucedió lo que Gundebaldo, tio de Clotilde, habia temido, porque Clodoveo le hizo la guerra, se apoderó de algunas ciudades de su reyno, y entre otras de Dijon. Por sus victorias llegó á las manos con Alarico, Rey de los Visigodos, que le veía con inquietud adelantarse hasta su vecindad. Tuviéron estos dos Príncipes una conferencia en una isla del rio Loira, cerca de Ambois; y fuese temor ó estimacion recíproca, ó bien otros motivos, se juráron amistad; mas no duró. Era Alarico acérrimo arriano, y persiguió á algunos Obispos católicos: las quejas de estos llegaron desde el fondo de Rovergue á los oídos de Clodoveo, el qual dixo á sus



Clodoveo y Alarico se juran amistad.

La rapidez con que iba extendiéndose Clodoveo los límites de su imperio, llenó de inquietud á Alarico, y receloso al ver se le acercaba tan temible guerrero, vino con él á las manos. Avisaronse por fin cerca de Ambois, y se juraron amistad. Duró muy poco, porque tales pactos dictados por la necesidad ó la conveniencia, les dicta ordinariamente la mano á despecho del corazón.



Francos: „Vamos allá, no suframos que estos arrianos posean nada en las Galias.” Su ejército inflamado por este medio marchó contra los Visigodos. Hubo circunstancias milagrosas que acompañaron á esta expedicion, porque una corza que atravesó el rio de Viena, en presencia de los Francos, mostró el vado á Clodoveo. Un globo de fuego sobre la Iglesia de San Hilario en Potiers le indicó por qué lado debía ir á seguir á Alarico, al que alcanzó en la llanura de Vonglet, le atacó, y le mató con su propia mano. Se apoderó pues de la mayor parte de sus estados, dexando á los vencidos en sus costumbres y gobierno segun su política ordinaria. Por la pronta disminucion del arrianismo en las partes meridionales de la Francia sujeta á Clodoveo, se ve que no fue infructuoso en ella el zelo de los Obispos católicos.

Volviendo Clodoveo de esta expedicion brillante y útil, recibió en Tours las insignias del consulado romano, el manto y la túnica orleada de púrpura con los demas ornamentos de Cónsul que le envió el Emperador Anastasio. Se le vió lisonjearse con este favor, adornándose de aquellas insignias, muy contento en la Iglesia de San Martin. Hizo

de aquella ceremonia una fiesta para el pueblo, distribuyéndole dinero. De Tours pasó á París, en donde fixó su corte, y desde entonces siempre ha sido esta ciudad la capital de la monarquía francesa; y aunque en tiempo de sus sucesores hubo muchos Reyes, siempre se quedó París, como *pro indiviso* entre todos ellos, ó el que la ocupaba era reconocido por Rey de Francia con preferencia á todos los demas.

Es muy sensible que las bellas calidades de Clodoveo, su valor, su ciencia militar, su política diestra y atractiva, la equidad de su gobierno que reunió baxo su cetro hasta los republicanos: es muy sensible, digo, que tan brillantes prendas se obscureciesen en los últimos tiempos de su vida con algunos rasgos de crueldad, de lo que puede inferirse que ni aun la mansedumbre que enseña la religion christiana bastó en él para suavizar su natural ferocidad. La ambicion le hizo cometer delitos que no pueden excusarse con ningun pretexto. Despues de haber retirado sus fronteras á costa de los Visigodos, no le restaba ya para formarse un vasto y firme Imperio sino hacerse reconocer Rey por aquellas tribus de Francos que le estrechaban, teniendo cada una

su Príncipe particular. Empezó por Sigeberto, aquel Rey de los Ripuarios, que habia sido su compañero en los peligros de Torbiac. Excitó ocultamente contra él á su hijo Cloderico, que asesinó á su padre, y Cloderico sufrió bien presto la misma suerte. Con esta noticia acudió Clodoveo, juntó los Ripuarios, y declaró que él no tenia parte alguna en aquellos homicidios: precaucion que parece indicar que habia contra él algunas sospechas. O le creyeron, ó fingieron que le creian; pero los Ripuarios, cuyos dominios se extendian desde Fulde hasta Chalons sobre el Marne, y cuya capital era Colonia, se sujetaron á él.

Otro pequeño Rey, llamado Chararico, poseia un terreno desde Boloña hasta Gante. Con pretexto de que este Príncipe no se habia juntado con él contra los Romanos, le sorprendió en una emboscada; y apenas le tuvo en su poder, le hizo cortar el largo cabello, que era la señal distintiva de los Príncipes entre los Francos: lo mismo executó con su hijo, y para que no pudiesen en adelante ocupar el trono, hizo ordenar de Sacerdote al padre, y de Diácono al hijo. Oyendo este infeliz jóven á su padre quejarse de su desgracia, le dixo: „Quitándonos esta

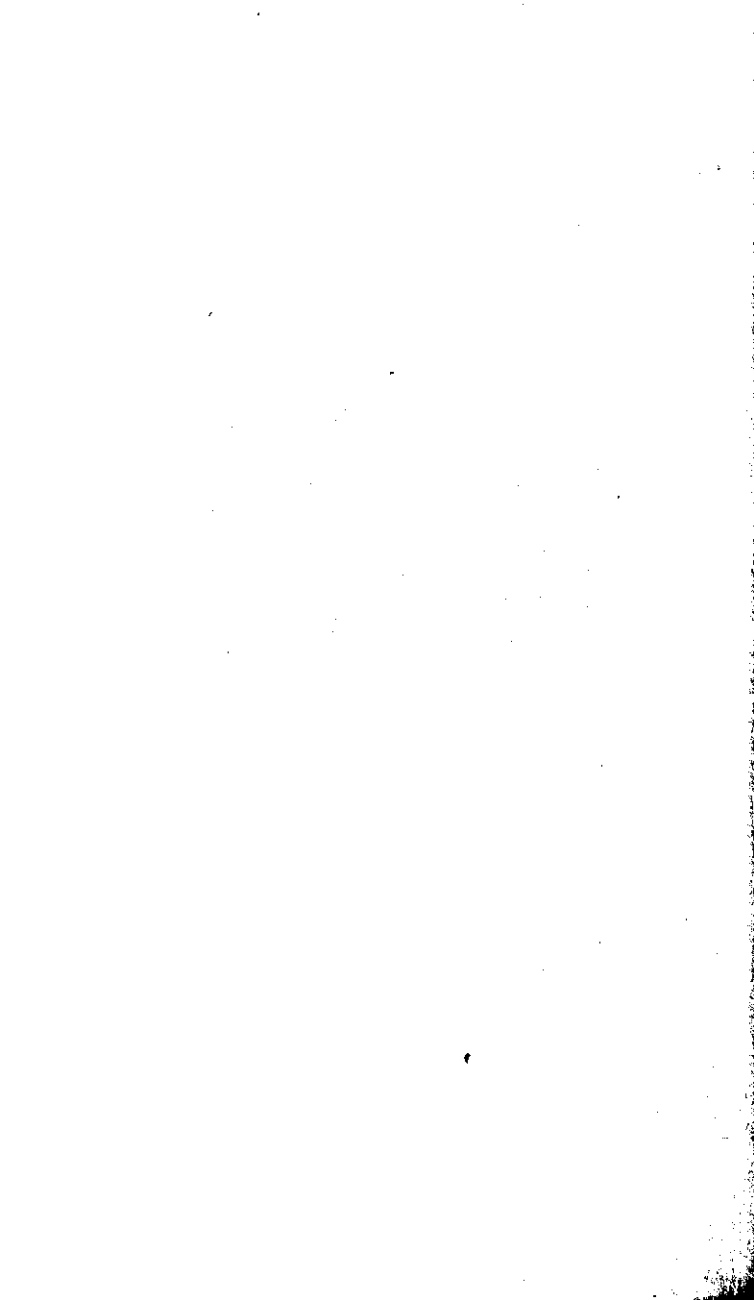
dignidad y privándonos de sus distintivos, no han hecho mas que quitar las hojas á un árbol verde, que presto las reproducirá nuevas. Muera pues nuestro enemigo en criando nosotros nuevo cabello." Le contáron á Clodoveo este discurso; y mandando quitar la vida á los dos Príncipes, se apoderó de sus tesoros y estados.

Restaba Regnacario, Rey de Cambray, vecino demasiado cercano de este rápido rio para que dexase de llevarsele. Los historiadores nos le representan como un Príncipe disoluto, que con sus torpezas se habia suscitado el odio de sus vasallos, y dicen que estos llamáron á Clodoveo. Regnacario y Ricario, su hermano, quisieron defenderse; pero les habian hecho traicion, y los cómplices en ella los cercáron, y se los presentáron á Clodoveo cargados de cadenas. „¿Cómo habeis podido sufrir, dixo á Regnacario, que á la sangre noble que teneis se la haga la afrenta de agarrotaros de ese modo? Debiérais haber muerto antes que sufrir que os tratasen de ese modo;" y al punto le rajó la cabeza con el hacha. „Y vos, añadió, hablando con Ricario, si hubierais defendido á vuestro hermano como debíais, no le hubieran atado de ese modo;" y dándole un gol-



Barbaridad de Clodoveo.

Estrechado Romarico por Clodoveo, y auxiliado de sus vasallos, se halló impensadamente rodeado por estos campados de celtos, el qual con mano Brava, y presentados ambos á su enemigo, que después de insultarlos, los partió por sí mismo con su hacha la cabeza. Si por sus hazañas, y algunas buenas prendas puede parecer héroe Clodoveo, esta y otras atrocidades le celebrarán entre los bárbaros.



pe igual cayó muerto á sus pies. A los traidores les dió en recompensa unos braceletes que creyeron ser de oro ; pero habiendo advertido que eran de cobre dorado, representaron sus quejas á Clodoveo, y les respondió: „Los que venden á sus señores no deben ser pagados en mejor moneda ; y así no me importuneis : demasiada fortuna lograis pues os dexo vivir despues de lo que ha pasado.”

Todos estos Príncipes , y otros muchos, de quienes Clodoveo se deshizo en los últimos tiempos de su vida , eran parientes suyos. Con estos multiplicados homicidios consiguió que en todas las Galias reconociesen su autoridad. Pero el buen éxito de sus bárbaras acciones no podia sofocar los remordimientos de su conciencia , y así se le oyó exclamar : „¡ Infeliz de mí , que he perdido todos mis parientes , y me hallo en cierto modo extrangero en mis propios estados ! ” Murió á los quarenta y cinco años de su edad. La Reyna Clotilde se retiró á Tours , de donde iba raras veces á París ; y los estados de Clodoveo se repartieron entre sus quatro hijos. Teodorico reynó en Metz : Clodomiro en Orleans : Clotario en Soisons ; y Childeberto en París. Estos quatro reynos eran qua-

tro monarquías diferentes , cuyos Príncipes no dependían uno de otro , como habían estado los Reyes de las diferentes tribus antes de Clodoveo ; y así los esfuerzos de este para formar de su monarquía un todo inalterable, no tuviéron otro efecto que repartir entre sus descendientes lo que antes estaba repartido entre sus parientes y aliados.

BORGOÑONES.

Sobre el origen de los Borgoñones hay opiniones diferentes. Les hacen descender de los soldados romanos que Druso y otros Emperadores dexáron acampados en Germania para contener á los pueblos conquistados. Los que son de este parecer los tienen por poco belicosos, suponiendo que gustaban de vivir en los asilos de las ciudades y fortalezas, é iban á las Galias á llevar las labores de su industria; pero este no puede ser el género de vida de un pueblo entero : y así quando vemos á los Borgoñones ya aliados y ya enemigos de los Romanos antes de entrar en las Galias; quando los vemos con xefes, cuyos nombres todavía se saben , y con habitacion fixa en las riberas del Danubio , es natural inferir que

desde luego formáron una nacion aislada, que vendria, como otras, del norte de Alemania; y siguiendo diferente opinion dirémos que era un conjunto de Vándalos y otros bárbaros, como los llaman los historiadores romanos.

Sea como fuere, por los años 275 ya se les consideró temibles por una irrupcion que hicieron mas allá del Rin. Despues avanzáron ó se retiráron, segun los obstáculos que les opusieron. Quando no se veian con suficientes fuerzas se juntaban con los Suevos, Alanos y Vándalos: diversas tentativas los llevaron á la Alsacia: ya penetráron por las montañas de Saboya y las de San Claudio: y por último, fixáron el trono de su Imperio en Viena del Delfinado, desde donde se extendieron hasta Dijon y Macon por el pais que despues se llamó de su nombre la Borgoña. Ya hemos visto que Clodoveo habia, por decirlo así, cercenado su corona, usurpada por Gundebaldo, homicida de su hermano y de sus hijos varones, hermanos de Clotilde. Este Príncipe es famoso por su ley sobre el desafio judicial, y por las condiciones que prescribió á los que quisiesen decidir sus derechos por las armas. A la verdad un es-

tablecimiento tan bárbaro merecia tener á un asesino por legislador.

Por desgracia tuvo Segismundo, su hijo y sucesor, la de dar crédito á las calumnias de su segunda esposa contra Sigerico, á quien habia tenido de la primera. Le acusó la madrastra de que atentaba á su trono y á su vida, y el padre demasiado crédulo hizo quitar la vida al infeliz Príncipe; mas apenas habia dado el último aliento quando Segismundo se arrepintió. En su desesperacion se arrojaba sobre el cadáver de su hijo, le abrazaba tiernamente, y le regaba con sus lágrimas como pidiéndole perdon. Uno de sus criados viejos, que se halló presente, le dixo: „Ya, señor, no lloréis á Sigerico que murió inocente: sobre vos sí que debeis llorar.” La pesadumbre de esta accion envenenó todo el resto de su vida, y le ocasionó una guerra de parte de Teodorico, Rey de los Ostrogodos, y tio de Sigerico. A esta se le juntó otra, provocada por Clotilde, porque esta Reyna empeñó á sus hijos en que en Segismundo vengasen la muerte de su padre y sus hermanos, á quienes Gundebaldo habia hecho arrojar en un pozo. Sorprehendiéron á Segismundo disfrazado en hábito de monge, y toda su familia cayó en

manos de Clodomiro, Rey de Orleans. Por represalias del tratamiento que habia dado al padre y hermanos de Clotilde, los hizo echar tambien en un pozo. Hubo despues entre los Francos y Borgoñones una paz, y luego una guerra, cuyas desgracias pusiéron á Gundemaro, su Rey, en las cadenas de Childeberto y de Clotario, que le tuviéron estrechamente encerrado. Viéndose los Borgoñones sin xefes, tratáron con los Francos por los años de 534, y se sujetáron á un tributo con la condicion de que les fuese permitido gobernarse segun sus leyes. Se les concedió este privilegio, y se les conservó mientras duró toda la línea de los Reyes Merovingios.

ALEMANES.

Los Alemanes habitaban entre el Danubio, el alto Rin y el Mein. El fundamento de esta nacion eran los Suevos, con quienes se juntáron muchos Gaulas y otras familias de diferentes naciones. Esto expresa la palabra germánica *All-man*, de la qual tomaron el nombre. Eran muy apasionados á la libertad. Alemanas eran aquellas mugeres que en tiempo de Caracalla se ahorcáron por no

verse reducidas á la esclavitud. Gustaba tanto de esta nacion este Príncipe que formó de ella su guardia: se complacia mucho en vestirse á la alemana, y ponerse peluca del color de sus cabellos. Maxîmino los trató con dureza y los encerró en su pais. Volviéron á salir en tiempo de Valeriano, y penetráron por una parte en las Galias y por otra en la Italia: los rechazó Aureliano, y ya solo pedian que los dexase volver á su pais, quando cerrándoles él los caminos, vió lo que puede la desesperacion; porque le sorprendiéron los Alemanes y le venciéron. Se desquitó haciendo en ellos grande matanza; mas parecia que renacian de sus mismas derrotas. Constanzo Chloro, Constantino y el Emperador Juliano matáron en diferentes batallas tantos que asustaba el número de los muertos. Siempre rechazados, pero siempre volvian á presentarse entrando por todos los lugares si lograban abrirse alguna entrada. Muchas tropas considerables se acantonáron en las provincias de la Suiza, entre los valles de Jura y al rededor del lago de Ginebra, entre tanto que el grueso de la nacion combatia en Torbiac, en donde matáron á su último Rey.

GÉPIDAS.

Los Gépidas, originariamente Godos y Vándalos, viniéron de las lagunas Meótides á los alrededores del Danubio: tuviéron sus peleas con los Borgoñones de Italia y los Lombardos, y fuéron uno de aquellos pueblos que Atila juntó para sus expediciones. Aunque los sujetáron los Hunnos, recobraron su libertad, é hicieron frente á los Lombardos aun quando estos estaban fuertes; mas al fin se rindiéron, y sufriéron tantas pérdidas que, confundiéndose entre los vencedores, desapareciéron.

HERULOS.

Desde las lagunas Meótides se arrojáron los Hérulos una parte mas allá del Danubio, y otra fue á asolar la Grecia. Incendió á Atenas, Esparta y Argos, y penetró por el Asia. Eran una nacion viva y emprendedora, por lo qual los Romanos reclutaban entre ellos sus tropas ligeras. Suplicaban á los ancianos y enfermos que muriesen, ó por fuerza les quitaban la vida. La muger tenia obligacion de ahogarse con un cordel sobre el cadáver

de su marido, so pena de deshonor. Se les reprehende haber dado en las torpezas mas vergonzosas y opuestas á la naturaleza, y pretendido aplacar sus dioses con víctimas humanas. Lleváron el hierro y el fuego al Epiro, á la Tracia y á todas las islas del Archipiélago, y desde el Neso hasta el Rin. Los arrojó Justiniano de Italia, y se confundieron entre los pueblos adonde se dispersáron. No obstante dexáron por largo tiempo, como aguas impuras, los miasmas ó partículas infectas en los canales que los recibieron.

MARCOMANOS.

En donde primero se hallan los Marcomanos es en las orillas del Danubio, y César dice que eran originarios de las Galias. Los introduxo su Rey Merobodio en el pais que ocupaban los Boyanos, y ahora se llama la Bohemia. Fuéron uno de los primeros pueblos de la Germania que manifestáron alguna civilizacion, pues ya hacian uso de los caracteres rúnicos. Por sus hazañas contra el Imperio se ve que entendian la disciplina militar. Domiciano se vió en la precision de comprar de ellos la paz. Tenian la política de

hacer liga con los pueblos vecinos para llevarlos contra el Imperio, y esto los hizo muy temibles. Duraron sus estragos hasta que Frigilda, una de sus Reynas, que habia abrazado la religion christiana, suavizó sus costumbres: entonces se recogieron en la Bohemia, pais que habian elegido para su habitacion.

QUADOS.

A los Quados los colocan en la Moravia, vecinos de los Marcomanos, y tuvieron frecuentes guerras contra el Imperio. Cómodo les impuso la ley de contenerse á dos leguas del Danubio, de no tener sino una vez al mes las asambleas comunes, y de entregar sus armas. No obstante Probo y sus sucesores los hallaron bien armados: y porfiando en desquitarse, aunque muchas veces vencidos, se dexaron caer en las Galias. A pesar de los despojos que robaban todas estas naciones, no por eso parece que fuesen mas ricas ni mas curiosas en adornarse. Valentiniano se tuvo por insultado porque le enviaron los Quados unos embaxadores vestidos, por decirlo así, de andrajos; pero ellos respondieron que eran los principales de la nacion. Ya no nos

debe admirar que los Emperadores tratasen algunas veces á los xefes de estos bárbaros, que ellos llamaban Reyes, con el mayor desprecio, hasta hacerlos ahorcar, y echarlos á las fieras en los espectáculos del circo. Los miraban como salteadores, ó como gentes á quienes daban sueldo.

SÁRMATAS.

Muchos de estos bárbaros hicieron que los soberbios romanos formasen de ellos ideas mas ventajosas, y entre otros fuéron los Sármatas ó Saurómatas, á quienes colocan en el vasto país que actualmente contiene la Polonia con parte de la Rusia y la Tartaria. Estaban repartidos en muchas tribus, y cada una tenia su Rey. En las torpezas les suponen el mismo gusto depravado que á los Hérulos, y aun los hacen antropófagos; bien que estos horrores deben sin duda reducirse á algunos pequeños países de aquellos inmensos pueblos. En el reynado de Neron empezáron á ser conocidos y temidos de los Romanos. La codicia del botin multiplicó y prolongó sus irrupciones en el Imperio; pero halláron que les hacian frente los Godos que defendian las

barreras. Hubo entre estos dos pueblos en las riberas del Mariza en la Dacia una famosa batalla muy funesta para los Sármatas, pues perdiéron en ella á su Rey Visimar y la flor de su nobleza. Reducidos á esta extremidad arriáron á sus esclavos; pero estos se volviéron contra sus dueños, y los echáron de su país. Constancio los ayudó á sujetar á aquellos rebeldes, y volvió á ponerlos en sus hogares; pero ya esto sucedió pasados veinte y quatro años de destierro, por lo que sin duda los que volviéron sospecharian de sus mugeres cosas poco agradables.

Como las tribus de los Sármatas eran tantas, no es seguro que los que experimentáron un destierro de tan grande humillacion fuesen los antepasados de los Polacos y Tártaros de nuestros tiempos.

LOS DACES.

La Dacia ocupaba la Moldavia, la Valaquia y una parte de la Transilvania. Los habitantes de estos países, conocidos con el nombre de Daces, viniéron de la Escitia, y no degeneráron del valor de sus mayores. Eran sobrios, vigorosos, capaces de sufrir to-

das las fatigas de la guerra, y tenían además de esto la ventaja de mirar la muerte como principio de otra vida mas feliz, y con esta idea se exponían á los mayores riesgos con la misma tranquilidad que si tuvieran que emprender un viage. Recibieron esta doctrina de un célebre filósofo que hubo entre ellos, llamado Zamolxis, que se cree haber sido su Rey. Orolo, otro de sus Monarcas, cuyo descontento con sus vasallos, porque en una batalla no habian mostrado su valor ordinario, mandó que hasta que reparasen su honor con algunas hazañas, todos al acostarse pudiesen la cabeza en donde habian de estar los pies. Se cuenta esta particularidad para hacer ver que algunas veces vale mas un hilo que un cable para gobernar á los hombres.

Desde el tiempo de Augusto hasta el siglo tercero fueron los Daces el azote del Imperio romano, cometiendo horribles crueldades. Su Rey se llamaba Duras, y se debe notar, como rasgo bien raro en la historia, que no hallándose con la habilidad necesaria para resistir á Domiciano, que iba contra él con un numeroso ejército, dexó por su voluntad el trono, y se le entregó á Decéballo. El nuevo Rey correspondió á la espe-

ranza de su antecesor: porque tan político como guerrero, quando se veía estrechado pedía la paz antes de hallarse tan debilitado que se la pudiesen negar; y en llegando algun momento feliz volvía á empezar la guerra. Entre estas alternativas reduxo al Imperio á que le pagase un tributo con el nombre de pension, hasta que Trajano redimió esta condicion vergonzosa. Decéballo, uno de los mas peligrosos enemigos que tuvo el Imperio romano, viéndose vencido se quitó la vida por no servir al triunfo del vencedor, y así quedó su reyno hecho provincia romana. Después se apoderaron de él los Godos: le llamaron la antigua Dacia, y abandonándole, transportaron los Romanos el resto de los Daces á la Vulgaria y á la Servia, que algunas veces fueron calificadas con el nombre de nueva Dacia.

VÚLGAROS.

Los Vúlgaros siempre tuvieron y aun tienen una lengua particular llamada esclavona, que es muy diferente de la de todas las naciones Germanas, de lo que se conjetura verosímilmente que traen como los Germanos

su origen de los Escitas, y de aquellos Escitas que en su primera emigracion se dirigieron hácia el Asia. Antiguamente habitáron la ribera del Volga al norte del mar Caspio, por lo que su pais se llamó Volgaria, y ellos Vólgaros, de lo que se formáron fácilmente los nombres de Vulgaria y Vúlgaros.

No se sabe exáctamente la data de su salida de aquel pais; pero por los tiempos del reynado del Emperador Anastasio hicieron sus irrupciones á la Tracia y á la Macedonia, hasta que se formáron un establecimiento en los lugares que actualmente tienen por límites el mar Negro, la Romania, la Macedonia y la Servia. Desde este centro partiéron contra los puntos del Imperio griego que tenían á mejor proporcion, por mas de quinientos años; y no contentos con estrechar perpetuamente á aquel Imperio debilitado por donde le tenían vecino, le atacáron aun en la Germania, mucho mas allá del Danubio, y en la misma Italia, en la qual se apoderáron del ducado de Benevento. El trono de Constantinopla, así quando le ocupaban los Emperadores Griegos, como quando le poseian los Latinos, jamas tuvo enemigos mas constantes y porfiados. Pasmañ los recursos de este pue-

blo, pues vencido, casi destruido, y perseguido con grande mortandad en su mismo pais, volvía poco tiempo despues á presentarse baxo los muros de Constantinopla.

Constantino Copronimo ganó contra ellos una grande victoria, que no le costó un solo hombre. Admirado Elerico su Rey de semejante singularidad, sospechó por las maniobras del ejército enemigo que le habian hecho traicion; pero estaba la dificultad en conocer los traidores. Dexó pues pasar algun tiempo, y luego escribió al Emperador que pensaba en resignar su corona, y en hacer una vida de particular en Constantinopla: para esto le pidió salvoconducto, y los nombres de los Vúlgaros de quienes podia fiarse para descubrirles su pensamiento, y llevarlos por escolta. Lo uno y lo otro le envió Constantino; y conociendo Elerico por este medio quienes eran los que mantenian correspondencia con el Imperio, les quitó á todos la vida. Quiso Constantino vengarlos, y he aquí las semillas de las nuevas guerras.

Bien que de una y otra parte no necesitaban de razones ni de pretextos, porque si á un Emperador le acometian otros enemigos, contaba por seguro que presto ten-

dria sobre sí á los Vúlgaros; y quando á estos los debilitaban algunas plagas de peste ó de hambre, veian llegar á los Romanos por colmo de sus males. Tambien algunas veces se unian estos enemigos, y se veian en los exércitos imperiales batallones Vúlgaros destinados contra otros pueblos. Uno de sus Reyes, llamado Simeon, aprovechándose de las divisiones intestinas de la corte de Constantinopla, puso sitio á esta ciudad, y solo á fuerza de súplicas y ruegos consiguió el Emperador que le levantase.

Se hallaban estos pueblos muy gloriosos y prósperos, quando se viéron asaltados por una multitud de Rusos que se esparció sobre su territorio, y en esta ocasion temiendo sin duda los Romanos que llegase la inundacion hasta ellos, ayudáron á los Vúlgaros á rechazar aquellas olas impetuosas, y de sus estragos resultó una especie de anarquía por el gobierno de quatro hermanos que no estaban muy unidos. Samuel, Príncipe guerero, reunió en sí toda la autoridad, y la empleó en atormentar de nuevo al Imperio griego. Basilio, que entonces ocupaba el trono, se vengó de sus vexaciones con una atrocidad que no tiene semejante en la historia,

ni se repetirá aunque se ve contada en ella. Habiendo hecho quince mil prisioneros, les hizo sacar los ojos á todos; y señalando á cada ciento por guía uno, á quien habia dexado un ojo, se los envió en tan infeliz estado á Samuel. Fue tanto lo que este Príncipe se entristeció con este espectáculo, que murió de dolor á los dos días.

Persiguió Basilio á los Vúlgaros sin dexarlos descansar: los venció en muchos encuentros: les tomó muchas fortalezas: perdió su Rey la vida en un asalto, y los señores Vúlgaros desalentados con tantas pérdidas se determináron á ceder á la fuerza, y sujetándose á Basilio, le entregáron todas las plazas. La misma Reyna fue á verle con tres hijos y seis hijas, y renunció á todos los derechos que pudiera tener á la corona de Vúlgaria. Aun la quedaban otros tres hijos que se habian retirado á parages inaccesibles; pero Basilio hizo acometerlos de modo, que se viéron precisados á rendirse. Los trató á todos con bondad, y les dió plazas distinguidas en su corte ó en los ejércitos. A la madre y á las hijas, á quienes manifestó siempre gran respeto, las señaló unas pensiones proporcionadas á su dignidad.

Hubo despues entre los Vúlgaros algunos movimientos de rebelion, bien por malcontentos, ó bien por impostores, que decian ser descendientes de la sangre Real, y solian seducir á los pueblos. En medio de estos movimientos, que duráron por mas de un siglo, el Imperio de los Vúlgaros se aseguró tanto que pudo luchar aun con ventajas contra el de Constantinopla. Juan, Rey Vúlgaro, derrotó delante de Andrinópolis á Balduino, primer Emperador de los Latinos, le llevó prisionero, y le mandó cortar los pies y las manos. Así mutilado como estaba le arrojáron á un valle, en donde estuvo agonizando tres dias: durante estos se vió devorar de las aves de rapiña y de las fieras carniceras. En 1226 sujetó Esteban, Rey de Hungría, á los Vúlgaros, y desde el tiempo de este Príncipe tomaron los Reyes de Hungría el título de Reyes de Vulgaria, el que con el reyno de Hungría ha pasado á los Príncipes de la casa de Austria; pero la potestad Real está en los Turcos, que poseen la Vulgaria desde el año 1396.

OSTROGODOS.

Ya hemos dicho que no pudiendo el Emperador Zenon conservar la Italia, quiso mas ver en el trono de esta á Teodorico, Rey de los Ostrogodos, que á Odoacre, Rey de los Hérulos, y fue el que dirigió, por decirlo así, las conquistas de Teodorico, y le dió consejos. Por haberlos seguido hizo este Príncipe la felicidad de sus nuevos vasallos, y nunca la mutacion de Soberano ocasionó menos trastorno en el gobierno: dexó los mismos magistrados y los mismos impuestos: verdad es que premió y dió privilegios á los que se habian mostrado favorables á la revolucion; pero no castigó á los que habian sido contrarios. Si esta moderacion se debió á la política, tampoco se puede dudar que tuvo en ella parte el carácter del nuevo Rey; porque al recibir la corona habia jurado que su conducta seria tal que sentirian los Italianos no haber vivido antes sujetos á los Godos, y mantuvo su palabra. Puso la administracion de justicia en los hombres mas hábiles y mas íntegros, y asistia algunas veces Teodorico á los pleytos, dando por sí

mismo la sentencia. Por sí mismo revisaba tambien las listas de los impuestos, y siempre ganaban los quejosos alguna cosa en su exámen. Manifestaba el mayor respeto por su religion, y hacia honor á su creencia con la templanza, castidad y otras virtudes de que nunca se apartó. Todos estos elogios le dan los escritores católicos, aunque él era Arriano. Tambien se alaba su exâctitud en reparar los perjuicios que podian causar sus tropas en las marchas, y en pagar quanto se tomaba para el servicio de los exércitos y los campamentos: su caridad con los pobres, y sobre todo con las viudas y huérfanos: y la generosidad con que rescataba el mayor número que podia de vasallos cautivos. Entre las acciones notables de Teodorico se debe poner el viage que hizo á Roma, reclamado por dos rivales que se disputaban la silla de la capital del mundo, y ya sus pretensiones habian encendido una guerra civil. Creyó que los sosegaria decidiendo en favor de Símaco, que habia sido el primer elegido; pero los partidarios de Laurencio no cediéron, por lo que convocó un concilio, y se aprovechó de esta ocasion para satisfacer al deseo que mucho antes tenia de ver aquella

famosa ciudad. Le recibieron en ella con la mayor pompa, asistió al Senado, y manifestó la mas grande deferencia para con los miembros de tan ilustre cuerpo. Le llevó su curiosidad á todos aquellos lugares que ofrecian alguna cosa notable: confesó que era una ciudad que le llenaba de satisfaccion, y dió á entender que hubiera puesto en ella su trono, con preferencia á Ravena, si la necesidad de los negocios no le detuvieran en esta por estar mas en el centro de su Imperio.

Boecio, descendiente de Manlio, fue el que arengó á Teodorico en el Senado. Habia estudiado este patricio en Atenas, y siguió la escuela de los peripatéticos, lo que dió á entender traduciendo á Aristóteles con comentarios. Se le deben tambien las traducciones de muchos escritores griegos, Pitágoras, Euclides, Platon, y aun algunas obras teológicas contra Eutiques y Nestorio. Habia pasado Boecio por todos los cargos con aplauso general, y gozaba de una gloriosa reputacion, justamente adquirida. Le estimaba Teodorico, y le empleaba con confianza en los grandes negocios. No obstante, dió oidos á los envidiosos que le acusaban de trato secreto con el Emperador de Constantinopla,

y del designio de sacar á Roma del dominio de los Ostrogodos, y hacerla volver al de los Griegos. Teodorico sin aclarar estas acusaciones mandó prender á Boecio y á su suegro Simaco, por complicado en el supuesto proyecto, y los sentenció con la misma precipitacion á cortarles la cabeza.

Apenas se executó esta injusta sentencia quando Teodorico sintió el mas amargo arrepentimiento. Por todas partes le iba siguiendo la imágen de los que habia condeñado á muerte. Poco despues, poniéndole en la mesa la cabeza de un pescado muy grande, se le representó que estaba viendo la cabeza de Símaco que le estaba amenazando con los ojos. Dexó la mesa sobrecogido de horror, y sobrevivió pocos dias á esta terrible memoria. Habia tenido tres hijas en una hermana de Clodoveo: una casada con Segismundo, Rey de los Borgoñones, madre de Sigerico: la segunda con Alarico II, Rey de los Visigodos, del qual tuvo á Amalarico. Teodorico su suegro gobernó sus estados como hábil tutor, y se los entregó como fiel depositario. La tercera, llamada Amalasueta, aunque no destinada á un esposo coronado, fue tal vez mas feliz con Eutarico, Príncipe de su sangre,

jóven amable , y generalmente estimado. Le dió Teodorico la mano de su hija con la esperanza de la corona ; pero murió antes que su suegro , y dexó un hijo de ocho años llamado Atalarico , y el Rey de los Ostrogodos al morir le instituyó heredero , baxo la tutela de su madre.

Todos los historiadores celebran la piedad, la religion, la prudencia y los conocimientos de Amalasueta. En una carta al Senado romano se la llama *gloria de los Príncipes*, *la flor y ornamento de su familia*, y *el Salomon de su sexô*. Nos la representan como versada en los conocimientos de los Griegos, é instruida en la mayor parte de las lenguas. Su gusto por las bellas letras, muy señalado y tal vez muy favorecido, no agradó á los señores Ostrogodos, mas guerreros que estudiosos. No les pareció bien que la Reyna criase al jóven Príncipe al estilo de los Romanos, diciendo que no convenia semejante educacion al soberano de una nacion activa y belicosa. Decian que Teodorico no se habia criado así, y no por eso dexó de ser un Príncipe de grandes talentos, y de aquí concluian que su nieto debia educarse del mismo modo, si habia de tener los mismos acier-

tos. En consecuencia suplicaron á Amalasunta que despidiese los pedantes que su hijo tenia al rededor, y le diese compañeros de su edad. Como lo pedian de modo que no se les podia negar, consintió en sus deseos; y sucedió que el Príncipe jóven no teniendo freno se entregó á las torpezas, cayó en una enfermedad de consuncion, y murió sin sucesion en la flor de su edad.

Tenia Amalasunta contra sí la faccion de los señores Ostrogodos que la habian quitado la educacion de su hijo, los castigó mientras gobernaba baxo la autoridad de este Príncipe disipado; pero el destierro y la muerte de tres principales no hizo mas que redoblar el odio de los otros. Temió no poder resistir sola á los esfuerzos de su venganza; y lisonjeándose con que hallaria en un primo llamado Teodoto las qualidades propias para sostenerla contra sus enemigos, y sobre todo la gratitud, le asoció al trono, le declaró Rey y su colega, creyendo que la dexaria la mayor parte de la autoridad, pues se la habia cedido toda. Se engañó en sus esperanzas, porque Teodoto, para conseguirlo todo, hizo liga con los enemigos de esta Princesa: la mandó arrestar y llevarla á una is-

la que estaba en medio de un lago : allí la hizo ahogar en el baño por medio de los amigos de los tres xefes desterrados. Esta Princesa , que se puede llamar víctima de las ciencias y bellas letras , ponía todos los medios de propagarlas en su reyno , y mantenía en él escuelas. Sabiendo que los profesores de las de Roma no eran bien pagados escribió á los Senadores : „Las artes se crían y mantienen con los premios , y es punto odioso privar de su salario á los que tienen á su cargo la instruccion de la juventud. Lo mejor sería animarlos á cumplir con su obligacion aumentándoles la renta.”

Justiniano , que había tenido relaciones directas con esta Princesa , emprendió vengar su muerte ; y declarando la guerra á los Ostrogodos , envió á Belisario contra ellos. Teodoto , que tanto valor había tenido para un asesinato , era demasiado cobarde para la guerra , y así ofreció al Emperador renunciar al trono , y poner en sus manos la corona ; pero viendo que sus vasallos habían conseguido sin él algunas ventajas , retractó la oferta. Lo que ya no quería hacer porque veía algunos vislumbres de esperanza , se lo hicieron executar por fuerza los Ostrogodos , y así le qui-

táron el trono de que era indigno, y colocáron en él á Vitiges, de un nacimiento poco ilustre, pero capaz de asegurar la corona con sus talentos. Perpetuamente estuvo luchando con Belisario y Narsetes, General no menos hábil, y enviado para ayudar al primero. Esta reunion de talentos, que debiera en poco tiempo haber arruinado á Vitiges, se inutilizó muchas veces por la rivalidad y oposicion de los que los tenian.

Desde luego se hizo Belisario dueño de Roma, Vitiges la puso el sitio, y tenia el General que combatir contra los enemigos que tenia fuera y contra los Romanos, los quales molestados de que se hiciese á su ciudad plaza de guerra, se hubieran alegrado mucho de poder entregarse al primero que se presentase. Duró el sitio un año, y los Romanos que en estas querellas no tomaban interes, sufrieron los horrores del hambre y de la peste. Los Godos, precisados á levantar el sitio por haber llegado un socorro á Belisario, convirtieron su furor contra Milan, en donde los Generales del Imperio tenian una fuerte guarnicion, mas esta no pudo impedir que la infeliz ciudad fuese tomada. Los vencedores, que tenian á su sueldo un con-

siderable cuerpo de Borgoñones, la arruinaron hasta los cimientos, pasaron á cuchillo á quantos habitantes estaban en edad de llevar las armas, en número de treinta mil, y diéron sus mugeres á los Borgoñones. De este modo se hacia entonces la guerra.

Se valia Vitiges de quantos medios podia emplear para hacer algunas diversiones útiles; y así suscitó contra el Imperio á Cosroas, Rey de Persia: llamó tambien en su auxilio á los Francos; mas en esto último nada consiguió, porque estos pueblos desde que entraron en Italia diéron igualmente sobre las dos partes beligerantes; y saqueando á la una y á la otra, se volviéron cargados de botin. Despues de muchos combates, en que las pérdidas siempre excediéron á las ventajas, se halló el infeliz Vitiges encerrado en Ravena su capital. Escribió al Emperador, y consiguió de él condiciones moderadas; pero Belisario las halló demasiado favorables, y no las quiso firmar. Los señores Ostrogodos, cansados ya de guerra, tomaron el partido de ofrecer su corona á Belisario, y aun el mismo Vitiges consintió en que se diese este paso tan extraño. Entró pues el General en la ciudad, se apoderó de los tesoros, recibió

baxo su custodia al Rey y su familia; y no admitiendo un trono, tal vez porque le veia vacilar, partió con sus prisioneros á Constantinopla, adonde le llamaba el Emperador para oponerle á los Persas.

No parece sino que este grande hombre era la fuerza principal de su ejército, porque quando este entró en Ravena pareció tan despreciable que las mugeres de los Godos no pudieron menos de escupir en la cara á sus maridos tratándolos de cobardes. Dexó el General griego en confusion el gobierno: en un solo año nombraron los Godos dos Reyes, y les quitaron la vida: ya por último encontraron otro llamado Totila, sobrino del primero de estos desgraciados Príncipes. Once años de reynado fueron para él once años de guerra, y tan lejos estuvo de contraer la ferocidad de carácter que da el habituarse á la carnicería, que pocos Monarcas fueron tan humanos como él, aun con sus enemigos. Haciéndose dueño de la ciudad de Nápoles despues de un largo sitio, durante el qual sufrieron los habitantes una hambre cruel, para que la que los atormentaba no les hiciese tragar con ansia demasiada los alimentos, puso guardias á las puertas que les impidiesen

la salida, y al mismo tiempo les iba proveyendo de víveres, cuya cantidad muy mediana al principio se la iba aumentando de dia en dia. Quando con estas prudentes precauciones los vió recobrados de fuerzas, quitó Totila las guardias, y permitió á los Napolitanos ir adonde quisiesen.

En iguales circunstancias consiguiéron de él los Romanos que les disminuyese las penas: tal vez un menor mal se cuenta por un beneficio. Tenia á Roma estrechamente bloqueada, y era tan grande la escasez, que despues de haber consumido todos los comestibles, y haber devorado lo que debia ser alimento de las bestias, la yerba de las calles y de las murallas, suplicaban los habitantes á Besas, Gobernador puesto por los Griegos, que les proveyese de alimentos, los dexase salir, ó les quitase las vidas; á lo que respondió Besas con gran tranquilidad: „Yo no tengo víveres, en dexaros salir no hay seguridad, y seria impiedad mataros.” Volviéron á enviar á Belisario á Italia para que restableciese los negocios que iban ya perdidos, y aunque en vano, intentó hacer que levantasen el bloqueo. Este hubiera durado mas si quatro soldados Isáuricos no hubieran abierto las puertas

al Rey de los Ostrogodos. En el primer movimiento de su cólera queria pasar á cuchillo á los habitantes en castigo de haber quitado su bandera para enarbolar la de los Griegos; pero á ruegos de un diácono llamado Pelagio concedió la vida á los Romanos, y prohibió que sus Godos quitasen á alguno la vida; pero les permitió el saqueo, y le desempeñaron tan bien que no dexáron en las casas mas que las paredes, y las señoras de la primera distincion se viéron reducidas á mendigar su pan.

Esperaba Totila que la posesion de Roma le conseguiria de Justiniano condiciones ventajosas; pero frustrada su esperanza, resolvió destruirla hasta los cimientos. Belisario, que supo esta intencion, le escribió para que no la executase, insistiendo en su carta sobre la grandeza y magestad de aquella ciudad antigua, cuya magnificencia era obra de tantos siglos." El que la destruyese, decia él, seria tenido por enemigo del género humano, pues aniquilaria los monumentos del valor y de las virtudes de los mayores hombres. Si quedais victoriosos en esta guerra, nunca podreis olvidaros de haber destruido la mas bella ciudad de vuestros estados, por no decir de toda la

tierra : si por el contrario no os favorece la fortuna, os deberá el vencedor el beneficio de haberle conservado una plaza tan importante, quando demoliéndola solo podreis esperar los efectos de su resentimiento." Este discurso hizo impresion en Totila ; y tomando un partido medio, mandó derribar como la tercera parte de las murallas, haciendo brechas en determinadas distancias. Pero sacó de allí al Senado y todos los ciudadanos con las mugeres y los niños, y dispersándolos á veinte leguas al rededor, no dexó un habitador en Roma.

No se puede formar idea, segun nuestras costumbres, de como logró desocupar una ciudad de trescientas ó quatrocientas mil almas, de modo que quando volvió á ella Belisario, algunos dias despues, no halló en ella absolutamente una persona. Tuvo su ejército ocupado en limpiar los fosos, y en llenar las brechas con piedras sin cal. Volviéron en tropel los habitantes, reconoció cada uno su casa, y Belisario se la entregó. Acudió Totila sabiendo su repoblacion ; pero ya halló que la ciudad podia defenderse bien, y se retiró. Las mudanzas de la fortuna en una guerra muy variada todavia le pusiéron en

estado de presentarse delante de Roma, y aun se la entregaron segunda vez algunos soldados Isáuricos. Tan lejos estuvo entonces de pensar en destruirla, que se aplicó á hermosearla: llamó al Senado, y restituyó á este augusto cuerpo su antigua dignidad: puso á los ciudadanos en posesion de los bienes que pudieron reconocer: dió los grandes juegos del circo, como los antiguos Emperadores, y él mismo los presidió. Esta mutacion de ideas fue efecto de una respuesta del Rey de los Francos. Le habia pedido Totila su hija por esposa, y le respondió: „Mi hija solo con Rey se casará, y no puedo yo mirar como tal á un Príncipe que no ha sido capaz de conservar su capital, pues demolió parte de ella, y abandonó el resto al enemigo.” La respuesta todavia hubiera sido mas áspera, si Totila se hubiera puesto en la imposibilidad de restablecer su capital, no siguiendo el consejo de Belisario.

Otra vez llamáron á Belisario para que hiciese de nuevo frente á los Persas, y su ausencia dió á Totila la facilidad de apoderarse de Sicilia. Justiniano, justamente asustado con las victorias del Rey de los Godos,

y conociendo que era preciso vencerle ó renunciar á la Italia, levantó contra él un ejército formidable, cuyo mando dió á Narsetes. Totila y él se adivinaban, y formaban recíprocamente el juicio de que los preparativos de ataque ó de retirada que aparentaban, distaban tanto de ser verdaderas indicaciones de lo que meditaban, que ordinariamente ocultaban otras muy distintas. Al fin conjeturó mejor Narsetes: vió que Totila ordenaba sus tropas, que estaban en batalla, y retirarse estas para ir á tomar alimento como si ya no tuviesen que pelear en aquel dia. De aquí infirió el astuto General que iba á acometerle, y no se engañó. La accion fue sangrienta, y sostenida por ambas partes muchas horas; pero derrotada la caballería de los Godos, entró la confusion en su infantería, tomó la fuga, se llevó consigo al Rey, que gravemente herido, murió mientras le estaban curando. Los historiadores contemporáneos, así Romanos como Godos, hacen el mayor elogio del valor, humanidad, templanza, moderacion, y sobre todo de la equidad de este Príncipe. Vivía con todos sus vasallos Romanos y Godos como un padre con sus hijos. Principalmente alaban su clemencia y be-

nignidad con los vencidos: en todas las ciudades que tomaba tenia particular cuidado de conservar el honor de las mugeres. Sin atender á los ruegos de todo el ejército condenó á un oficial de los mas valientes por haberse hecho culpado del último ultraje con la hija de un Romano en Calabria, y le confiscó todos sus bienes en favor de la persona ofendida. Quando subió al trono, halló las cosas de los Godos en estado deplorable, y en once años las vió, con poca diferencia, en el estado en que las habia dexado Teodorico.

La muerte de Totila puso sus estados en la confusion mas grande, aunque le diéron por sucesor á Teya, uno de los mas valientes de la nacion; porque este si se acercaba en el valor á Totila, estaba muy distante de él en la justicia y la humanidad. Habiendo sabido que Roma se habia entregado á Narsetes, hizo degollar de despecho á quantos Romanos distinguidos pudo hallar, sin perdonar á las mugeres, y entre otros quitó la vida á los hijos de los Senadores en número de trescientos que Totila habia detenido en rehenes. Estas muertes pidiéron represalias, y causáron una guerra entre las dos na-

ciones mas cruel que todas las anteriores. Obraba Teya como desesperado, y parecia que se le hacia tarde para vencer ó morir. Los Griegos, mucho mas fuertes que él, le sitiaron en una montaña adonde le habian precisado á retirarse con su ejército: fuéron allá como á un asalto, y Teya se defendió como lo hiciera en una brecha. Se puso en la primera fila para animar á los soldados con su exemplo. Los de Narsetes le conociéron; y sabiendo que su muerte pondria fin al combate, y probablemente á la guerra, dirigieron contra él todos sus esfuerzos: unos le acometian con sus picas: otros le arrojaban dardos, que él recibia en el escudo sin dar un paso atras. Cargado ya su escudo con tantos dardos que no podia servirse de él, pidió otro; pero en el momento en que ya le mudaba por tercera vez, recibió un golpe de venablo en el pecho que tenia descubierto, y cayó en el mismo sitio en donde se habia apostado al empezar la accion, dando el último aliento sobre un monton de enemigos, muertos con su propia mano.

Los Ostrogodos, aunque muy desalentados con su muerte, continuáron el combate, le renováron al dia siguiente, y duró has-

ta anochecer. Por último, al tercer día enviaron diputados á Narsetes, el qual les concedió quanto pedian. En consecuencia de la capitulacion, los que quisieron quedarse en Italia tuvieron permiso para permanecer allí con el goce de sus bienes, y todos los privilegios de Romanos: los que prefirieron dexarla, volviéron á sus casas á tomar sus muebles y efectos, y se retiraron adonde les pareció, despues de haber prometido no llevar jamas las armas contra los Romanos. De este modo se acabó el Imperio de los Ostrogodos, que solo duró sesenta y quatro años desde su fundacion por Teodorico. Gobernó Narsetes quince años la Italia, conquista suya, con grande satisfaccion de todos los habitantes: por una intriga de la corte le llamaron á ella con mucho sentimiento suyo; y su partida es la época de la dominacion de los Longobardos, que sucedió á la de los Ostrogodos.

LONGOBARDOS Ó LOMBARDOS.

Los Longobardos tuvieron su principio de una desavenencia que hubo entre los Gépidas que habitaban las orillas del Danubio:

se dividiéron estos pueblos por una querrela doméstica, y muchos se distinguieron de los otros en que llevaban la barba larga: de esto les vino la denominacion de Longobardos, y con este nombre se fixáron en Pannonia. Se cortaban el cabello por la parte posterior de la cabeza, dexándosele crecer por las sienas y por delante, tal vez para acompañar á la barba larga; pero parece que esto no añadiría á sus rostros mucha gracia. Tuviéron repetidas guerras con sus vecinos y con el Imperio, y sin duda, como sucede de ordinario, fuéron las mas crueles las que sostuviéron con los Gépidas sus antiguos parientes. Albuino, hijo de su Rey Anduino, mató con su propia mano en una batalla á Torismundo, hijo de Turisindo, Rey de los Gépidas. Por esta accion pidió se le admitiese á la mesa del Rey su padre, lo qual era entre los Longobardos una honra que equivalia á la del triunfo entre los Romanos; pero el que la pretendia debia presentarse vestido con la armadura del enemigo á quien habia quitado la vida; y así preguntó el severo Anduino á su hijo: *¿En dónde está la armadura de Torismundo?* No necesitó de mas el jóven héroe para partir acompañado de otros

quarenta valerosos; y llegando al palacio de Turisindo pidió los despojos, y se los entregaron admirados de ver su atrevimiento. Entonces volvió á tomar en el banquete real el asiento que habia conquistado por dos veces.

El mismo Albuino, quando ya habia subido al trono, mató tambien con su mano al Rey de los Gépidas, llamado Cunismundo, y del cráneo de este infeliz se hizo fabricar una copa, de la qual se servia en los convites públicos. Se casó con Rosemunda, hija de este Rey, que habia caido en sus manos con otros muchos cautivos. Estimaba Narsetes á este Príncipe, y le escogió para vengar la injuria que le hizo Justiniano II llamándole de Italia, en donde este grande hombre habia hecho al Imperio los mas señalados servicios. Sus envidiosos, á cuya cabeza estaba la Emperatriz Sofia, le acusáron de que aspiraba al supremo poder; y como era eunuco, dixo con imprudencia esta Princesa: „Aquí le emplearé yo en distribuir á mis mugeres la cantidad de lana que cada una ha de hilar.” „Sí, respondió el anciano eunuco: yo la urdiré una tela, que la aseguro no se acabará jamas.” Con efecto, Narsetes, antes de partir, dexó y explicó á su amigo Albu-



Valor de Albuino.

*En premio de haber muerto en un combate á la
 ricomenda solicitó Albuino ser admitido á la me-
 sa de su padre: pero al ver que se le negó este
 honor por no presentarse armado con los despo-
 jos de su enemigo, partió al palacio de Turisinda,
 pidió la admisión de su hijo, y usó con los
 señores de su demanda, volúo á ocupar el asien-
 to de su vecino conquistado, una que á por doctro
 va, pero la otra solo por su brío.*

no los medios de establecerse en Italia. Este se aprovechó de ellos con habilidad sin que de parte de Longino, sucesor de Narsestes, tuviese grandes dificultades. Había mudado el gobierno de los Godos, que su antecesor habia conservado, y habia puesto en cada ciudad en lugar de los magistrados romanos un Duque, que reunia en sí la potestad civil y la militar: hasta en Roma suprimió el Senado, y puso tambien su Duque. El tomó para sí el título de Exârcos á imitacion del gobierno eclesiástico, como si dixeramos Metropolitano, que fue lo mismo que reservarse una inspeccion de jurisdiccion sobre todos los Duques, pues los removia á su voluntad. Fixó Longino su habitacion en Ravena, le imitaron sus sucesores, y de aquí les vino el nombre de Exârcos de Ravena.

En tres años fundó Albuino sólidamente el trono de los Longobardos en aquella parte de Italia que se ha llamado despues la Lombardía. Tomó á Pavía por capital para contener mas fácilmente y con mayor seguridad el grande número de ciudades que con sus territorios se le rendian. En cada una de estas plazas dexó una proporcionada guarnicion de Longobardos baxo el gobierno de un

oficial á quien honró con el título de Duque; pero solo podia mantener este título por el tiempo que el Príncipe le conservase el gobierno. Hasta treinta y seis Duques habia quando baxó Albuino al sepulcro por la trágica muerte que se preparó él mismo.

Estaba dando un convite á sus favoritos, y asistia á él la Reyna Rosemunda. Habiendo hecho llenar de vino su copa de ceremonia, que era el cráneo del padre de la Reyna, mandó á esta que bebiese. A tan horrible proposicion se levantó precipitadamente de la mesa con la resolucion de vengarse. Se dirigió pues á un oficial jóven llamado Hermichildo, de reconocida intrepidez, y este se negó; pero sabiendo la Princesa el trato secreto que tenia con una de sus damas, se puso de noche en lugar de esta; y dándose á conocer por la mañana, le dixo: „Que ya no le quedaba modo de retirarse, porque su seguridad pendia de la muerte del Rey. Se asoció Hermichildo con otros asesinos, y todos juntos se arrojaron sobre Albuino quando dormia la siesta en su quarto. Quiso defenderse con la espada, mas habia dispuesto Rosemunda que no pudiese sacarla de la vayna. Por algunos momentos le sirvió un escabel para evitar los golpes; pe-

ro oprimido con el número de enemigos cayó y murió.

Habia prometido Rosemunda al homicida, además de su mano, el trono de Lombardia; pero la execucion de este último artículo halló dificultades insuperables: los esposos tuvieron que huir para librarse del furor de los Longobardos, salvándose en Ravena en el palacio del Exârcó Longino. Este, creyendo que el himeneo de Rosemunda, junto con los tesoros que esta habia llevado, pudiera ayudarle para hacerse reconocer Rey de Italia, la inspiró que se deshiciese de su marido; y ella, tan ambiciosa como cruel, presentó con su misma mano á su esposo al salir del baño una copa envenenada. Apenas habia bebido la mitad quando sintió en sus entrañas el efecto, y al punto tomó la espada, la aplicó á la garganta de su pérvida esposa, y haciéndola beber el resto, espiráron ambos entre horribles dolores.

Eligiéron los Longobardos por Rey á un tal Clefiso, hombre entre ellos de grande distincion. Adelantó sus conquistas hasta Roma; pero su demasiada dureza desagradó tanto á los Italianos sujetos á su Imperio, como á los Longobardos sus com-



patriotas; y juntándose cómplices de las dos naciones, le asesinaron con su muger Mesana. Viéndose los Duques libres de una autoridad superior á ellos, hallaron por conveniente no subordinarse á otro señor, y gobernar cada uno con poder absoluto su Ducado.

A pesar de esta division del poder que amortiguaba las fuerzas, se iban engrandeciendo los Longobardos á costa del Imperio, porque cada Duque extendia su dominio lo mas que podia al rededor de su territorio. Por estos progresos determinó el Emperador Máximo tomar las medidas mas serias para conservar lo que todavia le quedaba en Italia. Ademas del grande ejército que levantó, empeñó con una grande cantidad de dinero á Childeberto, Rey de los Francos, á que le ayudase. Sabiendo los Longobardos estos preparativos, y conociendo que no podian resistir sin nombrar un xefe, eligieron y colocaron en el trono á Autariso, hijo de Clefiso.

Despues de haber señalado su valor en algunas hazañas militares, manifestó este Príncipe su prudencia en el órden y disposicion del gobierno. Conoció que acostumbrados los Duques á la absoluta autoridad seria difícil

conseguir de ellos una sumision absoluta. Se obligó pues á mantenerlos en el gobierno á ellos y á sus hijos mientras no llegase el caso de deponerlos por crimen de rebeldia ó de traicion , que es lo que llamáron *felonía*. Juráron ellos que le asistirían con todas sus fuerzas en tiempo de guerra , y prometiéron pagarle la mitad de sus rentas para sostener la dignidad real , quedándose con el resto para disponer á su voluntad. Estas son las primeras leyes de los feudos , cuyo origen atribuyen algunos autores á los Longobardos ; aunque parece que era conocido ya en Francia este género de posesion , y que los Longobardos no hicieron mas que sujetarla á los reglamentos que despues adoptáron las otras naciones. Tambien publicó Autariso muchas leyes saludables contra el hurto , el homicidio , el adulterio y otros delitos. Dicen que fue el primer Rey de su nacion que abrazó el christianismo , y la mayor parte de su pueblo siguió el exemplo del Soberano ; aunque por haberlos instruido Obispos arrianos tuviéron la desgracia de estar largo tiempo infestados de esta heregía.

No solamente invigilaba Autariso sobre la tranquilidad de sus vasallos por las buenas leyes que les dió , tambien proveyó á su se-

guridad retirando de las fronteras con ricos presentes á los Francos; mas no fue pusilanimidad el valerse de este medio, porque volviendo aquellos pueblos con desprecio de su misma palabra, les salió al encuentro y los arrojó de su reyno. Por las conquistas que despues hizo en Italia se halláron las posesiones de los Longobardos mezcladas con las del Imperio, esto es, con las del Exârcado. Roma ó perteneció á esta potestad, ó por mejor decir se quedó en un estado incierto, que ni era libertad ni sujecion, ya con la proteccion de los Reyes, y ya con la de los Exârcos. Lo mismo sucedia á muchos Ducados que solo rendian una obediencia precaria á la autoridad de que dependian. De aquí nacióron las continuas guerras entre los Exârcos y sus Duques, entre los Duques Longobardos y sus Reyes, y entre estos y los Exârcos. La dominacion de los Exârcos se extendia principalmente en el Boloñes, la Romania, la Marca, el Ducado de Urbino, y en las provincias que hoy componen el reyno de Nápoles. Todo el resto lo poseia Autariso, y llegó hasta la punta mas distante de la Calabria. Entró á caballo en el mar, y dando con su lanza en un pilar situado en

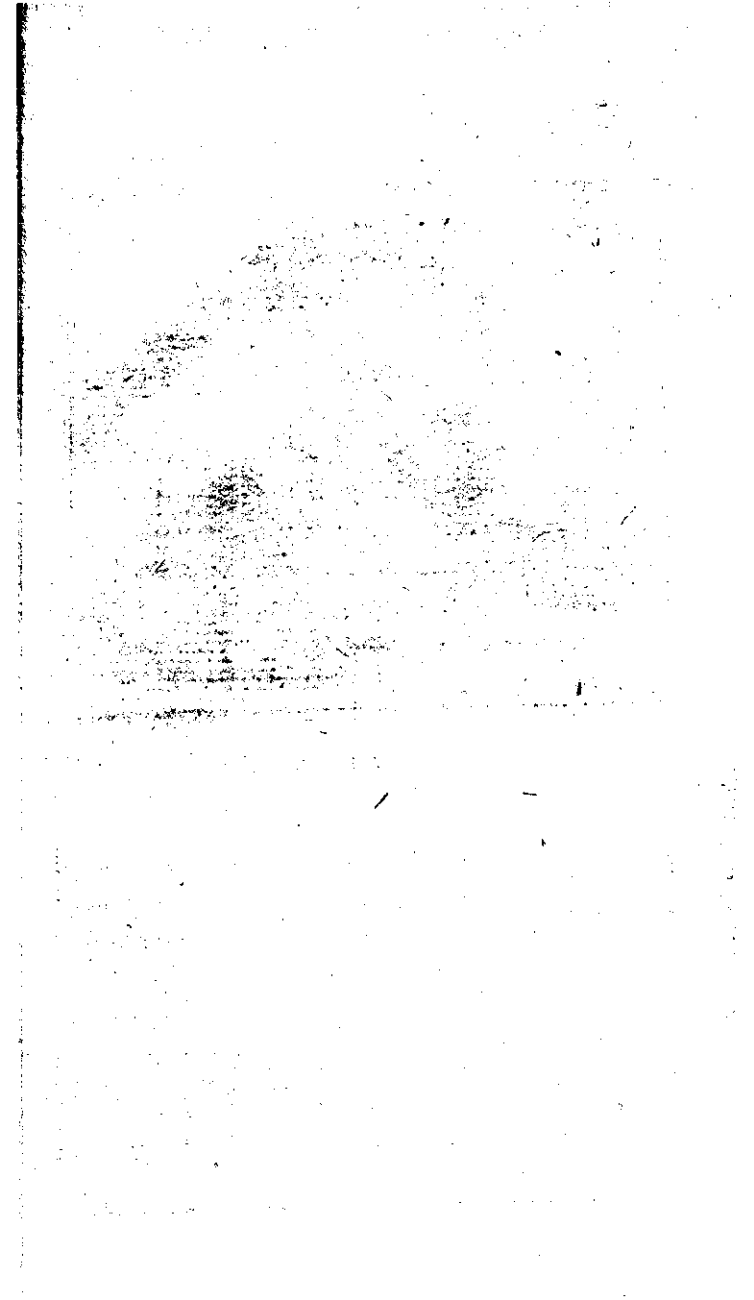
la ribera, dixo: *Estos serán los límites del Imperio de los Longobardos.* Este pilar subsistió por mucho tiempo, y le llamaban el pilar de Autariso. A este Príncipe se le puede tachar como defecto de política el haber dexado tomar á algunos de los Duques, y principalmente á los de Benevento, una potestad que dió muchas veces que hacer á sus sucesores; pero tal vez no podría hacer otra cosa. Murió envenenado en Pavía, su capital, á los ocho años de reynado, sin que hasta ahora se sepan los autores ni las causas de este delito; á no suponerse que ya empezaba su poder á ofuscar á los Grandes.

No dexó hijos Autariso; pero Teodelinda su viuda era tan estimada, que pusieron en su arbitrio la eleccion de un Rey, y no engañó la confianza de su nacion. Un mérito generalmente reconocido fue el que dió la corona y su mano á Agilulfo, Duque de Turin, pariente cercano del difunto. Su reynado fue largo y feliz, no obstante que muchas veces se interrumpió la paz con guerras intestinas, esto es, con las de sus Duques; pero supo retirar los grandes horrores de estas, y mas principalmente los de las guerras extrangeras, de que libró á sus vasallos; al mis-

mo tiempo que los del Exârcado se veian atormentados ya de los Francos, ya de los Hunnos. Estos últimos matáron á muchos, y se lleváron las mugeres y los hijos. Agilulfo se dexó convencer de la Reyna para abrazar la religion católica, y consiguió que viviendo él reconociesen por Rey á Adalvaldo su hijo, que le sucedió.

Gobernaba este Príncipe con prudencia quando un enviado del Emperador Heraclio, abusando de la confianza que habia sabido inspirarle, le hizo tomar una bebida que le sepultó en una estúpida melancolía, y despues con pretexto de que los nobles habian formado contra él una conspiracion, induxo el traidor al desgraciado Príncipe á que quitase á doce la vida. Con estas muertes se levantáron los Grandes, y juntándose pusieron en el trono á Ariovaldo, Duque de Turin, que estaba casado con Gundeberga, hermana de Adalvaldo. Esta eleccion encendió una guerra civil, mas duró poco, porque murió Adalvaldo. La Reyna Teodelinda, viéndose entre su yerno y su hijo, pero con mas inclinacion al hijo desgraciado, murió casi con él consumida de tristeza.

No libertó la corona á Gundeberga su





Triunfo de Gundeberga.

*Por venamos: Alabado del desprecio que su amor
recibió de Gundeberga, y encubrir su atentado: la ca-
hunnó con el Rey su esposo, el qual sin mas exá-
men la encerró en un castillo, y la hizo sufrir el tra-
to mas cruel. La victoria que del acoráder reportó
su campeon en el duelo a que se remitió su juicio:
aclará su inocencia: ¿pero á quien no estubo en
la espuesta a las resultas de un falible prueba?*

hija de una pesadumbre, tanto mas sensible quanto menos merecida. Tuvo la desgracia de agradar á uno de los principales señores de la corte llamado Adalulfo. Este viendo su amor despreciado, y temiendo que descubriese al Rey su desordenada pasion, la acusó de una conspiracion contra la vida de su marido, con el fin de dar su mano y el trono á Tato, Duque de Etruria. Ariovaldo, fuera de sí de furor y de zelos, hizo sin mas exámen encerrar á la inocente Reyna en un castillo, en el qual la trataban con dureza: llegó la noticia de sus trabajos á Clotario, Rey de los Francos: este reprehendió al de los Longobardos sus crueles é injuriosas sospechas para con su esposa sobre la deposicion de un solo testigo. Por entonces recurrían á la suerte de las armas en las materias obscuras. Ordenó pues Ariovaldo un combate entre Adalulfo y un campeon que eligió la Reyna. Por fortuna llevó este la victoria, y volvió á entrar la Princesa en todos sus derechos.

A lo que parece no habia perdido esta señora la estimacion de su nacion, ó la reintegró en ella la victoria de su campeon, pues en la muerte de su esposo, que no tardó, la cediéron los Longobardos, como á su madre

Teodelinda, el derecho de escoger esposo que fuese su Rey. Resolvió pues dar su mano á Rotariso, hombre por otra parte completo, pero muy afecto á la secta arriana. Hasta él no habian tenido los Longobardos mas que las costumbres verbales. Fue Rotariso el primero que les escribió unas leyes que Jurisconsultos muy hábiles han preferido en algunos puntos á las romanas; á lo menos no se puede negar que el modo de recopilarlas no fuese mejor entre los Longobardos. Entre los Romanos el Emperador era legislador único, constituyendo propiamente la ley la voluntad del Príncipe; pero los Reyes Longobardos no daban fuerza de ley á sus resoluciones hasta que en una asamblea solemne, convocada para este efecto, las exâminaban maduramente, y las aprobaban los señores principales, creyendo Rotariso que introduciendo esta formalidad no perjudicaba á su poder. Algunos alborotos causó en el reyno, que era casi todo católico, su afecto al arrianismo. Tambien en Roma los hubo con motivo de algunas pretensiones de los Exârcos, porque la antigua capital del mundo no se acostumbraba á la sujecion, bien que Rotariso no se mezcló en estas querellas, ni en las de los Exârcos con sus Duques. To-

mó uno de los Exârcos el título de Rey, creyendo que le sostendrian sus soldados, pero estos mismos le quitáron la vida. Los Duques, así Longobardos como Romanos, tuviéron entre sí unas guerras que no alteráron la tranquilidad de Rotariso, hasta que dexó su reyno á su hijo Rodoaldo. Quatro años antes le habia asociado á su trono, y solo uno reynó, porque un Longobardo, á cuya muger habia hecho violencia, le quitó la vida. De Ariperto, á quien la nacion puso en su lugar, nada nos dice la historia, sino que hizo construir un soberbio oratorio en Pavía, y que dividió su reyno entre sus dos hijos. Partarito, que era el mayor, eligió en Milan su residencia; y Gundeberto, que era el segundo, puso su corte en Pavía.

Por esta division se vió Grimoaldo, Duque de Benevento, mas fuerte que cada uno de los dos hermanos, y para apoderarse de todo el reyno juntó la astucia con la traicion. Gundeberto no contento con su suerte, quando no pudiera esperarla, siendo el hermano menor, meditó apropiarse la del mayor, y comunicó su designio con el Duque de Benevento, pidiéndole que le ayudase. Fue Grimoaldo á verse con Gundeberto en Pavía, y

antes habia procurado le insinuasen que su intencion era de matarle. El jóven Monarca en consecuencia del consejo pérfido que le diéron, se vistió debaxo de su ropa una coraza, y al abrazarle el Duque hizo como que se asustaba de conocer que estaba armado, y exclamó que sin duda queria el Rey deshacerse de su persona; pero al mismo tiempo le traspasó con su espada, y cayó muerto á sus pies: se apoderó pues del palacio y de los tesoros que en él habia, y se hizo proclamar Rey. Libró la vida un hijo de Gundeberto; pero Grimoaldo no lo sintió mucho, porque era un niño.

Con la noticia de esta muerte abandonó Partarito á Milan, dexando allí á Rodolinda su muger, y á su hijo Cuniberto de poca edad. Hizo Grimoaldo que los llevasen y los custodiasen en Benevento. Envió á decir al Rey de Avari, con quien se habia refugiado Partarito, que se le enviase. El desgraciado Príncipe quando estaban para entregarle tomó la extrema resolucion de arrojar-se á los brazos de su contrario. Grimoaldo, lisonjeándose con esta confianza, ó queriendo aparentar, le recibió con afecto; mas como el pueblo se le mostraba grande, se fue dis-

minuyendo el del usurpador. Arnulfo, á quien Partarito habia empleado para conseguir este asilo, advirtió la mutacion, y aconsejó al Príncipe que se huyese; mas como tenia guardias de vista, trocó de vestido con él, y con este disfraz se salvó, y pasó á las Galias. Grimoaldo, aunque sintió la estratagemá, alabó la fidelidad de Arnulfo; y lejos de manifestarle resentimiento, le dexó en libertad de quedarse con él ó de seguir á su señor.

Grimoaldo llevó la corona mas dignamente que la habia adquirido. Dió el ducado de Benevento á Romualdo su hijo: allí atacó á este Príncipe el Emperador Constante en persona: acudió su padre á socorrerle, y quiso que Gemaldo, tutor del Príncipe en su juventud, le advirtiese su próxima llegada; pero este mensagero fue cogido, y no disimuló el objeto de su viage al Emperador. Constante exigió de él, sopena de los tormentos mas crueles, que diese á los sitiados, al pie de las murallas, un aviso del todo contrario. Se adelantó pues, y quando ya se vió á tiro que le pudiesen oír, gritó en alta voz: „Valor, deponed todo el miedo, que ya viene vuestro padre con un ejército numeroso, y esta misma noche llegará

á las orillas del Sangro. Os encomiendo mi querida esposa y mis hijos, porque estoy en manos de un pérfido enemigo que en este momento me va á quitar la vida." No profetizó mas que la verdad, porque el Emperador, que debiera admirar aquella grandeza de alma, mandó que le cortasen la cabeza, y que con una máquina la arrojasen dentro de la ciudad; pero esta accion cruel quedó castigada con la derrota total de su ejército, y la pérdida de muchas ciudades que el Rey Longobardo le tomó. Grimoaldo se aprovechó de la paz que se siguió á este suceso, para reformar y aumentar el código de Rotariso. Abrazó la religion católica, y esta quedó en su tiempo religion dominante de los Longobardos.

Quiso dexar el trono á Garibaldo su hijo; pero volvió Partarito de las Gaulas á buen tiempo para apoderarse de él. Volvió á ver á su muger Rodelinda y á Cuniberto su hijo, á quien asoció á la corona. Despues de su muerte Alaquis, Duque de Brenta y de Trento, que ya viviendo Partarito habia incurrido en un alboroto que le perdonáron, volvió á tomar el título de Rey, y le sostuvo contra Cuniberto á la cabeza de un

ejército; pero no quiso admitir el desafío que el legítimo Rey le propuso por ahorrar la sangre de los vasallos. Llegaron pues á la batalla, y un Diácono de la Iglesia de Pavía, llamado Cenon, perfectamente semejante á Cuniberto en la talla y figura, fue á buscarle antes del combate, y le suplicó con instancias que le permitiese vestirse con su armadura, diciendo: „Si yo perezco, no será mucha la pérdida; pero de vuestra conservacion pende la del estado y la de la Iglesia.” El Rey sentia aceptar tan generosa oferta; mas al fin la admitió á ruegos de sus mas confidentes vasallos. Con efecto, todos los esfuerzos de los rebeldes se hacian contra el simulacro del Rey por orden del xefe: matáron á Cenon; pero Cuniberto ganó la victoria, á la qual se siguió un reynado feliz.

Como Luilberto su hijo era todavia jóven, le dexó al morir baxo de la tutela de Asprando, hombre de nacimiento y mérito distinguido. Ragumberto, Duque de Turin, se aprovechó de la menor edad para invadir la potestad soberana. Con la victoria que ganó contra Asprando logró el fin que pretendia; pero casi al punto murió, y dexó sus pretensiones y sus fuerzas á Ariperto su hijo,

quien venció tambien á Asprando. Prendió al Rey jóven: y, de rabia por no haber podido apoderarse del tutor, le hizo ahogar en un baño. Mandó sacar los ojos al hijo de Asprando, y cortar las narices y las orejas á su muger y á su hija. Perdonó á Luitprando, hijo tambien de Asprando, en consideracion á su poca edad, y aun se le envió á su padre. La Providencia, que le reservaba para cosas grandes, dispuso que Asprando hallase recursos y medios de levantar un ejército de Longobardos y de extrangeros, con el qual dió la batalla al usurpador, y este se ahogó en el Tesino quando le pasaba huyendo: tal vez le ahorró este género de muerte el castigo de las crueldades que habia executado con un niño, una esposa y una hija, siendo inocentes. Se nota que gobernó con dulzura y equidad, y que fue muy liberal con las Iglesias, y sobre todo con la de Roma, á la que enriqueció con bellos dominios.

Asprando no reynó despues de su victoria mas que tres meses, y dexó á su hijo Luitprando un trono rodeado de peligros; pero el jóven Príncipe salió de ellos con la prudencia y el valor. Bien puede decirse que se excedió en este último en la ocasion si-

guiente: supo que dos hombres de su corte habían conspirado contra él, y que solo esperaban la ocasion favorable de executar sus negras intenciones. Los llevó pues paseando á un bosque muy espeso; y echando mano á la espada les dió en rostro con su perfidia, y les dixo: „Aquí podreis cumplir vuestros deseos, pues me veis solo.” Estas pocas palabras, su aspecto, sus miradas, y la idea de la generosidad del Rey hizo en ellos tal impresion, que postrándose á sus pies fuéron despues sus mas fieles criados. Con no menor felicidad sofocó otras conspiraciones. Fue Luitprando tambien uno de los legisladores de los Longobardos, y en su reynado creció la potestad temporal de los Pontífices, y aun tuvo parte en las circunstancias que concurrieron para esto.

Roma, que antes habia sido la capital del mundo, saqueada muchas veces, arruinada é incendiada, se sostenia por su propia grandeza. Sucedió pues que el Emperador Leon Isáurico se empeñó en destruir el culto de las imágenes, y mandó que en todo su imperio las hiciesen pedazos. Llegando esta orden á Ravena causó en ella mucho alboroto, y Luitprando se aprovechó de esta cir-

cunstancia para atacar á esta ciudad, capital del Exârcado: la tomó pues; pero el Exârcó, que se habia salvado entre los Venecianos, volvió con ellos, y con su auxîlio entró de nuevo en su ciudad. El Emperador, que no se habia corregido por lo sucedido en Ravena quando el Exârcó mandó publicar el edicto contra las imágenes, ordenó que le hiciese executar en Roma; y para conseguir el fin envió tres oficiales, que de concierto con el Duque de Roma arrestasen al Papa Gregorio, y se le envasen ó le matasen. Ya el Exârcó tenia el encargo de favorecer sus esfuerzos, y puso sus tropas sobre el pie de favorecerlos. Luitprando, aunque no estaba contento con el Papa Gregorio porque no habia contribuido poco á armar á los Venecianos quando estos le habian quitado á Ravena, que era conquista suya, prometió no obstante socorrer al Sumo Pontífice, y con el pretexto de defenderle, empezó á tomar las plazas del Exârcado: matáron al Exârcó en Ravena, pero esta sin embargo quedó en poder de Leon, el qual envió otro Exârcó siempre encargado de deshacerse del Papa; pero fuéron descubiertos los asesinos.

Estas tentativas contra la vida y libertad

de un hombre generalmente estimado; estas tentativas, siempre acompañadas del impío proyecto contra las imágenes, parecieron á todos una verdadera persecucion, y así tomaron la resolucion de sacudir el yugo de los Emperadores griegos. Luitprando, aunque solo pedia que se le permitiese ayudarlos, pretendia ocupar así el lugar del antiguo dueño; por lo que despreciaron los Romanos un socorro interesado, y se hicieron gobierno independiente compuesto de sus magistrados elegidos por ellos mismos, poniendo por cabeza al Sumo Pontífice. Ni el Rey de los Longobardos ni el Exârcó llevaron á bien esta disposicion, y así ambos se unieron para sujetar á Roma, dexando para despues las leyes que habian de darla. Era Luitprando generoso, y acababa de dar un grande exemplo de clemencia perdonando al Duque de Espoleto, que se le habia rebelado, al verle humillado á sus pies. Salió pues el Pontífice Gregorio con algunos eclesiásticos y algunos principales de Roma: se fue derecho á la tienda del Rey, sin otra guardia ni precaucion que la confianza en su generosidad. Fue tan penetrante el discurso que le hizo el Sumo Pontífice, que el Monarca se arrojó á los

pies del Papa viéndolo todo su ejército: entró en la Iglesia de San Pedro: dexó sobre el sepulcro de los Apóstoles su cinturón, su espada, su manto real, su corona de oro y su cruz de plata: prometió al Pontífice su socorro para en adelante, y le reconcilió con el Exárco.

Gregorio, igualmente cuidadoso por los Exárcos, siempre envidiosos de la libertad de los Romanos, y por los Longobardos, que solamente aparentaban protegerlos con el fin de sujetarlos, recurrió á Carlos Martel, Rey de los Francos, famoso por sus victorias, y le envió una magnífica embaxada. Le ofrecieron los Romanos reconocerle por su protector y darle la qualidad de Cónsul, que en otro tiempo habia aceptado Clodoveo. Se empeñó Carlos en defenderlos pasando á Italia en persona á la cabeza de un poderoso ejército en caso necesario. Volviéron los Embaxadores muy colmados de estimacion y amistad con grandes presentes: el primer efecto de la embaxada y de la alianza con el Rey de los Francos, fue que Luitprando levantó el sitio que acababa de poner á Roma: no obstante, no fue todo miedo al Rey, sino atencion al Papa Zacarías, sucesor de Gregorio, porque el Rey de los Longobardos estimaba mucho á este Pontífice.



Embaxada del Papa á Carlos Martel.

Tomando Gregorio III las miras ambiciosas de Luigprando, y del Exército de Wascón, recurre á la protección de Carlos Martel, y le envió una embaxada ofreciéndole la dignidad de Concul, y Protector de Roma, las llaves del sepulcro de S. Pedro, y las prisiones que susciteren para su martirio: esto á fin resistirse á objetos que empeñaban su piedad su generosidad, y su amor propio.

Al primer beneficio de dexar á Roma libre añadió el de restituir quatro ciudades principales que pertenecian al Ducado romano, y que le tenia tomadas. Murió Luitprando con sentimiento general de sus vasallos, con quienes vivia como un padre con sus hijos, y dexó el trono á su hijo Hildebrando, al qual tenia ya asociado al trono. Por su juventud ó por otros motivos le depusieron los Longobardos á los siete meses, y eligieron á Raquisio, Duque de Friuli, persona distinguida por su piedad y otras prendas eminentes. Quiso este resucitar las pretensiones de su antecesor al Ducado de Roma; pero el Papa Zacarías no solamente le hizo desistir de esta intencion, sino que sus discursos hiciéron tanta impresion en este Príncipe que renunció el reyno: tomó el hábito de S. Benito en el monasterio de Monte Casino, y en él pasó el resto de sus dias: su muger y su hija siguiéron su buen exemplo.

Los Longobardos pusieron en su lugar á su hermano Astolfo, y al mismo tiempo subió á la cátedra de San Pedro Estéfano II. El Rey de los Longobardos tomó á Ravena, y mudó el Exârcado en Ducado: pretendió entrar en posesion de todo lo que habia estado dependiente de él, y por consiguiente

de Roma, á la que intimó que reconociese su autoridad. El Papa le hizo presente que habia ya muchos años que no estaba Roma sujeta al Exârcado, ni tenia en ella jurisdiccion el Emperador de Oriente; pero nada de esto detenia los esfuerzos y astucias de Astolfo, por lo que se vió precisado el Papa á escribir á Pipino, sucesor de Carlos Martel; y como la respuesta de este animase mucho sus esperanzas, partió en persona á Francia. Pipino, sin detenerse mas tiempo que el necesario para los preparativos, entró en Italia con un poderoso ejército; y arrollando todo quanto se le oponia, reduxo á Astolfo al extremo de encerrarse en Pavía su capital. No levantó el sitio el Monarca frances hasta que se obligó el Rey de los Longobardos á entregar las plazas del Ducado romano con el Exârcado y la Marca de Ancona, no al Emperador de Oriente, sino al Sumo Pontífice.

Todo lo juró Astolfo; mas no bien se retiráron los Francos quando volvió á tomar quanto habia cedido. Se acercó á Roma, y la reduxo al mayor desconsuelo, porque se lisonjeaba de que Pipino no volveria á pasar los Alpes; pero se engañó en su esperanza. Volvió Pipino, y encerró segunda vez á

Astolfo en su capital, imponiéndole las mismas condiciones como vencedor de los Longobardos, y por consiguiente como que era dueño de disponer del Exârcado y demas posesiones que se le habian rendido por el derecho de conquista. Esta vez tomó el Rey de Francia las medidas ciertas y seguras, pues hizo firmar aquel acto de entrega por los principales señores Franceses, y le puso sobre el sepulcro de San Pedro, conservando un traslado en los archivos de su reyno. Fuéron enviados comisionados de su parte, con los que comisionó el Rey de los Longobardos, á todas las ciudades para que reconociesen la potestad de la Iglesia romana y la cesion de Astolfo. Se cree que este Príncipe estaba trabajando todo lo posible por volver á levantarse de esta humillacion quando le quitó la vida un jabalí en la caza.

No dexó hijo alguno, y proclamáron por Rey á Didier, Duque de Toscana. Raquisio tuvo algunos deseos de dexar el hábito, y volver á tomar la corona por solicitud de Didier; pero el Papa le determinó á renunciar semejante deseo. Tuvo este Didier desavenencias con Estéfano III, sucesor de Estéfano II, y le envió el Papa Embaxadores,

encargados de tratar con él. El Longobardo, sin respetar el derecho de las gentes, mandó sacarles los ojos. No dudó, habiendo incurrido en una acción tan cruel, que recurriría el Pontífice al Rey de Francia; y para quitarle este recurso, casó sus dos hijas, una con Carlos, y otra con Carloman, entre los cuales Pipino había repartido su reyno.

Estos casamientos, que él miraba como apoyo de su felicidad, fueron la causa de sus desgracias, porque Carlos, que después fue llamado Carlo Magno, devolvió su muger á su padre, y Carloman murió dexando dos hijos de Berta su esposa. No creyendo esta Princesa que estaba segura en la corte de su cuñado, se retiró también á Lombardía con sus dos hijos; y Didier, irritado con la afrenta de su primera hija, y la desgracia de la segunda, pretendió que el Papa Adriano, sucesor de Estéfano, consagrarse á sus dos nietos por Reyes de la parte de Francia que había pertenecido á su padre Carloman. Además de que por venganza quería dar que hacer á Carlo Magno, pensaba en confundir de tal modo los negocios de este reyno que no tuviese recurso el Papa; aunque él quisiese tomarse los antiguos dominios del Exárcado,

y la misma Ravena como ya lo habia resuelto. Adriano resistió á sus deseos, y se concilio de este modo la gracia de Carlo Magno, de suerte que quando Didier descubrió sus designios, tomando muchas de las ciudades cedidas á la Santa Sede, y avanzando hasta la misma Roma, acudió Adriano á Carlo Magno.

A pesar de los esfuerzos de Didier repasó este Príncipe los Alpes, y puso sitio á Verona, en donde estaba Berta con sus hijos, de quienes se apoderó, los envió á Francia, y despues no se habla mas de ellos. Así como Pipino su padre habia rechazado á Luitprando, hasta encerrarle en los muros de Pavía su capital; tambien Carlo Magno, despues de una sangrienta batalla, puso á Didier en la necesidad de encerrarse en la misma plaza; y durante el sitio fue á Roma, hizo en ella una solemne entrada, y confirmó quanto habia hecho Pipino su padre con todas las formalidades que contribuyen á la autenticidad mas irrefragable. Por mas que algunos digan que Carlo Magno se quedó con la soberanía de Roma y la jurisdiccion; el hecho es que nunca la han exercido los Emperadores sucesores de Carlo Magno, sino por el derecho del mas fuerte. Volvió Carlo Magno de Roma

338 COMPENDIO DE LA HISTORIA UNIVERSAL.
al sitio de Pavía. Una contagiosa enfermedad acometió á la guarnicion y á los habitantes, y cada día se llevaba grande número de ciudadanos y soldados. El infeliz Didier, oprimido con tantos males, se vió por último precisado á rendirse con su muger y sus hijos. A todos los envió Carlo Magno á Francia, en donde acabáron sus días.

Despues de esta conquista se hizo coronar Rey de Lombardía Carlo Magno por el Arzobispo de Milan, y volvió á Roma para arreglar con Adriano el gobierno de los estados que acababa de adquirir. Conservó en gran parte el de los Lombardos, y permitió á todas las ciudades que viviesen segun las leyes romanas ó las de Lombardía, dexando esto á su eleccion. A los Duques añadió los Marqueses, que quiere decir, Gobernadores de *Marcas*, que es el nombre que se daba á las fronteras, y de este modo restringió la autoridad de los Duques. El tributo que impuso á sus nuevos vasallos fue muy ligero. En tiempo de este Príncipe se ven quatro potestades principales en Italia: Siena, con el nombre del reyno de Lombardía: la de los Venecianos, la de los Sumos Pontífices, y la de los Emperadores de Oriente.



Conquista de Lombardia.

Después de su victoria por parte de Harno Dabo Rey de los Lombardos, y alarde al mar en apuro, sus generales le llevaron a Ravenna el conde y el marqués del Arceobispo de Milán la corona de Lombardia, se así terminasen la división de esta corte con la de Roma sobre el Exarcado de Ravenna, que poniendo en combustión á todo el mundo, habian abierto de tantos grandes sucesos, y herrenas.

TABLA

DE LAS MATERIAS DEL TOMO SÉPTIMO.

I MPERIO GRIEGO.....	3
<i>Anastasio</i>	6
<i>Justino</i>	8
<i>Justiniano</i>	9
<i>Justino</i> <i>Tiberio</i>	12
<i>Focas</i>	14
<i>Heracio</i>	16
<i>Constante II</i>	18
<i>Constantino Pogonato</i> <i>Justiniano II</i>	19
<i>Filípico</i> <i>Anastasio</i>	22
<i>Teodosio</i> <i>Leon</i>	23
<i>Constantino Coprónimo</i>	24
<i>Leon III</i>	25
<i>Constantino Porfirogénito</i>	<i>id.</i>
<i>Irene</i>	<i>id.</i>
<i>Nicéforo</i>	28
<i>Miguel I</i> <i>Leon</i>	29
<i>Miguel II</i>	30
<i>Teófilo</i>	31
<i>Miguel III</i>	33
<i>Basilio</i>	35
<i>Leon</i>	36

<i>Alexandro</i>	37
<i>Constantino VIII</i>	38
<i>Romano I, el jóven</i>	39
<i>Nicéforo Focas</i>	40
<i>Juan Zimisces</i>	42
<i>Basilio</i>	43
<i>Constantino IX</i>	45
<i>Romano II</i>	46
<i>Miguel Paflagonio</i>	47
<i>Miguel Calafate</i> <i>Zoe</i>	48
<i>Constantino Monómaco</i> <i>Teodora</i>	49
<i>Miguel Estratiótico</i>	50
<i>Isaac Comneno</i>	51
<i>Constantino Ducas</i>	52
<i>Romano Diógenes</i>	53
<i>Miguel Ducas</i>	55
<i>Nicéforo Botoniate</i>	56
<i>Alexo Comneno</i>	57
<i>Juan Comneno</i>	63
<i>Manuel Comneno</i>	64
<i>Alexis Comneno II</i>	65
<i>Isaac Angelo</i>	67
<i>Alexo</i>	69
<i>Juan Ducas Murtzulfo</i>	70
CONSTANTINOPLA LATINA.....	72
<i>Balduino I</i>	<i>id.</i>
<i>Henrique</i> <i>Pedro</i>	74

<i>Roberto..... Balduino II.....</i>	75
IMPERIO GRIEGO.....	76
<i>Miguel Paleólogo.....</i>	<i>id.</i>
<i>Andrónico Paleólogo.....</i>	77
<i>Andrónico el joven..... Juan Paleólogo...</i>	80
<i>Cantacuceno.....</i>	81
<i>Manuel.....</i>	83
<i>Juan.....</i>	84
<i>Juan Paleólogo</i>	85
<i>Constantino.....</i>	86
CARTAGO EN AFRICA. <i>Entre el rio de Tusca, el Mediterráneo, los Garamantas, y la Libia interior.....</i>	89
<i>Cartagineses.....</i>	<i>id.</i>
<i>Descripcion.....</i>	90
<i>Gobierno.....</i>	92
<i>Religion.....</i>	93
<i>Lengua.....</i>	94
<i>Costumbres y carácter.....</i>	95
<i>Exército.....</i>	96
<i>Marina..... Comercio.....</i>	97
<i>Dido.....</i>	99
<i>Maqueo.....</i>	102
<i>Primera guerra púnica.....</i>	115
<i>Guerra de Libia</i>	119
<i>Segunda guerra púnica.....</i>	123
<i>Tercera guerra púnica.....</i>	130

NUMIDIA. <i>Entre el mar Mediterráneo, la Getulia, los rios de Mulucha y de Tus- ca.....</i>	134
<i>Numidas.....</i>	<i>id.</i>
<i>Masinisa.....</i>	137
<i>Yugurta.....</i>	141
MAURITANIA. <i>Entre el rio Mulucha, la Getulia, el Océano Atlántico y el Me- diterráneo.....</i>	145
GETULIA. <i>Entre la Mauritania, la Nu- midia y los desiertos.....</i>	149
<i>Gétulos, Melanogétulos, Nigritas y Ga- ramantas.....</i>	<i>id.</i>
LIBIA MARMARICA, CIRENAYCA Y SIRTICA. <i>Entre el Egipto, la Mauritania, el Mediterráneo y el desierto de Barco.</i>	150
ETIOPIA. <i>Entre el Egipto, el mar Roxo, y los desiertos.....</i>	152
ARABIA. <i>Entre el mar Roxo, la Pales- tina, el golfo Pérsico, el Mediterrá- neo y el Eufrates.....</i>	161
<i>Arabes.....</i>	<i>id.</i>
<i>Tártaros, Turcos, Mogoles &c.....</i>	173
LA INDIA. <i>Entre la Persia, el mar de las Indias, la Tartaria China y la gran Tartaria.....</i>	177
LA CHINA. <i>Entre Siam, la Tartaria, el</i>	

	343
<i>mar Caspio y el Japon.....</i>	183
ESPAÑA. <i>Entre el Océano, el Mediterráneo y las Gaulas.....</i>	193
LA GAULA. <i>Entre el Océano, el Mediterráneo y el Rin.....</i>	197
GERMANIA. <i>Entre el mar, el Danubio, el Rin y el bosque de Hercinia.....</i>	216
GRAN BRETAÑA. <i>Isla enfrente de los Gaulas, la Germania y la Irlanda.....</i>	223
HUNNOS.....	235
<i>Atíla.....</i>	240
GODOS.....	250
<i>Alarico.....</i>	254
VANDALOS.....	259
<i>Genserico.....</i>	<i>id.</i>
SUEVOS.....	261
FRANCOS.....	263
<i>Clodoveo.....</i>	267
BORGOÑONES.....	276
ALEMANES.....	279
GEPIDAS.....	281
HERULOS.....	<i>id.</i>
MARCOMANOS.....	282
QUADOS.....	283
SARMATAS.....	284
DACES.....	285
VULGAROS.....	287

OSTROGODOS.....	293
<i>Boecio</i>	295
<i>Amalásunta</i>	297
<i>Totila</i>	302
LONGOBARDOS Ó LOMBARDOS.....	310
<i>Albuino</i>	312
<i>Autarino</i>	316
<i>Teodelinda</i>	319
<i>Adalvaldo</i> <i>Gundeberga</i>	320
<i>Rotariso</i>	322
<i>Partárito</i>	323
<i>Luitprando</i>	328
<i>Astolfo</i>	333

ERRATAS.

<i>Pág.</i>	<i>Lín.</i>	<i>Dice</i>	<i>Debe decir</i>
18	7	ordenar Diácono	ordenar de Diácono
68	15	lisonjeó	lisonjeó de que

